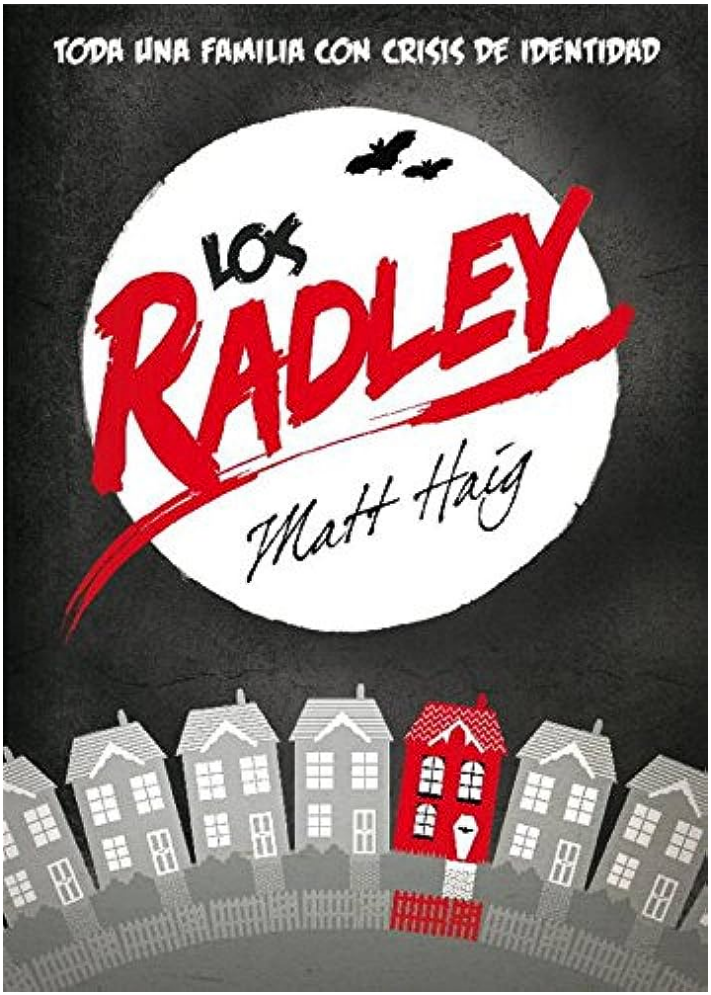
TODA UNA FAMILIA CON CRISIS DE IDENTIDAD
LOS
RADLEY
Matt Haig

Matt
Haig

LOS RADLEY

Traducido del inglés por Roberto Falcó

AdN Alianza de Novelas

Viernes

Tus instintos se equivocan. Los animales dependen de ellos para sobrevivir en el día a día, pero nosotros nosomos animales. No somos leones, ni tiburones, ni buitres. Somos seres civilizados y la civilización solo funciona si se suprimen los instintos. Así que aporta tu grano de arena a la sociedad y no hagas caso de esos deseos oscuros de tu interior.

El manual del abstemio (2.ª ed.), p. 54

17 Orchard Lane

Es un lugar tranquilo, sobre todo de noche.

Tan tranquilo, cabría pensar, que resulta inconcebible que algún tipo de monstruo viva en sus bonitas calles sombreadas por árboles.

De hecho, en el pueblo de Bishopthorpe, a las tres de la madrugada, resulta fácil creer la mentira a la que han sucumbido sus residentes: que es un lugar donde vive gente buena y tranquila que lleva una vida buena y tranquila.

A esta hora, los únicos sonidos que se oyen son los propios de la naturaleza. El ululato de un búho, el ladrido lejano de un perro o, en una noche con brisa como esta, el confuso susurro del viento al pasar entre los sicomoros. Aunque te encontraras en la calle principal, enfrente mismo de la tienda de disfraces, del pub o de la charcutería selecta El Glotón Hambriento, no oirías ruido de tráfico ni verías el grafiti obsceno que decora la antigua oficina de correos (aunque tal vez alcanzarías a leer BICHO RARO si forzaras la vista).

Lejos de la calle principal, en algún lugar como Orchard Lane, si salieras a caminar de noche y pasaras frente a las casas de época de notarios, médicos y directores de proyecto, encontrarías todas las luces apagadas y las cortinas corridas, aislándolas de la noche. O así sería hasta que llegaras al número 17, donde verías el resplandor de una ventana del piso superior que se filtra a través de las cortinas.

Y si te detuvieras y aspirases el frío y reconfortante aire nocturno verías en primer lugar que el número 17 es una casa a tono con las de su alrededor. Quizá no tan espléndida como su vecina más próxima, la del número 19, con su amplio camino de acceso y elegantes características de estilo regencia, pero aún así a la altura del entorno.

Transmite la sensación y tiene el aspecto que cabría esperar

de una casa familiar de pueblo: no es muy grande, pero sí lo suficiente, sin nada fuera de lugar ni que desentone. Una casa de ensueño en muchos sentidos, como dirían los agentes inmobiliarios, y sin duda perfecta para que crezcan los niños.

Sin embargo, al cabo de poco te darías cuenta de que hay algo raro en ella. Bueno, quizá no te «darías cuenta». Tal vez no te percatarías de forma consciente de que incluso la naturaleza crece al amparo de un manto de sosiego alrededor de esta casa, de que no se oyen pájaros ni otras criaturas, de que reina el silencio. Sin embargo, puede que el instinto te llevara a preguntarte por esa luz encendida y que sintieras un escalofrío, y no por la brisa nocturna.

Si esa sensación fuera en aumento, podría convertirse en un miedo que te daría ganas de irte del lugar, de echar a correr, pero a buen seguro no lo harías. Observarías la bonita casa y el monovolumen aparcado delante y pensarías que son propiedad de unos seres humanos de lo más normales que no representan ninguna amenaza para el mundo exterior.

Si pensaras esto, te equivocarías, ya que el 17 de Orchard Lane es el hogar de los Radley y, a pesar de los grandes esfuerzos que realizan, son cualquier cosa menos normales.

La habitación vacía

—Tienes que dormir —se dice a sí mismo, pero de nada le sirve.

La luz encendida a las tres de la madrugada de este viernes es de él, de Rowan, el mayor de los dos hijos de los Radley. Está despierto, a pesar de que se ha tomado una dosis de pastillas para dormir seis veces superior a la recomendada.

Siempre está despierto a estas horas. Si tiene suerte, una buena noche, se quedará dormido alrededor de las cuatro para despertarse de nuevo a las seis o un poco más tarde. Dos horas de sueño atormentado e inquieto en las que lo acecharán violentas pesadillas que no entiende. Pero la de hoy no es una buena noche, porque tiene el sarpullido que le da guerra, sopla esa brisa que azota la ventana y sabe que seguramente tendrá que ir al instituto sin haber descansado.

Deja el libro: *Poesías completas* de Byron. Oye a alguien que camina por el descansillo, pero no para ir al baño, sino a la habitación vacía.

Se abre la puerta del armario de la caldera, donde orean la ropa de cama. Se oye un ruido, como si estuvieran hurgando entre las sábanas, unos momentos de silencio hasta que oye que ella sale de la habitación. De nuevo, no es algo del todo raro. A menudo ha oído levantarse a su madre en mitad de la noche para dirigirse a la habitación vacía con un objetivo secreto por el que nunca ha preguntado.

Entonces oye que regresa a la cama y el confuso murmullo de sus padres a través de la pared.

Sueños

Helen vuelve a la cama, tensa debido a los secretos. Su marido lanza un suspiro, extraño, ansioso, y se arrima a ella.

—¿Qué demonios haces?

—Intento besarte —dice él.

—Por favor, Peter —repone ella. Siente una punzada de dolor en la cabeza, en la parte posterior de las órbitas—. Es de madrugada.

—Claro, no como el resto de momentos del día, en los que te encanta que te bese tu marido.

—Creía que estabas durmiendo.

—Y así era. Estaba soñando. Era bastante emocionante. Nostálgico, de hecho.

—Peter, vamos a despertar a los niños —dice ella, aunque sabe que Rowan todavía tiene la luz encendida.

—Venga, solo quiero besarte. He tenido un sueño fabuloso.

—No. No quieres eso. Quieres más. Quieres…

—¿Y qué te preocupa? ¿Las sábanas?

—Solo quiero dormir.

—¿Qué hacías?

—Tenía que ir al baño. —Está tan acostumbrada a mentir que le sale de forma natural.

—Esa vejiga… cada vez aguanta menos.

—Buenas noches.

—¿Recuerdas a la bibliotecaria que llevamos a casa?

Helen percibe cierto deje malévolo en su pregunta.

—Cielos, Peter. Eso sucedió en Londres. No estamos hablando de Londres.

—Pero, cuando piensas en noches como esa, ¿no sientes ganas de…?

—No. Sucedió hace una eternidad. Ya no pienso en ello.

Una súbita punzada de dolor

Por la mañana, poco después de despertarse, Helen se incorpora y toma un sorbo de agua. Desenrosca el bote de pastillas de ibuprofeno y se lleva una a la lengua, como si fuera una hostia consagrada.

Se la traga y, en el momento en que desciende por su garganta, su marido, que se encuentra a tan solo unos pasos, en el baño, siente una súbita punzada de dolor.

Se ha cortado afeitándose.

La sangre reluce en su piel húmeda e impregnada de aceite.

Es preciosa. De un rojo intenso. La toca, observa la mancha que le ha dejado en el dedo y se le acelera el corazón. Lo acerca más y más a la boca, pero antes de alcanzar el objetivo oye algo. Unos pasos rápidos que se precipitan hacia el baño. Acto seguido, un intento de abrir la puerta.

—Papá, ¿me dejas entrar…? Por favor —dice su hija Clara, que golpea con fuerza la gruesa puerta de madera.

Accede a los deseos de su hija, que entra a toda prisa y se inclina sobre el inodoro.

—Clara —dice Peter mientras ella vomita—. ¿Qué te pasa?

La chica se incorpora. Está pálida, viste el uniforme del instituto y lanza una mirada desesperada a su padre a través de las gafas.

—Ay, Dios —exclama ella, que se vuelve de nuevo hacia el inodoro. Vomita otra vez. Peter lo huele y atisba algo. Se estremece; no por el vómito, sino por lo que sabe que significa.

Al cabo de unos segundos, todos están allí. Helen se ha arrodillado junto a su hija, le acaricia la espalda y le dice que no pasa nada. Y su hijo Rowan está en la puerta, con la crema de protección solar de factor 60 a medio extender.

—¿Qué le pasa? —pregunta.

—Estoy bien —dice Clara, que no quiere público—. De

verdad, ya me encuentro mejor. Estoy bien.

Y las palabras permanecen suspendidas en el aire del baño y lo vician con su falsedad cargada de olor a vómito.

El número

Clara tiene que esforzarse para interpretar su papel toda la mañana, prepararse para el instituto como si todo fuera normal, a pesar de la horrible sensación que tiene en el estómago.

Resulta que el sábado pasado subió un poco más el listón y pasó de ser vegetariana a vegana entregada y a tiempo completo en un intento de caer un poco mejor a los animales.

Como a los patos que no querían su pan, los gatos que no querían que los acariciara, los caballos al aire libre junto a Thirsk Road que se volvían locos cada vez que ella pasaba a su lado. No podía quitarse de la cabeza aquella visita escolar a Flamingo Land, en la que los flamencos se aterrorizaron y huyeron antes de que ella llegara al lago. O sus pececitos de colores, Rhett y Escarlata, que tan poco duraron; los únicos animales domésticos que le habían permitido tener. El horror se apoderó de ella aquella mañana cuando los encontró flotando panza arriba en el agua, con las escamas descoloridas.

En este momento, siente que su madre no le quita ojo de encima mientras saca la leche de soja de la nevera.

—Si tomaras leche normal, te sentirías mucho mejor. Aunque fuera desnatada.

Clara duda que el proceso de desnatado de la leche la convierta en un alimento vegano, pero hace acopio de fuerzas para sonreír.

—Estoy bien. No te preocupes, en serio.

Ahora están todos ahí, en la cocina: su padre bebe café recién hecho y su hermano devora un surtido de embutidos.

—Peter, díselo. Va a enfermar.

Peter se toma un momento. Las palabras de su mujer deben abrirse paso entre el ancho río rojo de sus pensamientos y desembocar, empapadas y exhaustas, en el estrecho delta del

deber paterno.

—Tu madre tiene razón —dice él—. Vas a enfermar.

Clara vierte la controvertida leche en su muesli de nueces y semillas, y las náuseas aumentan por momentos. Quiere pedir que bajen el volumen de la radio, pero sabe que si lo hace parecerá que se encuentra peor.

Al menos Rowan se pone de su parte, con su estilo desganado.

—Es soja, mamá —dice con la boca llena—. No heroína.

—Pero tiene que comer carne.

—Estoy bien.

—Mira —dice Helen—, creo que sería mejor que te quedaras en casa. Si quieres, llamo yo al instituto.

Clara niega con la cabeza. Le había prometido a Eve que esa noche iría a la fiesta de Jamie Southern, por lo que deberá acudir al instituto para tener la oportunidad de que la dejen salir. Además, aguantar un día entero escuchando propaganda procárnica no la ayudará a sentirse mejor.

—Me siento mucho mejor, de verdad. No volveré a vomitar.

Su madre y su padre llevan a cabo el típico ritual de intercambiar mensajes con la mirada que Clara no sabe descifrar.

Peter se encoge de hombros. («Lo que le pasa a papá es que —había dicho Rowan en una ocasión— todo le importa una mierda.»)

Helen se siente tan derrotada como cuando puso la leche de soja en el carro unas noches antes, bajo la amenaza de Clara de convertirse en anoréxica.

—De acuerdo, puedes ir al instituto —dice su madre al final —. Pero ten cuidado, por favor.

Cuarenta y seis

Llegas a cierta edad —a veces son los quince, a veces los cuarenta y seis— y te das cuenta de que el estereotipo que has adoptado no funciona. Eso es lo que le está sucediendo a Peter Radley en estos momentos, mientras mastica una tostada de pan multicereales con mantequilla y observa el plástico transparente y arrugado que contiene el resto de la hogaza.

El adulto racional y respetuoso con la ley, con su mujer y su coche y sus hijos y sus donativos domiciliados a WaterAid.

Anoche solo quería sexo. Sexo humano e inofensivo. ¿Y qué sucedió? Nada. Tan solo un abrazo fugaz. Una mínima muestra de fricción corporal sin sangre. Vale, le habría gustado llegar más lejos, pero podría haberse contenido. Lleva haciéndolo diecisiete años.

«Pues a la mierda», piensa.

Decir palabrotas lo hacía sentirse bien, aunque solo fuera de pensamiento. Había leído en el *British Medical Journal* que había estudios que confirmaban que soltar tacos aliviaba el dolor.

—A la mierda —murmura en voz tan baja que Helen no lo oye—. A la mierda.

Realismo

—Me preocupa Clara —dice Helen mientras le da la fiambrera a Peter—. Hace una semana que es vegana y ya está enferma. ¿Y si se desencadena algo más?

A duras penas oye a su mujer. Tiene la mirada fija en el oscuro caos de su maletín.

—Tengo un montón de porquería aquí dentro.

—Peter, me preocupa Clara.

Él tira dos bolígrafos a la papelera.

—A mí también me preocupa. Me preocupa mucho. Pero tampoco se me permite ofrecer una solución, ¿no es cierto?

Helen niega con la cabeza.

—No me vengas con esas, Peter. Ahora no. Esto es serio. Me gustaría que nos enfrentáramos a este problema como adultos. Quiero saber tu opinión sobre lo que deberíamos hacer.

Peter suspira.

—Creo que deberíamos decirle la verdad.

—¿Qué?

Respira hondo e inhala el sofocante aire de la cocina.

—Creo que es el momento de contárselo a los chicos.

—Debemos protegerlos. Y toda nuestra vida. Tienes que ser realista.

Él cierra el maletín.

—Ah, realismo. No va mucho con nosotros, ¿no crees?

Entonces se fija en el calendario. La bailarina de Degas y las cuadrículas abarrotadas con la letra de Helen. Los recordatorios de las reuniones del grupo de lectura, las salidas al teatro, el bádminton, las clases de pintura… El suministro infinito de «cosas que hacer». Incluida la de hoy: «Cena con los Felt aquí, 19:30. Lorna traerá el primero».

Peter se imagina a su guapa vecina sentada frente a él.

—Mira, lo siento —dice—. Estoy un poco irritable. Bajo de

hierro. Es que a veces todas estas mentiras me superan.

Helen asiente. Lo sabe.

Peter se da cuenta de la hora que es y se dirige hacia la puerta.

—Es el día de la recogida de basura —dice su mujer—. Y hay que sacar todo lo del reciclaje.

«Reciclaje. —Peter suspira y coge la caja llena de botes y botellas—. Recipientes vacíos que esperan su resurrección.»

—Solo me preocupa que, cuanto más tiempo pase sin comer lo que debería, más aumenten las probabilidades de que ansíe…

—Lo sé, lo sé. Ya se nos ocurrirá algo. Pero ahora tengo que irme, de verdad. Ya es muy tarde.

Peter abre la puerta y ambos ven el cielo azul, que no presagia nada bueno y refulge con una advertencia deslumbrante.

—Casi se ha acabado el ibuprofeno, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

—Pararé en la farmacia cuando vuelva por la tarde. Tengo un dolor de cabeza horrible.

—Sí, yo también.

Peter besa a su mujer en la mejilla y le acaricia el brazo con un fugaz gesto de ternura, un recordatorio microscópico de lo que eran, y entonces se va.

Enorgullécete de actuar como un ser humano corriente. Lleva un horario diurno, busca un trabajo normal y la compañía de gente con un sentido claro del bien y del mal.

El manual del abstemio (2.ª ed.), p. 89

Mundo de fantasía

En el mapa, Bishopthorpe parece el esqueleto de un pez. Una calle principal que conforma la espina dorsal, con callejuelas y calles sin salida que no conducen a ninguna parte. Un lugar muerto, que deja a sus habitantes jóvenes con hambre de algo más.

Es bastante grande para ser un pueblo y tiene varias tiendas en la calle principal. Pero de día parece lo que son: una mezcla ecléctica de comercios especializados que no tienen nada en común. La refinada tienda de exquisiteces culinarias, por ejemplo, se encuentra al lado de Mundo Fantasía, la tienda de disfraces, que, de no ser por los trajes de su escaparate, podría confundirse fácilmente con un *sex-shop* (y, de hecho, tiene una salita en la trastienda donde venden «juguetes de fantasía para adultos»).

El pueblo no es autosuficiente. Ya no hay oficina de correos y el pub y el local de *fish and chips* no tienen el mismo volumen de negocio que antes. Hay una farmacia, junto a la consulta médica, y una zapatería infantil que, al igual que Mundo Fantasía, atiende a gente que viene de York o Thirsk. Pero eso es todo.

Rowan y Clara creen que Bishopthorpe es un lugar sin esencia que depende de los autobuses, de las conexiones de internet y otras vías de escape. Un lugar que se engaña a sí mismo y se considera el arquetipo del pintoresco pueblo inglés, pero que, como la mayoría de los lugares, no es más que una gran tienda de disfraces con trajes más sutiles.

Y, si vives aquí durante suficiente tiempo, al final debes tomar una decisión: compras un disfraz y finges que te gusta o te enfrentas a la verdad de quién eres en realidad.

Factor 60

A plena luz del día, Rowan no puede reprimir una sensación de sorpresa al comprobar lo pálida que está su hermana.

—¿Qué crees que es? —le pregunta mientras pasan junto a unas cajas de reciclaje sobre las que se cierne una nube de moscas—. Me refiero a tu malestar.

—No lo sé… —La voz de Clara se apaga, como las melodías de los pájaros asustados que perciben su proximidad.

—Tal vez mamá tenga razón —dice Rowan.

Clara hace una pausa, buscando fuerzas.

—Eso lo dice el chico que come carne roja en todas las comidas.

—Bueno, antes de que te pongas en plan Gandhi, deberías saber que no existen los verdaderos veganos. O sea, ¿tienes idea de la cantidad de seres vivos que existen en una zanahoria? Millones. Una verdura es como una metrópolis de microbios, de modo que te estás cargando una ciudad entera cada vez que hierves una zanahoria. Piensa en ello. Cada plato de sopa es un apocalipsis.

—Eso es una… —Tiene que dejar de hablar de nuevo.

Rowan se siente culpable por provocarla. Su hermana es la única amistad que tiene. Y, sin duda, la única con la que puede ser él mismo.

—Clara, estás muy muy pálida —dice en voz baja—. Incluso para ser tú.

—Me gustaría que todo el mundo dejara de repetírmelo —replica ella e intenta poner en orden una serie de argumentos que había encontrado en los foros de vegan-power.net. Por ejemplo, que los veganos viven hasta los ochenta y nueve años y sufren menos casos de cáncer, y que algunas actrices de Hollywood muy sanas, como Alicia Silverstone, Liv Tyler y la radiante aunque algo aletargada Zooey Deschanel, no dejan

que ningún producto animal les roce los labios. Pero para ella supondría un gran esfuerzo decir todo eso, de modo que no se molesta en intentarlo.

—Es este tiempo lo que me enferma —dice mientras desaparecen las últimas náuseas.

Es mayo y el verano va a llegar pronto, por lo que tal vez tenga razón. Rowan tampoco lo lleva muy bien. La luz hace que se sienta débil, como si su piel fuera una gasa, a pesar de la ropa y la crema de factor 60 que se ha puesto.

El chico se fija en la lágrima refulgente que asoma en la comisura de los ojos de su hermana, que podría deberse a la exposición a la luz solar, pero también podría ser consecuencia de la desesperación, por lo que decide poner fin a su ofensiva antivegana.

—Quizá tengas razón —dice—. Pero todo irá bien. De verdad. Y creo que la ropa de cáñamo te quedará de fábula.

—Qué gracioso —logra decir ella.

Pasan frente a la oficina de correos cerrada y Rowan se apaga al ver que el grafiti sigue ahí: ROWAN RADLEY ES UN BICHO RARO. Entonces pasan junto a Mundo Fantasía, cuyos piratas han sido sustituidos por maniquíes con un exiguo vestuario discotequero de colores fosforescentes, bajo un cartel que dice: HERE COMES THE SUN.

El consuelo no se hace esperar. Al pasar por delante de El Glotón Hambriento, Rowan echa un vistazo hacia el mostrador refrigerado que brilla en el oscuro interior y que constituye una visión reconfortante. Sabe que el jamón serrano y el de Parma estarán esperando allí a que se los coman. Pero un leve aroma a ajo lo obliga a apartar la cabeza.

—¿Vas a ir a la fiesta esta noche? —le pregunta a su hermana mientras se frota los ojos cansados.

Clara se encoge de hombros.

—No lo sé. Creo que Eve quiere que vaya. Según cómo me encuentre.

—Bueno, vale, solo deberías ir si…

Rowan ve al chico que se encuentra un poco más adelante. Es su vecino, Toby Felt, que se dirige hacia la misma parada de autobús. Una raqueta de tenis sobresale de su mochila como la

flecha del símbolo del género masculino.

Es un muchacho delgado y raquítico que una vez, hace un año, le meó en la pierna a Rowan, cuyo único crimen, al parecer, fue permanecer demasiado tiempo en el urinario de al lado.

«Yo soy el perro —le dijo Toby, con una mirada fría y burlona, mientras dirigía el chorro dorado hacia él—. Tú, la farola.»

—¿Te encuentras bien? —le pregunta Clara.

—Sí, no pasa nada.

Ahora ven el local de *fish and chips* de Miller, con su cartel mugriento (en el que aparece un pez comiéndose una patata frita y riéndose de lo irónico de la escena). La marquesina del autobús está enfrente. Toby ya está allí, hablando con Eve. Y ella sonríe. Antes de que Rowan se dé cuenta de lo que hace, empieza a rascarse el brazo, lo que empeora diez veces más su sarpullido. Oye la risa de Eve mientras el sol amarillo se alza sobre los tejados y ese sonido le causa el mismo dolor que la luz.

Setter rojo

Peter lleva los botes y las botellas vacías por el camino de grava hacia la acera cuando ve a Lorna Felt, que se dirige al número 19.

—Hola, Lorna —la saluda—. ¿Sigue en pie lo de esta noche?

—Ah, sí —responde ella como si acabara de recordarlo en ese momento—. La cena. No, no lo hemos olvidado. Prepararé un poco de ensalada tailandesa.

Para Peter, Lorna Felt no es una persona real, sino un compendio de ideas. Siempre se recrea en su refulgente y maravillosa melena pelirroja, en su piel bien cuidada y su ropa cara y pseudobohemia, y le viene a la cabeza la idea de vida. De emoción. De tentación.

La idea de culpabilidad. Horror.

Lorna sonríe de forma coqueta. Es una invitación al placer.

—Ay, Nutmeg, para. ¿Qué te pasa?

Entonces se da cuenta de que su vecina está acompañada de su *setter* rojo, aunque seguro que lleva un buen rato gruñéndole. Observa la escena mientras la perra se echa hacia atrás e intenta quitarse el collar sin éxito.

—Ya te lo he dicho antes, Peter es un hombre de lo más agradable.

«Un hombre de lo más agradable.»

Mientras observa los dientes afilados de la perra, prehistóricos y de perfil salvaje, le sobreviene un leve mareo. Una especie de vértigo que podría estar relacionado con el sol, que se alza en el cielo, o que también podría tener algo que ver con el aroma que transporta la brisa.

Algo más dulce y sutil que la infusión de saúco del perfume de Lorna. Algo que sus sentidos aturdidos ya no suelen detectar.

Pero está ahí, tan real como lo demás.

El fascinante aroma de su sangre.

Peter se mantiene tan cerca del seto como puede para aprovechar al máximo la poca sombra que hay. Intenta no pensar demasiado en el día que le espera ni en el esfuerzo silencioso que deberá hacer para pasar un viernes que apenas se diferencia en nada de los últimos mil. Unos viernes que no le han ofrecido emoción alguna desde que se trasladaron aquí desde Londres para renunciar a sus antiguas costumbres y fines de semana de abandono salvaje y sangriento.

Está atrapado en un estilo de vida que no debería ser el suyo. Un hombre de clase media y mediana edad, maletín en mano, que siente todo el peso de la gravedad y la moralidad y todas las demás fuerzas humanas opresivas.

Cerca de la calle principal, uno de sus pacientes ancianos pasa junto a él en una *scooter* eléctrica. Un hombre mayor cuyo nombre debería saber.

—Hola, doctor Radley —le dice el anciano con una sonrisa vacilante—. Iré a visitarlo más tarde.

Peter se comporta como si ya lo supiera y se aparta del camino de la moto.

—Ah, sí. Tengo ganas de verlo.

Mentira. Siempre las malditas mentiras. El mismo nimio ritual de la existencia humana.

—Hasta luego.

—Sí, hasta luego.

Sigue caminando pegado al seto, a punto de llegar a la consulta, cuando ve un camión de la basura que avanza lentamente por la carretera hacia él. Los intermitentes parpadean, listo para doblar a la izquierda por Orchard Lane.

Peter mira de pasada a los tres hombres que van en la cabina. Al ver que uno de ellos, el que está sentado del lado de la acera, lo observa con fijeza, él le ofrece una sonrisa al estilo de Bishopthorpe. Pero el hombre, al que Peter no reconoce, le lanza una mirada de odio.

Después de dar unos pasos más, se detiene. El camión toma Orchard Lane. Entonces se da cuenta de que el hombre lo sigue

mirando con esos ojos que parecen saber quién es en realidad. Peter niega con un gesto leve de la cabeza, como un gato que se sacude el agua, y toma el estrecho camino que conduce a la consulta.

Elaine está en su puesto de trabajo, la ve a través de la puerta de cristal, ordenando historiales de pacientes. Abre la puerta para enfrentarse a otro viernes sin sentido.

El día brilla sobre los moribundos y los muertos

El cansancio se apodera de Rowan con una serie de ataques narcolépticos, como el que está sufriendo ahora mismo. Anoche durmió unas dos horas. Un poco más de lo habitual. Ojalá estuviera tan despierto como a las tres de la madrugada. Cada vez le pesan más los párpados y se imagina que se encuentra junto a su hermana, hablando tranquilamente con Eve, como una persona normal.

Sin embargo, oye un susurro en el asiento de atrás.

—Buenos días, lerdo.

Rowan no dice nada. Ahora no podrá dormir. Y, además, es demasiado peligroso. Se frota los ojos, saca su libro de Byron e intenta concentrarse en un verso. En cualquiera. Alguno en mitad de «Lara».

«El día brilla sobre los moribundos y los muertos.»

Lo lee una y otra vez, intentando olvidarse de todo lo demás. Pero entonces el autobús se para y Harper, la segunda persona a quien más teme Rowan, sube. En realidad se llama Stuart Harper, pero dejaron de llamarlo por su nombre de pila en décimo, en algún lugar del campo de rugby.

«El día brilla sobre los moribundos y los muertos.»

Harper arrastra su gigantesco cuerpo por el pasillo y Rowan oye que se sienta al lado de Toby. En algún momento del trayecto, siente que algo le golpea repetidamente en la cabeza. Después de unos cuantos golpes se da cuenta de que es la raqueta de tenis de Toby.

—Eh, lerdo. ¿Qué tal el sarpullido?

—Lerdo —se ríe Harper.

Para alivio de Rowan, Clara y Eve aún no han mirado hacia atrás.

Toby le echa el aliento en la nuca.

—Eh, bicho raro, ¿qué lees? Eh, Petirrojo… Que qué lees.

Él ladea la cabeza.

—Me llamo Rowan —dice. O masculla. El *me* suena como un susurro áspero; su garganta es incapaz de encontrar un hilo de voz a tiempo.

—Capullo —le suelta Harper.

Rowan intenta concentrarse en el mismo verso.

«El día brilla sobre los moribundos y los muertos.»

Toby insiste.

—¿Qué lees? Petirrojo, te he preguntado algo. ¿Qué lees?

Rowan levanta el libro a regañadientes y el otro se lo arranca de las manos.

—Marica.

Él se vuelve.

—Devuélvemelo. Por favor. Oye… ¿Me devuelves el libro?

Toby le da un codazo a Harper.

—La ventana —le dice.

Aquel parece confundido o reticente, pero se pone de pie y abre la estrecha ventana superior.

—Venga, Harper. Hazlo.

Rowan no ve que el libro cambie de manos, pero eso es lo que ha sucedido, y entonces lo ve caer volando en la carretera, como un pájaro al que le han disparado. Childe Harold, Manfred y Don Juan, todos se pierden en un visto y no visto.

Le entran ganas de enfrentarse a ellos, pero se siente débil y cansado. Además, Eve aún no se ha dado cuenta de la humillación de la que es víctima y no quiere hacer nada que permita que eso suceda.

—Uy, mi querido Petirrojo, lo siento mucho, pero creo que he extraviado tu libro de poesía gay —dice Toby con voz amanerada.

Los chicos que están sentados a su alrededor ríen de miedo. Clara se vuelve, con curiosidad. Y Eve también. Ven que la gente ríe, pero no el motivo.

Rowan cierra los ojos. Desearía estar en 1812, en un carruaje oscuro y solitario, tirado por caballos, con Eve luciendo un sombrero sentada a su lado.

«No me mires. Por favor, Eve, no me mires.»

Cuando abre de nuevo los ojos, comprueba que le han concedido el deseo. Bueno, en parte. Sigue en el siglo XXI, pero Eve y su hermana siguen hablando, ajenas a lo que acaba de suceder. Clara se agarra al respaldo del asiento de enfrente. Salta a la vista que no se encuentra bien y Rowan espera que no vomite en el autobús, porque, a pesar de lo mucho que odia ser el blanco de la atención de Toby y Harper, no quiere que se ceben con ella. Sin embargo, gracias a algún tipo de señal invisible, han detectado su miedo y se han puesto a hablar de las dos chicas.

—Esta noche Eve es mía, Harps. La voy a invitar a un trago, tío, te lo digo.

—Ah, ¿sí?

—Tranquilo. Tú también vas a pillar. La hermana del marica está colada por ti. Se le cae la baba.

—¿Qué?

—Es obvio.

—¿Clara?

—Si le diera un poco el sol y se quitara las gafas, no estaría nada mal.

Rowan nota que Toby se inclina hacia delante y le susurra:

—Tenemos una pregunta. A Harper le mola tu hermana. ¿Cuánto cobra por pasar la noche con ella? ¿Diez libras? ¿Menos?

Rowan es presa de la ira.

Quiere decir algo, pero no puede. Cierra los ojos y se asusta con lo que ve: Toby y Harper sentados donde están, pero rojos y desollados, como los dibujos anatómicos que muestran la estructura muscular, y con mechones de pelo aún en su sitio. Parpadea varias veces para borrar la imagen. Y no hace nada para defender a su hermana. Se queda ahí sentado y se traga el desprecio que siente hacia sí mismo, preguntándose qué habría hecho Lord Byron.

Fotografía

No es más que una fotografía.

Un momento congelado del pasado.

Un objeto físico que ella puede sujetar, algo perteneciente a la época anterior a las cámaras digitales y que nunca se ha atrevido a escanear y grabar en su ordenador. «París, 1992», dice la nota del dorso. Como si necesitara ponerla. Desea que la foto ni tan siquiera existiese y que nunca le hubieran pedido a ese pobre y desconocido transeúnte que se la sacara. Pero existe y, aunque sabe que está ahí, no puede romperla ni quemarla, ni siquiera abstenerse de mirarla, por mucho empeño que ponga en ello.

Porque es él.

Su conversor.

Una sonrisa irresistible que brilla en una noche jamás olvidada. Y ella, esbozando una sonrisa, tan feliz y despreocupada que resulta irreconocible, ahí en Montmartre, con una minifalda, los labios pintados de rojo sangre y la mirada refulgente de peligro.

—Loca inconsciente —le dice a su antiguo yo mientras piensa: «Aún podría tener ese aspecto si quisiera, o casi tan bueno. Y aún podría ser así de feliz».

Aunque la imagen ha perdido algo de color debido al paso del tiempo y al calor de su escondite, conserva ese efecto dichoso y horrendo al mismo tiempo.

«Recobra la compostura.»

Deja la fotografía de nuevo en el armario de la caldera. Toca ese gran depósito con el brazo y no lo aparta. Está caliente, pero desearía que aún lo estuviera más. Lo suficiente para escaldarla y hacerle sentir todo el dolor que necesita para olvidar su delicioso sabor, que no ha probado en mucho tiempo.

Recobra la compostura y baja las escaleras.

Observa entre los listones de madera la ventana delantera mientras el basurero avanza por el camino de su casa para llevarse su basura. Pero no lo hace. Al menos no de inmediato. Levanta la tapa del cubo, abre una de las bolsas negras y hurga en ella.

Ve a un compañero que le dice algo al hombre y este tapa el cubo y lo acerca al camión.

Lo levanta, lo inclina y lo vacía.

El basurero mira hacia la casa. La ve y ni tan siquiera parpadea. Tan solo se queda allí, observándola fijamente.

Helen retrocede, se aparta de la ventana y se siente aliviada al cabo de un instante cuando el camión sigue su camino calle abajo.

Fausto

Estudian alemán en una inmensa y antigua sala con el techo alto, del que cuelgan ocho tubos fluorescentes. Dos de ellos se encuentran en el limbo del parpadeo: no funcionan bien, pero tampoco dejan de hacerlo, lo cual no le alivia nada el dolor de cabeza a Rowan.

Está ahí sentado, arrellanado en la silla al fondo de la clase, escuchando a la señora Sieben mientras lee el *Fausto* de Goethe con su habitual estilo histriónico.

—*Welch Schauspiel!* —dice, con los dedos juntos, como si estuviera saboreando un plato que acabara de preparar—. *Aber ach! Ein Shauspiel nur!* —Alza la vista del libro hacia los rostros inexpresivos de sus alumnos de diecisiete años—. *Schauspiel?* ¿Nadie?

Una obra de teatro. Rowan conoce la palabra, pero no levanta la mano, ya que nunca tiene el valor de hablar voluntariamente en voz alta delante de la clase, menos aún si Eve Copeland se encuentra entre los presentes.

—¿Nadie? ¿Nadie?

Cuando la señora Sieben hace una pregunta, levanta la nariz, como un ratón que olisquea en busca de queso. Sin embargo, hoy se va a quedar con hambre.

—Descomponed el nombre. *Schau spiel.* Ver representación. Una obra o cualquier otra cosa que se represente en un teatro. Goethe arremetía contra la falsedad del mundo. «¡Menuda pantomima! ¡Pero *ach,* ay, no es más que una pantomima!» A Goethe le gustaba decir *ach* bastante a menudo —añade, con una sonrisa—. Era el señor Ay. —Barre la sala con una mirada que no presagia nada bueno y sus ojos se cruzan con los de Rowan en el momento equivocado—. Ahora pidamos la colaboración de nuestro propio señor Ay. Rowan, ¿te importaría leer el fragmento de la siguiente página, la

veintiséis? El que empieza con… A ver… —Sonríe, ha visto algo—: *Zwei Seelen wohnen, ach! in meiner Brust.* «Dos almas viven [o *habitan* o *moran*], ¡ay!, en mi pecho, o mi corazón…» ¡Prosiga, Herr Ay! ¿A qué esperas?

Rowan ve las caras que lo miran fijamente. Toda la clase estira el cuello para ser testigo del ridículo espectáculo que ofrece un adolescente petrificado ante la idea de hablar en voz alta. Eve es la única que no levanta la mirada del libro, en un posible intento de aliviar su bochorno. Un bochorno del que ella misma ya ha sido testigo, como la semana pasada en la clase de lengua, cuando lo obligaron a leer el fragmento en el que Otelo se dirige a Desdémona. («Dé-dé-déjame ver tus ojos —murmuró sin apartar la vista de la edición de Arden—. M-m-mírame a la cara.»)

—*Zwei Seelen* —dice, y oye a uno de sus compañeros intentando contener una risa. Y entonces su voz resuena como si tuviera vida propia y por primera vez en todo el día se siente despierto, pero no es una buena sensación. Es la actitud alerta del domador de leones y de los escaladores que no las tienen todas consigo y saben que se encuentra al borde de la catástrofe.

Se detiene entre palabra y palabra, presa del miedo, consciente de que su lengua podría pronunciar algo mal en cualquier momento. La pausa entre *meiner* y *Brust* dura cinco segundos y una eternidad y su voz se debilita a cada palabra, vacilante.

—*Ich bin der Geist der st-stets verneint* —lee. «Soy el espíritu que siempre niega.»

A pesar de los nervios, siente una extraña conexión con las palabras, como si no pertenecieran a Johann Wolfgang von Goethe, sino a Rowan Radley.

> Soy la picazón que nunca rascan.
> Soy la sed que nunca es saciada.
> Soy el chico que nunca lo logra.

¿Por qué es así? ¿Qué está negando? ¿Qué le daría fuerza suficiente para tener confianza en su propia voz?

Eve sostiene un bolígrafo, le da vueltas entre los dedos, lo

mira concentrada como si fuera una vidente muy dotada y el bolígrafo algo que pudiera revelarle el futuro. Rowan tiene la sensación de que se avergüenza de él y ese pensamiento lo mortifica. Mira a la señora Sieben, pero sus cejas enarcadas le dicen que tiene que continuar, que su tortura aún no ha acabado.

—*Entbehren sollst du!* —prosigue con una voz que no resalta el signo de admiración—. *Sollst entbehren!*

La señora Sieben lo interrumpe.

—Venga, dilo con pasión. Son palabras apasionadas. Las entiendes, ¿verdad, Rowan? Pues venga. Proyecta la voz.

Todas las miradas están clavadas en él de nuevo. Incluso la de Eve, fugazmente. Están disfrutando de la escena del mismo modo en que la gente disfruta de las corridas de toros o de los concursos de televisión crueles. Rowan es el toro con las banderillas clavadas, que se desangra y cuya agonía quieren alargar.

—*Entbehren sollst du!* —dice de nuevo más fuerte, pero no lo suficiente.

—*Entbehren sollst du!* —suplica la señora Sieben—. «¡Niégate a ti mismo!» Son palabras muy fuertes, Rowan. Necesitan de una voz fuerte. —Le lanza una cálida sonrisa.

«¿Qué cree que hace? —se pregunta él—. ¿Forjarme el carácter?»

—*Entbehren sollst du!*

—Más. *Mit* pasión, ¡venga!

—*Entbehren sollst du!*

—¡Más fuerte!

El corazón le late desbocado. Lee las palabras que va a pronunciar a voz en grito para quitarse de encima a la señora Sieben.

Entbehren sollst du! Sollst entbehren!

Das ist der ewige Gesang.

Respira hondo, cierra los ojos, al borde de las lágrimas, y oye su voz, más fuerte que nunca.

—¡Niégate a ti mismo! ¡Debes negarte a ti mismo! ¡Es la canción que nunca acaba!

Pero hasta que no pronuncia la última palabra no se da

cuenta de que lo ha gritado en inglés. Las risas contenidas se convierten en carcajadas y los demás estudiantes se desternillan sobre los pupitres, histéricos.

—¿Qué es tan gracioso? —le pregunta Eve a Lorelei Andrews, enfadada.

—¿Por qué son tan raros los Radley?

—Él no es raro.

—No. Es verdad. En el planeta de los bichos raros encaja a la perfección. Pero yo me refería a la Tierra.

El bochorno de Rowan aumenta desbocado. Se fija en el bronceado caramelizado de Lorelei y en sus ojos de Bambi maligno e imagina su combustión espontánea.

—Muy buena traducción, Rowan —dice la señora Sieben, que intenta aplacar las carcajadas. Luce una sonrisa amable—. Estoy impresionada. No sabía que eras capaz de traducir con tal precisión.

«Yo tampoco», piensa él. Pero entonces ve a alguien a través del cristal armado de la puerta. Alguien de otra clase que corre por el pasillo. Clara, que se dirige a los lavabos a toda prisa, con una mano en la boca.

Al otro lado de la cortina

El decimocuarto paciente del día de Peter se encuentra al otro lado de la cortina, bajándose los pantalones y los calzoncillos. Él procura no pensar en lo que se va a ver obligado a hacer dentro de un minuto mientras se pone los guantes de látex. Se limita a quedarse ahí sentado, intentando dar con algo que asuste a Clara para que vuelva a comer carne.

«¿Daños nerviosos?»

«¿Anemia?»

Hay unos cuantos problemas de salud posibles causados por falta de vitamina B y hierro. Sin embargo, existe un riesgo al que no habían tenido que enfrentarse cuando los niños eran pequeños: el de las segundas opiniones de personas como la enfermera del instituto, a la que Rowan decidió ir a ver por culpa de su sarpullido y que le dijo que dudaba que fuera fotodermatosis. ¿Todavía vale la pena? ¿Valen la pena todas estas mentiras? ¿Vale la pena que por su culpa sus hijos se pongan enfermos? Lo peor de todo es que ellos creen que a él no le importa nada, pero lo cierto es que no le está permitido preocuparse, no del modo que él quiere.

—A la mierda —articula sin pronunciar las palabras, en silencio—. A la mierda.

Peter tiene suficiente experiencia como médico para saber que la tranquilidad y la confianza son un medicamento. Había leído varios artículos sobre el efecto placebo y los trucos que se utilizaban para aumentar la confianza de los pacientes. Conocía los estudios que demostraban que el Oxazepam surte mayor efecto en el tratamiento de la ansiedad si la pastilla es verde y es mejor para la depresión si es amarilla.

De modo que en ocasiones así se justifica las mentiras a sí mismo. Tan solo tiñe la verdad como si fuera una pastilla.

Pero a medida que pasa el tiempo le resulta más duro.

Mientras permanece sentado esperando al anciano, un póster de su tablón de corcho lo mira fijamente, como siempre.

Una gran gota de sangre en forma de lágrima.

Y con el habitual tipo de letra en negrita del NHS: SÉ UN HÉROE. DONA SANGRE.

El reloj hace tictac.

Oye ruido de ropa y el anciano carraspea.

—Bueno. Ya… Estoy… Puede…

Peter se desliza al otro lado de la cortina y hace lo que requiere su trabajo.

—No es nada grave, señor Bamber. Tan solo necesita un poco de crema, eso es todo.

El anciano se sube los calzoncillos y los pantalones y parece a punto de romper a llorar. Peter se quita el guante y lo deposita con cuidado en la pequeña papelera destinada a tal efecto. La tapa hace un ruido seco al cerrarse.

—Ah, bien —dice el señor Bamber—. Eso está bien.

Peter lo mira a la cara: las manchas de la edad, las arrugas, el pelo alborotado, los ojos ligeramente lechosos. Por un instante siente tal rechazo ante su propio futuro, que él mismo ha acortado, que apenas puede hablar.

Se vuelve y mira otro póster de la pared. Elaine debe de haberlo puesto. Una fotografía de un mosquito y una advertencia sobre la malaria para sus pacientes que se van de vacaciones.

BASTA CON UN MORDISCO.

Casi rompe a llorar.

Algo malvado

Clara tiene las palmas de las manos empapadas en sudor.

Tiene la sensación de que alberga algo horrible en su interior. Un veneno que debe expulsar de su cuerpo. Algo vivo. Algo malvado que se está apoderando de ella.

Unas chicas entran en el baño y alguien intenta abrir la puerta de su cubículo. Clara se queda quieta e intenta respirar a pesar de la sensación de mareo, pero no puede contenerla y esta avanza a la velocidad del vértigo.

«¿Qué me está pasando?»

Vomita de nuevo y oye voces fuera.

—Venga, señorita Bulimia, ya debes de haber echado todo el almuerzo. —Una pausa. Entonces—: Uf, qué olor tan repugnante.

Reconoce la voz de Lorelei Andrews.

Alguien llama a la puerta con suavidad. Oye a Lorelei otra vez, pero hablando en voz más baja:

—¿Estás bien?

Clara hace una pausa.

—Sí —responde.

—¿Clara? ¿Eres tú?

No contesta. Lorelei y alguien más se ríen.

Ella espera a que se vayan y luego tira de la cadena. Fuera, en el pasillo, Rowan está apoyado en los azulejos de la pared. Se alegra de ver su cara, la única que podría soportar en ese momento.

—Te he visto corriendo por el pasillo. ¿Te encuentras bien?

Toby Felt pasa a su lado en ese preciso instante y le da un golpe en la espalda a Rowan con la raqueta de tenis.

—Sé que tienes ganas de marcha, lerdo, pero es tu hermana. Eso no está bien.

Él no tiene nada que decir, o nada que tenga el valor de

decir en voz alta.

—Es un idiota —dice Clara con un susurro—. No sé qué ve Eve en él.

Se da cuenta que su comentario disgusta a su hermano y se arrepiente de haberlo dicho.

—Creía que habías dicho que no le gusta —dice él.

—Bueno, eso pensaba yo. Imaginaba que al tratarse de una persona que posee un cerebro completamente operativo no le gustaría, pero, bueno… me parece que sí le gusta.

Rowan se esfuerza por fingir indiferencia.

—Bueno, en realidad no me importa. Puede gustarle quien quiera. En eso consiste la democracia.

Suena el timbre.

—Intenta olvidarte de ella —le aconseja Clara mientras se dirigen a su siguiente clase—. Si quieres que deje de ser su amiga, lo haré.

Rowan suspira.

—No digas tonterías. No tengo siete años. Mira, solo me gustaba un poco, eso es todo. No ha sido nada.

Entonces Eve aparece de repente tras ellos.

—¿Qué es lo que no era nada?

—Nada —responde Clara, que sabe que su hermano está demasiado nervioso para hablar.

—Nada era nada. Un pensamiento muy nihilista —responde él.

—Pertenecemos a una familia de nihilistas.

Si te has abstenido toda la vida, por fuerza no puedes saber lo que te estás perdiendo. Pero la sed sigue ahí, en lo más profundo, bajo todo aquello que hagas.

El manual del abstemio (2.ª ed.), p. 120

Una ensalada tailandesa de hojas verdes con pollo marinado y aliño de lima y guindilla

—Qué collar tan bonito —se ve obligado a decir Peter a Lorna después de pasar más tiempo del que aconseja la prudencia mirándole el cuello.

Por suerte, ella sonríe agradecida y acaricia las sencillas cuentas blancas.

—Ah, Mark me lo compró hace años. En un mercado de Santa Lucía. En nuestra luna de miel.

La noticia pilla al susodicho con el pie cambiado, que no se da cuenta hasta entonces de que su mujer lleva un collar.

—Ah, ¿sí? No lo recuerdo.

Lorna parece dolida.

—Sí —asegura con voz lastimera—. Me lo regalaste.

Peter intenta concentrarse en otra cosa. Observa a su mujer mientras quita la película de plástico de la ensalada de Lorna y mira a Mark, que toma un sorbo de *sauvignon blanc* de forma tan lenta y con tal recelo que uno podría pensar que se crio en un viñedo del valle del Loira.

—¿Toby ha ido a la fiesta? —pregunta Helen—. Clara sí, a pesar de que no se encuentra del todo bien.

Peter recuerda que su hija fue a verlo una hora antes, mientras él consultaba el correo electrónico. Le preguntó si podía salir y él respondió que sí de forma distraída, sin caer del todo en la cuenta de lo que le estaba pidiendo, de modo que Helen le lanzó una mirada de desdén cuando bajó, pero no abrió la boca mientras preparaba el estofado de cerdo. Quizá le estaba lanzando una pulla. Y quizá tenía razón. Quizá no debería haberle dicho que sí, pero él no es Helen. No puede estar siempre alerta.

—Ni idea —dice Mark, que le pregunta a Lorna—: ¿Ha ido?

Ella asiente y parece algo incómoda por tener que hablar de su hijastro.

—Sí, eso creo, aunque nunca nos dice a dónde va. —Vuelve a centrar la atención en su ensalada, que Helen acaba de servir —: Aquí está. Una ensalada tailandesa de hojas verdes con pollo marinado y aliño de lima y guindilla.

Peter la oye, pero no suenan las alarmas. Además, Helen ya ha probado un bocado, por lo que cree que no pasará nada.

Pincha un trozo de pollo y un poco de berro aliñado con el tenedor y se lo lleva a la boca. Al cabo de menos de un segundo, se está ahogando.

—Ay, Dios —dice.

Helen lo sabe, pero no ha podido avisarlo. Sin embargo, de algún modo, ella ha logrado tragarlo todo y ahora se enjuaga la boca con vino blanco para quitarse el sabor.

Lorna está muy preocupada.

—¿Qué pasa? ¿Pica demasiado?

Peter no lo había olido. La guindilla y los demás ingredientes debían de haber disimulado el olor, pero aquel sabor resulta tan nauseabundo al entrar en contacto con su lengua que se ahoga antes de que le llegue a la garganta. Se pone en pie, se tapa la boca con la mano y se da la vuelta.

—Cielos, Lorna —dice Mark con un tono agresivo que le endurece la voz—. ¿Qué le has hecho?

—¡Ajo! —Peter no puede reprimir las lágrimas mientras se ahoga, como si maldijera el nombre de un enemigo invicto—. ¡Ajo! ¡¿Cuánto le has puesto?! —Se frota la lengua con el dedo, intentando eliminar aquel maldito sabor. Entonces se acuerda del vino. Agarra la copa, se lo bebe de un trago y, a pesar de la visión borrosa, ya que tiene los ojos empañados, ve a Lorna con semblante triste mientras observa los restos de su controvertida ensalada.

—Hay un poco en el aliño y también en el adobo. Lo siento mucho. No sabía que…

Como siempre, Helen responde a bote pronto:

—Peter es un poco alérgico al ajo. Pero estoy segura de que sobrevivirá. Le pasa lo mismo con las chalotas.

—Ah —dice Lorna, sinceramente sorprendida—. Es raro. Es un antioxidante muy útil.

Peter coge la servilleta y tose en la tela blanca. Sin embargo, no llega a escupir todo el vino, sino que se enjuaga la boca con él y, al final, lo acaba tragando.

—Lo siento mucho —dice mientras deja la copa vacía en la mesa—. De verdad, lo siento mucho.

Su mujer le lanza una mirada, mezcla de compasión y desaprobación, mientras se lleva una hoja verde sin aliño a la boca.

Copeland

—¿Os vais de vacaciones este año? —pregunta Helen a sus invitados.

Mark asiente.

—Seguramente. A Cerdeña, tal vez.

—En el Costa Smeralda —añade Lorna, que mira a Peter y desliza un dedo por el borde de su copa de vino.

—¡Oh, Cerdeña! —dice Helen, presa de una extraña sensación de felicidad—. Cerdeña es preciosa. Una vez pasamos la noche allí, ¿verdad, Peter?

Sus invitados parecen confundidos.

—¿Una noche? —pregunta Mark, con un atisbo de recelo—. ¿Es que solo pasasteis allí una noche?

Helen se percata de su error.

—Quiero decir que llegamos de noche —añade. Su marido enarca las cejas con gesto de «A ver cómo te las apañas para salir de esta»—. Fue precioso, llegar a Cagliari… con todas las luces y demás. Y, claro, nos quedamos una semana. O sea, preferimos las estancias cortas, ¡pero ir y volver en una noche sería exagerado!

Se ríe de forma algo burda y acto seguido se pone en pie para traer el segundo plato. Un estofado de cerdo sin ajo, que promete comer sin ninguna metedura de pata innecesaria.

«Debería hablar del libro que estoy leyendo —piensa Helen —. Sería un tema seguro. Al fin y al cabo, no tuvimos una noche salvaje cuando volamos a la China de Mao.»

Sin embargo, no tiene que preocuparse de buscar nuevos temas de conversación, ya que Mark monopoliza el plato principal aburriéndolos con una perorata sobre propiedades.

—La compré cuando el mercado estaba hundido, por lo que tenía todas las de ganar —dice, en referencia a una casa que adquirió en Lowfield Close. Entonces se inclina sobre la mesa

como si estuviera a punto de revelar los secretos del santo grial —. El problema de comprar para alquilar es que puedes elegir las propiedades, pero no siempre a los inquilinos.

—Entiendo —dice Helen, que se da cuenta de que Mark espera algún tipo de afirmación.

—Y el primer y único tipo que se mostró interesado en alquilarla ha sido un absoluto desastre. Un desastre total.

Peter solo le presta atención a medias. Está demasiado ocupado intentando ahuyentar unos pensamientos sobre Lorna mientras da cuenta de su guiso de cerdo. Intenta no mirarla a los ojos y no apartar la vista de su plato, las verduras y el jugo marrón.

—¿Un desastre? —pregunta Helen, que sigue esforzándose en fingir interés por lo que dice Mark.

El invitado asiente con solemnidad.

—Jared Copeland. ¿Lo conocéis?

«Copeland.» Helen tiene que pensar. Le suena de algo.

—Tiene una hija —añade él—. Una chica rubia. Eve, creo.

—Ah, sí. Clara es amiga suya. Solo la he visto en una ocasión, pero parece encantadora. Una chica muy lista.

—Bueno, sea como sea, su padre es un caso raro. Alcohólico, creo. Había trabajado en la policía. En el Departamento de Investigación Criminal o algo por el estilo. Pero nunca lo dirías al verlo. Se quedó en el paro y decidió trasladarse aquí desde Manchester. Me parece algo sin sentido, pero si quiere alquilarme un piso, no se lo voy a impedir. El problema es que no tiene dinero. Solo me ha pagado la fianza y ya está. Lleva viviendo ahí dos meses y no he visto ni un penique más.

—Ay, pobre hombre —dice Helen con sincera compasión—. Está claro que le ha sucedido algo.

—Eso es lo que le dije —tercia Lorna.

Mark pone los ojos en blanco.

—No dirijo una ONG. Ya le he dicho que, si no me paga dentro de una semana, se acabó. Uno no puede atender a sentimientos con este tipo de cosas, Helen. Soy un hombre de negocios. Además, me dijo que no me preocupara, que ha encontrado trabajo. —Mark esboza una sonrisa tan engreída

que Helen se pregunta por qué han invitado a cenar a los Felt —. De basurero. Ha pasado de policía a basurero. Creo que nunca acudiré a él para pedirle consejo profesional.

Helen recuerda al basurero que ha hurgado en su cubo esta mañana.

Sin embargo, su marido no lo ha relacionado. No ha oído la referencia al basurero porque ha coincidido con el momento en que ha notado algo en el pie. Y ahora el corazón le late con furia porque se ha dado cuenta de que es Lorna. Su pie. Una casualidad, supone. Pero no lo mueve, lo deja sobre el suyo, incluso lo frota y oprime con delicadeza el cuero del zapato.

Peter la mira.

Ella sonríe con coquetería. Él mantiene el pie donde está mientras piensa en las barreras que los separan.

Zapato, calcetín, piel.

Deber, matrimonio, cordura.

Cierra los ojos e intenta que la fantasía no vaya más allá de lo sexual. Que sea algo normal. Humano. Pero deber realizar un gran esfuerzo.

Al final aparta el pie, lo desliza bajo su silla y Lorna no aparta la mirada del plato vacío. Pero la sonrisa no desaparece de su rostro.

—Así son los negocios —dice Mark, que está enamorado de esa palabra—. Y tenemos un año de muchos gastos. Queríamos hacer una obra importante en la casa.

—Ah, ¿en qué habíais pensado? —pregunta Helen.

Él carraspea, como si fuera a hacer un anuncio de importancia nacional.

—Estamos pensando en ampliar la casa. En el piso de arriba. Construir una quinta habitación. Peter, vendré a enseñarte los planos antes de pedir los permisos. Existe el riesgo de que deje a la sombra una parte de vuestro jardín.

—Estoy convencido de que no supondrá ningún problema —afirma Peter, que de repente se siente vivo y peligroso—. Diría que para nosotros la sombra casi es un punto a favor.

Helen le da un pellizco en la pierna a su marido con todas sus fuerzas.

—Bueno —dice ella mientras empieza a recoger los platos

—, ¿a quién le apetece un poco de pudin?

Tarántula

Hace frío al aire libre, a pesar de la hoguera, pero parece que a nadie le importa.

La gente baila, bebe y fuma porros.

Clara está sentada en el suelo, mirando la hoguera improvisada que se encuentra a unos cuantos metros frente a ella, estremeciéndose ante su calor y su brillo mientras las llamas devoran la noche a lametazos. Aunque no estuviera enferma, se habría sentido igualmente abatida durante la última hora o el tiempo que quiera que haya pasado desde que Toby Felt ha intentado camelarse a Eve con vodka de garrafón y unas ocurrencias de la misma calidad infecta. Y, en cierto modo, ha funcionado. Ahora se están besando y la mano de él está en la nuca de su amiga y se arrastra como una tarántula de cinco patas.

Y encima está Harper, que no hace sino empeorar aún más la noche de Clara. Lleva diez minutos reclinado y mirándola embobado, con ojos embriagados y hambrientos, haciéndola sentir aún peor.

A ella se le revuelve el estómago, como si el suelo se desplomara. Tiene que irse.

Intenta reunir la energía necesaria para ponerse en pie cuando Eve se aparta de la boca de Toby para hablar con su amiga.

—Dios, Clara, estás muy pálida —dice, borracha pero preocupada—. ¿Quieres que nos vayamos? Podríamos compartir un taxi. Voy a llamar a uno.

Detrás de ella, ve a Toby hablando con Harper, como si quisiera levantarle la moral, y se pregunta fugazmente qué le debe de estar diciendo.

—No, no pasa nada —logra decir Clara, que se hace oír por encima de la percusión de la música—. Voy a llamar a mi

madre en breve. Vendrá a recogerme.

—Puedo llamarla yo si lo prefieres.

Toby le tira de la blusa a Eve.

—No es necesario —dice Clara.

—¿Estás segura? —pregunta Eve, con ojitos de ciervo embriagado.

Clara asiente. No puede hablar. Si lo hace, sabe que acabará vomitando. En lugar de eso, respira hondo e intenta inspirar aire fresco, pero de poco le sirve.

Y entonces, mientras Eve y Toby empiezan a morrearse de nuevo, la náusea se intensifica y se mezcla con un dolor agudo y desgarrador.

«Algo va mal.»

Cierra los ojos y de algún lugar, desde las profundidades más oscuras de su ser, hace acopio de las fuerzas necesarias para ponerse en pie y alejarse de la gente que baila feliz y de las parejas que se besan.

Cobertura

Al cabo de unos minutos Clara está saltando una cerca y se dirige al campo de al lado. Quiere llamar a su madre, pero no tiene cobertura, por lo que sigue caminando. No en línea recta hacia la carretera, no quiere que la vean los que siguen en la fiesta, sino por ese campo que ofrece una forma más discreta de esfumarse.

Saca el teléfono de nuevo. El pequeño símbolo de la antena aún se muestra tachado con una cruz.

Hay vacas durmiendo en el suelo. Formas decapitadas en la oscuridad, como la espalda de las ballenas que irrumpen en la superficie del océano. No se convierten en vacas hasta que se acerca a ellas; se despiertan, sobresaltadas, y huyen desesperadas, dando tumbos. Clara continúa avanzando, sigue un camino diagonal hacia la lejana carretera mientras las voces de la fiesta se entremezclan y se desvanecen tras ella junto con la música y se pierden en la brisa nocturna.

Nunca se había sentido tan mal en toda su vida. Que ya es mucho decir, tratándose de una existencia de infecciones oculares, migrañas de tres días y diarrea recurrente. Debería estar en cama, hecha un ovillo en posición fetal bajo el edredón, gimoteando para sí.

Entonces le sobreviene de nuevo, esa náusea atroz que le hace desear huir de su propio cuerpo.

Tiene que parar.

Tiene que parar y vomitar.

Pero de repente oye algo. Un jadeo pesado.

La hoguera parece encontrarse a varios kilómetros de distancia, un resplandor lejano tras un seto silvestre y espeso que separa ambos campos.

Ve una silueta enorme que avanza dando pequeños saltos.

—Eh —dice una voz entre jadeos. Es un chico—. Clara.

Es Harper. Se siente tan mal que no le preocupa demasiado que la haya seguido. Se encuentra en un estado tan delirante que ha olvidado sus miradas libidinosas y supone que, en realidad, no la está siguiendo. Tal vez se haya dejado algo junto a la hoguera y haya ido a devolvérselo.

—¿Qué? —pregunta ella, que se pone erguida.

Harper se acerca. Luce una gran sonrisa, pero no habla. Está muy borracho, cree Clara. Sin embargo, ella no. Es un zopenco y un matón, pero ella siempre ha considerado que es incapaz de pensar por sí mismo. Y, como Toby no anda por ahí para echarle una mano en ese aspecto, no tiene de qué preocuparse.

—Estás muy guapa —dice, tambaleándose como un árbol enorme al que le han dado un hachazo en la base del tronco. Su voz profunda y congestionada la abruma y aumenta su sensación de mareo.

—No. No lo estoy. Yo…

—Me preguntaba si te gustaría ir a dar un paseo.

—¿Qué?

—Ya sabes, dar un paseo.

Está confundida. Se pregunta de nuevo qué le habrá dicho Toby.

—Ya estoy caminando.

Harper sonríe.

—No pasa nada. Sé que te gusto.

No puede enfrentarse a esa situación. No parece tener a mano su reserva habitual de excusas educadas y útiles para quitárselo de encima. Lo único que puede hacer es seguir andando.

Sin embargo, Harper logra situarse delante de ella, se interpone en su camino y sonríe como si le hubiera contado un chiste. Un chiste que podría resultar feo o desagradable. Él camina hacia atrás mientras ella avanza, permanece delante cuando lo que más necesita Clara es que no haya nadie a su alrededor. Salvo sus padres.

De pronto, Harper le parece peligroso, su cara de borracho revela su potencial de maldad humana. Se pregunta si es así como se sienten los perros y monos de laboratorio cuando se dan cuenta de que los científicos no están ahí para ser buenos

con ellos.

—Por favor —logra pronunciar—, déjame en paz.

Harper se enfada al oír esas palabras, como si ella intentara hacerle daño a propósito.

—Sé que te gusto. Deja de fingir.

Fingir.

La palabra le da vueltas en la cabeza, se convierte en un sonido sin sentido. Está convencida de que nota cómo gira la Tierra alrededor de su eje.

Intenta concentrarse.

Hay una carretera vacía al final del campo.

Lleva a Bishopthorpe.

A sus padres.

A casa.

Y lejos de él.

Debe llamarlos. Debe, debe, debe…

—¡Joder! —suelta Harper.

Le ha vomitado en las zapatillas.

—¡Son nuevas! —añade.

Clara se limpia la boca y se siente un poco más normal.

—Lo siento —se disculpa. Ahora se da cuenta de lo vulnerable que es, tan lejos de la fiesta y de la carretera.

Pasa junto a Harper con apremio y se dirige a la pendiente que lleva a la carretera. Pero él la sigue.

—No pasa nada. Te perdono.

Clara no le hace caso y empieza a marcar el número de sus padres, pero, a causa de los nervios, se mete en los ajustes del teléfono en lugar de en la agenda.

Harper la alcanza.

—He dicho que no pasa nada. —Le ha cambiado la voz. Parece furioso, aunque adorna las palabras con una risa.

—Me encuentro mal. Déjame en paz.

Entra en «Contactos». Está ahí, el número, brillando en la pantalla, con una seguridad reconfortante. Pulsa el botón de llamada.

—Haré que te sientas mejor. Venga, sé que te gusto.

Tiene el teléfono en el oído. Empieza a sonar. Al oír cada balido mecánico, Clara reza para que sus padres contesten.

Pero al cabo de tres o cuatro timbrazos Harper le quita el móvil. Se lo ha arrebatado de malos modos. Lo está apagando.

La cosa se pone seria. Se da cuenta, a pesar de que se encuentra muy mal, de que el chiste se está convirtiendo en humor negro. Ella es una chica y él un chico el doble de grande que ella que podría hacerle lo que le viniera en gana. A cinco kilómetros de allí, piensa, su madre y su padre están manteniendo una conversación amigable con los Felt mientras cenan. Cinco kilómetros nunca le habían parecido una distancia tan grande.

—¿Qué haces?

Ve su móvil desaparecer en el bolsillo de los vaqueros de Harper.

—Tengo tu teléfono. Samsung es una mierda. —Es un niño. Un crío de tres años que se ha convertido en un monstruo.

—Devuélvemelo, por favor. Tengo que llamar a mi madre.

—Ven a buscarlo.

—Devuélvemelo, por favor.

Harper se acerca. Le pasa un brazo por encima. Ella intenta resistirse, pero él no la suelta y la agarra con más fuerza. Clara se da cuenta de que el aliento le huele a alcohol.

—Sé que te gusto —dice él—. Eve le dijo a Toby que te gustaba.

A ella le da un vuelco el corazón, que se acelera presa del pánico.

—Por favor —suplica, una última vez.

—Joder, ¿qué te pasa? Eres tú quien me ha vomitado encima. Eres tan rara como tu hermano.

Intenta besarla. Ella aparta la cabeza.

La voz de Harper la golpea como una pedrada.

—¿Qué pasa, te crees que eres demasiado buena para mí? Pues no lo eres.

Clara grita para pedir ayuda; él no le quita el brazo de encima y se aferra con la mano al cuerpo del que quiere disfrutar.

—¡Ayuda! —grita ella de nuevo y vuelve la cabeza hacia el lugar del que ha venido.

Las palabras solo llegan hasta las vacas, que la observan con

un miedo que ella comparte. Ahora Harper también está asustado. Clara lo ve en su rostro, su sonrisa desesperada y sus ojos asustados. Incapaz de pensar en una solución mejor, le tapa la boca con la mano. Ella mira hacia la carretera. No hay coches. No hay rastro de nadie. Grita, pero solo un murmullo desesperado se cuela entre los dedos. Aquel sonido lo obliga a apretar con más fuerza y le hace daño en la mandíbula.

Le clava las rodillas en la corva y la tira al suelo.

—No eres mejor que yo —dice Harper, que sigue reprimiendo sus gritos con la mano—. Te lo voy a demostrar.

La aplasta bajo su peso mientras desliza la otra mano para encontrar el primer botón de los vaqueros de Clara.

En ese instante, el miedo de ella se convierte en ira. Le da puñetazos en la espalda, le tira del pelo, le muerde la palma de la mano.

Prueba su sangre y le muerde con más fuerza.

—¡Aaagh! ¡Zorra! ¡Aagh!

Algo cambia.

Se le despeja la mente.

De repente el miedo ha desaparecido.

Y la sensación de mareo.

Y la debilidad.

Tan solo la sangre, el delicioso sabor de la sangre humana.

Una sed de la que nunca había sido consciente se sacia y experimenta el alivio de un desierto que absorbe las primeras gotas de lluvia. Se entrega a ello, al sabor, y no oye el grito de Harper mientras aparta la mano de golpe. Algo negro brilla en ella. Una gran herida abierta donde debería estar la palma de la mano, con los huesos intactos. Harper la mira, absolutamente aterrorizado, y ella no se pregunta el motivo. No le asalta ninguna duda.

Se deja llevar por una furia incontrolable y salvaje y, con una súbita fuerza, le da un empujón y lo tira al suelo para mantener ese sabor con vida.

El grito ahogado de Harper se acaba apagando, junto con el tremendo dolor que le ha causado, y a Clara solo le queda el intenso y singular placer de su sangre. Se apodera de ella, ahoga a la chica débil que creía que era y alumbra a alguien

nuevo, su yo verdadero y fuerte, que sale a la superficie.

En este momento, es más poderosa que mil guerreros. De repente el mundo no le infunde ningún miedo, del mismo modo que su cuerpo no siente dolor ni náuseas.

Se queda ensimismada un momento. Siente la intensidad de este presente, libre del pasado y el futuro, y sigue alimentándose bajo el consuelo de un cielo oscuro y sin estrellas.

La sangre, la sangre

Helen se levanta para coger el teléfono, pero deja de sonar incluso antes de que haya salido del comedor. Es raro, piensa, y tiene la vaga sensación de que algo va mal. Regresa junto a sus invitados y ve que Mark Felt se lleva un buen pedazo de pudin de verano a la boca.

—Está delicioso, Helen. Deberías darle la receta a Lorna.

Su mujer lo mira, consciente de que acaba de lanzarle una indirecta. Abre y cierra la boca, la abre de nuevo, pero no dice nada.

—Bueno —dice ella con diplomacia—, creo que se me ha ido la mano con las grosellas. Quizá debería haber comprado algo preparado en Waitrose.

Oyen la música de Rowan, que llega desde el piso de arriba, una taciturna nota de suicidio acompañada con guitarras, una canción que Peter y Helen oyeron por última vez hace años en Londres, en su primera cita. Helen llega a entender la letra —«I want to drown in the flood of your sweet red blood»— y sonríe sin querer, recordando lo mucho que se divirtió esa noche.

—Hace tiempo que tengo ganas de verte —le dice Lorna a Peter con voz de gato restregándose contra un radiador.

—¿Cómo? —pregunta él.

Ella lo mira a los ojos.

—En sentido profesional, quiero decir. Ya sabes, pedir cita y todo eso.

—¿Pedir cita con un médico chapado a la antigua? —pregunta Peter ahora—. Un poco convencional para una reflexóloga, ¿no crees?

Lorna sonríe.

—Bueno, cuanto más se abarca, mejor.

—Sí, supongo que tienes…

Antes de que acabe, el teléfono suena por segunda vez.

—¿Otra vez? —pregunta Helen. Echa la silla hacia atrás y abandona la sala.

En el pasillo, se fija en la hora del pequeño reloj que hay junto al aparato. Son las once menos cinco.

Descuelga y oye la respiración de su hija al otro lado del hilo. Parece que ha estado corriendo.

—¿Clara?

Pasan unos instantes hasta que oye la voz de su hija. Al principio es incapaz de pronunciar palabras coherentes, como si tuviera que aprender a hablar de nuevo.

—¿Clara? ¿Qué pasa?

Entonces llegan las palabras y Helen sabe que se acaba el mundo.

—Ha sido la sangre. No podía parar. Ha sido la sangre, la sangre…

Silencio

Rowan se ha pasado toda la noche en su cuarto, intentando escribir un poema sobre Eve, pero no lo ha logrado.

Se da cuenta de que la casa parece en silencio. No oye las voces forzadas y educadas de sus padres y sus invitados. Oye otra cosa.

Un motor, fuera. Echa un vistazo entre las cortinas justo a tiempo de ver el monovolumen saliendo de casa a toda velocidad y enfilando Orchard Lane.

Qué raro.

Sus padres nunca conducen tan rápido y, mientras se pregunta de forma distraída si les han robado el coche, se pone de nuevo el jersey —se lo había quitado para hacer tres angustiosas flexiones— y baja las escaleras.

Béla Lugosi

Los árboles se mecen en la oscuridad mientras Helen sale del pueblo. Ha querido conducir porque sabía que Peter se pondría hecho una fiera en cuanto se lo dijera, pero, aunque va en el asiento del copiloto, ha decidido esperar hasta que han dejado el pueblo atrás. Le parecía más fácil de aquel modo, lejos de las casas y los caminos de su nueva vida. Ahora le ha dicho que ha sucedido lo inevitable y él le está gritando mientras ella intenta concentrarse en lo que hace, con la mirada clavada en la carretera vacía que se extiende ante ellos.

—Me cago en Dios, Helen —exclama Peter—. ¿Clara lo sabe?

—No.

—Entonces, ¿qué cree que ha ocurrido?

Ella respira hondo, intenta relatarle lo sucedido con detalle y con mucho cuidado.

—El chico ha intentado sobrepasarse y Clara lo ha atacado. Lo ha mordido. No dejaba de hablar de la sangre. Del sabor. Costaba mucho entenderla.

—Pero no ha dicho…

—No.

Peter dice lo que Helen ya sabía que iba a decir y no le queda más remedio que darle la razón.

—Tenemos que explicárselo. A ambos. Deben saberlo.

—Es verdad.

Peter niega con la cabeza y le lanza una mirada furiosa a su mujer, que intenta pasarla por alto. Se concentra en la carretera, intentando asegurarse de que no se pasa el desvío. Pero aun así no puede permanecer impasible a su voz mientras le grita al oído.

—¡Diecisiete años! Y ahora te das cuenta de que deberíamos habérselo dicho. Genial. Genial.

Peter saca el teléfono móvil del bolsillo y empieza a marcar. Se le corta la respiración, está a punto de hablar, pero entonces vacila unos instantes. Un contestador automático.

—Soy yo —dice al final; va a dejar un mensaje—. Sé que hace mucho tiempo. —«No puede ser. No es posible»—. Pero creo que te necesitamos. Clara se ha metido en un problema y no podemos enfrentarnos a ello por nuestra cuenta. —«Lo está haciendo. Está llamando a su hermano»—. Por favor, llámanos en cuanto…

Helen aparta la vista de la carretera y suelta las manos del volante para agarrar el teléfono. Están a punto de estrellarse contra los árboles.

—¿Qué demonios haces? —Pulsa el botón de colgar—. Prometiste que no lo llamarías jamás.

—¿A quién?

—Estabas llamando a Will.

—Helen, hay un cadáver. No podemos manejar esta situación.

—He traído la pala —dice ella, consciente de lo ridículas que parecen sus palabras—. No necesitamos a tu hermano.

Durante unos segundos no dicen nada mientras llegan al desvío y prosiguen.

«¡Will! ¡Ha llamado a Will!»

Y lo más difícil de aceptar es que Helen sabe que su marido cree que ha tomado la decisión más lógica. La carretera se estrecha y los árboles parecen más cercanos, se inclinan hacia delante como los invitados de una boda a medianoche, tocados con extravagantes sombreros.

O como los asistentes a un funeral.

—Podría sacar el cuerpo de ahí volando —dice Peter al cabo de un rato—. Podría estar aquí en diez minutos. Podría solucionar esto.

Helen se aferra al volante con renovada desesperación.

—Me lo prometiste —le recuerda.

—Sé que lo hice —dice él, que asiente con la cabeza—. Prometimos muchas cosas. Pero eso fue antes de que nuestra hija se convirtiera en Béla Lugosi ante un chico en una fiesta celebrada en medio de la nada. No sé ni por qué la dejaste ir.

—Te pidió permiso, pero no le prestaste atención.

Peter reconduce la discusión.

—Aún ejerce. En Manchester. Me escribió un correo electrónico la Navidad pasada.

Helen siente una sacudida.

—¿Te envió un mensaje? No me lo dijiste.

—Me pregunto por qué —dice él mientras Helen reduce la velocidad. Las instrucciones de Clara habían sido vagas, por no decir otra cosa.

—Podría estar en cualquier tramo de la carretera —dice ella.

Peter señala por la ventana.

—Mira.

Helen ve una hoguera en uno de los campos y unas siluetas lejanas. No puede andar muy lejos. Reza en silencio para que nadie esté buscando aún a Clara ni al chico.

—Si no me vas a dejar que lo involucre, lo haré yo mismo —le advierte Peter—. Sacaré el cuerpo de aquí.

Helen desecha la idea.

—No digas tonterías. Además, no podrías. Ya no. Han pasado diecisiete años.

—Podría si probara la sangre. No necesitaría mucha.

Helen mira a su marido con incredulidad.

—Solo estoy pensando en Clara —dice él, intentando no apartar la mirada de la carretera—. Ya sabes cómo va esto. Lo que ocurre. No tendría que enfrentarse a una pena de cárcel. La…

—No —lo corta Helen—. No. Nos llevamos el cuerpo y lo enterramos. Iremos al páramo y lo enterraremos. Como hacen los humanos.

—¡Como hacen los humanos! —exclama él, casi riéndose de ella—. ¡Joder!

—Tenemos que ser fuertes. Si pruebas la sangre, todo podría venirse abajo.

Peter piensa.

—Vale, vale. Tienes razón. Pero antes de hacer esto quiero saber algo.

—¿Qué? —pregunta ella. Incluso en una noche como esta,

sobre todo en una noche como esta, Helen no puede reprimir el temor que le provoca tal frase.

—Quiero saber si… me quieres.

Ella se muestra incrédula por la irrelevancia de la pregunta en su actual crisis.

—Peter, este no es el…

—Helen, debo saberlo.

Es incapaz de responder. Qué curioso. Hay cosas sobre las que resulta muy fácil mentir y otras sobre las que no.

—Peter, esta noche no voy a participar en tus juegos egoístas.

Su marido asiente y toma aire; ya tiene la respuesta. Y entonces ven algo, a alguien, un poco más adelante. Está agachado entre los arbustos.

—Es ella.

Cuando Clara se pone en pie y da un paso al frente para que la vean, todo se vuelve real. La ropa limpia con la que salió de casa está teñida de rojo. La sangre reluce en su jersey y su chaqueta de pana; también tiene manchada la cara y las gafas. Se tapa los ojos para protegerse de la luz deslumbrante de los faros del coche.

—Ay, Dios, Clara —dice la madre.

—Helen, las luces. La vas a cegar.

Las apaga y detiene el coche mientras su hija permanece en el mismo sitio y baja el brazo lentamente. Al cabo de un instante, sale del coche y mira hacia el campo oscuro y el cuerpo que yace inerte, a pesar de que no lo ve. Hace frío. El viento es cortante, ya que no encuentra obstáculo que lo detenga desde el mar hasta alcanzar el páramo. El pelo de Clara ondea, intacto e incólume como el de un bebé.

«La he matado —piensa Helen al ver la expresión de aturdimiento que le crispa el rostro a su hija más que la sangre —. He matado a toda nuestra familia.»

Los campos oscuros

El chico está tendido en el suelo, frente a Peter. Se encuentra en tal estado que resulta obvio que está muerto. Tiene los brazos levantados por encima de la cabeza, como en actitud de rendición. Clara le ha devorado el cuello, el pecho hasta parte del estómago. La carne desgarrada reluce con un brillo casi negro, aunque existen distintos grados de oscuridad que indican diferentes órganos. El intestino grueso está desparramado sobre el estómago, como si fuera una anguila que intenta huir.

Incluso en los viejos tiempos, después de los atracones más salvajes, no se acostumbraba a dejar un cuerpo en aquel estado. Pero no puede negarlo: no está tan horrorizado como debería. Sabía que en cuanto Clara empezase no podría parar y que lo que había sucedido era culpa suya, de él mismo y de su mujer, ya que habían alterado la naturaleza de su hija. Sin embargo, la visión de la sangre lo fascina y reproduce el efecto hipnótico de antaño.

«Dulce, dulce sangre…»

Recupera la compostura e intenta recordar lo que está haciendo. Debe llevar el cuerpo a la parte trasera del coche, tal y como le ha ordenado Helen. Sí, eso es lo que debe hacer. Se agacha, sitúa los brazos bajo la espalda y las piernas del chico e intenta levantarlo. Es imposible. Últimamente se siente muy débil. El muchacho tiene cuerpo de hombre. De un hombre grande, además, con una constitución fuerte, de jugador de rugby.

«Esto es un trabajo para dos personas al menos.» Mira a Helen. Está tapando a Clara con una manta y la abraza con fuerza. Los brazos de su hija cuelgan inertes a ambos lados.

No, puede hacerlo sin ayuda. Tan solo tendrá que arrastrarlo y borrar las huellas. Han anunciado lluvia. Si llueve

lo suficiente, no quedará rastro de nada. Pero ¿y el ADN? En los ochenta no tenían que preocuparse de eso. Will sabría cómo superar aquel escollo. ¿Por qué Helen adoptaba siempre aquella actitud tan rara con él? ¿Cuál era el problema?

Peter agarra el cadáver de los tobillos y lo arrastra por el suelo. Le cuesta un gran esfuerzo y va muy lento.

Se detiene para recuperar el aliento y se mira la sangre de las manos. Le había jurado a Helen que nunca volvería a contemplar lo que está contemplando. Resplandece, pasa del negro al púrpura. Unos faros destellan entre los arbustos a lo lejos. El coche avanza lentamente, como si el conductor buscara algo.

—¡Peter! —grita Helen—. ¡Viene alguien!

Oye que su mujer mete a Clara en el coche y, acto seguido, vuelve a llamarlo:

—¡Peter! ¡Deja el cuerpo!

El cadáver del chico ahora está más cerca de la carretera y cuando pase el coche se podría ver sin problema gracias a la luz deslumbrante de lo que parecen ser unos faros antiniebla. Tira con desesperación del cuerpo, utilizando toda su fuerza y sin hacer caso de las punzadas de dolor que siente en la espalda. No va a lograrlo. Tan solo disponen de unos segundos, no de minutos.

—No —dice. Se mira de nuevo la sangre de las manos antes de que Helen lo alcance—. Lleva a Clara a casa. Yo me ocupo de esto. Puedo encargarme del tema.

—No, Peter…

—Vete a casa. Vete. ¡Por el amor de Dios, Helen, vete de una vez!

Su mujer ni tan siquiera asiente. Se mete en el coche y se va.

Peter observa los faros antiniebla mientras se lame las manos para probar lo que no ha probado en diecisiete años. Y sucede. La fuerza invade su cuerpo y acaba con todas las molestias y dolores. Siente el reajuste rápido y suave de sus dientes y huesos mientras se transforma en su yo más puro. Es una liberación increíble, como si se desvistiera tras pasar varios años atrapado en el mismo traje incómodo.

El coche sigue acercándose.

Introduce la mano en la garganta sangrante del chico y lame la sangre sustanciosa y exquisita. Entonces agarra el cuerpo sin apenas acusar el peso y se alza hacia arriba, por encima de los campos oscuros.

Más y más y más rápido.

Intenta no disfrutar de la sensación, permanecer concentrado en su cometido. Sigue volando, guiándose únicamente por el pensamiento.

Ese es uno de los efectos del sabor de la sangre. Elimina el espacio entre pensamiento y acción. Pensar es hacer. No existe una vida no vivida en tu interior mientras el aire te acaricia el cuerpo, mientras observas los pueblos deprimentes y las poblaciones con mercado —ahora transformadas en bonitos cúmulos de luz— y te diriges más allá de donde acaba la tierra, hacia el mar del Norte.

Y es aquí, en este momento, cuando puede dejar que la sensación se apodere de él.

Ese subidón estimulante que lo hace sentirse vivo de verdad y en el presente, sin temor a las consecuencias del pasado y del futuro, consciente únicamente de la velocidad del aire y de la sangre que saborea en la lengua.

Se adentra varias millas en el mar y, al no ver la sombra de ningún barco debajo, suelta el cuerpo y se pone a trazar círculos en el cielo mientras observa cómo se precipita hacia el agua. Entonces, se lame las manos una vez más. Se chupa los dedos con auténtico deleite y cierra los ojos para paladear el sabor.

«¡Esto es alegría!»

«¡Esto es vida!»

Por un instante, en el aire, está a punto de seguir adelante. Podría ir a Noruega. En Bergen había ambiente vampírico, quizá aún exista. O podría ir a algún lugar con una legislación más laxa. Holanda, tal vez. Algún sitio sin unidades de ballesteros secretas. Podría huir y vivir solo y satisfacer todos los antojos que tuviera. Libre y solo. ¿No era ese el único modo en que podía vivir?

Cierra los ojos y ve el rostro de Clara, la expresión que tenía

cuando la ha encontrado junto a la carretera. Parecía muy alterada e indefensa, ansiosa por descubrir la verdad que él nunca le había revelado. O al menos eso había querido ver él.

«No.»

Incluso a pesar de la sangre que ha probado es un hombre distinto al que dejó atrás, en algún lugar en el agujero negro de cuando rondaba la veintena. No era como su hermano. Duda que pueda serlo jamás.

No ahora.

Mientras se arquea en el aire frío, admira el océano, una vasta lámina de acero que refleja una luna quebrada.

«No, soy un hombre bueno», se dice a sí mismo mientras arrastra su cuerpo y su pesada consciencia hacia casa.

A pesar de que no suelta las manos del volante, Helen no le quita el ojo de encima a su hija, aturdida en el asiento del acompañante.

Hacía tiempo que temía que sucediera algo así. Se ha atormentado a sí misma en varias ocasiones, imaginando situaciones similares. Pero ahora que ha sucedido no tiene la sensación de estar viviendo algo real.

—Quiero que sepas que no es culpa tuya —le dice. En el retrovisor ve que el coche sigue allí, que sus luces antiniebla refulgen en la noche—. Es culpa de esta cosa, Clara. De esta afección. Todos la padecemos, pero ha permanecido… latente… durante años. Durante toda tu vida. Y la de Rowan. Tu padre y yo, papá y yo, no queríamos que lo supierais. Creíamos que si no lo sabías… Que la educación se impondría a la naturaleza, eso es lo que creíamos…

Pasan junto al campo donde los chicos aún bailan en torno a la hoguera mortecina. Helen sabe que tiene el deber de seguir hablando, de colmar a su hija de explicaciones. Tiene que tender puentes sobre el silencio. Ocultar la verdad con velos. Sin embargo, por dentro se está derrumbando.

—… Pero esta cosa… es fuerte… Es fuerte como un tiburón. Y siempre está ahí, por muy tranquilas que estén las aguas. Está ahí. Debajo. Lista para…

En el retrovisor, los faros antiniebla dejan de moverse y se apagan. Helen siente un pequeño alivio al saber que ya no las siguen.

—Pero la cuestión es que —dice, tras recuperar el control de su voz— no pasa nada. No pasa nada porque también somos fuertes, cariño, y superaremos esto y regresaremos a la normalidad, te lo prometo. No…

Helen ve la sangre reseca en el rostro de Clara, alrededor de la boca, la nariz y la barbilla.

Como si fuera camuflaje.

«¿Cuánta sangre ha bebido?»

Siente un gran dolor mientras se hace la pregunta. El dolor de haber construido algo, con el mismo esmero que si se tratara de una catedral, y acabar dándose cuenta de que se derrumbará y aplastará a todo el mundo y todo aquello que le importa.

—¿Qué soy? —pregunta Clara.

Es demasiado. Helen no tiene la menor idea de qué responder y se enjuga las lágrimas de los ojos. Al final, halla las palabras.

—Eres lo que siempre has sido. Eres tú. Clara. Y…

De repente un recuerdo se filtra en su mente. Helen acaricia a su hija de un año para que se duerma, después de otra pesadilla. Le canta «Rema, rema, rema tu barca» unas cien veces para calmarla.

Le gustaría revivir aquel momento y que existiera alguna nana que pudiera cantarle en ese instante.

—Y lo siento, cielo —dice mientras los árboles oscuros pasan fugazmente por la ventana—, pero todo va a ir bien. Va a ir bien. Te lo prometo. Todo va a ir bien.

Me llamo Will Radley

En el aparcamiento de un supermercado de Manchester hay una mujer que mira al hermano de Peter a los ojos, presa de un deseo indecible. No tiene ni la más remota idea de lo que está haciendo. Sabe Dios qué hora es y se encuentra en el aparcamiento con él, con un hombre increíble e hipnóticamente fascinante. Su último cliente del día, que se había presentado en la caja con un paquete de toallitas húmedas e hilo dental.

—Hola, Julie —le había dicho, tras leer su nombre en la chapa.

Tenía un aspecto horrible, parecía un rockero desaliñado de algún grupo pasado de moda que aún creía que una gabardina andrajosa era una declaración de buen gusto. Y era a todas luces mayor que ella, pero cuando la cajera intentó adivinar su edad, le resultó imposible.

Sin embargo, incluso a primera vista, ella había sentido que algo se despertaba en su interior. El estado semicomatoso que se había autoinducido al inicio de su turno —que mantuvo mientras pasaba los artículos por el lector de códigos de barras y arrancaba los tickets de compra de la caja— había desaparecido de repente y se había sentido extrañamente viva.

Fue víctima de todos los clichés en los que cree una persona con tendencia a enamorarse: el ritmo acelerado del corazón, la sensación de mareo al subir la sangre a la cabeza, el agradable calorcillo en el estómago…

Habían coqueteado durante una conversación sobre algo, pero ahora ella se encontraba en el aparcamiento y apenas recordaba el tema. ¿Su piercing del labio? Sí. A él le había gustado, pero creía que las mechas púrpura de su pelo teñido de negro no le quedaban mal, además del piercing y del maquillaje pálido.

—El estilo gótico te seguiría quedando bien si fuera un poquito menos extremo.

Jamás aceptaba comentarios estúpidos como aquel de Trevor, su novio, y sin embargo lo había aceptado de aquel absoluto desconocido. Incluso había accedido a verlo diez minutos después, en el banco que había fuera, arriesgándose a que la pillaran todos los cotillas con los que trabaja cuando acabaran su turno.

Hablaron. Se quedaron allí sentados mientras los coches iban desfilando, uno a uno. Le pareció que pasaban unos cuantos minutos, pero debió de ser más de una hora. Y ahora, sin advertencia previa, él se pone en pie y le hace un gesto para que ella haga lo mismo y echan a caminar sin rumbo fijo por el asfalto. Entonces ella se detiene y se apoya en una cámper Volkswagen vieja y destartalada, el único vehículo que queda en el aparcamiento. Debería estar con Trevor, que se estará preguntando dónde anda. O quizá no. Quizá está jugando al *World of Warcraft* y no piensa en ella para nada. Pero, en realidad, no le importa lo que esté haciendo. Siente la necesidad de seguir oyendo esa voz. Esa voz diabólica, firme y sonora.

—Entonces, ¿te gusto? —le pregunta ella.

—Despiertas mi apetito, si a eso te refieres.

—Pues deberías llevarme a cenar. Si tienes hambre, vamos.

Él sonríe con descaro.

—Estaba pensando en que podrías acompañarme a mi casa.

Mientras la examina con sus ojos oscuros, ella se olvida del frío, de Trevor, de todo lo que se supone que debes recordar cuando hablas con un desconocido en el aparcamiento.

—Vale. ¿Dónde está tu casa?

—Estás apoyada en ella —le responde.

Ella se ríe, no para de hacerlo.

—Vale —dice y le da una palmadita a la furgoneta. No está acostumbrada a tantas aventuras después del trabajo.

—Vale —repite él.

Ella tiene ganas de besarlo, pero intenta contenerse. Intenta cerrar los ojos y ver el rostro de Trevor, pero él no está ahí.

—Seguramente debería decirte que tengo novio.

El hombre parece encantado con la noticia.

—Debería haberlo invitado a cenar. —Le tiende la mano y ella la toma.

El móvil de él empieza a sonar. Ella reconoce la melodía: *Sympathy for the Devil.*

No responde a la llamada, sino que la acompaña al otro lado de la furgoneta y abre la puerta deslizante. El interior es un caos de ropa, libros desgastados y casetes antiguos. Ella ve botellas llenas y vacías de vino tinto tiradas junto a un colchón sin sábanas.

Lo mira y se da cuenta de que nunca ha conocido a nadie tan atractivo en toda su vida.

Él le hace un gesto para que entre.

—Bienvenida al castillo.

—¿Quién eres? —le pregunta ella.

—Me llamo Will Radley, si te refieres a eso.

Ella no está segura de que se refiera a eso, pero asiente y dobla la rodilla para entrar en la furgoneta.

Will se pregunta si vale la pena realizar todo el esfuerzo por esa chica. Se da cuenta de que el problema es que ha alcanzado un punto en el que incluso el placer, la búsqueda y la consecución fácil de lo deseado, desarrolla su propia rutina. Y el problema de la rutina, como siempre, es que genera el mismo aburrimiento que sufren todos los demás, los abstemios y los exangües.

Ella está mirando la botella. Es poco probable que Julie, esta chica que tan fácilmente se ha dejado atraer hasta aquí, sepa la mitad de bien que la mujer con la que mata la sed, Isobel Child, la segunda vampira más deliciosa a la que ha conocido. Pero esta noche no podría soportar que Isobel ni ninguno de esos chupasangres temerosos de la policía le dijeran cómo debe vivir.

—Bueno, ¿y a qué te dedicas? —le pregunta Julie.

—Soy profesor —responde él—. Bueno, lo era. Ya nadie quiere que «profese».

Julie enciende un cigarrillo y le da una buena calada,

todavía intrigada por la botella.

—¿Qué bebes?

—Es sangre de vampiro.

A Julie la respuesta le parece divertidísima. Echa la cabeza hacia atrás para soltar la carcajada y Will se recrea con un primer plano de su cuello. La piel pálida se encuentra con el maquillaje aún más pálido. Su preferencia habitual. Tiene un lunar pequeño y liso cerca de la garganta. La veta turquesa de una vena bajo la barbilla. Will toma aire por la nariz y alcanza a percibir su aroma, los ríos de Rh negativo y desnutrido impregnados de nicotina que corren por su cuerpo.

—¡Sangre de vampiro! —Echa la cabeza hacia delante—. ¡Qué gracia!

—Podría llamarlo jarabe, o néctar, o jugo de la vida si lo prefieres. Pero ¿sabes qué? Por regla general no me gustan los eufemismos.

—Entonces —dice ella, sin dejar de reír—, ¿por qué bebes sangre de vampiro?

—Porque refuerza mis poderes.

A Julie le gusta aquello. El juego de roles.

—Ah, pues venga. Utilice sus poderes conmigo, señor Drácula.

Will para de beber, tapa la botella con el corcho y la deja en el suelo.

—Prefiero conde Orlok, pero Drácula me vale.

Julie adopta un gesto tímido.

—Entonces, ¿vas a morderme?

Will duda.

—Yo en tu lugar tendría más cuidado con lo que deseas, Julie.

Ella se acerca, se pone a horcajadas sobre él y empieza a besarlo, desde la frente hasta los labios.

Él aparta la cara, la hunde en el cuello de Julie y se embebe de lo que está a punto de degustar, intentando pasar por alto el perfume barato que lleva.

—Venga —dice ella, que ignora que se trata de su última petición—. Muérdeme.

Cuando Will acaba con Julie, la mira, yacente con su uniforme empapado de sangre, y se siente vacío. Un artista que observa una de sus obras menores.

Coge el teléfono y escucha el primer y único mensaje de su buzón de voz.

Es su hermano.

Es Peter, que le pide ayuda.

«¡Peter!»

«¡El pequeño Petey!»

Necesitan su ayuda, porque, a juzgar por el tono de voz, Clara ha sido una chica mala.

«Clara es la hija —se recuerda a sí mismo—, la hermana de Rowan.»

Pero entonces el mensaje se corta. La línea se convierte en un zumbido. Y sucede lo mismo de siempre: él se queda sentado en la furgoneta con una chica muerta, varias botellas de sangre y una cajita de zapatos llena de recuerdos.

Busca el número en la lista de llamadas y lo marca, sin suerte. Peter ha apagado el teléfono.

«Qué curiosisísimo.»

Sortea por encima a Julie y ni tan siquiera se le pasa por la cabeza la idea de deslizar el dedo por el cuello de la chica para satisfacer otro antojo. La caja de zapatos se encuentra entre el asiento del conductor y su botella de sangre más especial, que mantiene envuelta dentro de un viejo saco de dormir.

—Petey, Petey, Petey —dice mientras quita la goma de la caja buscando no las cartas y fotografías familiares, sino el número escrito en la parte interior de la tapa, copiado de un número escrito en un recibo, que a su vez había copiado del mensaje de correo electrónico de Peter, que había leído en un cibercafé de Leópolis, donde había pasado la última Navidad con algunos miembros de la rama ucraniana de la Sociedad Sheridan, de camino a casa tras partir de Siberia.

Es el único número fijo que ha apuntado jamás.

Marca… y espera.

La infinita soledad de los árboles

Al bajar, Rowan descubre que no solo se han marchado todos del salón, sino que sus padres no han recogido los platos. Incluso el pudin de verano sigue fuera.

Mira el oscuro y jugoso zumo de frutas rojo que rezuma del centro del pudin y decide que tiene hambre y se sirve un plato para él. Acto seguido se va a la sala de estar y come frente al televisor. Ve *Newsnight Review,* su programa favorito. Aquellos intelectuales sentados en sillas y hablando de obras de teatro y libros y exposiciones de arte tienen un algo que lo tranquiliza y esta noche no es una excepción. Mientras debaten sobre una nueva versión sadomasoquista de *La fierecilla domada,* Rowan permanece sentado y se come el pudin. Cuando ha acabado se da cuenta de que, como siempre, aún tiene hambre. Sin embargo, no se mueve, ligeramente preocupado por sus padres. Seguro que Clara los ha llamado para que vayan a buscarla. Pero ¿por qué no le han dicho que se iban?

Los célebres intelectuales pasan a hablar de un libro titulado *La infinita soledad de los árboles,* de Alistair Hobart, el galardonado autor de *Cuando cante el último gorrión.*

Rowan tiene un objetivo secreto en la vida. Quiere escribir una novela. Tiene ideas, pero no parece capaz de plasmarlas por escrito.

El problema es que todas son un poco lúgubres. Siempre giran en torno al suicidio, el apocalipsis o, cada vez con mayor frecuencia, algún tipo de canibalismo. Por lo general, están ambientadas dos siglos antes, pero tiene una idea que transcurre en el futuro. Es su idea más feliz: el final inminente del mundo. Un cometa se dirige hacia la Tierra y, después de que hayan fracasado varios intentos intergubernamentales para detenerlo, la gente se resigna a morir al cabo de unos cien días. La única posibilidad de sobrevivir consiste en participar en un

gigantesco sorteo global, en el que quinientos afortunados ganarán un billete para viajar a una estación espacial donde formarán su propia comunidad autoabastecida. Rowan la ve como una especie de invernadero que orbita alrededor de Venus. Entonces un chico, un muchacho delgado de diecisiete años que sufre alergias dermatológicas, gana un billete, pero renuncia a él para pasar siete días más en la Tierra con la chica a la que ama. El chico se llamará Ewan. La chica, Eva.

Aún no ha escrito ni una palabra. En su fuero interno sabe que, en realidad, nunca será novelista. Se dedicará a la venta de espacios publicitarios o, tal vez, si tiene suerte, trabajará en una galería o será guionista de anuncios o algo por el estilo. Pero incluso eso le parece una posibilidad muy remota, teniendo en cuenta que probablemente las entrevistas se le darán fatal. La última —para trabajar de camarero en banquetes de boda de alto copete en el Willows Hotel de Thirsk los sábados por la tarde— había sido un absoluto desastre y a punto estuvo de acabar hiperventilando. A pesar de que era el único candidato, la señora Hodge-Simmons se había mostrado muy reticente a contratarlo; sus reservas se vieron confirmadas cuando Rowan acabó quedándose dormido mientras servía la mesa presidencial y derramó de forma inconsciente el jugo de la carne asada sobre el regazo de la madre del novio.

Se rasca el brazo mientras desea ser Alistair Hobart; seguro que Eve lo amaría si hablaran de él en la televisión nacional. Entonces, mientras Kirsty Wark empieza a poner el punto final al programa, suena el teléfono.

Uno de los aparatos se encuentra sobre la mesita que hay junto al sofá, fuera de su base. Lo coge.

—¿Diga? —Oye a alguien que respira al otro lado de la línea—. ¿Diga? ¿Quién es? ¿Diga?

Sea quien sea ha decidido no hablar.

—¿Diga? —Oye como un chasquido. Una especie de «tut», tal vez, seguido de un suspiro—. ¿Diga?

Solo se oye el tono de llamada, con su zumbido inquietante.

Entonces el coche se detiene en la entrada.

Loción de calamina

Eve ve a un hombre cruzando el campo y dirigirse hacia ellos. Hasta que no la llama por su nombre, no se da cuenta de que es su padre. El bochorno que le causa la situación tiene un efecto apabullante en ella, que se encoge a medida que el hombre se acerca.

Toby también lo ha visto.

—¿Quién es? ¿Es…?

—Mi padre.

—¿Qué hace?

—No lo sé —responde Eve, aunque sabe a la perfección lo que está haciendo. Va a convertirla en una apestada social. Intenta limitar los daños poniéndose en pie.

Le lanza una sonrisa de disculpa a Toby.

—Lo siento —dice mientras camina hacia atrás por la hierba —. Tengo que irme.

Jared le mira la blusa y la piel desnuda que deja al descubierto. La misma que en una ocasión le untó con loción de calamina, cuando su hija cayó sobre unas ortigas mientras estaban de vacaciones.

El aire del coche está enrarecido por el perfume y el alcohol. Sabe que cualquier otro padre aceptaría aquella situación como algo habitual en los adolescentes, pero cualquier otro padre no sabe lo que él sabe: que la línea entre mito y realidad la traza gente en la que no se puede confiar.

—Hueles a alcohol —le dice a su hija con un tono más furioso de lo que pretendía.

—Tengo diecisiete años, papá. Es viernes por la noche. Tengo derecho a disfrutar un poco.

Él intenta calmarse. Quiere que piense en el pasado. Si lo

logra, se quedará anclada allí y la ayudará a mantenerse a salvo.

—Eve, ¿recuerdas cuando…?

—No me puedo creer que lo hayas hecho —dice ella—. Es humillante. Es… como si estuviéramos en la Edad Media. Me tratas como si fuera Rapunzel o algo así.

—Dijiste que volverías a las once.

Eve mira el reloj.

—Dios, llego media hora tarde. —Se da cuenta de que su padre debe de haber salido de casa a las once y diez.

—El hecho de verte ahí con ese chico en actitud… —Niega con la cabeza.

Eve mira hacia los setos que pasan fugazmente por la ventanilla; desearía haber sido otra cosa al nacer, un pequeño tordo o un estornino o algo que pudiera salir volando sin tener que pensar en todo lo que tiene en la cabeza.

—Ese chico es Toby Felt —dice Eve—. Su padre es Mark Felt. Hablará con él sobre el alquiler. Le he dicho que ahora tienes trabajo y que pagarás el doble el mes que viene, y él se lo va a decir a su padre para que no haya ningún problema.

Jared ya no lo aguanta más. Aquello es demasiado.

—Oh, ¿y qué ha obtenido a cambio de ese favor? ¿Eh?

—¿Qué?

—No voy a permitir que mi hija se prostituya en el campo un viernes por la noche para lograr que el casero nos haga un favor.

Eve se enfurece.

—No me estaba prostituyendo. ¡Dios! ¿Es que no debía decirle nada?

—No, Eve, no debías.

—Y, entonces, ¿qué? No tenemos donde vivir, ¿vamos a mudarnos y a volver a empezar con toda esta mierda? Ya puestos, podríamos irnos a una pensión cutre. O encontrar una marquesina de autobús acogedora donde dormir. Porque, si no espabilas, papá, y dejas de pensar en las chorradas en las que estás siempre pensando, acabaré prostituyéndome para que podamos comer.

Eve se arrepiente al instante de todo lo que ha dicho. Su

padre está al borde de las lágrimas.

Y por un momento ella no ve al hombre que acaba de avergonzarla delante de sus amigos. Tan solo ve al hombre que ha sufrido lo mismo que ella, de modo que no dice nada y mira las manos aferradas al volante y la infinita tristeza de la alianza que nunca se quitará del dedo.

Las doce y diez

Rowan está apoyado en la secadora mientras su madre se ocupa de Clara en la ducha del piso de abajo.

—Estoy muy confundido —dice, a través de la puerta.

Está subestimando el caso. Hace tan solo un rato su madre ha regresado con su hermana, que estaba cubierta de algo que parecía sangre. Literalmente cubierta, como un recién nacido, y apenas resultaba reconocible. Parecía impasible, ausente. Casi hipnotizada.

—Por favor, Rowan —dice su madre mientras el agua corre en la ducha—. Ya hablaremos de ello dentro de un rato. Cuando llegue papá.

—¿Dónde está?

Helen no hace caso de la pregunta y Rowan la oye hablar con su hermana ensangrentada.

—Aún está un poco fría. Vale, ahora mejor. Ya puedes entrar.

Él lo intenta de nuevo.

—¿Dónde está papá?

—Llegará dentro de poco. Ha… tenido que ir a solucionar un asunto.

—¿A solucionar algo? ¿Qué pasa, que somos la Cosa Nostra ahora?

—Por favor, Rowan, luego.

Su madre parece enfadada, pero él no puede evitarlo y sigue con las preguntas.

—¿De dónde ha salido tanta sangre? —pregunta—. ¿Qué le ha pasado?… Clara, ¿qué sucede? Mamá, ¿por qué no habla? ¿Por eso recibimos llamadas raras?

Esta última parece surtir efecto. Su madre abre la puerta de la ducha y lo mira a los ojos.

—¿Llamadas de teléfono? —pregunta.

Rowan asiente.

—Ha llamado alguien, pero no ha dicho nada. Justo antes de que volvierais.

Ve cómo se le crispa el rostro a su madre.

—No —dice ella—. Ay, Dios. No.

—Mamá, ¿qué pasa?

Oye a su hermana, que se mete en la ducha.

—Enciende la chimenea —dice su madre.

Rowan se mira el reloj. Son las doce y diez, pero la mujer es categórica.

—Por favor, ve a buscar un poco de carbón afuera y enciende la chimenea.

Helen espera a que su hijo la obedezca y desea que la carbonera estuviera más lejos, para que tuviera tiempo de organizarlo todo. Va al teléfono para averiguar quién ha llamado. Ya sabe que ha sido él. No conoce el número que la voz fría y robótica le da, pero sabe, cuando lo marca, que oirá la voz de Will.

Procede y siente un martilleo en la cabeza producto del pánico que la atenaza.

Alguien responde.

—¿Will? —pregunta.

Y entonces se hace presente. Su voz es tan real como siempre ha sido, suena joven y vieja al mismo tiempo.

—Vaya, he soñado con esto miles de veces…

En cierto modo, esto es lo más duro de toda la noche. Helen ha luchado durante mucho tiempo para eliminar los pensamientos de su existencia, para no hablar con él, para no sentir que su profunda voz saciaba una sed oculta en su interior y se adentraba en su alma como un río.

—No vengas —dice ella entre susurros y con un deje de apremio—. Will, esto es importante. No vengas.

Rowan ya debe de haber llenado el cubo de carbón y se estará dirigiendo a la casa.

—Normalmente es un poco distinto —dice Will—. El sueño.

Helen sabe que tiene que hacérselo entender, que debe

evitar que suceda.

—No te necesitamos. Está solucionado.

Will se ríe y provoca interferencias en la línea.

Helen podría derrumbarse. Mira uno de los cuadros del vestíbulo. La acuarela de un manzano. Se vuelve borrosa y debe hacer un gran esfuerzo para volver a verla con claridad.

—Estoy muy bien, gracias, Hel. ¿Y tú? —Hace una pausa—. ¿Aún piensas en París?

—Estaré mejor si no apareces por aquí.

La ducha se para. Clara debe de estar saliendo. Oye otro ruido. La puerta trasera. Rowan.

Sin embargo, la voz diabólica que llega a su oído no desaparece.

—Bueno, ahora que lo mencionas, yo también te he echado de menos. Diecisiete años son muchos y dan para sentirse muy solo.

Helen cierra los ojos con fuerza. Will sabe de lo que es capaz. Sabe que puede tirar suavemente de un hilo y desenredarlo todo.

—Por favor —suplica ella.

Él permanece en silencio.

Helen abre los ojos y ve a Rowan con un cubo lleno de carbón. Está mirando el teléfono y a ella, cuyo rostro se ha convertido en una plegaria temerosa.

—Es él, ¿verdad? —dice Will.

—Tengo que irme —replica Helen, que pulsa el botón rojo.

Rowan le lanza una mirada a medio camino entre el recelo y la confusión. Ella se siente desnuda ante su hijo.

—¿Por qué no enciendes la chimenea? —Es lo único que puede decir. Pero su hijo permanece allí, sin moverse ni decir nada durante unos cuantos segundos—. Por favor.

Rowan asiente, como si hubiera entendido algo, y se vuelve.

Cierto tipo de hambre

La noche se mueve a la velocidad del pánico.

Peter vuelve a casa.

Quema su ropa y la de Clara en las virulentas llamas de la chimenea.

Le cuentan la verdad a Rowan. O la mitad de la verdad, y ni tan siquiera eso se lo cree el hijo.

—¿Que ha matado a Harper? ¿Has matado a Stuart Harper? ¿A mordiscos?

—Sí —dice Peter—, eso ha hecho.

—Sé que todo esto parece muy raro —añade Helen.

Rowan lanza un gruñido de incredulidad.

—Mamá, esto es mucho más que raro.

—Lo sé. Hay que asimilar muchas cosas.

A Peter solo le queda deshacerse de los pantalones. Hace una bola con ellos y los tira al hogar. Aprieta el tejido de algodón con el atizador para asegurarse de que no queda nada de ellos. Es como ver desaparecer otra vida.

Y entonces Clara decide hablar, en voz baja pero firme.

—¿Qué me ha pasado?

Sus padres se vuelven para mirarla, sentada ahí con la bata verde que le compraron cuando tenía doce o trece años, pero que aún le queda bien. Sin embargo, esta noche tiene un aspecto distinto. Ha desaparecido algo, reemplazado por otra cosa. No está tan asustada como debería. Desliza las gafas por el puente de la nariz y vuelve a ponérselas en su sitio, como si quisiera comprobar que ve bien.

—Te provocó —le dice Helen, frotándole la rodilla con una mano para calmarla—. Ese chico te provocó. Y desencadenó algo. Ya sabes, por eso has estado enferma. Por no comer carne. Mira, esta enfermedad, esta afección, te la transmitimos nosotros. Es hereditaria y provoca cierto tipo de hambre que

hay que manejar con sumo cuidado.

La palabra llama la atención de Peter.

«¡Enfermedad!»

«¡Afección!»

«¡Cierto tipo de hambre!»

Clara mira a su madre; hay algo que no acaba de comprender.

—No lo entiendo.

—Bueno, se trata de un extraño trastorno biológico…

«Ya basta», decide Peter. Interrumpe a su mujer y mira a su hija a los ojos.

—Somos vampiros, Clara.

—Peter.

El susurro cortante de su mujer no lo detendrá y se reafirma sin que le tiemble la voz:

—Vampiros. Eso es lo que somos.

Mira a ambos chicos y ve que Clara parece entenderlo mejor que Rowan. Después de lo que ha hecho, Peter sabe que incluso podría hallar consuelo en la verdad. Pero esa misma verdad acaba de estallarle en la cara a su hijo, que se muestra estupefacto.

—Es una… ¿metáfora? —pregunta, intentando aferrarse a la realidad que ha conocido hasta entonces.

Peter niega con la cabeza.

Rowan hace lo propio, pero con gesto de incredulidad. Sale por la puerta. Permanecen en silencio mientras él sube por las escaleras.

Peter mira a Helen; espera que esté furiosa, pero no es así. Triste, nerviosa, pero también quizá algo aliviada.

—Es mejor que vayas a verlo —le dice ella.

—Sí —dice él—, ahora voy.

Crucifijos, rosarios y agua sagrada

Durante diecisiete años, Peter y Helen han mentido de forma continuada a su hijo Rowan. El muchacho se da cuenta de que esto significa que toda su vida ha sido una larga ilusión.

—Por eso no puedo dormir —dice, sentado en su cama junto a su padre—. ¿No es así? Por eso tengo siempre hambre. Y por eso tengo que ponerme siempre filtro solar.

Su padre asiente.

—Sí, así es.

Rowan cae en la cuenta de algo: la afección de la piel que le han dicho que sufría.

—¡Fotodermatosis!

—Tenía que decirte algo —confiesa Peter—. Soy médico.

—Me has mentido. A diario. Me has mentido.

Rowan ve una mancha de sangre en la mejilla de su padre.

—Eres un chico sensible, Rowan. No queríamos hacerte daño. Lo cierto es que no es tan raro como cree la gente. —Señala el espejo de la pared—. Tenemos reflejo.

¡Reflejo! ¿Y eso qué importaba, cuando no conocías a la persona que te devolvía la mirada?

Rowan permanece mudo.

No quiere mantener esta conversación. Tardaría un siglo en asimilar tan solo lo que ha sucedido esta noche, pero su padre sigue dale que te pego, como si le hablara de alguna ETS o de la masturbación.

—Y todas esas cosas sobre los crucifijos, los rosarios y el agua sagrada no son más que chorradas supersticiosas. Una realización de deseos subconscientes católicos. Sin embargo, lo del ajo es cierto, obviamente.

Rowan piensa en las náuseas que siente cada vez que pasa frente a un restaurante italiano o se encuentra a alguien a quien le huele el aliento a ajo, o cuando le entraron arcadas

una vez que compró un sándwich de humus en El Glotón Hambriento.

Es un bicho raro de verdad.

—Quiero morirme —dice.

Su padre se rasca la barbilla y suelta un suspiro largo y lento.

—Bueno, tarde o temprano sucederá. Sin sangre, incluso con la cantidad de carne que intentamos comer, nos encontramos en una situación bastante desfavorecida desde el punto de vista físico. Ya sabes, no te contamos todo esto porque no queríamos que te deprimieras.

—¡Papá, somos asesinos! ¡Harper! Clara lo ha matado. Es que no doy crédito.

—Bueno —dice Peter—, existe la posibilidad de que vivas toda la vida como un ser humano normal.

Tiene que estar bromeando.

—¡Un ser humano normal! ¡Un ser humano normal! —Rowan está a punto de echarse a reír mientras lo dice—. Que tiene picores, sufre insomnio y es incapaz de hacer diez flexiones seguidas. —Se da cuenta de algo—. Por eso en el instituto piensan que soy un bicho raro. Lo notan, ¿verdad? Notan que, subconscientemente, ansío su sangre.

Rowan se apoya contra la pared y cierra los ojos mientras su padre prosigue con su sermón de introducción al vampirismo. Al parecer, hay un gran número de personajes importantes que han sido vampiros. Pintores, poetas, filósofos… Su padre le hace una lista.

Homero.

Ovidio.

Maquiavelo.

Caravaggio.

Nietzsche.

Casi todos los románticos, salvo Wordsworth.

Bram Stoker. (Creó su propaganda antivampírica durante sus años de abstinencia.)

Jimi Hendrix.

—Y los vampiros no viven eternamente —prosigue Peter—, pero si siguen una estricta dieta de sangre y no salen a la calle

a la luz del día pueden vivir muchos años. Se conocen casos de vampiros de más de doscientos años. Y algunos de los más estrictos fingen su muerte a una edad joven, como hizo Byron en el campo de batalla de Grecia, simulando que tenía pie de trinchera. Luego adoptan una nueva identidad cada diez años, más o menos.

—¿Byron? —Rowan no puede evitar sentir cierto consuelo al saberlo.

Su padre asiente y le da una palmada en la rodilla a su hijo, un gesto de apoyo.

—Por lo que sé, aún está vivo. Lo vi en la década de 1980, pinchando con Thomas de Quincey en una fiesta en su cueva de Ibiza. Don Juan y DJ Opio se hacían llamar. Sabe Dios si aún siguen en ello.

Rowan mira a su padre y se da cuenta de que está más animado de lo habitual. También ve una mancha de sangre que no ha logrado limpiarse.

—Pero no está bien. Somos bichos raros.

—Eres un joven con gran talento, amable e inteligente. No eres un bicho raro. Eres alguien que ha superado grandes adversidades sin ser consciente de ellas. Mira, Rowan, la cuestión es que la sangre es un anhelo. Y sumamente adictiva. Despierta una sensación que se apodera de ti. Te hace muy fuerte, te da una increíble sensación de poder, te incita a creer que puedes hacer o crear cualquier cosa.

Por unos instantes, Rowan ve a su padre perdido, hipnotizado por algún recuerdo.

—Papá —pregunta, hecho un manojo de nervios—, ¿alguna vez has matado a alguien?

Está claro que a Peter le incomoda la pregunta.

—He intentado evitarlo. He procurado consumir solo la sangre que podíamos conseguir por otros medios. Como en el hospital. Mira, la policía nunca ha reconocido oficialmente nuestra existencia, pero tenía unidades especiales. A buen seguro aún las tienen, no lo sé. Conocíamos a mucha gente que desaparecía sin más. Asesinada. De modo que intentábamos ser muy cuidadosos. Pero la sangre humana está mejor fresca y a veces los anhelos eran muy fuertes, y la sensación que nos

daba… la «energía», tal y como dicen… —Mira a Rowan y le ofrece con los ojos el resto de la confesión—. No se puede ser así —dice con una voz preñada de un deje de tristeza silenciosa—. Tu madre tenía razón. Tiene razón. Es mejor como estamos ahora. Aunque eso implique que muramos más jóvenes, aunque nos sintamos como una mierda gran parte del tiempo. Es mejor ser bueno. Ahora, escucha: espérame aquí mientras voy a buscarte algo.

Peter sale de la habitación y regresa al cabo de un instante con un viejo libro en edición de tapa blanda, con una cubierta gris y austera. Se lo da a Rowan, que lee el título: *El manual del abstemio.*

—¿Qué es?

—Es una ayuda. Lo escribió un grupo anónimo de abstemios en la década de 1980. Léelo. Todas las respuestas están ahí.

Rowan hojea las páginas amarillentas y ajadas. Son palabras reales impresas en papel real que confieren un viso de mayor autenticidad a todo. Lee unas cuantas frases.

«Debemos aprender que las cosas que deseamos a menudo son las cosas que podrían conducir a nuestra autodestrucción. Debemos aprender a renunciar a nuestros sueños para proteger nuestra realidad.»

Ha estado escondido en la casa todos esos años. ¿Junto con algo más?

Peter suspira.

—Mira, somos abstemios. Ya no matamos ni convertimos a nadie. Para el mundo exterior, somos seres humanos normales y corrientes.

«¿Convertir?» Aquello sonaba a religión. Algo de lo que te podían convencer o disuadir.

De repente, Rowan quiere saber más.

—Entonces, ¿a ti te convirtieron en vampiro?

Se lleva una decepción al ver que su padre niega con la cabeza.

—No, siempre he sido así. Los Radley somos una estirpe de vampiros que se remonta a varias generaciones. Desde hace siglos. Radley es un nombre vampírico. Significa «prado rojo» o algo parecido. Y estoy casi convencido de que lo de «rojo» no

tiene nada que ver con las amapolas. Pero tu madre…

—¿Es una conversa?

Su padre asiente. Rowan ve que, por algún motivo, pone cara triste.

—Fue ella quien quiso convertirse por aquel entonces. No fue contra su voluntad. Pero ahora creo que no me lo perdona.

Rowan se tumba en la cama y no dice nada, se queda mirando el frasco del medicamento que ha tomado todas las noches durante años y que no ha servido para nada. Su padre se sienta junto a él en silencio, mudo, escuchando el suave chirrido de las tuberías conectadas al radiador.

«Bicho raro —piensa Rowan para sí al cabo de unos minutos, cuando empieza a leer el manual—. Toby tiene razón. Soy un bicho raro. Soy un bicho raro. Soy un bicho raro.»

Y piensa en su madre. Ella eligió convertirse en vampira. Aquello no tenía sentido. Querer convertirse en un monstruo.

Entonces Peter se pone de pie y Rowan se da cuenta de que su padre ve algo en el espejo. Este se lame el pulgar, se limpia el resto de la sangre de la mejilla y esboza una extraña sonrisa.

—Bueno, ya hablaremos mañana. Tenemos que intentar ser fuertes. Por Clara. No queremos parecer sospechosos.

«Eso es todo lo que siempre hemos parecido», piensa Rowan mientras su padre cierra la puerta.

Un poco como Christian Bale

Toby Felt va montado en su bicicleta, apurando las últimas gotas de vodka.

«¡Un basurero!»

Penoso. Se promete a sí mismo que si alguna vez se convierte en basurero se suicidará. Se tirará a la parte trasera de esos camiones verdes y esperará a que lo aplasten con la basura.

Pero, en realidad, sabe que no acabará así. Porque la gente se divide en dos grupos. Están los fuertes, como Christian Bale y él mismo, y los débiles, como el padre de Eve y Rowan Radley. Y el papel de los primeros es seguir castigando a los segundos. Así se mantiene uno en la cima. Si permites que los débiles se salgan con la suya, tú mismo acabarás siendo débil. Es como estar en el Bangkok del futuro de *Resident Evil 7* y dejar que los zombis te coman vivo. O matas o mueres.

Cuando era más pequeño siempre fantaseaba con la idea de que alguien tomara Bishopthorpe, no zombis necesariamente.

Nazis que viajaban en el tiempo.

Extraterrestres refugiados.

Algo.

Además, en esta realidad de Xbox todo el mundo acababa hecho pedazos, incluso su padre al final, pero Toby siempre estaba ahí, era el último hombre que quedaba en pie, los mataba a todos. Como Batman. O Terminator. O como Christian Bale. (Se parecía un poco a él, decía la gente. Bueno, su madre. La de verdad. No aquella zorra con la que tiene que vivir ahora.) Les disparaba, los quemaba, los vencía en un combate cuerpo a cuerpo, les lanzaba granadas con su raqueta de tenis, hacía lo que hiciera falta. Y sabe que es uno de los fuertes porque puede conseguir a una chica como Eve mientras el bicho raro de Rowan Radley se queda sentado en casa

leyendo poesía.

Se acerca al cartel del pueblo. Estira el brazo con el que agarra la botella, lo echa hacia atrás como si fuera a golpear una volea de tenis y la rompe contra el metal.

Aquello le parece divertidísimo y mira el cuello de la botella que sujeta con la mano. Al ver los cristales rotos se le ocurre una idea. Al cabo de un minuto pasa por Lowfield Close y decide tomar un desvío. Ve el Corolla pequeño y desvencijado que el padre de Eve había conducido esa noche aparcado frente a los pisos. Echa un vistazo a su alrededor, se baja de la bicicleta ágilmente y la deja apoyada en el asfalto. Tiene la botella rota en la mano.

Se agacha junto al coche y clava el cristal afilado en el neumático. Realiza un movimiento de sierra para atravesar la goma, pero no logra nada. Entonces ve una piedra junto a un muro del jardín, la coge, se monta en la bicicleta y, con el pie listo en el pedal, rompe la ventanilla del acompañante.

El estrepitoso ruido le quita la borrachera de golpe en lugar de darle el subidón que esperaba.

Huye a toda prisa, pedaleando con todas sus fuerzas, antes de que alguien se levante de la cama y descorra las cortinas.

Sábado

La sangre no satisface los anhelos. Los magnifica.

El manual del abstemio (2.ª ed.), p. 50

Hay algo embelesador en la solitaria ribera

Hay pocas cosas más bonitas que una autopista desierta a las cuatro de la madrugada.

Las líneas blancas y las señales iluminadas refulgen con sus instrucciones, tan indiferentes a si los humanos están ahí para seguirlas como las piedras de Stonehenge al destino de los antiguos y penosos abstemios que las acarrearon por la llanura de Salisbury.

Las cosas permanecen.

La gente muere.

Puedes seguir las señales y sistemas que se supone que debes seguir o puedes sacrificar la compañía y vivir una vida fiel a tus instintos. ¿Qué dijo Lord Byron, tan solo dos años después de ser convertido?

> Hay cierto placer en los bosques impenetrables,
> hay algo embelesador en la solitaria ribera…

Y en otra parte del mismo canto:

> ¡Oh, si yo pudiese vivir en un desierto,
> sin otra compañía que una mujer ideal, ángel tutelar de mi alma!
> ¡Si yo pudiese olvidar a todo el género humano
> y no aborrecer a nadie, pero no amar sino a ella!

«No amar sino a ella.» Esa es la maldición de muchos vampiros. Buscan muchas, pero, en realidad, solo anhelan una.

No, murmura Will, nadie supera a Lord B.

Bueno, Jim Morrison se le acerca bastante, está en segundo lugar, admite Will mientras tamborilea *Twentieth Century Fox*

en el volante (aunque él nunca se tragó la teoría de que Jim Morrison fue la identidad elegida por Byron durante la década de 1960). Y Hendrix tampoco está mal. Incluso los Stones, cuando aún tenían al vampiro con ellos. Todo ese rock sangriento de los sesenta, alimentado por el ego, que su padre tocaba cuando ellos no eran más que niños.

Will oye que el motor se empieza a poner un poco ronco y ve en el indicador de combustible que le queda poca gasolina. Se detiene en una gasolinera que abre las veinticuatro horas y llena el depósito.

A veces paga y a veces no. El dinero no es nada para él. Podría tener millones si quisiera, pero ¿podría comprar algo que fuera tan sabroso como aquello que toma gratis?

Esta noche quiere respirar un poco de aire contaminado, por lo que entra con su último billete de veinte libras. (Tres noches antes había acudido a un evento de citas rápidas organizado en el bar Tiger Tiger de Manchester, en el que había conocido a una chica con el cuello adecuado y doscientas libras recién sacadas del cajero.)

Hay un chico sentado en una silla tras el mostrador. Está leyendo la revista *Nuts* y no se da cuenta de la presencia de Will hasta que este desliza el billete por el mostrador hacia él.

—Surtidor tres —dice.

—¿Qué? —pregunta el muchacho.

Se quita un auricular del iPod. El sentido del oído de Will, aguzado por la sangre, es lo bastante bueno para percibir el amortiguado y acelerado ruido de la música house que está escuchando el chico, como el zumbido y el pulso secreto de la noche.

—Aquí tienes el dinero del surtidor tres —repite Will.

El chico asiente, mascando chicle, mientras pulsa las teclas necesarias de la caja.

—No basta —dice este. Will se limita a mirarlo—. Son veinte libras y siete peniques.

—¿Perdona?

El chico es consciente de su propio temor, pero no hace caso de lo que intenta decirle.

—Te has pasado un poco.

—Siete peniques.

—Sí.

—¿Me he pasado siete peniques, nada más y nada menos?

—Sí.

Will tamborilea sobre la cara de la reina en el billete.

—Me temo que es todo lo que tengo —dice.

—Aceptamos todas las tarjetas. Visa, MasterCard, Delta…

—No tengo tarjeta. De ningún tipo.

El chico se encoge de hombros.

—Bueno, son veinte libras y siete peniques. —Se muerde el labio superior para resaltar aquel hecho irrefutable.

Will mira al chico. Está ahí sentado con la chaqueta del chándal, su revista, su iPod y sus desdichados experimentos con el vello facial como si fuera algo nuevo, algo que él ha creado. Su sangre, sin embargo, debe de albergar el sabor de los orígenes antiguos, la lucha descarnada y larga por la supervivencia durante cientos de generaciones, ecos de antepasados de los que nunca ha oído hablar, trazas de épocas más maravillosas y épicas, rastros de las semillas primitivas de su existencia.

—¿De verdad te importan tanto siete peniques? —le pregunta.

—Al jefe sí.

Will lanza un suspiro.

—Hay cosas más importantes de las que preocuparse, créeme.

De repente piensa en el chico. Hay algunos que lo saben, que saben lo que eres y que, de forma subconsciente, también desean serlo. ¿Es eso lo que está haciendo?

Will se va, mirando el fantasma gris de sí mismo en la pantalla del circuito cerrado de televisión. Llega a la puerta, pero no se abre.

—No puedes irte hasta que no lo hayas pagado todo.

Él sonríe; le hace mucha gracia la mezquindad exangüe de la que hace gala el chico.

—¿Es ese el valor que le concedes a tu vida? ¿En serio? ¿Siete peniques? ¿Qué se puede comprar con esa cantidad?

—No voy a dejarte marchar. La policía está en camino, tío.

Will piensa en Alison Glenny, la jefa de la unidad de policía de Manchester que hace años que lo quiere ver muerto. «Cómo no —piensa—, la policía siempre está en camino.»

Regresa al mostrador.

—¿Tienes algo para mí? ¿Es eso lo que pasa? Mira, creo que este pequeño desencuentro que estamos teniendo representa algo mucho mayor. Creo que eres un chico que se siente muy solo y que hace un trabajo muy solitario. Un trabajo que te hace anhelar ciertas cosas. La compañía humana… El roce… humano…

—Déjame en paz, marica.

Will sonríe.

—Muy bien. Has tenido una reacción muy heterosexual y convincente. Al cien por cien. Nada de tonterías. Dime, ¿qué te ha dado más miedo? ¿El hecho de que pudiera matarte? ¿O que pudiera disfrutar de ello?

—La policía ya viene.

—Bueno, bien, entonces supongo que es mejor que me abras la caja.

—¿Qué?

—Te he dicho que abras la caja.

El chico busca algo bajo el mostrador, con la mirada fija en Will. Saca un cuchillo de cocina.

—Ah, el cuchillo. El arma fálica de intrusión y penetración.

—Vete a la mierda, ¿vale?

—El problema es que, con alguien como yo, necesitas uno mayor. Algo que me atraviese.

Will cierra los ojos y hace acopio de fuerzas. Se transforma en un abrir y cerrar de ojos y empieza el proceso de «hemopersuasión».

El chico lo mira. El miedo se convierte en debilidad, que se torna en sumisión huera.

—Ahora vas a dejar el cuchillo, vas a abrir la caja y me vas a dar algunos de los papelitos donde aparece el retrato de la reina que tienes ahí.

El muchacho está perdido. Tiene escrita en el rostro la batalla imposible de vencer. Le tiembla la mano, el cuchillo se inclina hacia delante y cae en el mostrador.

—Abre la caja.

El chico procede.

—Ahora, dame el dinero.

Un puñado de billetes de diez y de veinte sin sentido cambian de mano sobre el mostrador.

Esto es demasiado fácil. Will señala la parte posterior del mostrador.

—Ahora pulsa ese botoncito para abrir la puerta.

El chaval mete la mano por debajo y activa un interruptor.

—¿Quieres que te acaricie la mano?

El chico asiente.

—Por favor —dice y deposita la mano en el mostrador. Tiene la piel llena de pecas y las uñas mordidas.

Will se la acaricia y dibuja un pequeño ocho sobre la piel.

—Ahora, cuando me vaya, le vas a decir a la policía que todo ha sido un error. Luego, cuando tu jefe te pregunte qué ha pasado con el dinero, le vas a decir que no lo sabes, porque así será. Pero entonces, quizá, entenderás que está en manos de un hombre mejor.

Se aleja y abre la puerta. En la furgoneta, Will sonríe mientras el chico se pone de nuevo los auriculares, absolutamente ajeno a lo que acaba de suceder.

Huevos revueltos

—No vengas aquí. Por favor.

Ninguno de los que están sentados a la mesa de la cocina oye la plegaria de Helen, dirigida a los huevos que está revolviendo en la sartén. El murmullo de Radio 4 la ahoga.

Mientras sigue revolviendo, piensa en las mentiras que ha dicho. Unas mentiras que empezaron cuando llevaban pañales, cuando les dijo a sus amigas de la National Childbirth Trust que se iba a pasar a la leche artificial porque a la comadrona le preocupaban ciertos «problemas de lactancia». Fue incapaz de decir que, incluso antes de que les salieran los dientes, mamaban y mordían con tanta fuerza que le hacían sangre. Clara resultó ser peor que Rowan, y Helen, avergonzada, tuvo que decirles a sus amigas partidarias de dar el pecho que se pasaba al biberón después de solo tres semanas.

Sabe que Peter tiene razón.

Y que Will tiene contactos y varios dones. ¿Cuál es la palabra? *Hemopersuasión.* Podía convencer a la gente de lo que quisiera. Poseía un poder hipnótico que se alimentaba de sangre. Pero hay cosas que Peter aún no sabe. No acaba de ser consciente de con qué está jugando.

Los huevos están más que hechos, se da cuenta Helen; usa la cuchara para despegarlos del fondo de la sartén y los sirve en las tostadas de cada uno.

Su hijo la mira, desconcertado ante la normalidad fingida.

—Es sábado, de modo que tocan huevos revueltos —dice ella—. Es sábado.

—En casa con los vampiros.

—Venga, Rowan —dice Peter mientras el huevo cae en su tostada.

Helen le ofrece un poco a Clara, que asiente, lo que provoca un suspiro de desdén por parte de su hermano.

—Bueno, vuestro padre y yo hemos estado hablando —dice Helen cuando se sienta—. Y, si vamos a superar esto como una familia y a asegurarnos de que nadie sufra ningún percance, debemos actuar con la normalidad de siempre. Es decir, la gente empezará a hablar y a preguntar cosas de anoche. La policía también, seguramente. Aunque en este momento ni tan siquiera será un caso de persona desaparecida, y mucho menos algo peor. No hasta que no hayan pasado veinticuatro horas de…

Reclama el apoyo de Peter con la mirada.

—Vuestra madre tiene razón —dice él mientras los tres ven que Clara empieza a comerse los huevos revueltos.

—Estás comiendo huevos —observa Rowan—. Los huevos vienen de las gallinas. Las gallinas son seres vivos.

Ella se encoge de hombros.

—Esclarecedor —repone.

—Venga, tiene que regresar a su dieta normal —dice Peter.

Rowan recuerda el tono ligero que utilizó su padre anoche, mientras le recitaba la lista de vampiros famosos. Y entonces recuerda a Clara el sábado pasado, cuando explicó su veganismo.

—¿Qué ha pasado con el discurso de los «pollos de Auschwitz» que tuvimos que aguantar la semana pasada?

—Son huevos de corral —dice su madre.

Clara fulmina a su hermano con la mirada. Sus ojos, despojados de las gafas, refulgen llenos de vida. De hecho, incluso Rowan tiene que admitir que su hermana nunca había tenido tan buen aspecto. Su pelo parece más brillante, su piel tiene más color, incluso su postura ha cambiado. Esa cabeza gacha, inclinada hacia delante en actitud dócil, tan habitual en ella, ha sido sustituida por una espalda recta de bailarina y una cabeza tan erguida como un globo de helio sobre el cuello. Es como si ya no sintiera el peso de la gravedad.

—¿Por qué te pones así? —le pregunta a su hermano.

Rowan mira su plato. No va a poder probar bocado.

—¿Es esto lo que pasa? ¿Pruebas la sangre y dejas a un lado tus principios junto con las gafas?

—Tiene que comer huevos —dice Helen—. Eso ha sido

parte del problema.

—Sí —añade Peter.

Rowan niega con la cabeza.

—Pero ni tan siquiera parece preocupada.

Helen y Peter se miran. Es innegable: tiene razón en eso.

—Por favor, Rowan, esto es importante. Sé que tienes que asimilar muchas cosas, pero tenemos que intentar ayudar a Clara para que supere el ataque —dice su madre.

—Hablas como si fuera asma.

Peter pone los ojos en blanco al escuchar la réplica de Rowan.

—Helen, ha ingerido mucha sangre. Quizá sea demasiado pensar que podemos hacerlo todo como si esto no hubiera ocurrido.

—Sí, lo es —admite ella—, pero lo conseguiremos. Nos sobrepondremos a esto. Y la forma de hacerlo es seguir adelante. Seguir adelante y ya está. Papá irá a trabajar. El lunes vosotros iréis al instituto. Pero quizá hoy Clara debería quedarse en casa.

La susodicha deja el tenedor en la mesa.

—Voy a salir con Eve.

—Clara, eh…

—Mamá, habíamos quedado. Si no voy, levantaré sospechas.

—Bueno, sí, deberíamos actuar con absoluta normalidad, supongo —dice Helen.

Rowan enarca las cejas y se come el desayuno. Sin embargo, Clara parece preocupada por algo.

—¿Por qué tenemos puesta siempre Radio 4 si nunca la escuchamos? Es irritante. Como si quisiéramos demostrar que somos de clase media o algo parecido.

Rowan mira a la persona que ha poseído el cuerpo de su hermana.

—Cierra el pico, Clara.

—Ciérralo tú.

—Por Dios, ¿es que no sientes nada?

Peter suspira.

—Chicos, por favor —dice.

—Tú odias a Harper —le espeta Clara a su hermano mientras lo mira como si fuera él quien se comporta de un modo extraño.

Rowan recoge los cubiertos, pero vuelve a dejarlos en la mesa. Está exhausto, pero la ira lo está despertando.

—Hay mucha gente que no me gusta. ¿Es que vas a hacer limpieza en el pueblo por mí? ¿Cómo funciona esto, por petición? ¿Es así? Porque el otro día la mujer del El Glotón Hambriento me devolvió mal el cambio…

Helen mira a su marido, que intenta aplacar los ánimos de nuevo.

—Chicos… —dice, y alza las manos en son de paz. Pero Rowan y Clara se han enfrascado en la pelea.

—Me defendí. Si no fueras tan moñas, serías mucho más feliz.

—Moñas. Genial. Gracias, condesa Clara de Transilvania, por tu reflexión del día.

—Que te den por culo.

—Clara. —Esta vez es Helen, que derrama el zumo de naranja que intenta servirse en el vaso.

La chica arrastra la silla y sale de la cocina hecha una furia. Algo que no había hecho en toda su vida.

—Que os den por culo a todos.

Rowan se reclina en el respaldo y mira a sus padres.

—¿Es ahora cuando se convierte en murciélago?

La gente condenada

«Aquí estamos. En el séptimo círculo del infierno.»

Mientras se dirige a su destino en coche, Will absorbe todo lo que le ofrece la calle principal. Una zapatería infantil de color púrpura llamada Tinkerbell's. Un pub destartalado y una pequeña y refinada charcutería. «¿Un *sex-shop?»* No. Una tienda de disfraces para exangües que se odian a sí mismos y que creen que una noche con una peluca a lo afro y unos pantalones de campana y lentejuelas aliviará el dolor de su existencia. Y una farmacia, como plan B. Incluso a pesar del típico chico con sudadera con capucha que pasea a su perro psicópata y acobardado, todo es tan acogedor que resulta asfixiante y se respira cierto aire de existencia sin extridencias. Se detiene en el semáforo para dejar que una pareja de ancianos cruce la calle. Alzan lentamente sus manos frágiles para darle las gracias.

Sigue conduciendo y pasa frente a un edificio de una planta. Está un poco alejado de la carretera y medio oculto entre los árboles, como si se sintiera avergonzado de su relativa modernidad. El cartel del NHS que hay fuera le dice que es la consulta de un médico. Imagina a su hermano allí dentro, día tras día tras día, rodeado de cuerpos enfermos y a los que no puede morder.

«Por mí se va al eterno sufrimiento —piensa, recordando ese fragmento de Dante—. Por mí se va a la gente condenada. Abandonad toda esperanza, los que entráis aquí.»

Y ahí está. Un pequeño cartel en blanco y negro casi cubierto de hojas verdes de unos arbustos demasiado exuberantes.

Orchard Lane. Will aminora y dobla a la izquierda; parpadea cuando el sol bajo lo saluda por encima de las casas caras.

Ese mundo lento y silencioso que sugería la calle principal es aún más lento y silencioso ahí. Las casas de estilo georgiano y de regencia, construidas antes de que Byron fingiera su primera muerte, tienen todas unos coches relucientes y ostentosamente caros en sus respectivas entradas. Parecen diseñados para quedarse ahí, sin ir a ninguna parte, felices de regodearse en sus propias almas tecnológicas.

«Una cosa es segura —piensa para sí—: una furgoneta cámper más vieja que Woodstock va a llamar mucho la atención por aquí.»

Aparca frente a la casa, en un arcén estrecho y con césped.

Mira el número 17. Una casa grande y de buen gusto, no adosada y con la fachada simétrica, a pesar de lo cual aún tiene que esforzarse para competir con la casa de al lado, todavía más grande. Mira el monovolumen de los Radley. «El vehículo ideal de una familia feliz y normal.» Sí, desde fuera parece que saben mantener las apariencias.

Tal vez sea la luz del sol, pero se siente débil. No está acostumbrado a estar despierto a esta hora. «Puede que esto sea un error.»

Necesita fuerzas.

De modo que, como siempre que se siente de aquel modo, desliza la mano por detrás de él y coge el saco de dormir enrollado. La mete en su interior, que está caliente, y saca una botella de sangre roja y oscura.

Acaricia la etiqueta y se fija en su propia letra: EL ETERNO - 1992.

Un sueño entero y perfecto en una botella.

No la abre. No lo ha hecho jamás. Nunca ha habido ninguna ocasión especial ni se ha sentido lo suficientemente desesperado. Le basta con mirarla, tocar el cristal y pensar en el sabor que tendría. O que tenía, hace miles de noches. Al cabo de un minuto, la guarda en el saco de dormir y vuelve a dejarlo atrás.

Entonces sonríe y siente una dulce dicha mientras se da cuenta de que está a punto de verla de nuevo.

Guapa

Clara mira los pósteres de su pared.

El *beagle* triste.

El mono en la jaula.

La modelo que lleva un abrigo de piel y deja un reguero de sangre en la pasarela.

Están muy enfocados. Se mira los dedos: ve las media lunas en la base de cada uña y cuenta las arrugas de piel sobre cada articulación. Y no siente el menor atisbo de náusea.

De hecho, se nota llena de energía. Más despierta y rebosante de vida de lo que ha estado jamás. «Anoche maté a Harper.» Es horroroso, pero no se siente horrorizada. Tan solo es un hecho natural, como cualquier otra cosa. Y tampoco podría sentirse culpable, porque no había hecho nada malo de forma intencionada. Y, además, ¿qué sentido tenía la culpabilidad? Durante toda su vida se había sentido culpable sin ningún motivo real. Culpable por preocupar a sus padres con su dieta. Culpable por olvidarse de vez en cuando de tirar algo al cubo de reciclaje. Culpable por inhalar dióxido de carbono y quitárselo a los árboles.

No. Clara Radley no se va a sentir culpable nunca más.

Piensa en sus pósteres. ¿Por qué tenía cosas tan feas en la pared? ¿Por qué no las cambia por algo más atractivo? Se arrodilla sobre el edredón y los quita.

Entonces, cuando la pared ha quedado desnuda, se divierte en el espejo, transformándose, viendo cómo los dientes caninos se vuelven más largos y afilados.

Drácula.

No Drácula.

Drácula.

No Drácula.

Drácula.

Examina sus colmillos blancos y curvos. Los toca, hunde las puntas en el pulpejo del pulgar. Aparece una gota grande de sangre, que brilla como una cereza. La prueba y disfruta del momento antes de recuperar el aspecto humano.

Se da cuenta, por primera vez en la vida, de que es atractiva. «Soy guapa.» Y se queda ahí, erguida, sonriente y orgullosa, recreándose en su belleza, con los pósteres antivivisección arrugados a sus pies.

Otro de los cambios de los que se ha dado cuenta es que se siente muy ligera. Ayer, y todos los días hasta entonces, era consciente del peso que tenía que cargar, caminaba encorvada y enfadaba a sus profesores porque siempre tenía los hombros caídos. Sin embargo, hoy no siente ningún peso. Y mientras se concentra en esta levedad, que le recuerda al helio, se percata de que ya no toca la moqueta con los pies, sino que flota encima de ella, por encima de los pósteres arrugados.

Entonces suena el timbre de la puerta y desciende de nuevo al suelo.

Nunca invites a un vampiro practicante a tu casa, aunque sea un amigo o un familiar.

El manual del abstemio (2.ª ed.), p. 87

Una decoración de buen gusto

Helen se queda en el pasillo y deja que suceda. Deja que su marido lo invite a entrar y lo abrace. Él sonríe y la mira, con una cara que no ha perdido ni un ápice de su fuerza.

—Sí, hace mucho tiempo —dice Peter con una voz que parece más lejana de lo que en realidad es.

Will no aparta la mirada de Helen mientras alarga el abrazo con su hermano.

—Menudo mensaje me dejaste, Pete. «Ayúdame, Obi-Wan Kenobi, eres mi única esperanza.»

—Bueno, sí —admite Peter, con cierto nerviosismo—. Ha sido una pesadilla, pero lo hemos solucionado.

Will no hace caso de la respuesta de su hermano y se concentra en Helen, a quien el pasillo nunca le había parecido tan estrecho. Las paredes y las acuarelas se acercan más y más y está a punto de estallar en un ataque de claustrofobia cuando Peter cierra la puerta.

Will le da un beso en la mejilla.

—Helen, guau, parece que fue ayer.

—¿En serio? —responde ella secamente.

—En serio. —Will sonríe y mira alrededor—. Una decoración con buen gusto. Bueno, ¿cuándo voy a conocer a los niños?

Peter se siente débil e incómodo.

—Pues, ahora, supongo —dice.

Helen es incapaz de hacer nada salvo conducirlo a la cocina con semblante sombrío, como si portara un féretro. Clara no está ahí, pero en cierto sentido Helen desearía que estuviera, aunque solo fuera para eludir el rostro inquisidor de Rowan.

—¿Quién es? —pregunta.

—Es tu tío.

—¿Tío? ¿Qué tío?

El chico está confundido. Sus padres siempre le habían dicho que eran ambos hijos únicos.

Entonces aparece el misterioso tío y Peter sonríe tímidamente.

—Bueno, este es mi… hermano, Will.

Rowan se siente dolido y no reacciona a la sonrisa del susodicho. Helen imagina lo que está pensando: «Una mentira más en una vida que rebosa embustes».

Para consternación de ella, Will se sienta en la silla de Peter y mira el exótico paisaje de cajas de cereales y pan tostado del estante.

—De modo que eso es lo que desayunáis —dice.

Helen observa con desesperación la escena que se desarrolla frente a ella. Se muere de ganas de decirle un millón de cosas al hermano de Peter, pero no puede pronunciar ni una palabra. Will tiene que irse. Su marido tiene que convencerlo de que se vaya. Le da un tirón en la camisa mientras sale de la cocina.

—Tenemos que sacarlo de aquí.

—Cálmate, Helen. No pasa nada.

—No me puedo creer que le dejaras ese mensaje. No me lo puedo creer. Menuda estupidez.

Peter se ha enfadado y se masajea la frente con una mano.

—Por el amor de Dios, Helen. Es mi hermano. No lo entiendo. ¿Por qué te haces mala sangre cuando lo ves?

Ella intenta hablar a un ritmo normal mientras echa un vistazo por la puerta.

—No me hago mala sangre. Es él quien me la altera. Es que… Dios, la última vez que lo vimos éramos…, ya sabes. Pertenece a nuestro pasado. Él es la porquería que dejamos atrás cuando nos trasladamos aquí.

—No seas tan melodramática. Escucha, puede ayudarnos con todo este asunto de Clara. Ya sabes cómo es. Con la gente. Con la policía. Puede convencerlos, cautivarlos.

—¿Quieres que utilice la hemopersuasión? ¿Es eso lo que quieres?

—Quizá. Sí.

Mira a su marido y se pregunta cuánta sangre ingirió anoche.

—Bueno, en estos momentos está bajo nuestro techo cautivando a nuestro vulnerable hijo. Podría decirle cualquier cosa.

Peter la mira como si estuviera histérica.

—Venga, Helen. Los vampiros no pueden utilizar el poder de la hemopersuasión con otros vampiros. No puede hacer creer a Rowan nada que no sea cierto.

Eso no hace sino inquietarla aún más y sacude la cabeza con furia.

—Tiene que irse. Tiene que irse. Que se vaya. Líbrate de él. Antes de que… —Se detiene al recordar lo poco que sabe Peter en realidad—. Líbrate de él y ya está.

Rowan observa a su tío mientras este da un mordisco a una tostada fría de pan integral.

Se da cuenta de que guarda cierto parecido con su padre, pero tiene que echar mucha mano del Photoshop mental para verlo de verdad. Tiene que quitarle la barba de tres días, la gabardina y las botas negras de motero desgastadas. Añadirle algún kilo en la cara y el estómago, envejecerle la piel alrededor de una década, imaginarlo con el pelo más corto y cambiar la camiseta de Nico por una camisa con cuello y un brillo apagado en los ojos. Si hiciera todo eso, obtendría la imagen de alguien vagamente parecido a su padre.

—Carbohidratos —dice Will, en referencia a la tostada que está comiendo. No hace el menor esfuerzo por mantener la boca cerrada—. Intento evitar ese grupo de alimentos.

La extrañeza que invade a Rowan, sentado a la mesa del desayuno con un desconocido de aspecto desaliñado que también es pariente consanguíneo, logra mantener la ira a raya.

Will engulle y señala a su sobrino con la tostada, haciendo un gesto vago.

—No sabías nada sobre mí, ¿verdad? Me he dado cuenta por la cara que has puesto cuando he entrado…

—No.

—Bueno, no seas muy duro con tus padres. En realidad, no

los culpo. Lo nuestro es una historia muy larga. Hay mucha mala sangre. Y también mucha sangre buena. No siempre han tenido principios.

—Entonces, aún eres…

Su tío finge cierto bochorno.

—¿Vampiro? Una palabra muy provocativa, envuelta en demasiados clichés y habitual en muchas novelas de chicas. Pero, sí, me temo que lo soy. Un vampiro con todas las de la ley.

Rowan mira las migas y los trocitos de huevo que tiene en el plato. ¿Es la ira o el miedo lo que bombea con tanta fuerza la sangre por sus venas ahora? De algún modo logra expresar lo que se le pasa por la cabeza.

—¿Y qué pasa… con… los valores morales?

Su tío suspira, como si se sintiera decepcionado.

—El problema reside en elegirlos. Hoy en día, se trata de un mercado saturado. El mero hecho de pensar en ello me provoca jaqueca. Yo me limito a la sangre. La sangre es más sencilla. Con ella siempre sabes dónde estás.

—Entonces, ¿te limitas a ir por ahí matando a la gente? ¿Eso haces?

Will no responde, tan solo pone cara de desconcierto.

Rowan se estremece, como la tierra que cubre a los muertos vivientes.

Peter entra en la sala. Parece incómodo. «No —piensa su hijo—, Will es el hermano mayor, sin duda.»

—Will, ¿podemos hablar?

—Peter, podemos.

Rowan los mira mientras salen de la cocina. Su sarpullido empeora y se desuella el brazo con unos arañazos fuertes y furiosos. Por segunda vez en menos de doce horas, desearía estar muerto.

Will observa la discreta y bonita pintura que adorna la pared del pasillo. Una acuarela semiabstracta de un manzano, con una pequeña «H» marrón en la esquina inferior.

Sin embargo, es a Will a quien observa Peter. Tiene buen

aspecto, hay que reconocerlo. Apenas ha cambiado y debe de llevar la misma vida de siempre. Su hermano mayor parece diez años más joven que él, al menos, y tiene ese brillo pícaro en los ojos y ese aire de algo —¿libertad?, ¿peligro?, ¿vida?— que Peter perdió hace mucho.

—Mira, Will —dice con gran dificultad—, sé que has hecho el esfuerzo de venir aquí y te lo agradezco mucho, de verdad, pero la cuestión es que…

Will asiente.

—Un manzano. Uno nunca se cansa de ellos.

—¿Qué?

—Ya sabes, son siempre las manzanas, ¿no?, las que se llevan la gloria —dice Will, como si estuvieran manteniendo la misma conversación—. Siempre las putas manzanas. Pero no, ve a por el árbol entero. Ve a por el viejo árbol padre.

Peter se da cuenta de qué habla su hermano.

—Ah, sí, es de Helen.

—Pero he de decir que… ¿acuarela? Me gustaban esos óleos que pintaba. Los desnudos. Sabía cómo hincarles el diente.

—Mira, la cuestión es que… —dice Peter, a quien le resulta difícil decir lo que su mujer quiere que diga. Él mismo había invitado a su hermano, a quien no ha visto durante casi dos décadas. Y desinvitar a un vampiro, y más a un consanguíneo, nunca es fácil.

—Petey, esto está muy bien, pero ¿te importa que nos pongamos al día luego?

—¿Qué?

Will lanza un bostezo muy teatral.

—Ha sido un día muy duro —dice—. Y ya hace rato que debería estar durmiendo. Pero no te preocupes. No saques el colchón inflable. Podría pincharlo mientras duermo, ya sabes, si tengo un sueño que no conviene. Últimamente me sucede a menudo. —Se pone las gafas de sol y besa de nuevo a su hermano en la mejilla—. Te he echado de menos, hermanito.

Sale de la casa.

—Pero… —dice él, que sabe que ya es demasiado tarde.

La puerta se cierra.

Peter recuerda cómo era su hermano. Siempre se le

adelantaba. Mira la nube verde y borrosa de hojas y los puntitos rojos que representan las manzanas. No está de acuerdo con Will. Cree que el método artístico de su mujer ha mejorado con el tiempo, se ha vuelto más sutil, más contenido. Le gusta la valla al fondo, dibujada con trazos lineales que recuerdan al tronco del árbol. Las vallas son una constante en su obra y, en una ocasión le preguntó por ellas. ¿Están ahí para proteger o para restringir? Pero no le respondió. No lo sabía. Probablemente pensó que se estaba burlando de ella, y tal vez así fuera, pero no se lo dijo con la intención de endilgarle un comentario hiriente sobre sus cuadros. De hecho, la había animado a exponerlos en una cafetería de Thirsk, y se llevó una buena sorpresa cuando nadie mostró interés por comprar ninguno. (Él le dijo que les había puesto un precio demasiado bajo. Un precio alto se habría interpretado como una prueba de su gran valor, sobre todo porque Thirsk no era una capital del arte contemporáneo que digamos.)

—¿Qué ha dicho? —La voz de Helen pone fin a sus pensamientos. Parece tensa y expectante.

—No me escuchaba. Ha salido de casa y ya está.

Ella parece disgustada por la información, más que enfadada.

—Mira, Peter, tiene que irse.

Él asiente mientras se pregunta cómo podrá lograrlo y por qué para Helen ese parece ser el mayor problema al que se van a enfrentar durante el fin de semana. Un problema mayor que el chico muerto, los vecinos cotillas y la policía.

Helen está ahí, a menos de un metro de él, y, sin embargo, podría ser un punto en el horizonte. Intenta ponerle una mano en el hombro para tranquilizarla, pero antes de alcanzarla ella ha regresado a la cocina para poner el lavavajillas.

Un diagrama tántrico en el pie derecho

En la casa de al lado de los Radley, en el 19 de Orchard Lane, todo está en silencio.

Lorna Felt está tumbada en la cama junto a su marido, con un poco de resaca, pero relajada y pensando en la cara de susto de Peter cuando hizo la discreta incursión bajo la mesa. Mira hacia el otro lado de la habitación, al dibujo que tienen en la pared. Un diagrama tántrico de un pie derecho: un grabado de un *yantra* hindú clásico del siglo XVIII que muestra la estructura interior y los puntos de energía del pie, y que ella había comprado en eBay.

Mark, por supuesto, no quería colgarlo en la pared. Del mismo modo en que no quería que los clientes de su mujer se quitaran los calcetines en su salón. Sin embargo, ahora Lorna se acurruca junto a él mientras este se despierta.

—Buenos días —le susurra ella al oído.

—Ah, sí, buenos días —dice él.

Lorna no se desanima; desliza la mano bajo la camiseta de Mark y le roza la piel ligeramente, como si tuviera una pluma. Desciende hacia el bóxer, lo desabrocha y magrea el fláccido pene como si fuera un ratón doméstico. Y esas caricias suaves y cuidadosas surten efecto, excitan a su marido y él la besa, y se dejan arrastrar enseguida hacia el sexo. Pero el acto en sí resulta tan decepcionante para Lorna como en muchas otras ocasiones: se trata de un viaje directo de A a B, cuando a ella no le importaría recorrer unas cuantas letras más del alfabeto.

Por algún motivo, cuando Mark cierra los ojos y se vacía dentro de ella, se forma en su mente una imagen clara del sofá de sus padres. El que compraron a plazos el día que se casaron Carlos y Diana, a modo de celebración. Lo ve tal y como fue durante un año. Con su funda de polietileno, por si alguien decidía ponerse muy cómodo y lo ensuciaba. («Tienes que

aprender a respetar las cosas, Mark. ¿Sabes cuánto ha costado?»)

Permanecen allí absortos en sus propios pensamientos inconexos. Lorna se da cuenta de que vuelve a sentirse un poco mareada.

—Ojalá pudiera quedarme todo el día en la cama —dice Mark cuando ha recuperado el aliento, aunque, en realidad, no lo dice en serio. No se ha quedado en la cama hasta tarde desde que tenía dieciocho años.

—Bueno, podríamos pasar un poco de tiempo juntos, ¿no? —dice ella.

Mark suspira y niega con la cabeza.

—Tengo… cosas que… El maldito problema del alquiler…

Se levanta y se dirige al baño. Lorna deja la mano en el lado de la cama de Mark, sintiendo el calor vano que ha dejado él.

Y mientras escucha a Mark mear de forma escandalosa en el váter, decide que debería llamar al médico y pedir hora con Peter (tiene que ser él). Y sabe que hoy muy bien podría ser el día en que tuviera el valor de preguntarle a su vecino lo que ha tenido ganas de preguntarle desde que sintió su mirada hambrienta e intensa sobre ella durante la barbacoa del año pasado.

Coge el auricular del teléfono que tienen en el dormitorio. Oye la voz de Toby. En lugar de colgar, escucha en silencio, algo que ha hecho en otras ocasiones, cuando buscaba pruebas del odio que sentía su hijastro por ella. ¿Por qué Mark nunca la había apoyado en nada de lo que tenía que ver con Toby? ¿Por qué no se daba cuenta de lo mucho que la despreciaba? ¿Por qué no la había escuchado y no había enviado a su hijo a la escuela Steiner de York? «Sí, y que se convierta en un vago desempleado cuando sea mayor», fueron las últimas palabras de Mark al respecto.

—Hola, ¿puedo hablar con Stuart, por favor, señora Harper? —La voz es tan educada que casi resulta irreconocible.

Entonces, dice la señora Harper:

—¡Stuart! ¡Stuart! ¿Stuart? —El último suena tan fuerte que Lorna tiene que apartar el auricular del oído—. ¡Stuart, sal de la cama! Te ha llamado Toby.

Pero no se oye la voz de Stuart Harper en la línea.

Ropa nueva

Eve está tumbada en la cama con la camiseta holgada que llevaba la noche que su madre desapareció hace dos años. De no haber sido por eso, la habría tirado, ya que está descolorida y llena de agujeros alrededor del cuello de sus mordiscos, y porque es de un grupo que ya no le gusta.

Deshacerse de la camiseta habría sido quemar otro puente entre la Época Anterior y la Época Posterior, y no quedaban demasiados puentes desde que se habían trasladado aquí.

Su casa de Sale era muy diferente de la actual. Para empezar, era una casa de verdad, no un piso diseñado para jubilados. Era un sitio con alma, y todos los rincones de todas las habitaciones albergaban recuerdos de su madre. El piso daba pena y transmitía un tipo de tristeza más fría, como de residencia de ancianos moderna, construida con ladrillos.

Por supuesto, entendía parte de la situación. Sabía que, tras el despido de su padre, no podrían seguir pagando la hipoteca. Pero aun así. ¿Por qué se habían trasladado a un condado distinto? ¿Por qué se habían ido al otro lado de los Peninos, a ciento y pico kilómetros de la cocina donde su madre y ella bailaban canciones antiguas que ponían en la radio?

¿Por qué tenía que abandonar la cama a la que solía acudir su madre para sentarse y hablar de los poemas y libros que estaba estudiando para su carrera, donde le preguntaba por el instituto, los amigos y los novios?

Eve cierra los ojos y la ve ahora, en la galería de su mente, con su pelo corto y la sonrisa que ella siempre había dado por supuesto. Y entonces su padre entra y hace añicos el recuerdo cuando le dice que no puede salir de casa en todo el fin de semana.

—¿Qué? —pregunta ella. Su voz ronca delata la innegable resaca que padece.

—Lo siento, Eve. Solo este fin de semana. Debes quedarte en casa. —Aún no se ha quitado el abrigo tras llegar de dondequiera que haya estado y su rostro muestra una expresión tan abierta a la negociación como un control de carretera.

—¿Por qué? —Es lo único que parece preguntar ella últimamente, y nunca, como sucede ahora, obtiene una respuesta satisfactoria.

—Eve, por favor, te estoy pidiendo que no salgas. Te lo pido porque es importante.

Y eso es todo. Es la única respuesta que consigue antes de salir del dormitorio.

Al cabo de un minuto más o menos, su móvil vibra en la mesita de noche. Ve «Clara» en la pantalla. Antes de responder, se levanta de la cama para cerrar la puerta y enciende la radio.

Cuando finalmente contesta, se da cuenta de que su amiga tiene una voz distinta. Su habitual tono dócil y de desprecio a sí misma ha cedido ante otro más frío, más seguro.

—Bueno, señorita, ¿sigue en pie nuestro día de compras de chicas?

—No puedo —le dice Eve—. Estoy castigada.

—¿Castigada? Tienes diecisiete años. No puede hacerlo. Es ilegal.

—Pues lo ha hecho. Está por encima de la ley. Y, además, estoy pelada.

—No pasa nada. Pago yo.

—No puedo. Es por mi padre. En serio.

—No es tu amo.

Clara habla de un modo tan inusual en ella que Eve se pregunta por un instante si es realmente su amiga.

—Pareces otra hoy.

—Sí —dice con voz serena—. Me siento mejor. Pero es que necesito comprar ropa nueva de verdad.

—¿Qué? ¿Ya se te han pasado los vómitos?

—Sí, han desaparecido. Mi padre dice que era un virus. Algo que se transmitía por el aire.

—Han llamado a la puerta —le dice Eve.

—Lo sé, lo he oído.

—¿Qué? ¿Cómo? Pero si yo lo he oído a duras penas… Bueno, da igual, tengo que irme. Mi padre no ha ido a ver quién es.

—Bueno —dice Clara—. Entonces me paso a verte.

—No, no creo que sea una buena…

Clara cuelga antes de que su amiga acabe la frase.

Eve sale de su habitación para ver quién llama a la puerta. Finge que no oye a su padre susurrar desde el salón:

—Eve, no abras.

Pero lo hace y ve al casero, que la mira con su rostro orondo, arrogante y de hombre de negocios.

—¿Está tu padre en casa?

—No, ha salido.

—Ha salido. Qué coincidencia. Bueno, dile que no estoy muy contento. Necesito que me pague el alquiler de los últimos dos meses la semana que viene o tendréis que buscaros otro sitio.

—Tiene trabajo —le dice Eve—. Ahora ya podrá pagarle, pero quizá aún tarde un poquito. Esto… ¿es que Toby no se lo ha explicado?

—¿Toby? No. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque dijo que lo haría.

Y el señor Felt le lanza una sonrisa para nada amable. Es una sonrisa que la hace sentirse estúpida, como si fuera el final de un chiste que no entiende.

—La semana que viene —dice el hombre con rotundidad—, setecientas libras.

Un pequeño ataque de pánico

Clara había olido algo durante el trayecto a la ciudad. Un olor fuerte y exótico que jamás había percibido en el abarrotado autobús de la línea 6. Tuvo un efecto tan desorientador en ella que sentía un gran alivio cada vez que se abrían las puertas y entraba un poco de aire fresco para despejar los sentidos.

Sin embargo, ahí está otra vez, aturdiéndola de nuevo, mientras se prueba ropa en Topshop. Ese olor extrañamente embriagador le recuerda el éxtasis violento y salvaje que sintió anoche.

Y se ve a sí misma. Sobre el cuerpo de Harper, hundiendo la cabeza como un velocirraptor en las heridas sangrantes para arrancarle toda la vida. Mientras recuerda la escena se pone a temblar, pero no sabe si lo hace a causa del horror de su acción o del placer embriagador de lo que sabe que podría experimentar de nuevo.

Se da cuenta de que lo que percibe es el olor a sangre. La sangre que corre por todos los cuerpos que se están desnudando en los otros cubículos. Chicas a las que no conoce y una a la que sí, a la que ha engatusado para que salga de su piso a escondidas de su padre.

Clara sale con su ropa nueva, extasiada. Unas fuerzas invisibles la empujan al cubículo que hay junto al suyo, se prepara para descorrer la cortina. Pero el pánico se desliza por su piel como una sombra fría justo a tiempo. El corazón le late desbocado y siente un hormigueo por todo el cuerpo.

Se da cuenta de lo que está haciendo. Empieza a correr. Sale de los probadores, de la tienda, tira al suelo un maniquí vestido con una camiseta de los ochenta que dejaba el ombligo al descubierto y unos crucifijos deslumbrantes. Se cae y aterriza sobre un perchero, creando una especie de puente.

—Lo siento —dice Clara con la respiración entrecortada,

pero prosigue su huida. Salta la alarma de seguridad cuando sale a la calle con la ropa de la tienda, pero no puede regresar. Necesita aire fresco para diluir su deseo.

El sonido de pisadas sobre el hormigón le martillea la cabeza. Alguien corre tras ella. Recorre el callejón como una flecha, deja atrás los contenedores rebosantes de basura, pero ve una pared alta de ladrillos rojos enfrente. No hay salida.

El guarda de seguridad la ha acorralado. Habla por la radio que lleva sujeta al bolsillo de la camisa mientras se acerca a Clara.

—No pasa nada, Dave. La tengo. Tan solo es una chica.

Clara permanece de espaldas a la pared.

—Lo siento —dice—. No quería robar nada. He tenido un pequeño ataque de pánico, eso es todo. Tengo dinero. Puedo…

El guarda de seguridad sonríe como si le hubieran contado un chiste.

—Sí, claro, cielo. Eso ya se lo contarás a la policía en la comisaría. Aunque no estoy muy seguro de que vayan a creerte.

El tipo le pone su pesada mano en el brazo. Mientras se lo aprieta con fuerza, ella ve el tatuaje de una sirena que tiene en el antebrazo y el rostro de tinta azul le lanza una especie de mirada de desamparo y comprensión. El guarda empieza a tirar de ella hacia la calle. Cuando se acercan al final del callejón, Clara oye los pasos de los compradores, el taconeo es cada vez más rápido y parece que la gente está bailando una especie de danza colectiva. La mano le aprieta el brazo con más fuerza y una rabia desesperada se apodera de ella. Intenta zafarse del guarda.

—No lo conseguirás —dice el tipo.

Sin pensárselo, Clara le enseña los colmillos.

—Aléjate de mí —le susurra.

De pronto el guarda la suelta, como si el brazo de Clara le quemara. Percibe que ella puede oler su sangre y el temor lo consume. Abre la boca y retrocede, agitando las manos en el aire, como si intentara aplacar a un perro rabioso.

Clara ve el pánico que ha causado en ese hombre adulto y tiembla al ser terriblemente consciente de su poder.

Salvar a los niños

La mañana de Peter en la consulta es un poco difusa. Los pacientes llegan y se van, y él sigue con su rutina. A medida que pasa el día, piensa más y más en el sentimiento que se despertó en su interior mientras surcó el aire la noche anterior, esa dicha rápida e ingrávida.

Le resulta difícil concentrarse en lo que está sucediendo ahora. Se abre la puerta y aparece el señor Bamber, un día después de su examen rectal.

—Hola —dice Peter, que oye su voz desde algún lugar por encima del mar del Norte—. ¿Cómo está?

—No muy bien, la verdad —repone el anciano mientras se sienta en la silla naranja de plástico—. Son esos antibióticos. Han causado estragos en mi sistema.

Se da una palmada en el estómago para indicar de qué sistema está hablando. Peter echa un vistazo a sus notas.

—Ya veo. Bueno, normalmente la amoxicilina tiene unos efectos secundarios muy leves.

El señor Bamber lanza un suspiro.

—Pues han afectado a mi control. No es una situación muy digna. Cuando tengo ganas de ir, tengo que ir. Es como si tuviera dinamiteros ahí abajo. —El hombre hincha las mejillas e imita el sonido de una explosión. Peter lo considera un exceso de información. Cierra los ojos y se frota las sienes, intentando aliviar un dolor de cabeza que dura ya varias horas, pero que lentamente empieza a desparecer.

—Bueno, de acuerdo —logra decir—. Le cambiaré la receta y le recomendaré una dosis más baja. A ver qué tal le va.

Peter garabatea una receta ilegible, se la entrega y, antes de que se dé cuenta, entra otra persona en la consulta. Y después otra.

La mujer que se avergüenza de tener candidiasis.

El hombre con la tos incontrolable.

Una mujer con gripe.

El hombre mayor con la chaqueta de críquet a quien ya no se le levanta.

Un hipocondríaco lleno de lunares que después de buscar en Google cree que tiene cáncer de piel.

La mujer de la oficina de correos, que le echa su halitosis en la cara para que la examine.

(«No, de verdad, Margaret, apenas se nota.»)

A las dos y media de la tarde, Peter ya tiene ganas de irse. Después de todo, es sábado.

¡Sábado!

Sá-ba-do.

En el pasado esas tres sílabas habían sido sinónimo de exquisita emoción. Mientras mira fijamente la gota de sangre gigante y roja de la pared, recuerda lo que significaban para él los sábados, hace años, cuando Will y él iban al Stoker Club de Dean Street, en Soho, un bar privado que solo admitía como socios a chupasangres devotos; luego iban a algún mercado de carne de Leicester Square buscando las mejores ofertas. Y a veces, si ya habían tomado su dosis de SV, se alzaban por encima de la ciudad, alineaban sus rutas de vuelo con los meandros sinuosos del Támesis y partían para pasar un fin de semana vampírico y salvaje.

Valencia. Roma. Kiev.

En ocasiones cantaban esa canción tan tonta que habían compuesto de adolescentes para su grupo: los Hemato Critters. Pero ahora no la recuerda. No del todo.

Sin embargo, era un estilo de vida inmoral. Se alegró de conocer a Helen y de bajar un poco el ritmo. Por supuesto, nunca se imaginó que dejaría de beber sangre por completo, fresca ni cualquier otra. No hasta que ella se quedó embarazada y le dijo que pusiera en orden sus prioridades. No, eso no se lo esperaba. No previó este futuro de jaquecas y monotonía, en el que permanecería sentado en una silla giratoria rota esperando a que se abriera la puerta y otro hipocondríaco entrara en la consulta.

—Pase —dice con voz cansada. El golpe suave en la puerta

ha sonado como un martillazo.

Ni tan siquiera se molesta en alzar la vista. Garabatea gotas de sangre en el papel de las recetas hasta que percibe un olor de algo que conoce vagamente. Cierra los ojos durante un instante para saborear el aroma y cuando los abre ve a Lorna, radiante de salud, con unos tejanos ajustados y una blusa vaporosa.

Si fuera un hombre normal, con un dominio de los deseos normal, ella le parecería lo que es: una mujer de treinta y nueve años con cierto atractivo y ojos de maníaca maquillados en exceso. Sin embargo, para Peter bien podría haber salido de las páginas satinadas del catálogo de Helen Boden. Se levanta y la besa en la mejilla, como si estuvieran en una cena.

—Lorna. ¡Hola! Hueles muy bien.

—¿De verdad?

—Sí —responde él mientras intenta concentrarse únicamente en el perfume—. A hierba fresca. Bueno, ¿cómo estás?

—Te dije que pediría cita.

—Sí, es cierto. Siéntate.

Ella procede. «Con elegancia —piensa él—. Como una gata. Una gata birmana sensual, pero sin miedo.»

—¿Está bien Clara? —pregunta ella con un tono sobrio.

—Ah, sí, Clara… Ya sabes. Es joven y tiene ganas de experimentar… Ya sabes cómo son los adolescentes.

Lorna asiente, pensando en Toby.

—Sí.

—Bueno, ¿qué es lo que te pasa? —pregunta Peter.

Alberga la vana esperanza de que tenga una enfermedad que la aparte de él. Algo que aplaque la energía que hay entre ellos. Hemorroides, síndrome del colon irritable o algo así. Sin embargo, sus síntomas son tan femeninos y victorianos que no hacen sino aumentar su poder de atracción. Lorna le dice que tiene vahídos, que en ocasiones se le nubla la vista cuando se levanta muy rápido. Peter piensa, en un momento de egoísmo, que se lo podría estar inventando todo.

Sin embargo, intenta ser profesional.

Coge el manguito del aparato para medir la presión arterial,

se lo pone a Lorna en el brazo y empieza a hincharlo. Lorna le lanza una sonrisa coqueta y segura mientras él reprime su deseo al verle las venas.

Unos preciosos arroyos azules y finos que surcan su piel de color melocotón.

No sirve de nada.

No puede reprimirse.

Está en caída libre, atrapado en el momento. Cierra los ojos y se ve a sí mismo, inclinándose hacia el brazo de Lorna, lo que provoca que ella se ponga a reír.

—¿Qué haces? —le pregunta ella.

—Necesito tu sangre.

—¿Vas a hacerme una analítica?

Lorna ve los colmillos y grita. Peter se los clava en el antebrazo y, dada la presión de las venas, la sangre lo salpica todo: su cara, la de Lorna, el monitor, los pósteres…

—¿Estás bien? —La voz de Lorna pone fin a la fantasía.

Peter, sin una mancha de sangre, ni en él ni en el resto de la consulta, parpadea varias veces para disipar la alucinación.

—Sí, estoy bien.

Toma nota de la presión, le quita el manguito e intenta comportarse con seriedad.

—Todo está normal —dice, esforzándose para no mirarla ni inhalar por la nariz—. Estoy seguro de que no es nada grave. Posiblemente lo que pasa es que tienes los niveles de hierro un poco bajos. Aun así, es mejor asegurarse, por lo que te voy a pedir unos análisis de sangre.

Lorna se estremece.

—No me gustan nada las agujas.

Peter carraspea.

—Pídele hora a Elaine en recepción.

Ella está a punto de abrir la puerta, pero salta a la vista que quiere decir algo. Pone una mirada nerviosa y traviesa que Peter adora y teme al mismo tiempo.

—En el Fox and Crown organizan veladas de jazz —dice Lorna al final. A él su voz le parece tan suave e incitante como la superficie calma de un lago—. Es cerca de Farley. Música en vivo. Los lunes, creo. He pensado que podríamos ir. Mark está

en Londres el lunes y vuelve tarde. De modo que, no sé, se me ha pasado por la cabeza que podríamos ir.

Peter duda; recuerda cómo Lorna le acarició el pie con el suyo la noche anterior. Recuerda el sabor de la sangre, poco después, acabando con su sentimiento de culpa. Siente la frustración de todos los «Te quiero» no devueltos que le ha enviado a su mujer durante los últimos años. Tiene que hacer acopio de todas sus fuerzas para negar con la cabeza de forma apenas perceptible.

—Es…

Lorna se muerde el labio inferior y asiente; entonces abre la boca lentamente, como las alas de un pájaro herido, y se transforma en una especie de sonrisa.

—Vale. Adiós, Peter —dice, ya que prefiere no esperar a que la rechace.

Y la puerta se cierra y la sensación de culpa ahoga su alivio.

—Adiós, Lorna. Sí, adiós.

Mensaje a los conversos: JAMÁS VUELVAS A PONERTE EN CONTACTO CON LA PERSONA QUE TE CONVIRTIÓ. Los sentimientos que albergas hacia el individuo cuya sangre provocó un cambio tan profundo en tu naturaleza siempre serán difíciles de pasar por alto. Pero verlo en persona podría desencadenar una avalancha de emociones de la que tal vez jamás podrías recuperarte.

El manual del abstemio (2.ª ed.), p. 133

La barca sin remos

Una de las consecuencias conocidas del consumo excesivo de sangre es que tiene un profundo efecto en los sueños. Por lo general, este efecto es bueno y el vampiro practicante medio disfruta de sueños exuberantes y placenteros, que rebosan desnudos voluptuosos y detalles exóticos que cambian de uno a otro, y Will Radley no acostumbraba a ser una excepción. En sus sueños aparecían detalles sumamente minuciosos de los lugares que había visitado —y había estado en todas partes (aunque de noche)— y unos cuantos más de los confines exteriores de su imaginación. Sin embargo, en los últimos tiempos había tenido pesadillas, o más bien la misma una y otra vez, y el escenario y los acontecimientos apenas cambiaban.

Ahora mismo está teniendo una, este sábado.

Esto es lo que sucede.

Está en una barca de remos, pero sin remos, flotando en un lago de sangre.

Hay una orilla de rocas que rodea el lago y una mujer preciosa de pie, descalza, que le hace señas.

Quiere ir junto a ella, pero es consciente de que no sabe nadar, por lo que usa las manos a modo de remos; las hunde en la sangre y golpea algo.

Sale una cabeza. Una mujer con los ojos en blanco y la boca abierta surge del agua roja.

Hoy se trata de Julie, la cajera de la noche anterior.

Will se sienta en la barca a medida que aparecen otros rostros muertos, todos con los ojos en blanco y la boca abierta, con heridas fatales en el cuello. Son todos los hombres y mujeres a los que ha matado.

Cientos de cabezas —citas rápidas, camareras croatas, una estudiante de intercambio francesa, parásitos del Stoker Club y

el Black Narcissus, cabreros siberianos, italianos con cuello de cisne, infinidad de rusos y ucranianos…— que se mecen como boyas en la sangre.

Sin embargo, la mujer de la orilla sigue allí, aún quiere que acuda a su lado. Pero ahora ve quién es. Se trata de Helen, hace diecisiete años, y ahora que lo sabe, quiere estar con ella más que nunca.

Un ruido de salpicadura.

Alguien nadando en la sangre. Y luego alguien más, que chapotea desesperadamente mientras nada a crol.

Son los cuerpos. Los muertos van a por él.

Julie es la que está más cerca. Ya no tiene los ojos en blanco y saca los brazos del lago para aferrarse a la barca.

Entonces, mientras ella sube a bordo, Will oye algo. Hay alguien bajo el bote, golpeando en la madera, intentando atravesarla.

Mira a Helen, hacia la orilla. Ya no está. Su lugar lo ocupa Alison Glenny, la engreída comisaria de pelo corto que dirige las operaciones de contravampirismo de la policía. Asiente como si todo estuviera saliendo según lo planeado.

Hay cuerpos por todas partes, que se unen a Julie sacando los brazos del lago de sangre y aferrándose al bote mientras los golpes son cada vez más fuertes. Los miembros están a punto de alcanzarlo, pero Will cierra los ojos; luego los abre y está en su furgoneta con las persianas bajadas.

No era más que un sueño.

«El mismo de siempre.»

Coge el cuchillo y abre la puerta para ver quién llama. Es Helen.

—Justo ahora estaba soñando con…

Ella mira el cuchillo.

—Lo siento —dice él, que le dedica una sonrisa de disculpa—, es la costumbre. Tengo mucha SV aquí. Alguna muy valiosa. En Siberia me asaltaron unos adictos a la sangre. Unos cabrones daneses muy grandes. En tales casos los colmillos no sirven de nada, como bien sabes. —Le hace un gesto con la mano, como el que le ha hecho ella en sueños—. Entra, ponte a la sombra.

Helen cierra los ojos para rechazar la oferta y se dirige a él en voz baja, para que no la oigan los vecinos.

—Lo que Peter intentaba decirte es que quiere que te vayas. No te necesitamos.

—Sí, parecía algo distante, ahora que lo dices. ¿No podrías hablar con él, Hel?

Ella se queda boquiabierta.

—¿Qué?

A Will no le gusta la situación. Agazapado como Cuasimodo en su furgoneta, no tiene muy buen aspecto.

—Veo que estás muy acostumbrada al sol. Venga, siéntate.

—No me lo puedo creer —dice ella, exasperada—. ¿Quieres que hable con Peter para que te deje quedarte?

—Solo hasta el lunes, Hel. Tengo que pasar inadvertido, de verdad.

—Aquí no hay nada para ti. Peter y yo queremos que te vayas.

—La cuestión es que en los últimos tiempos me he pasado un poco. Tengo que quedarme en algún sitio… y mantener la calma. Hay muchos familiares enfurecidos ahí fuera. Uno, en concreto. —Y es verdad; aunque es verdad desde hace mucho tiempo. El año pasado, fuentes de confianza le dijeron que alguien buscaba al «profesor Will Radley». Alguien que se la tiene jurada desde sus días académicos, se imagina. Un padre enloquecido o un viudo con sed de venganza. Ese hombre no le preocupa más que Alison Glenny, pero es algo que está sometiendo a una gran tensión sus relaciones con sus compañeros vampiros de la Sociedad Sheridan—. Alguien ha estado haciendo preguntas. No sé quién es, pero no se cansa. De modo que si pudiera…

—¿Poner en peligro a mi familia? No. Ni hablar.

Will sale de la furgoneta y entrecierra los ojos para ver unos pájaros que huyen de un árbol cercano atemorizados; Helen luce una mirada igual de nerviosa mientras mira hacia la calle. Él le sigue la mirada y ve a una anciana que camina con bastón.

—Vaya, necesito una buena crema del sol —dice mientras parpadea bajo el sol. Aún sostiene el cuchillo.

—¿Qué haces? —le pregunta Helen.

La anciana llega hasta ellos.

—Hola.

—Buenos días, señora Thomas.

La mujer sonríe a Will, que, con toda tranquilidad, alza la mano del cuchillo y devuelve el saludo, sonriendo.

—Señora Thomas.

A Will le resulta divertido inquietar a Helen y seguro que su cuñada está aterrada. Pero la anciana no parece haber visto el cuchillo o no la ha alterado lo más mínimo.

—Hola —gruñe amistosamente la anciana a modo de respuesta, y sigue su camino sin detenerse.

Helen mira a Will, que decide exasperarla un poco más y ahora finge sorprenderse al ver el cuchillo.

—Uy —dice y lo tira en la furgoneta.

El rostro le pica a causa del sol. Helen mira hacia la casa de al lado cuando Mark Felt sale con un cubo y una esponja para empezar a lavar su coche. Es un hombre que, para diversión de Will, parece un poco preocupado por la presencia de ese personaje de aspecto siniestro con el que habla su vecina.

—¿Estás bien, Helen?

—Sí, estoy bien, gracias, Mark.

Mientras el tal Mark empieza a pasar la esponja por el techo de su coche caro, mira a Helen con ligero recelo.

—¿Está bien Clara? —pregunta de un modo casi agresivo mientras el agua y la espuma caen sobre las ventanas.

«¿Qué les dijeron a los vecinos?», se pregunta Will mientras observa la nerviosa interpretación de Helen.

—Sí, está bien —dice ella—. Ya está bien. Cosas de adolescentes, ya sabes.

Se produce otra situación extraña cuando se da cuenta de que debería presentarlos, pero es incapaz de hacerlo. Mientras se esfuerza por engañar a su vecino, Will la observa maravillado, del mismo modo en que observaría un libro conocido traducido a una lengua extranjera.

—Bien —dice Mark, que no parece muy convencido—. Me alegro. ¿A qué hora cierra la consulta Peter?

Helen se encoge de hombros; salta a la vista que quiere

poner fin a la conversación.

—Depende del sábado. Alrededor de las cinco. Las cuatro, las cinco…

—Vale.

Helen asiente y sonríe, pero Mark aún no ha acabado:

—Me gustaría enseñarle los planos en algún momento. Aunque creo que será mejor mañana. Más tarde me voy a jugar al golf.

—De acuerdo —dice ella.

Will intenta reprimir la sonrisita y Helen le susurra: «Sigamos con esto en casa».

Él asiente y la sigue hacia la puerta. «Muy al grano, pero vale. Me has conquistado.»

París

Al cabo de un minuto, Will se encuentra en el salón, decorado con muy buen gusto, sentado en el sofá. Helen le da la espalda, mira hacia el patio y el jardín. Ella no es consciente, pero sigue siendo guapísima, a pesar de que ha decidido cambiar de carril y pasarse a la vía rápida de la mortalidad. Aunque fuera una anciana con más arrugas que una pasa, la seguiría queriendo.

A menudo piensa en ella como una muñeca rusa. Esta carcasa exterior campestre contiene otras Helen mejores. Lo sabe. Esa con la que voló sobre el mar en una ocasión, agarrados de la mano, manchada de sangre. Will huele sus ansias de vida, de peligro, todavía corre por sus venas. Y sabe que es el momento adecuado para provocarla, para obligarla a recordar su otro yo, mejor que el actual.

—¿Te acuerdas de París? —pregunta él—. ¿La noche en que fuimos volando hasta allí y aterrizamos en los jardines de Rodin?

—Cállate, por favor —le pide ella—. Rowan está arriba.

—Está escuchando música. No va a oír nada. Solo quería saber si alguna vez piensas en París.

—A veces, sí. Pienso en muchas cosas. Pienso en ti. Pienso en mí, en cómo era. En la gran parte de mi propio ser que he tenido que sacrificar para vivir aquí, con toda esta gente normal. En ocasiones me entran ganas de, no sé, rendirme y salir desnuda a la calle para ver lo que dice la gente. Pero estoy intentando borrar un error, Will. Por eso llevo esta vida. Todo fue un error.

Él coge un jarrón y mira el hueco interior oscuro y esculpido.

—Esto no es vida, Helen. Este sitio es una morgue. Huele a sueños muertos.

Ella no alza la voz.

—Estaba con Peter. Estaba comprometida con él. Lo amaba. ¿Por qué tuvimos que cambiar eso? ¿Por qué viniste tras de mí? ¿Qué te impulsó a ello? ¿Qué te lleva a presentarte aquí como una pesadilla demoníaca y arruinarlo todo? ¿Se trata de una cuestión de rivalidad fraternal? ¿Aburrimiento? ¿O es la inseguridad de siempre? Tienes que amargarles la existencia a los demás o acabar con su vida para que no quede nadie a quien envidiar. ¿Es eso?

Will sonríe. Ve un atisbo de la antigua Helen.

—Venga, la monogamia nunca ha sido lo tuyo.

—Era joven y estúpida. Muy estúpida, joder. No entendía las consecuencias.

—La estupidez estaba muy de moda ese año. Pobre Pete. Nunca debería haber aceptado ese turno de noche… No se lo has dicho, ¿verdad?

—¿A quién? —pregunta ella.

—Ciñámonos a Pete.

Helen se tapa los ojos con la mano.

—Veo que lo entendiste —dice.

—Era 1992 —dice Will con cautela, como si la fecha en sí fuera algo delicado y valioso—. Un año de buena cosecha. Conservo nuestro suvenir. Soy un sentimental, ya lo sabes.

—¿Conservas mi…? —Horrorizada, lo mira con ojos desorbitados.

—Pues claro. ¿No habrías hecho tú lo mismo? —Empieza a hablar con gestos muy teatrales—. ¿Acaso no moro en los arrabales de tu placer? —Sonríe—. Es una pregunta retórica. Sé que soy el centro de la ciudad. Soy la Torre Eiffel. Pero sí, conservo tu sangre. Y estoy bastante seguro de que Pete la reconocería. Siempre ha sido muy esnob en cuestiones hemáticas. Ah, y también conservo las cartas…

Will deja el jarrón sobre la mesa con sumo cuidado.

—¿Me estás chantajeando? —susurra ella.

Will se estremece al oír la acusación.

—No rebajes tus sentimientos, Helen. Me escribiste unas cartas muy bonitas.

—Quiero a mi familia. Eso es lo que siento.

«Familia.»

—Familia —dice él. La palabra en sí suena a algo hambriento—. ¿Incluyes a Pete en eso o te refieres solo a los niños?

Helen lo mira.

—Esto es absurdo. ¿Crees que aún siento algo por ti porque me convertiste antes que él?

Y en el momento en que lo dice, Rowan baja por las escaleras; no lo han oído, pero él a ellos sí. No las palabras *per se,* sino el tono apremiante de su madre. Entonces se detiene para escuchar a Will. Ahora lo oye todo con claridad, pero no le encuentra el sentido.

—¿Antes? —dice Will con un tono que raya en la ira—. No te puedes convertir dos veces, Helen. Estás muy oxidada. Quizá te gustaría que te refrescara la memoria…

Rowan vuelca el peso del cuerpo en el pie izquierdo y provoca el crujido de una tabla del suelo. Helen y Will callan y, durante un segundo o dos, solo se oye el tictac del pequeño reloj de época que hay junto al teléfono.

—¿Rowan?

Es la voz de su madre. Él se pregunta si debe responder.

—Tengo dolor de cabeza —dice al final—. Voy a tomarme una pastilla. Y luego saldré un rato.

—Ah —dice ella, tras una larga pausa—. Vale. De acuerdo. ¿Cuándo…?

—Más tarde —la corta Rowan.

—Más tarde, vale. Nos vemos luego.

La voz de Helen ha sonado falsa. Pero ¿cómo puede él discernir aún lo que es falso de lo que no? Todo aquello que siempre ha considerado real ahora resulta ser ficticio. Y quiere odiar a sus padres por ello, pero el odio es un sentimiento fuerte, para gente fuerte, y él es más débil que nadie.

De modo que recorre el pasillo y se dirige a la cocina. Abre el armario donde sabe que están los medicamentos y saca el ibuprofeno de la caja. Mira con detenimiento el envoltorio de plástico, de un blanco puro.

Se pregunta si hay suficientes pastillas para suicidarse.

Detrás de un tejo

Oyen a Rowan dirigirse a la cocina. Abre un armario y lo cierra. Entonces sale de casa y, en cuanto Helen oye la puerta, vuelve a respirar. Pero no es más que un alivio temporal, que dura hasta que Will, aún en el sofá, abre de nuevo la boca.

—Podría haber sido peor —dice—. Podría haber encontrado las cartas. O Peter podría haber estado aquí.

—Cállate, Will. Cállate de una vez.

Pero la ira de Helen es contagiosa. Él se pone en pie, se acerca a ella y se dedica a hablar con un Peter que no está ahí.

—Mira, Pete, siempre me ha sorprendido que no te dieras cuenta de nada. Con todos los títulos que tienes. Y, además, eres médico… Ah, claro, seguro que Helen se encargó de ocultar todas las pruebas y yo me divertí asustando a ese consultor para que mintiera, pero aun así…

—Cállate, cállate, cállate.

Helen no piensa, sino que arremete contra él, le araña la cara y siente el alivio que le proporciona su reacción. Will se lleva un dedo a la boca y luego se lo enseña. Ella mira la sangre, una sangre que ha probado y le ha gustado más que ninguna. Está ahí, ante ella, el sabor que podría hacerle olvidar todo. La única forma de luchar contra sus instintos es huir del salón, pero casi oye la amplia sonrisa de felicidad en las palabras de Will cuando le dice:

—Tal y como te he dicho, Hel, solo es hasta el lunes.

Rowan se sienta en el cementerio, apoyado en un tejo, oculto de la carretera. Se ha tomado todas las pastillas de ibuprofeno, pero se siente exactamente igual que hace media hora, aunque sin el dolor de cabeza.

Se da cuenta de que es un infierno estar atrapado en la larga

y horrible frase que es la vida durante unos doscientos años sin llegar al punto final.

En este momento desearía haberle preguntado a su padre cómo se mata a un vampiro. Le gustaría saber de verdad si es posible suicidarse. Quizá *El manual del abstemio* diga algo. Al final, se pone en pie y se dirige hacia casa. A medio camino, ve a Eve bajando de un autobús. Ella camina en su dirección y Rowan se da cuenta de que es demasiado tarde para esconderse.

—¿Has visto a tu hermana? —le pregunta.

Lo mira de forma tan directa, con ese brillo en los ojos tan característico, que apenas puede hablar.

—No —logra decir al final.

—Se ha esfumado cuando estábamos en Topshop.

—Ah. No. No… la he visto.

Rowan se preocupa por su hermana. Tal vez la haya detenido la policía. Por un instante, esta preocupación sustituye al estado de ansiedad general que padece cuando habla con Eve. Y esta preocupación por su hermana provoca que el sabor químico que nota en la lengua le sepa a culpabilidad, ya que hace tan solo media hora quería abandonarla, a ella y al resto del mundo.

—Bueno, ha sido raro —dice Eve—. Estaba conmigo y, al cabo de un minuto, se ha…

—¡Eve! —grita alguien que corre hacia ellos—. Eve, te he buscado por todas partes.

Esta pone los ojos en blanco y le lanza un gruñido a Rowan, como si fuera su amigo.

Un motivo para estar vivo.

—Lo siento, es mejor que me vaya. Es mi padre. Nos vemos.

Rowan reúne el valor necesario para devolverle la sonrisa, pero lo hace cuando ella ya se ha vuelto.

—Gracias —dice él—. Nos vemos.

Al cabo de unas horas, mientras está en su habitación escuchando su disco favorito de los Smiths, *Meat is Murder,* pasa las páginas de *El manual del abstemio* hasta llegar al índice y la siguiente información lo acecha en la página 140.

Nota sobre el suicidio

La depresión suicida es una lacra habitual que afecta a los abstemios.

Sin un consumo habitual de sangre de vampiro o humana, los procesos químicos de nuestro cerebro se pueden ver afectados de forma grave. Los niveles de serotonina acostumbran a ser muy bajos, mientras que los de cortisol pueden subir de forma alarmante en épocas de crisis. Asimismo, es probable que actuemos con precipitación, sin reflexionar.

A todo esto hay que añadir el desprecio por uno mismo que se deriva del hecho de saber lo que somos; la trágica ironía de los abstemios es que detestamos nuestros instintos, en parte porque no los obedecemos. A diferencia de los adictos a la sangre practicantes, cegados por su propia adicción, poseemos la lucidez para ver el monstruo que vive en nuestro interior, y para muchos esta dolorosa visión puede resultar insoportable.

No es objetivo de este manual emitir un juicio moral sobre aquellos que intentan poner fin a su existencia. De hecho, en muchos casos —como cuando los abstemios piensan en recuperar sus hábitos asesinos—, incluso resulta aconsejable.

Sin embargo, es importante tener en cuenta los siguientes hechos:

1. Los abstemios pueden vivir como humanos, pero no pueden morir con tanta facilidad como ellos.

2. En teoría es posible suicidarse mediante la ingesta de sustancias farmacéuticas, pero la cantidad necesaria es considerablemente superior a la que requiere un mortal humano. Por ejemplo, un vampiro medio necesitaría consumir alrededor de cuatrocientos miligramos de pastillas de paracetamol.

3. La intoxicación por monóxido de carbono, saltar de un edificio y abrirse las venas son métodos muy poco prácticos. En especial el último, ya que el mero hecho de ver y oler nuestra propia sangre puede desatar un deseo inmediato de obtener nuevas provisiones de otros seres vivos.

Rowan cierra el libro, con una extraña sensación de alivio. Al fin y al cabo, si se suicidara, no podría ver a Eve de nuevo y ese pensamiento lo horroriza todavía más que la idea de seguir con vida.

Cierra los ojos, se tumba en la cama y escucha el ruido proveniente de las otras habitaciones. Su madre utilizando la

licuadora en la cocina. Su padre resoplando mientras hace ejercicio en la máquina de remo de la habitación de invitados. Pero los más escandalosos son Clara y Will, que se ríen y escuchan unas guitarras chirriantes.

Rowan deja que los demás ruidos se fundan en uno en su mente mientras se concentra en la risa de su hermana. Parece incuestionable y verdaderamente feliz. «Sin un consumo habitual de sangre de vampiro o humana, los procesos químicos de nuestro cerebro se pueden ver afectados de forma grave.»

¿Y con un consumo habitual?

Rowan cierra los ojos e intenta no pensar en la incuestionable y verdadera felicidad que él también podría sentir.

Niega con la cabeza e intenta olvidar ese pensamiento que, sin embargo, permanece ahí, persistente, como el sabor agridulce que nota en la lengua.

Agua

Peter está en la máquina de remo, esforzándose más de lo habitual. Quería llegar a los cinco mil metros en menos de veinte minutos y va por delante de sus propios cálculos. Echa un vistazo a la pantalla: 4653 metros en quince minutos y cinco segundos. Es un ritmo mucho más rápido de lo habitual y está claro que es consecuencia de la sangre que consumió anoche.

Aunque con alguna dificultad, oye la música que suena en la habitación de Clara.

Hendrix.

Es música sangrienta de la década de 1960, absurda, y, según parece, a Will le gusta tanto como cuando tenía siete años y bailaba en la barca con su padre al son de *Crosstown Traffic*.

Oye a Clara riendo junto con su tío.

Pero no permite que eso lo distraiga. Tan solo mira los botones que hay bajo la pantalla: CAMBIAR UNIDADES. CAMBIAR VISUALIZACIÓN.

Sea quien sea el que diseñó la máquina, conoce el poder de ese término: CAMBIAR.

Piensa en Lorna y masculla palabras al ritmo de la máquina mientras llega a los últimos cien metros y se esfuerza cada vez más y más.

—Jazz. Jazz. Jazz… Joder.

Se detiene y observa cómo sube la cifra total mientras la rueda sigue girando. Al final se detiene en 5068 metros. Completados en diecisiete minutos y veintidós segundos.

Es impresionante.

Ha rebajado su mejor marca, que era unos cuatro minutos superior a la actual. Sin embargo, ahora está demasiado cansado para bajar de la máquina.

Con una increíble sed, se mira las venas hinchadas del antebrazo.

«No —se dice a sí mismo—. Con el agua basta.»

Agua.

En eso consiste su vida ahora. En agua insípida, sosa y clara.

Y uno puede ahogarse en ella tan fácilmente como si fuera sangre.

Clara escucha la música de guitarra antigua que acaba de descargarse a recomendación de Will y ni tan siquiera finge que le gusta.

—No —dice entre risas—. Esto es horrible.

—Esto es Jimi Hendrix —dice su tío, como si eso lo explicara todo—. ¡Es uno de los mayores adictos a la sangre que ha existido jamás! Es el hombre que tocaba la guitarra con los colmillos. En el escenario. Y nadie se dio cuenta. —Se ríe—. Me lo contó nuestro padre antes de… —Will deja la frase a medias y Clara siente la tentación de preguntarle por su abuelo, pero ve el dolor que se refleja en sus ojos. Deja que siga hablando de Jimi Hendrix—. Los exangües creían que era por el ácido que tomaban. Nunca se preguntaron por qué es de color púrpura la bruma de la que habla *Purple Haze*. Aunque, en realidad, nunca fue una «bruma». «Venas púrpuras» le pareció un poco excesivo. Prince tuvo el mismo problema. Pero entonces se hizo abstemio, se convirtió en testigo de Jehová y todo empezó a ir de mal en peor. No como Jimi. Tan solo amañó su muerte y siguió con lo suyo. Ahora se llama Joe Hayes. H-A-Y-E-S. Dirige un club de rock y sangre llamado Ladyland en Portland, Oregón.

Clara se apoya en la pared de su dormitorio con los pies colgando por el lateral de la cama.

—Bueno, es que aún no me van mucho los solos de guitarra que duran cinco siglos. Es como esos cantantes a los que les gusta destacar y cantan varias escalas antes de acabar con un monosílabo. Es que me entran ganas de decirles: «Venga, ve al grano».

Will niega con la cabeza con gesto casi de compasión y le

echa un trago a una botella de sangre que ha tomado de su furgoneta.

—Mmm. Había olvidado lo bien que sabe.

—¿Quién?

Le enseña la etiqueta escrita a mano. Es la segunda botella de la noche. La primera, ALICE, se la ha tomado de un trago en pocos segundos y ahora está tirada bajo la cama de Clara.

ROSELLA - 2001

—Esta… era una belleza. *Très jolie.*

Clara apenas parece preocupada.

—Entonces, ¿mataste a estas personas?

Su tío finge escandalizarse.

—¿Por quién me tomas?

—Por un vampiro chupasangre y asesino.

Will se encoge, como dándole a entender que tiene razón.

—La sangre humana envejece mal —explica—. Adquiere un sabor metálico, por lo que no tiene sentido embotellarla. La hemoglobina de los vampiros nunca cambia. Y en eso consiste su magia, en la hemoglobina. Pero, bueno, la cuestión es que Rosella es una vampira española. La conocí en una visita relámpago a Valencia. Ciudad de vampiros. Es como Manchester. Salimos. Intercambiamos suvenires. Pruébala.

Will le ofrece la botella a Clara y la mira fijamente de forma deliberada durante un segundo.

—Sabes que quieres.

Al final, ella sucumbe: la coge, se la pone bajo la nariz y huele lo que está a punto de probar.

A Will le resulta divertido.

—Un ligero gusto cítrico, un leve aroma a roble y una pizca de vida eterna.

Clara toma un trago y cierra los ojos mientras disfruta del dulce subidón que le proporciona la sangre. Luego se ríe y la risita se convierte en unas carcajadas escandalosas.

Entonces Will se fija en la fotografía del tablón de corcho de Clara. Ve a una chica rubia y guapa junto a su sobrina. Y lo embarga un pensamiento perturbador, ya que le suena de algo.

—¿Quién es?

—¿Quién es quién? —pregunta Clara, que se calma.

—Olivia Newton John.

—Ah, Eve. Es una estrella. Hoy la he puesto en un pequeño aprieto. La he dejado tirada en Topshop. Me ha entrado miedo cuando he pensado que podría hacerle algo mientras estábamos en los probadores.

Will asiente.

—Un ataque de ISS. Te acostumbrarás.

—¿ISS?

—Irresistible sed de sangre. En fin, estabas diciendo…

—Sí. Es nueva. Acaba de trasladarse aquí. —Clara toma otro trago. Se limpia la boca y se ríe de nuevo mientras piensa en algo—. Es el sueño húmedo de Rowan. Va a su mismo curso en el instituto, pero ni tan siquiera es capaz de dirigirle la palabra. Es bastante trágico. Lo malo es que su padre tiene algunos problemas. Con diecisiete años, tiene que pedirle permiso cada vez que quiere salir de casa. Antes vivían en Manchester.

Clara apenas repara en el semblante serio de Will.

—¿Manchester?

—Sí, llevan aquí muy pocos meses.

—Entiendo —dice él, que mira hacia la puerta. Al cabo de un segundo se abre y aparece Helen, con el delantal y furiosa. Su malhumor enrarece el ambiente cuando entra en el dormitorio y aprieta la mandíbula con fuerza al ver la botella de sangre.

—Por favor, coge eso y sal de la habitación de mi hija.

Will sonríe.

—Ah, qué bien. Estás aquí. Empezaba a preocuparnos que nos lo estuviéramos pasando un poco bien.

Clara, todavía algo aturdida, reprime una risa.

Su madre no dice nada, pero su rostro refleja claramente que no va a tener paciencia con ninguno de los dos. Will se levanta del suelo. Al pasar junto a ella, se inclina hacia delante para susurrarle algo al oído que Clara no oye.

Algo que hace que Helen adopte un gran semblante de preocupación.

—Eh —dice Clara—. ¡Nada de secretos!

Pero no obtiene respuesta alguna. Will ya ha salido del

cuarto y su madre tiene la mirada clavada en la alfombra, como una figura de cera de sí misma.

Tras ella, Clara ve a Will, que habla con su padre. Este está sudando y tiene la cara congestionada después de hacer ejercicio, y su hermano le ofrece una botella de sangre.

—Voy a darme una ducha —responde Peter, enfadado, y se dirige corriendo hacia el baño.

—Dios —le dice Clara a la figura de cera de su madre—, ¿qué problema tiene?

Nubes carmesí

Uno de los problemas de Peter es el siguiente.

Cuando tenía nueve años, en la década de 1970, Will le salvó la vida. Dos hombres, cuyas identidades y motivos de resentimiento nunca conocieron, irrumpieron en la barcaza en la que vivían con la deliberada intención de clavarles un pedazo de madera de espino especialmente afilado en el corazón a sus padres.

Peter se despertó a causa de sus angustiosos gritos y permaneció bajo las sábanas, empapado en su propia orina. Los hombres entraron en su minúscula habitación, no con las estacas, sino con una espada de estilo oriental.

Aún los visualiza: el alto y flaco con la chaqueta de cuero marrón y la espada, y el gordo y grasiento con la camiseta de *Operación Dragón*.

Aún recuerda el terror absoluto que sintió al saber que iba a morir y el alivio total cuando vio el motivo por el que el más alto empezó a aullar de dolor.

Will.

Su hermano, que tenía diez años, le saltó en la espalda, se aferró a él como un murciélago, lo mordió y manchó de sangre los LP de Hendrix y The Doors que había en el suelo.

La segunda muerte fue cuando Will demostró de verdad su amor fraternal. El fan gigantesco de Bruce Lee había cogido la espada de su amigo y apuntaba con ella al niño de diez años, que se agitaba en el aire por encima de él.

Will le estaba haciendo gestos a Peter. Intentaba que se dirigiera hacia la puerta para salir de ahí sin que él tuviera que arriesgarse y enfrentarse al tipo de la espada. Pero el miedo se aferró a Peter como las sábanas mojadas y no hizo nada. Se quedó quieto y observó a su hermano flotar como una mosca frente a un samurái agachado, recibir un corte profundo en el

brazo y, al final, clavarle los colmillos en la cara y el cráneo al hombre.

Entonces fue Will quien sacó a Peter de la cama y lo condujo por el suelo bañado en sangre, por encima de los cuerpos; recorrieron la estrecha cocina y subieron las escaleras. Le dijo que esperara en la orilla. Y Peter obedeció a medida que las lágrimas empezaban a correrle por las mejillas al darse cuenta de que sus padres habían muerto.

Will prendió fuego a la barcaza y lo sacó volando de ahí.

Fue también él quien, al cabo de una semana, se puso en contacto con la mujer de la Agencia de Vampiros Huérfanos para que les encontrara una casa. Arthur y Alice Castle: dos abstemios de clase media, de carácter afable y amantes de los crucigramas. Will y Peter juraron que jamás se convertirían en alguien así.

Aunque, claro está, Will no era la mejor influencia.

Pasó sus años de adolescente corrompiendo a su hermano menor, incitándolo para que le diera un mordisco a una estudiante francesa de intercambio llamada Chantal Feuillade, una chica a la que odiaban y adoraban por igual. Y también hubo viajes a Londres para disfrutar de la hora roja. Fueron a conciertos de punk vampírico en el Stoker Club. Fueron de compras a tiendas de vampiros, como Bit en King's Road o Rouge en Soho, donde eran los clientes más jóvenes, con diferencia. Tocó la batería con su hermano en los Hemato Critters. (Y juntos fueron como McCartney y Lennon, ya que escribieron la letra de la única canción que compusieron ellos mismos: «Cuando te saboreo, pienso en cerezas».) Secaban su propia sangre, luego se la fumaban y cogían un colocón envueltos en una nube carmesí antes de ir al instituto.

Sin duda, Will lo había llevado por el mal camino, pero le había salvado la vida y eso tenía que valer de algo.

Peter cierra los ojos bajo la ducha.

Él mismo aparece en el recuerdo.

Ve una gabarra en llamas en el agua, que se encuentra a varios kilómetros por debajo de él, y que se aleja más y más a medida que ganan altura. La embarcación encoge y desaparece. Como la luz dorada de la infancia frente a la

oscuridad que todo lo engulle.

Criatura de la noche

Helen está cada vez más preocupada. Mañana empezarán la búsqueda con los perros. Puede que utilicen varias unidades de búsqueda para rastrear todos los campos que hay entre su casa y Farley.

A lo mejor encuentran sangre y rastros en la tierra. E incluso antes de que lo hagan, quizá mañana por la mañana, la policía irá a preguntarle a Clara lo que sabe. También interrogarán a los demás asistentes a la fiesta y Helen no ha logrado que su hija le explique lo que podrían saber.

Solo tres cosas la consuelan:

Una: nadie en su sano juicio consideraría a una vegana de quince años delgada y pequeña que nunca ha sido castigada en la escuela sospechosa del asesinato de un chico el doble de grande que ella.

Dos: vio a su hija desnuda en la ducha ayer y sabe que no tenía ni un rasguño. Si encuentran la sangre de alguien, no será la de Clara. Es cierto que habrá restos de ADN y, sin duda, de su saliva mezclada con la sangre de la víctima, pero solo una mente muy imaginativa podría creer que Clara mató a ese chico sin ningún tipo de arma y sin sangrar ni una gota.

Y tres: el cuerpo del chico, la única prueba definitiva de lo que ha sucedido, nunca lo encontrarán, ya que Peter le aseguró que voló mar adentro un buen rato antes de dejarlo caer.

Es de esperar que la combinación de estas tres cosas impida que la policía sospeche que Clara es una vampira.

Sin embargo, Helen no puede evitar pensar que se trata de una situación muy compleja. Anoche no tuvieron tiempo de limpiar las huellas de los neumáticos, algo que no se les habría pasado por alto en los viejos tiempos. Tal vez Peter debería haber regresado más tarde, de madrugada, y eliminar las marcas que dejó al arrastrar el pesado cuerpo. Quizá deberían

hacerlo ahora, antes de que sea demasiado tarde. Quizá debería dejar de rezar para que cayera una gran tormenta y ponerse manos a la obra.

Sabe, por supuesto, que si anoche hubiera probado la sangre, mostraría una actitud tan relajada como la de su marido y su hija con respecto al tema. La copa estaría medio llena en lugar de medio vacía y creería que, con Will a su lado, podrían salir airosos de cualquier situación gracias al poder de persuasión de la sangre. Ningún agente de policía de Yorkshire del Norte creería que su hija era una asesina, y menos aún una verdadera criatura de la noche.

Sin embargo, Helen no ha bebido sangre en los últimos tiempos y sus preocupaciones revolotean y picotean en su cabeza como una bandada de cuervos hambrientos.

Y el cuervo más grande y hambriento de todos es el propio Will. Cada vez que mira por la ventana y ve su furgoneta, no puede evitar ver un anuncio que proclama la culpabilidad de Clara, la culpabilidad de todos y cada uno de ellos.

Después de la cena, Helen intenta expresar estas preocupaciones. Recordarle a todo el mundo que están a punto de cumplirse las veinticuatro horas desde la desaparición del chico y que la policía no tardará en empezar a hacer preguntas, por lo que deberían ponerse de acuerdo en la historia que van a contar. Pero nadie la escucha, salvo Will, que las desecha.

Les cuenta a Helen y a Peter lo mucho que han cambiado las cosas con la policía.

—Los vampiros se mostraron muy activos a mediados de la década de 1990. Se movilizaron. Crearon una sociedad para tratar con la policía. Tienen una lista de personas a las que no se puede tocar. Ya sabéis, vampiros. Les encantan las jerarquías. Bueno, la cuestión es que yo estoy en esa lista.

La explicación no consuela a Helen.

—Pero Clara no. Y nosotros tampoco.

—Ya. Y la Sociedad Sheridan solo te permite ser miembro si eres del ala dura, pero, eh, la noche es joven. Podríamos salir a darnos un banquete.

Helen frunce el entrecejo.

—Escucha —le dice Will—. No es la policía quien debe preocuparte. Bueno, no solo. También hay que tener en cuenta a la gente a la que has herido. A la que le importa mucho lo sucedido. Me refiero a las madres, a los padres, a los esposos y las esposas. Es mucho más difícil hacerles cambiar de opinión. —Mira fijamente a Helen y le lanza una sonrisa tan cómplice que ella tiene la sensación de que los secretos rezuman de sus poros e inundan la estancia—. Mira, Helen, cuando juegas con las emociones de la gente es cuando tienes que preocuparte.

Se repantiga en el sofá, bebiendo un vaso de sangre, y Helen recuerda esa noche en París. Cuando lo besó en el tejado del Musée d'Orsay. Cuando le agarró la mano y juntos se acercaron a la recepcionista de ese lujoso hotel de la Avenue Montaigne; se quedó mirando cómo la convencía, gracias al poder de la sangre, para que les ofreciera la suite presidencial. Tiene exactamente el mismo aspecto que entonces y los recuerdos que le trae su rostro son tan frescos y maravillosos y aterradores como siempre.

Esos recuerdos le hacen perder el hilo y ya no se acuerda de lo que está diciendo. ¿Lo había hecho Will de forma deliberada? ¿Acababa de meterse en su mente y se la había puesto patas arriba? Tras perder la concentración, Helen se siente frustrada al comprobar que la velada se está convirtiendo en *Entrevista con el vampiro,* ya que Will se está recreando en su papel de chupasangres jefe mientras Clara le formula una pregunta tras otra. Y ella no puede evitar darse cuenta de que incluso Rowan parece más comprometido con su tío, más interesado en lo que pueda decirle. Tan solo su marido parece mostrarse indiferente. Está arrellanado en su sillón de cuero, mirando un documental sobre Louis Armstrong en la BBC Four, sin el volumen, perdido en su propio mundo.

—¿Has matado a mucha gente? —pregunta Clara.

—Sí.

—Entonces, ¿tienes que matar a alguien para beberte su sangre?

—No, puedes convertirlo.

—¿Convertirlo?

Will hace una pausa y mira a Helen.

—Pero tampoco puedes convertir a cualquiera. Es una cuestión muy seria. Te bebes su sangre y ellos se beben la tuya. Es algo recíproco. Y es un compromiso. Si conviertes a alguien, esa persona te anhelará. Te amará mientras vivas. Por mucho que sepa que amarte es lo peor que podría hacer. No puede evitarlo.

Incluso Rowan parece prendido por esta revelación. Helen se da cuenta de cómo se le iluminan los ojos mientras piensa en un amor de ese tipo.

—O sea, ¿aunque tú no le gustes a esa persona? —pregunta—. Si la conviertes, ¿te amará?

Will asiente.

—Así funciona.

Helen está segura de que oye murmurar algo a su marido. ¿Jazz? ¿Ha sido eso?

—¿Has dicho algo, Peter?

Él alza la vista como un perro que, por un instante, ha olvidado que tiene amos.

—No —responde, preocupado—. Nada.

Clara prosigue con su interrogatorio.

—Entonces, ¿alguna vez has convertido a alguien? —pregunta a su tío.

Will mira fijamente a Helen mientras responde. Su voz le genera un hormigueo de inquietud y de la emoción involuntaria causada por los recuerdos.

—Sí. En una ocasión. Hace una eternidad. Uno cierra los ojos e intenta olvidarlo. Pero todo sigue ahí. Ya sabes, como una canción antigua que no puedes quitarte de la cabeza.

—¿A tu mujer?

—Clara —dice Helen con un tono de voz más alto y firme de lo deseado—. Ya basta.

Will siente que ha obtenido un pequeño triunfo al ver lo incómoda que se siente ella.

—No, a otra persona.

Black Narcissus

Al cabo de unas horas, cuando los demás Radley están en la cama, Will echa a volar hacia el suroeste, en dirección a Manchester. Se dirige al lugar al que va a menudo los sábados por la noche, al Black Narcissus, y se abre paso en un mar de chupasangres y aspirantes, de viejos góticos, de chicos emo jóvenes y de vampiros de la Sociedad Sheridan. Atraviesa la pista de baile llena de *cry-boys* y *sylvies,* sube al piso de arriba y pasa junto a Henrietta y el pequeño cartel rojo que hay en la pared: SALA VIB.

—Henrietta —dice él, pero ella lo ignora, actitud que a Will le parece bastante extraña.

Hay chupasangres de todo tipo repantigados en sofás de cuero; escuchan a Nick Cave y beben de diversas botellas y de cuellos ajenos. En una de las paredes se proyecta una película de miedo alemana antigua; todo son gritos silenciosos y ángulos de cámara inquietantes.

Todo el mundo sabe que Will está ahí, pero hoy las vibraciones no transmiten tan buen rollo como es habitual. Nadie se detiene a hablar con él. Pero le da igual. Sigue avanzando hasta que llega a la cortina. Le lanza una sonrisa a Vince y Raymond, pero no se la devuelven. Él mismo aparta la cortina.

En el interior ve a quien sabe que estaría ahí. Isobel, acompañada por unos cuantos amigos, dándose un banquete con un cadáver que yace en el suelo.

—Eh, creía que no vendrías —dice ella cuando alza la cabeza. Al menos parece alegrarse de verlo. Will la mira fijamente, intentando apelar a su propia lujuria mientras observa el tatuaje que dice MUERDE AQUÍ, aún visible a pesar de la sangre. Parece una chica atractiva, un poco retrovamp estilo 1970 y un poco Pam Grier en *Grita, Blácula, grita.* Y, a decir

verdad, dado el aspecto de la muchacha, Will debería sentir un anhelo más fuerte del que nota.

—Está buena —dice ella—. Venga, pruébala tú también.

Los cuerpos que yacen en el suelo no parecen tan apetecibles como deberían en circunstancias normales.

—Estoy bien —dice él.

Algunos de los amigos de Isobel lo miran con el rostro ensangrentado y sus ojos fríos, sin decir nada. «Zorras de la Sheridan ávidas de sangre.» El hermano de Isobel, Otto, está entre ellos. Will nunca le ha caído bien, al igual que ningún otro hombre que se haya ganado el corazón de su hermana, pero esta noche el odio de sus ojos refulge con más fuerza que nunca.

Le hace un gesto con la cabeza a Isobel para charlar en un rincón más tranquilo, donde se sientan en un cojín enorme de color púrpura oscuro. Es la segunda mujer más deliciosa que ha probado. Mejor que Rosella. Mejor que miles. Y quiere estar seguro de que será capaz de olvidar a Helen de nuevo. De alejarse de ella, si es necesario.

—Quiero degustarte —dice Will.

—Te pueden dar una botella de mi sangre abajo.

—Sí, lo sé. Iré a pedirla. Pero quiero sangre fresca.

A Isobel parece entristecerle su petición, como si le preocuparan los anhelos que Will despierta en ella. Sin embargo, le ofrece el cuello y él acepta, cierra los ojos y se concentra en su sabor.

—¿Disfrutaste anoche?

Will se pregunta a qué se refiere, sin dejar de chupar.

—Alison Glenny ha estado indagando. Sobre la chica del supermercado —añade aquella.

Recuerda a la chica gótica —Julia o como quiera que se llamase— gritando y tirándole del pelo. Deja de chupar a Isobel.

—¿Y qué pasa? —pregunta Will mientras señala a la pareja muerta, medio devorada, que hay al otro lado de la sala.

—Pues pasa que una cámara de seguridad grabó tu furgoneta. Era el único vehículo en el aparcamiento.

Will lanza un suspiro. Si estás ejerciendo, se supone que

debes atenerte a las reglas del juego. Debes ir a por las desapariciones que sean fáciles de explicar: la suicida, la sintecho, las fugitivas, las ilegales…

Él nunca había seguido las reglas del juego. ¿Qué sentido tenía seguir tus instintos si no podías, bueno, seguirlos? Le parecía muy artificial, en esencia muy poco romántico, limitar tus deseos a las víctimas seguras. Sin embargo, era cierto que en el pasado las había ocultado con más cuidado.

—A la gente le preocupa que seas menos pulcro que antes.

Sin duda, Isobel sabía cómo estropearle el buen humor.

—¿La gente? ¿Qué gente? —Will ve a Otto, con su cara de rata astuta, mirándolo desde uno de los cadáveres—. Te refieres a que Otto quiere quitarme de la lista.

—Tienes que ir con cuidado. Es lo único que digo. Si no, podrías meternos a todos en problemas.

Will se encoge de hombros.

—A la policía no le importan las listas, Isobel —dice, a sabiendas de que es mentira—. Si me quisieran, me detendrían. Les da igual quién sea amigo de quién.

Ella le lanza una mirada adusta, de las que acostumbran a poner los exangües confundidos por sus principios morales.

—Confía en mí, a Glenny le importa.

—Tengo que decirte, Isobel Child, que tus conversaciones de alcoba ya no son lo que eran.

Ella le acaricia el pelo.

—Me preocupo por ti. Eso es todo. Me da la sensación de que quieres que te pillen.

Mientras Isobel lo besa, Will contempla otro mordisco.

—Venga —dice ella, de nuevo con voz seductora—. Déjame seca.

Sin embargo, sucede lo mismo que hace cinco minutos. Will no siente nada.

—Eh —dice Isobel mientras le acaricia la cabeza otra vez—. ¿Cuándo vamos a ir a París? Llevas años prometiéndomelo.

París.

¿Por qué ha tenido que decirlo? Ahora solo puede pensar en besar a Helen en el tejado del Musée d'Orsay.

—No, París no.

—Bueno, pues otro lugar —dice Isobel, preocupada por él, como si supiera algo que Will desconoce—. Venga. Podríamos ir a cualquier parte. Tú y yo. Sería divertido. Podríamos dejar atrás este país de mierda y vivir en otro lugar.

Él se pone en pie.

En su momento ya vio todo el mundo. Ha pasado semanas en la orilla helada y prístina del lago Baikal, en Siberia. Se ha puesto ciego en los burdeles de sangre de cuentos de hadas del casco antiguo de Dubrovnik; ha holgazaneado en antros llenos de humo rojo en Laos; disfrutó del apagón de Nueva York de 1977, y, en épocas más recientes, se ha corrido unas buenas juergas con coristas de Las Vegas en la suite de Dean Martin en el Bellagio. Ha visto a abstemios hindúes lavar sus pecados en el Ganges; ha bailado tango a medianoche en un paseo de Buenos Aires, y ha mordido a una falsa geisha bajo la sombra de un pabellón *shogun* en Kioto. Pero, ahora mismo, solo tiene ganas de estar en Yorkshire del Norte.

—¿Qué pasa? Apenas has abierto la boca —dice Isobel mientras se pasa un dedo por el cuello, que ya se está curando.

—Es que esta noche no tengo sed —dice Will—. De hecho, tengo que irme. Voy a pasar el fin de semana con unos familiares.

Ella se siente dolida.

—¿Familiares? —pregunta—. ¿Qué tipo de familiares?

Will duda. No cree que Isobel pudiera entenderlo.

—Familiares… sin más.

Y la deja arrellanada en el mullido cojín de terciopelo.

—Will, espera…

—Lo siento, tengo que irme. —Baja las escaleras y se dirige al guardarropa, donde agarra una botella de la sangre que aún tiene fresca en la lengua.

—Está arriba, ¿lo sabes? —pregunta el escuálido y calvo encargado del guardarropa, confundido por la elección de Will.

—Sí, Dorian, lo sé, pero esta es para compartir.

Pinot rouge

En Manchester, Will Radley ha sido la comidilla de la considerable población de vampiros durante meses. Y lo que se ha dicho no ha sido muy bueno.

Mientras que en el pasado había sido muy respetado como un buen ejemplo de cómo los hemoinómanos podían salir impunes tras cometer un asesinato, gracias a la elección de un exangüe del tipo adecuado, ahora corría más riesgos innecesarios.

Todo empezó con la estudiante madura que había sido esposa de un agente de policía. A la sazón salió indemne, por supuesto. La UDNI, la Unidad de Depredadores No Identificados, esa rama en teoría no existente de la Policía del condado de Gran Manchester, se había asegurado de que el inspector que había presenciado el asesinato de su esposa, que hicieron pasar como un caso de persona desaparecida, nunca fuera tomado en serio.

Sin embargo, las cuidadosas relaciones que se habían forjado entre la policía y la comunidad vampírica —basadas en el diálogo entre la UDNI y el ala británica, con sede en Manchester, de la Sociedad Sheridan, la organización que velaba por los derechos de los vampiros, con una estructura poco definida— se vieron sometidas a una gran presión como resultado del caso Copeland.

A pesar de todo, Will siguió recibiendo el apoyo sin reservas de sus compañeros chupasangres durante un tiempo y ninguno cedió a la presión de la policía para delatarlo. Sus habilidades para la hemopersuasión eran legendarias y sus perspicaces estudios de los poetas vampiro Lord Byron y Elizabeth Barrett Browning (publicados en el mercado negro por Christabel Press), fueron bien recibidos por los miembros de la Sociedad Sheridan.

No obstante, después de dimitir de su cargo en la Universidad de Manchester, su comportamiento resultó más difícil de defender. Cada vez mataba a más personas en las calles de dicha ciudad. Y, aunque varios de esos asesinatos simplemente pasaron a engrosar el registro de personas desaparecidas, la cantidad total resultaba alarmante.

Parecía que Will tenía algún problema de psique.

Ni que decir tiene, la mayoría de los vampiros le chupan la vida a algún exangüe de vez en cuando, pero, por lo general, se aseguran de que exista un equilibrio entre el número de víctimas y el consumo seguro de sangre vampírica. A fin de cuentas, en lo que a calidad se refiere, la sangre de vampiro acostumbra a ser más satisfactoria, más compleja y fuerte de sabor, que la de un ser humano normal no converso. Y la sangre más deliciosa de todas, el mejor *pinot rouge* que existe y que todo buen entendido en cuestiones hemáticas conoce, es la sangre extraída de las venas de alguien justo después de su conversión.

Aun así, Will no parecía tener el más mínimo interés en convertir a nadie. De hecho, corría el rumor de que solo había convertido a una única persona en toda su vida y, por el motivo que fuera, era incapaz de convertir a nadie más. A pesar de todo, seguía bebiendo sangre de vampiro normal. De hecho, bebía una botella tras otra y, al mismo tiempo, le clavaba los colmillos a Isobel Child, su amiga con derecho a roce.

Su sed, sin embargo, se estaba volviendo insaciable. Salía de noche y le daba un mordisco a quien le gustara, ya fuera vampiro o no. Sin un trabajo fijo de día, dormía más y tenía más energía para hacer lo que quisiera donde quisiera. Pero no era cuestión de energía. El comportamiento temerario de Will —el hecho de que le trajera sin cuidado que lo pudiera grabar una cámara en mitad de un asesinato, por ejemplo— muchos lo veían como un síntoma manifiesto de un estado mental autodestructivo.

«Si le ocurre algo —decía la gente—, será culpa suya.»

No obstante, a pesar de que la presión policial no hacía sino aumentar, la mayoría de los miembros de la Sociedad Sheridan

creían que Will estaba protegido debido al gran afecto que sentía por él Isobel Child. Al fin y al cabo, ella gozaba de un gran prestigio en la comunidad y su hermano no era otro que Otto Child, supervisor de la lista.

Se trataba de una serie de gente intocable: hemoinómanos asesinos y practicantes a los que la policía no podía tocar sin perder toda la confianza y romper las relaciones con la sociedad, y, por lo tanto, con la comunidad vampírica entera.

Como es obvio, ninguna muerte relacionada con un vampiro había desembocado en un juicio oficial, y menos aún en una condena. Desde la creación de las fuerzas policiales se habían encubierto todos los casos necesarios por el bien general. Sin embargo, incluso entonces se tomaron las medidas necesarias. Tradicionalmente, tales medidas las habían llevado a cabo unos cuantos agentes de policía adiestrados en el manejo preciso y experto de la ballesta, el arma necesaria para exterminar a los culpables. Los vampiros desaparecían del mapa como si nada. Pero la táctica de la tolerancia cero solo había logrado aumentar de forma rápida las tasas de conversión y la policía empezó a temer que estallara una batalla pública y expansiva.

Por lo tanto, la autoridad policial ofreció una zanahoria y un palo: protección a ciertos vampiros siempre que se atuvieran a ciertas reglas. Esta regulación, por supuesto, estaba sometida a un dilema ético. Al fin y al cabo, al cooperar con la Sociedad Sheridan, la policía estaba recompensando a los vampiros más famosos y sanguinarios, mientras que los abstemios y los pequeños consumidores quedaron desprotegidos. No obstante, la lógica que siguió la policía fue que, al garantizar inmunidad a algunos de los más depravados, eran capaces de ejercer cierta influencia en ellos y poner freno a algunas de sus actividades.

Esto significaba que un asesinato legítimo era aquel que no quedaba recogido por una cámara, cuyo cadáver no aparecía y cuya víctima tenía pocas probabilidades de ganarse la compasión de los directores de los periódicos sensacionalistas y de suscitar demasiados interrogantes entre las masas de contribuyentes. Las prostitutas, los drogadictos, los sintecho,

los inmigrantes que no habían conseguido asilo y los pacientes ambulatorios con trastornos bipolares constituían los platos seguros del menú. Por el contrario, las esposas de los agentes del Departamento de Investigación Criminal, las participantes en reuniones de citas rápidas e incluso las cajeras de supermercados con sueldos miserables no.

El problema era que, a pesar de ser un miembro muy antiguo de la Sociedad Sheridan, Will nunca había seguido las reglas. No podía moldear su lujuria para que encajara en un marco aprobado por la policía y que resultara aceptable desde el punto de vista social. Pero la dejadez que había mostrado en sus últimos asesinatos había sometido a la Sociedad Sheridan a una gran presión.

Quince años antes, la comisaria de la policía del condado de Gran Manchester, Alison Glenny, recibió una llamada mientras le daba órdenes a un agente nuevo de la UDNI. Era un hombre cuya voz susurrada, cansada, fría y familiar le dijo que Will Radley ya no estaba en la lista.

—Creía que era un buen amigo —dijo Alison, con la mirada fija en el tráfico de hora punta, desde su ventana del sexto piso de Chester House. Los coches se deslizaban y se detenían como las bolas de un ábaco—. Amigo de tu hermana, al menos.

—No es amigo mío.

Alison percibió cierto deje de amargura en su voz. Sabía que entre los vampiros no imperaba un gran sentimiento de lealtad, pero aun así la desconcertó aquella muestra clara de desdén hacia Will.

—De acuerdo, Otto, es que creía…

Él la interrumpió.

—Confía en mí, a nadie le importa ya lo que le suceda a Will Radley.

Domingo

Nunca hables de tu pasado con tus amigos y vecinos exangües
ni reveles las peligrosas emociones del vampirismo a todo
aquel que no las conozca ya.

El manual del abstemio (2.ª ed.), p. 29

Bichos raros

Es perfectamente posible vivir en la casa de al lado de una familia de vampiros y no tener ni la más mínima idea de que esas personas a las que tú llamas vecinos podrían desear en secreto chuparte la sangre.

Esto es más probable aún si la mitad de los miembros de la susodicha familia tampoco son conscientes de su condición. Y aunque es cierto que ninguno de los ocupantes del 19 de Orchard Lane había caído en la cuenta de quiénes eran en realidad sus vecinos, ciertas notas discordantes habían sonado a lo largo de los años y los Felt se habían planteado ciertas preguntas.

Hubo una ocasión, por ejemplo, en la que Helen pintó un retrato de Lorna —un desnudo, por insistencia de la modelo— y tuvo que salir corriendo de la habitación al cabo de unos segundos de ayudarla a desabrocharse el sujetador. Balbuceó como excusa: «Lo siento mucho, Lorna, a veces la vejiga no me aguanta nada».

En otra ocasión, en una barbacoa que organizaron los Felt, Mark fue a la cocina y encontró a Peter, que, en lugar de unirse a las conversaciones sobre deportes de los vecinos, estaba lamiendo un solomillo crudo. «Ay, Dios, lo siento, pero si está crudo. ¡Qué tonto soy!»

Y meses antes de que su vecino se ahogara con la ensalada tailandesa aliñada con ajo de Lorna, los Felt cometieron el error de llevar a su perro nuevo, Nutmeg, a casa de sus vecinos del número 17. Sin embargo, el animal huyó a toda prisa de la galletita que Clara le ofreció y chocó de cabeza contra las puertas del patio. «Se recuperará —dijo Peter, con autoridad médica, mientras todo el mundo se arrodillaba alrededor del *setter* rojo, que yacía sobre la moqueta—. Tan solo ha sufrido una leve conmoción.»

Hubo también otros detallitos.

¿Por qué, por ejemplo, los Radley siempre tenían las persianas bajadas los días soleados? ¿Por qué, por poner otro ejemplo, nunca pudieron engatusar a Peter para que se hiciera socio del club de críquet de Bishopthorpe ni para que fuera a jugar una partida de golf con Mark y sus amigos? ¿Y por qué, si el jardín de los Radley no era ni un tercio del de los Felt, que era inmenso y cuyo césped cortaban ellos mismos, Peter y Helen habían decidido contratar a un jardinero?

Tal vez las sospechas de Mark siempre fueron un poco más fuertes que las de su esposa, pero aun así nunca fueron más allá de pensar que los Radley eran un poco raros. Y él achacaba su comportamiento al hecho de que habían vivido en Londres, probablemente votaban al partido demócrata liberal e iban muy a menudo al teatro a ver obras que no eran musicales.

Solo su hijo, Toby, recelaba de forma abierta de los Radley, pues, cada vez que Mark los mencionaba, él murmuraba: «Son unos bichos raros», pero nunca se explayaba en los motivos que se ocultaban tras su prejuicio. Mark estaba de acuerdo con la teoría de Lorna, según la cual su hijo no podía confiar en nadie desde que él y la madre de Toby se divorciaron cinco años antes. (Mark pilló a su entonces esposa en la cama con su profesor de pilates y, aunque no se mostró muy disgustado —pues él mismo ya mantenía una aventura con Lorna y buscaba una forma de poner fin a su matrimonio—, Toby, que solo tenía once años, reaccionó a la noticia de la separación de sus padres orinando contra la pared de su dormitorio en repetidas ocasiones.)

Pero este domingo por la mañana, las dudas de Mark empiezan a adquirir consistencia. Mientras Lorna pasea a su perro, él toma el desayuno apoyado en el granito frío y pulido de la encimera. Está dando buena cuenta de la tostada con mermelada de lima cuando oye a su hijo hablar por teléfono.

—¿Qué?… ¿Aún?… No, no tengo ni idea… Estaba con una chica. Clara Radley… No lo sé, supongo que le gustaba… Sí, lo siento… De acuerdo, señora Harper… Sí, se lo diré…

Al cabo de un rato, finaliza la llamada telefónica.

—Toby, ¿qué pasa?

El chico entra en la cocina. A pesar de que tiene constitución de hombre, su cara aún es la de un niño caprichoso.

—Harper ha desaparecido.

Mark intenta pensar. ¿Se supone que debería conocerlo? Siempre tenía muchos nombres en la cabeza.

—Stuart —le aclara Toby con tono severo—. Ya sabes, Stuart Harper. Mi mejor amigo.

«Ah, sí —piensa Mark—, ese animal monosilábico de manos enormes.»

—¿A qué te refieres con que ha desaparecido?

—Pues que ha desaparecido. Que no ha regresado a su casa desde el viernes por la noche. Ayer su madre no estaba muy preocupada porque a veces va a casa de su abuela, en Thirsk, sin decirle nada.

—Pero no está en casa de su abuela, ¿no?

—No, no lo encuentran por ningún lado.

—¿Por ningún lado?

—Nadie sabe dónde está.

—Has dicho algo sobre Clara Radley.

—Fue la última persona que lo vio.

Mark recuerda la cena del viernes por la noche en casa de los Radley. El final brusco. Clara. «Cosas de adolescentes.» Y la cara de Helen cuando se lo dijo.

—¿La última persona?

—Sí, seguro que sabe algo.

Oyen que Lorna regresa con el perro. Toby sube a su habitación, como acostumbra a hacer cuando aparece su madrastra. Pero los ve al mismo tiempo que Mark, detrás de Lorna. Un hombre y una mujer jóvenes vestidos de uniforme.

—Es la policía —dice ella, que se esfuerza para lanzarle una mirada de preocupación materna a Toby—. Quieren hablar contigo.

—Hola —dice el hombre—. Soy el agente Henshaw. Esta es la agente Langford. Tan solo hemos venido a hacerle unas cuantas preguntas rutinarias a su hijo.

Game over

—¿Papá? ¿Papááá?

Eve barre la sala con la mirada, pero no ve a su padre en ningún lado.

La televisión está encendida, pero nadie la mira.

Hay una mujer en la pantalla que aprieta el botón de un ambientador eléctrico para soltar una lluvia de flores animadas en su salón.

Son las nueve y cuarto de un domingo por la mañana.

Su padre no va a la iglesia. No ha salido a correr desde que murió su madre. Entonces, ¿dónde está? Tampoco es que le importe demasiado, salvo por una cuestión de principios. Si él puede salir sin rendir cuentas, ¿por qué ella no?

Como se siente justificada para hacerlo, sale del piso y se dirige por el pueblo hacia Orchard Lane. Frente al quiosco de prensa, hay dos hombres hablando en voz baja y seria: «Al parecer no lo han visto desde el viernes» es todo lo que logra oír al pasar junto a ellos.

Cuando llega a Orchard Lane tiene la intención de ir directa a casa de Clara, pero entonces ve una serie de cosas que la hacen cambiar de opinión. La primera es el coche patrulla, aparcado entre los números 17 y 19, frente a una vieja furgoneta que hay en la otra acera. Toby está en el umbral de la puerta cuando dos policías uniformados salen de su casa. Eve, moteada por la sombra y medio oculta por los arbustos, ve que señala hacia la casa de Clara.

—Es esa —dice—. Ahí es donde vive.

Y los policías se van, pero echan un vistazo a la furgoneta antes de dirigirse a la casa de al lado. Toby regresa al interior del número 19. Eve permanece inmóvil. Se encuentra a mitad de camino, por lo que los pájaros cantan felizmente en los árboles. Observa a los policías cuando llaman a la puerta y ve

que la madre de Clara les abre con cara de gran preocupación. Al final, los invita a pasar.

Sigue caminando y decide hacer una visita rápida a Toby y preguntarle qué pasa. Además, quiere hablar con él antes de ir al instituto para pedirle disculpas por lo sucedido el viernes y por el modo en que se la llevó su padre.

Por suerte, la madrastra abre la puerta, por lo que no tiene que hablar sobre el alquiler con el padre. La señora Felt agarra del collar al *setter* rojo, que jadea alegremente frente a Eve.

—Hola. ¿Está Toby?

—Sí —responde la mujer con un tono que parece bastante alegre teniendo en cuenta que la policía acaba de estar en su casa—. Está aquí. Ha subido a su habitación. Es la primera puerta a la derecha.

Eve lo encuentra sentado de espaldas a ella gruñendo y agitando los brazos de forma algo violenta. Está jugando a la Xbox, se da cuenta ella, con gran alivio. Toby a duras penas reacciona a su presencia mientras ella se sienta en su cama. Se queda quieta, observando la galería de pósteres que hay en la pared: Lil Wayne, Megan Fox, tenistas, Christian Bale…

—¡Lanzallamas! ¡Lanzallamas! Muere… Sí.

—Mira —dice Eve cuando ve que va a cambiar de nivel—. Siento mucho lo que pasó el viernes por la noche. A mi padre no le hace mucha gracia que salga hasta tarde.

Toby lanza una especie de gruñido a modo de confirmación desde lo más profundo de su garganta y sigue chamuscando lagartos andantes.

—¿Por qué ha venido la policía? —pregunta ella.

—Harper ha desaparecido.

Eve tarda unos instantes en asimilarlo. Pero entonces recuerda a los hombres que hablaban frente al quiosco.

—¿Que ha desaparecido? ¿A qué te refieres con eso? —Conoce demasiado bien el horror que alberga esa palabra.

—El viernes no regresó a casa. Ya sabes, después de la fiesta.

Harper es un animal de bellota, pero es el amigo de Toby y podría estar en grave peligro.

—Ay, Dios —dice Eve—. Es horrible. Mi madre desapareció

hace dos años. Aún no…

—Clara sabe algo —dice Toby, que la corta de forma agresiva—. Estúpida zorra. Sé que sabe algo.

—Clara no es una zorra.

Toby arruga el entrecejo.

—Entonces, ¿qué es?

—Es mi amiga.

La puerta se abre de repente y el enérgico *setter* rojo irrumpe en el dormitorio meneando la cola. Eve lo acaricia y deja que le lama su mano salada mientras Toby sigue hablando.

—No. Solo ibas con ella porque eras nueva aquí. Así funcionan las cosas. Llegas a un instituto nuevo y tienes que andar con la chica de gafas, el bicho raro. Pero ahora ya llevas varios meses aquí. Deberías buscar a alguien, no sé, como tú. No una zorra con un bicho raro como hermano.

El *setter* rojo se aproxima a Toby, le acerca el morro a la pierna y el chico hace un movimiento brusco para apartar al animal.

—Imbécil.

Eve mira la pantalla en la que estaba jugando: GAME OVER.

Así es, parece que se ha acabado la partida.

Lanza un suspiro.

—Creo que debería irme —dice mientras se pone en pie.

—No os queda mucho tiempo.

—¿Qué?

—Mi padre quiere el dinero. El alquiler.

Eve lo mira fijamente. Otro cerdo egoísta que añadir a su catálogo de cerdos egoístas.

—Gracias —dice ella, resuelta a no dejar entrever el menor atisbo de emoción—. Ya le transmitiré el mensaje.

Policía

En circunstancias normales, a Clara Radley le resultaría aterrador estar sentada en el sofá de su salón, entre sus padres, mientras dos agentes de policía la interrogan en relación con el chico al que asesinó. Sobre todo cuando el vecino de la casa de al lado parece haber hecho todo lo que está al alcance de su mano para incriminarla. Sin embargo, lejos de resultar una experiencia estresante, y por extraño que parezca, sucede justo lo contrario. Es tan traumatizante como un paseo hasta la oficina de correos.

Sabe que debería estar preocupada, e incluso se está esforzando para compartir parte de los nervios de su madre, pero es incapaz de lograrlo. O no en el grado necesario. En cierto modo, resulta bastante divertido.

—¿Por qué te siguió Stuart, si me permites que te lo pregunte? —dice el agente de policía, Hen Noséqué. Sonríe educadamente, como la mujer que está a su lado. Todo es muy amigable.

—No lo sé —dice Clara—. Supongo que lo incitó Toby. Tiene un sentido del humor cruel.

—¿A qué te refieres con eso?

—Bueno, no es una persona muy agradable.

—Clara —dice su madre, a modo de leve reprimenda.

—No pasa nada, Helen —dice Peter—. Déjala que hable.

—Bueno —dice el agente de policía, que mira fijamente la moqueta de tonos pajizos mientras toma otro sorbo de café—. Tienen una casa preciosa, por cierto. De hecho, se parece un poco a la de mi madre.

—Gracias —dice Helen con un extraño deje alegre—. El verano pasado redecoramos esta sala. Estaba un poco sosa.

—Es preciosa —añade la agente.

«No es que sea un cumplido viniendo de ti», piensa Clara,

que se fija en el pelo crespo de la mujer, recogido en el típico moño de agente de policía y con un flequillo rectangular sobre la frente que parece el faldón de un guardabarros.

«¿De dónde salen todos estos pensamientos tan maliciosos?» Ahora, todo, también la gente, le parece digno de burla, aunque solo sea en su cabeza. La falsedad de todo: incluso este salón, con sus jarrones vacíos sin sentido y su televisor pequeño, parece tan artificial como un anuncio.

—Bueno —dice el agente, que intenta encauzar de nuevo la conversación—, te siguió. ¿Y qué le dijiste? ¿Te dijo algo él?

—Pues sí.

—¿Qué? ¿Qué te dijo?

Clara decide divertirse.

—Me dijo: «Clara, espera».

Hay una pausa. Los agentes intercambian una mirada.

—¿Y?

—Y entonces me dijo que le gustaba, lo cual fue raro, porque los chicos no acostumbran a acercarse para decirme esas cosas. En fin, la cuestión es que estaba borracho y que iba en serio, así que intenté rechazarlo de buenas maneras, pero entonces se puso… Me sabe mal decirlo…, pero se puso a llorar.

—¿A llorar?

—Sí. Estaba borracho. Apestaba a alcohol. Pero aun así fue raro verlo llorar, porque no es su estilo para nada. Nunca habría dicho que era un chico sensible, pero, bueno, nunca se sabe, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué ocurrió luego?

—Nada. O sea, siguió llorando. Y supongo que debería haberlo consolado, pero no lo hice. Y ya está.

La agente le lanza una mirada seria desde su flequillo de guardabarros. De pronto parece más cortante.

—¿Ya está?

—Sí, se fue.

—¿A dónde?

—No lo sé. Regresó a la fiesta.

—Nadie lo vio en la fiesta después de que te fueras.

—Bueno, pues entonces debió de irse a otra parte.

—¿A dónde?

—No lo sé. No se encontraba en muy buen estado, ya se lo he dicho.

—Se encontraba en mal estado y te dejó allí. ¿Así por las buenas?

Helen se pone tensa.

—Está bastante disgustada por la desaparición del pobre Stuart y…

—¡No! —exclama Clara, lo que provoca que los agentes dejen de garabatear en su libreta, estupefactos, durante un momento—. No estoy disgustada. No sé por qué hace eso siempre la gente cuando muere alguien. Todos debemos fingir que esa persona era una santa cuando, en realidad, la odiábamos en vida.

La mujer policía pone cara como de haber encontrado algo.

—Acabas de decir «muere».

Al principio Clara no entiende la importancia de aquello.

—¿Qué?

—Acabas de decir «cuando muere alguien». Por lo que sabemos, Stuart ha desaparecido. Eso es todo. A menos que tú sepas algo más.

—Solo era una forma de hablar.

Peter carraspea y pasa el brazo por encima de su hija para darle un golpecito en el hombro a su mujer.

Los agentes miran fijamente a Clara. Una leve sensación de incomodidad se apodera de todos.

—Mire, tan solo he hecho una afirmación general. —Se sorprende al ver que su madre se pone en pie—. ¿Mamá?

Helen sonríe de forma forzada.

—Tengo que ir a sacar la ropa de la secadora. Está pitando. Lo siento.

Los agentes están tan desconcertados como Clara. Nadie oye ningún pitido.

Will no está durmiendo cuando Helen llama a la ventanilla de la furgoneta. Está observando las gotas secas y viejas del techo. Es una especie de mapa estelar que traza su libertina historia.

Una historia sobre la que también estaba tumbado, detallada en los siete diarios encuadernados en piel que había bajo su colchón. Todas esas noches de banquetes salvajes y desenfrenados.

Al oír que alguien llama a su furgoneta, corre la cortina y ve a una Helen exasperada.

—¿Te apetece un viaje a París esta noche? —le pregunta—. Un paseo nocturno por la ribera del Sena un domingo. Solo tú, yo y las estrellas.

—Will, ha venido la policía. Están interrogando a Clara. La cosa no va muy bien. Tienes que entrar ahí y hablar con ellos.

Él sale de la furgoneta y ve el coche patrulla. Incluso a plena luz del día, se siente bien. Helen le está pidiendo que haga algo. Lo necesita.

Decide sacarle todo el jugo posible a la situación.

—Creía que querías que me fuera.

—Will, lo sé. Pensaba que podríamos manejar la situación, pero ahora ya no estoy tan segura. Peter tenía razón.

—De modo que quieres que entre ahí y ¿hacer qué exactamente? —Él ya lo sabe, por supuesto. Tan solo quiere oírselo decir a ella.

—Hablar con ellos.

Will respira hondo y se embebe del aroma de su sangre, que flota en el aire del campo.

—¿Que hable con ellos? ¿No querrás que los persuada utilizando el poder de la sangre?

Helen asiente.

Él no puede evitar provocarla.

—¿No sería un comportamiento poco ético hemopersuadir a agentes de policía?

Ella cierra los ojos. Una pequeña arruga vertical le aparece entre las cejas.

«La necesito —piensa él—. Quiero estar con la mujer que creé.»

—Por favor, Will —le suplica ella.

—De acuerdo, dejemos la ética a un lado. Manos a la obra.

Los agentes de policía parecen sorprenderse cuando llega Will. Peter, sin embargo, asiente y le lanza una sonrisa a Helen, contento de que entendiera el significado del golpecito en el hombro.

—Es mi tío —le explica Clara.

Helen se queda junto al susodicho, esperando a que empiece la función.

—Le estábamos haciendo unas preguntas a Clara —dice el agente, que enarca las cejas para recrear una expresión de autoridad que habrá visto en algún drama policíaco de la televisión.

Will sonríe. Podrá persuadir a los dos de forma bastante fácil, incluso a esta hora del día. Dos policías jóvenes, obedientes, exangües, adiestrados y sumisos. Bastará con una frase, tal vez dos, y sus palabras empezarán a borrar y reescribir su mente débil y servil.

Lo intenta, solo para demostrarle a Helen que no ha perdido la magia. De forma sutil, se pone a hablar con voz profunda y lenta, dejando un prudente espacio entre palabras, y recurre al sencillo truco de no hacer caso de las caras y hablar directamente a la sangre. Y como está lo bastante cerca para oler la sangre que les corre por las venas, empieza de inmediato.

—Ah, bueno, no se preocupen por mí —dice—. Sigan con el interrogatorio. Sigan preguntando y averiguarán la verdad: que la chica que tienen ante ustedes tiene una mente tan pura e inconsciente como un manto de nieve virgen y que no sabe absolutamente nada de lo que le sucedió a ese muchacho el viernes por la noche. Motivo por el que no tiene sentido que tomen nota de nada en esas libretitas.

Se acerca a la mujer policía y le tiende la mano. Con semblante inexpresivo y gesto de disculpa, ella le entrega la libreta. Will arranca las hojas en las que ha escrito antes de devolvérsela.

—Y lo demás que hayan oído son mentiras. Clara no sabe nada. Mírenla, mírenla de verdad…

Ambos obedecen.

—¿Alguna vez han visto a alguien más puro e inocente? ¿No

se avergüenzan de haber dudado, por un instante, de esa inocencia?

Ambos asienten con la cabeza como niños pequeños frente a un profesor estricto. Están muy avergonzados. Will repara en los ojos de Clara, abiertos de par en par a causa del asombro.

—Ahora se van a ir. Se van a dar cuenta de que aquí ya no tienen nada más que hacer. El muchacho ha desaparecido. Se trata de otro misterio sin resolver en un mundo lleno de misterios sin resolver. Ahora pónganse en pie y salgan por donde han venido, y en cuanto el aire fresco les acaricie la cara se darán cuenta de que eso es lo que convierte el mundo en un lugar tan bello. Todos esos misterios sin resolver. Y no volverán a inmiscuirse en esa belleza.

Will se da cuenta de que incluso Peter y Helen se quedan impresionados cuando los agentes se levantan y abandonan el salón.

—Adiós. Y gracias por su visita.

Jamón

Clara está sentada en su habitación comiendo el jamón de su hermano cuando llega Eve. Intenta ofrecerle una explicación por el incidente del día anterior en Topshop. Le dice que le dio un ataque de pánico y que tuvo que salir. Media verdad. O un cuarto. Pero no una mentira rotunda.

Sin embargo, Eve apenas la escucha.

—¿Ha venido a verte la policía? —pregunta—. ¿Por lo de Harper?

—Sí —responde Clara.

—¿Qué querían saber?

—Eh, pues un poco de todo. Si Harper tenía tendencias suicidas. Y cosas por el estilo.

—Clara, ¿qué sucedió la otra noche?

Ella mira a los ojos a su amiga e intenta parecer convincente.

—No lo sé. Le vomité en las zapatillas y entonces se fue.

Eve asiente. No tiene ningún motivo para creer que su amiga miente. Echa un vistazo a la habitación y se da cuenta de que los pósteres han desaparecido.

—¿Qué ha pasado con los monos tristes enjaulados? —pregunta.

Clara se encoge de hombros.

—Me di cuenta de que, por muchas imágenes que colgara en la pared, los animales seguirían muriendo.

—Vale. ¿Y quién vive en esa furgoneta que hay ahí fuera?

—Es de mi tío. Mi tío Will. Es bastante guay.

—¿Y dónde está ahora?

Clara empieza a exasperarse con tanta pregunta.

—Eh… Pues durmiendo, seguramente. Duerme todo el día.

A Eve le extraña un poco la respuesta.

—Ah, qué…

Entonces oyen algo.

Alguien que grita abajo.

—¡Eve!

Clara ve la mueca de pánico que le crispa el rostro a su amiga.

—Aquí no —susurra para sí. Y se dirige a Clara—: Dime que no lo has oído. Dime que he empezado a oír voces y que necesito tratamiento psiquiátrico.

—¿Qué? ¿Ese es tu…? —pregunta ella.

Oyen unos pasos muy pesados que suben por las escaleras. Entonces Clara ve a un hombre alto con aspecto de armiño y una camiseta del Manchester United irrumpir en la habitación.

—Eve, vete a casa. Ahora.

—Papá, no me lo puedo creer. ¿Por qué te comportas así delante de mi amiga? —pregunta la chica.

—No es tu amiga. Y vas a venir conmigo. —La agarra del brazo. Clara lo mira.

—Eh, déjela en paz. Es… —Se detiene. Hay algo en su contundente mirada que la obliga a echarse atrás.

«Sabe algo. Está claro que sabe algo.»

—¡Déjame en paz! ¡Por Dios! —exclama Eve, que forcejea. Entonces, a pesar de lo avergonzada que está, acaba cediendo, ya que su padre la arrastra, literalmente, para sacarla de la habitación y tira al suelo la papelera llena de pósteres.

Rowan oye el alboroto que se está produciendo en el pasillo. Deja el bolígrafo y abandona el poema que intenta acabar: «Vida y otros infiernos infinitos». Sale de su habitación y ve a Eve, que intenta zafarse de las garras de su padre.

—Suéltame, papá.

Él está detrás de ellos mientras se dirigen hacia las escaleras. No lo han visto. Se arma de valor para hablar. Lo logra en el último instante.

—Suéltela —dice con calma.

Jared se detiene y, acto seguido, se vuelve. Sin soltarle el brazo a su hija, le lanza una mirada iracunda.

—¿Cómo dices?

Rowan no se puede creer que sea el padre de Eve. El único parecido que guarda con su hija es el pelo rubio y claro. Sus ojos saltones albergan suficiente odio para un ejército entero.

—Le está haciendo daño. Suéltela, por favor.

Eve niega con la cabeza, quiere que pare, por su propio bien. Mientras lo mira, se da cuenta de que Rowan se preocupa por ella de verdad, por alguna razón absurda. Estaba acostumbrada a gustar a los chicos, pero jamás había visto en su mirada lo que ve ahora en la de él. Una preocupación verdadera por ella, como si fuera una parte externa de él. Durante unos instantes se queda tan desconcertada que no se da cuenta que su padre le ha soltado el brazo.

Jared se abalanza sobre Rowan.

—¿Que le estoy haciendo daño? ¿Que yo le estoy haciendo daño? Ah, qué bien. Sí, genial. ¿Tú eres el chico bueno? E intentas llevar a cabo una buena acción. Vale, pues, como vuelva a verte a ti o algún miembro de tu familia cerca de ella otra vez, iré a buscarte con un hacha. Porque sé lo que eres. Lo sé. —Hurga debajo de la camiseta de fútbol, saca un pequeño crucifijo y se lo planta en la cara a Rowan.

Clara permanece en la puerta de su habitación, observando la escena, desconcertada.

Jared se dirige ahora a ambos.

—Un día de estos le contaré lo que sois. Le hablaré del pequeño secreto de los Radley. Haré que os tema. Haré que le entren ganas de huir corriendo y gritando si os ve de nuevo.

El crucifijo no le hace nada, por supuesto, pero las palabras sí que le afectan, a pesar de que ve que Eve se muere de vergüenza por todo lo que dice Jared y piensa que su padre es un chalado. Huye corriendo y pasa junto a alguien que sube las escaleras.

—¡Eve! —grita Jared—. ¡Vuelve! ¡Eve!

—¿Qué pasa? —pregunta Peter, al llegar al rellano.

El otro intenta pasar por su lado, pero, al parecer, le da miedo establecer contacto físico con él.

—¡Déjame pasar!

Peter se echa contra la pared para dejar vía libre a Jared, que se precipita por las escaleras con desesperada

determinación, pero Eve ya ha salido de la casa.

El padre mira a la hija.

—¿Qué demonios sucede? ¿Qué le pasa?

Clara no abre la boca.

—No quiere que su hija pase el rato con asesinos —dice Rowan—. Está un poco chapado a la antigua.

Peter lo entiende todo.

—¿Sabe lo nuestro?

—Sí —responde Rowan—. Sabe lo nuestro.

Guía del abstemio para el cuidado de la piel

Llevar una vida normal, sin consumir sangre ni exponerse a la luz del sol, es casi una quimera. Aunque el sol implica los mismos riesgos para la salud de los abstemios que de los vampiros practicantes, existen una serie de medidas para reducir el riesgo de sufrir daños y enfermedades cutáneas.

Estos son nuestros principales consejos para cuidar de tu piel durante el día:

1. Busca la sombra. Cuando estés fuera, intenta evitar, en la medida de lo posible, la luz directa del sol.
2. Utiliza protector solar. Deberías untarte todo el cuerpo con un protector solar de factor 60 al menos. Sin importar el tiempo que haga ni la ropa que lleves, hay que cumplir esta norma a rajatabla.
3. Come zanahorias. Favorecen la reparación de los tejidos de la piel, ya que son una fuente importante de vitamina A. Son ricas en antioxidantes, incluidos los elementos fotoquímicos que ayudan a reducir la fotosensibilidad y a renovar la piel
4. Modera la exposición exterior. Nunca pases más de dos horas al aire libre.
5. Nunca tomes el sol. Si quieres estar moreno, utiliza crema autobronceadora.
6. Actúa con rapidez. Si te sientes mareado o te sale un sarpullido, es importante que te metas en casa, a ser posible en una habitación a oscuras, cuanto antes.

Sé positivo. Se ha demostrado que el estrés agrava los problemas dermatológicos que sufren los abstemios. Intenta seguir unos hábitos saludables. Recuerda que, por mucho que te pique o escueza la piel, estás haciendo lo adecuado.

El manual del abstemio (2.ª ed.), pp. 117-118

El sol se hunde tras una nube

Rowan está demasiado alterado por el incidente de Eve para quedarse en casa.

¿Cuánto tiempo tiene?

¿De cuánto dispone para alcanzar los extraordinarios niveles de valor que requiere decirle lo que siente?

¿Cuándo averiguará ella que es un monstruo?

Empieza a cansarse de caminar por la calle principal mientras el sol asoma tras las nubes con fuerza, deslumbrante. Se siente tan incapaz de enfrentarse a él como a la verdad. Mientras sigue caminando, empieza a picarle la piel y las piernas amenazan con ceder bajo su peso. Se da cuenta de que no se ha puesto suficiente protector solar y de que debería volver a casa, pero en lugar de eso se dirige hacia el banco que hay frente al monumento a la guerra, que está medio cubierto por la sombra. Lee las palabras grabadas en la piedra: LOS GLORIOSOS MUERTOS. «¿Qué sucede —se pregunta— cuando muere un vampiro? ¿Hay espacio en la otra vida para que los chupasangres se sienten junto a los héroes de guerra?» Cuando está a punto de irse, oye a alguien detrás de él; es la voz que ama más que ninguna otra.

—¿Rowan?

Se vuelve y ve que Eve se dirige hacia él. Acaba de salir de la marquesina del autobús en la que se había ocultado.

Ella lo está mirando y él es presa de esa extraña sensación de incomodidad que se apodera de su ser cada vez que es consciente de que se encuentra en su campo de visión. De que es la imperfección observada por la perfección.

Eve se sienta junto a él. Permanecen en silencio durante un rato y Rowan se pregunta seriamente si ella oye los latidos de su corazón desbocado.

—Lo siento —dice la chica, tras un largo silencio—. Lo de

mi padre. Es que es… —Se detiene. Él se da cuenta de que está intentando encontrar las palabras. Entonces ella se lo cuenta—: Mi madre desapareció hace unos años. Antes de que nos trasladáramos aquí. Simplemente desapareció. No sabemos lo que le sucedió. Ni si aún está viva o no.

—No lo sabía. Lo siento.

—Bueno, la verdad es que no acostumbro a hablar del tema.

—No, claro, debe de ser duro —dice Rowan.

—Por eso mi padre se comporta así. Nunca lo ha asumido. Cada uno se enfrenta a ello de modo distinto. Él se vuelve paranoico y yo intento tomármelo todo en broma. Y salgo con idiotas.

Lo mira y comprende que se equivocó al verlo como el hermano tímido y raro de Clara. Por un instante se da cuenta de lo agradable que resulta estar sentada a su lado, hablando con él. Es como si lograra sacar algo de ella. Y Eve se siente mejor de lo que se ha sentido desde hace muchos años.

—Mira, Rowan, si quieres decirme algo o preguntarme alguna cosa, hazlo, no te cortes. No pasa nada.

Quiere oír de sus labios lo que ella ya sabe: Clara le ha dicho que su hermano murmura su nombre cuando se queda dormido en clase.

El sol se hunde tras una nube.

La sombra se expande.

Rowan siente que ha llegado la oportunidad con la que ha soñado desde que oyó reír por primera vez a Eve en el autobús, cuando se sentó junto a Clara; era su primer día aquí.

—Bueno, es que… —Se le seca la boca. Piensa en Will, en lo fácil que le resulta ser él mismo, y no puede reprimir el deseo de ser su tío durante cinco segundos para poder acabar la frase —. Yo… yo… creo que eres… Lo que intento decir es que…, bueno, no te pareces a ninguna de las chicas que he conocido hasta ahora… No te importa lo que la gente piense de ti y… yo…, cuando no estoy contigo, que, obviamente, es lo que ocurre la mayor parte del tiempo, pienso en ti y…

Eve aparta la mirada. «Cree que soy un bicho raro.» Pero entonces oye y ve lo que ella ya ha visto y oído.

El coche de sus vecinos. Se detiene frente a ellos. Reluciente

y plateado como un arma. Mark Felt baja la ventana.

—Uf, Dios —dice Eve.

—¿Qué?

—Nada. Es que…

Mark lanza una mirada de recelo a Rowan y se dirige a Eve.

—Toby me ha dicho que tu padre está intentando hacerme una jugarreta. Dile que empezaré a enseñar el piso a otra gente el lunes si no me paga. Todo. Las setecientas libras.

Eve parece avergonzada, aunque Rowan no tiene ni idea de qué sucede.

—Vale —dice ella—. Vale.

Entonces Mark se dirige a Rowan.

—¿Cómo está tu hermana?

—Está… bien.

El tipo lo observa un instante, como si intentara averiguar algo. Sin embargo, al final baja del todo la ventanilla y se va.

Eve se queda mirando la hierba.

—Es nuestro casero.

—Ah.

—Y no podemos pagarle porque, bueno, cuando nos mudamos aquí mi padre no tenía trabajo. Ni tan siquiera intentó conseguirlo durante un buen tiempo.

—Lo entiendo.

Eve mira hacia el monumento y sigue hablando.

—Además, ya arrastrábamos muchas deudas de la época en que vivimos en Manchester. Mi padre era una persona muy cauta, tanto él como mi madre. Tenía un buen trabajo. Era policía. Pertenecía al Departamento de Investigación Criminal. Era un buen trabajo.

—¿De verdad? —pregunta Rowan, preocupado por la información—. ¿Qué ocurrió?

—Cuando mi madre desapareció, sufrió una depresión. Se le fue la olla. Empezó a elaborar unas teorías de lo más estrafalarias. En fin, la policía firmó una serie de formularios para decir que estaba loco y se pasó dos meses en el hospital, por lo que yo viví con mi abuela durante una temporada. Pero ahora ya está muerta. Cuando salió, nada volvió a ser como antes. No paraba de tomar pastillas, de beber, y perdió el

trabajo. Se pasaba todo el día fuera haciendo Dios sabe qué. —Se sorbe la nariz y hace una pausa—. No debería contarte todo esto. Es raro, nunca se lo había contado a nadie.

Rowan comprende que haría cualquier cosa para borrar esa expresión de tristeza del rostro de Eve.

—No pasa nada —dice él—. Quizá sea bueno hablar de ello.

Y eso hace ella, como si Rowan no estuviera allí, como si fuera algo que tiene que sacar.

—No podíamos permitirnos la casa de Manchester y eso fue lo peor, porque siempre creí que, si nos quedábamos allí, al menos mi madre sabría dónde estábamos si alguna vez quería regresar a casa. —Se enfada al recordarlo.

—Lo entiendo.

—Pero ni tan siquiera nos quedamos cerca de nuestra antigua casa. Mi padre quería trasladarse aquí. A un piso pequeño de abuela. Pero no podemos permitírnoslo. Y me parece que nos vamos a trasladar de nuevo como no solucione el problema. Y no quiero trasladarme otra vez, porque ya estoy instalada aquí y cada vez que nos vamos de un sitio el pasado es más pasado aún. Como si perdiéramos una parte de mamá cada vez que lo hacemos. —Sacude la cabeza con un leve gesto, como si se hubiera sorprendido a sí misma—. Lo siento. No quería soltarte este rollo. —Entonces mira la hora en su teléfono—. Es mejor que me vaya a casa antes de que mi padre me encuentre aquí. No tardará en aparecer.

—¿Estarás bien? O sea, puedo ir contigo si quieres.

—No creo que sea muy buena idea.

—No.

Eve le agarra la mano y se la aprieta suavemente a modo de despedida. El mundo se detiene durante un segundo. Rowan se pregunta cómo habría reaccionado ella si él hubiera logrado decir lo que tenía en la cabeza, presionando las compuertas del dique de sus nervios.

—Está todo muy tranquilo, ¿verdad?

—Supongo —dice él.

—No hay pájaros ni nada.

Rowan asiente, consciente de que sería incapaz de confesarle que solo ha oído cantar a los pájaros en internet o

que, una vez, Clara y él se pasaron una hora entera viendo un vídeo de unas currucas y pinzones que cantaban en unos juncos, al borde de las lágrimas.

—Nos vemos en el instituto —dice ella al cabo de un rato.

—Sí —dice Rowan.

No deja de mirarla mientras se aleja. Después se acerca al cajero que hay en la oficina de correos y comprueba su extracto: 353,28 libras.

El sueldo de un año de trabajo los sábados por la tarde en el hotel Willows, soportando como cincuenta versiones del mismo banquete de bodas sirviéndoles la comida en el plato a unos borrachos; y esto es lo que le queda.

Retira todo el dinero que puede y luego coge su tarjeta NatWest para sacar más de su cuenta para cuando «abandone el nido», en la que sus padres hacen ingresos una vez al mes y que no puede tocar hasta que vaya a la universidad. Tiene que esforzarse para recordar el número secreto, pero al final lo consigue y saca el dinero que necesita.

Al llegar a casa mete todos los billetes de veinte libras en un sobre y escribe en él: «Alquiler del 15B de Lowfield Close».

Cuando alguien se cayó de una bicicleta en 1983

A las cuatro de la tarde, los Radley están sentados a la mesa, dando buena cuenta de la comida. A Peter, que mira fijamente el trozo de cordero de su plato, no le sorprende la determinación de su mujer para que todo siga su curso habitual. Sabe que, para Helen, la rutina es una especie de terapia. Algo que la ayuda a guardar las apariencias. Pero, a juzgar por sus manos temblorosas mientras reparte las patatas asadas, la terapia no funciona.

Tal vez sea por Will.

No ha cerrado la boca en los últimos cinco minutos y tampoco muestra la menor intención de hacerlo mientras se dispone a responder otra de las preguntas de Clara.

—… Mira, no tengo que persuadirme a mí mismo. Estoy protegido. La policía no puede hacer nada para pararme. En Manchester existe una asociación llamada la Sociedad Sheridan. Es un colectivo de vampiros practicantes que se cuidan mutuamente. Se trata de una especie de sindicato, pero con unos representantes más atractivos.

—¿Quién es Sheridan?

—Nadie. Sheridan Le Fanu. Un antiguo escritor sobre vampiros. Hace mucho que murió. La cuestión es que la sociedad envía cada año una lista a la policía y ellos no tocan a esas personas. Y yo siempre estoy en los primeros puestos.

—¿La policía? —pregunta Rowan—. ¿De modo que conocen la existencia de los vampiros?

Will niega con la cabeza.

—Por lo general, no. Pero hay algunos de Manchester que sí. Todo es muy clandestino.

Rowan parece muy inquieto por esta información y palidece

de forma obvia.

Clara tiene otra pregunta.

—Así que si nos ponen en la lista, ¿la policía no podrá hacernos nada?

Will se ríe.

—Tienes que ser un vampiro que practique de forma habitual, con unos cuantos cadáveres a tus espaldas. Pero quizá sí. Podría presentarte a la gente adecuada. Mover unos cuantos hilos…

—No lo creo, Will —dice Helen—. No creo que necesitemos ese tipo de ayuda.

Mientras las voces se alzan y callan a su alrededor, Peter mastica la carne poco hecha que, a pesar de todo, está demasiado pasada, tanto que resulta ridículo. Se fija en la mano temblorosa de su mujer mientras llena su copa de *merlot*.

—¿Estás bien, Helen? —pregunta.

Ella esboza una débil sonrisa.

—Estoy bien, de verdad.

Sin embargo, le da un vuelco el corazón cuando suena el timbre de la puerta. Peter agarra la copa de vino y se dirige hacia la entrada, rezando, como su mujer, para que no sea una nueva visita de la policía. De modo que, por una vez, resulta un alivio ver a Mark Felt, que sostiene un gran rollo de papel en los brazos.

—Los planos —le explica su vecino—. Ya sabes, te dije que queríamos ampliar el piso de arriba.

—Vale, sí. Aunque ahora estamos…

—Es que esta noche me voy de viaje de negocios, por eso he pensado que sería un buen momento para enseñártelos.

A Peter no le entusiasma la idea para nada.

—Claro, por supuesto. Pasa.

De modo que, al cabo de un minuto, está atrapado, viendo a Mark desenrollar los planos sobre la encimera de la cocina.

Ojalá hubiera comido más cordero.

Ojalá se hubiera comido un rebaño entero.

Ojalá hubiera probado una única gota de la sangre de Lorna.

En su copa queda una triste mancha de *merlot*. ¿Por qué se toma tantas molestias con estas cosas? Beber vino no es más

que otra de las cosas destinadas a hacerlos sentir como seres humanos normales, cuando, en realidad, tan solo demuestra lo contrario. Helen insiste en que lo beban por el sabor, pero él ni tan siquiera está seguro de que le guste.

—Estamos tomando un poco de vino, por si te apetece —le dice a Mark, como es su deber, mientras toma una de las botellas medio vacías que hay junto a la tostadora.

—De acuerdo —dice Mark—. Gracias.

Peter sirve el vino y, al oír la voz ronca de Will en el salón, se estremece.

—¡… totalmente ahogado!

Peter se da cuenta de que Mark también lo ha oído y que parece a punto de decir algo que nada tiene que ver con las obras de su casa.

—Mira, Peter —dice con un tono que no presagia nada bueno—. Hace unas horas ha venido la policía a vernos. Por ese chico que desapareció en la fiesta. Y surgió el nombre de Clara.

—Ah.

—Sí, y, si crees que lo que voy a decir está fuera de lugar, dímelo, pero me preguntaba, en fin, ¿qué le ocurrió esa noche?

Peter ve su reflejo deformado en la tostadora. Sus ojos lo miran desde la superficie cromada, grandes y monstruosos. De repente, siente ganas de revelar la verdad a gritos. De decirle a su vecino, transformado en un Poirot *amateur,* que los Radley son chupasangres. Se calma justo a tiempo.

—Tomó algo que no debería haber tomado. ¿Por qué?

Se vuelve, con dos copas llenas en las manos.

—Mira, lo siento —dice Mark—. Es que… Ese hombre de la furgoneta, ¿quién es?

Peter le ofrece la copa de vino.

—Es mi hermano. No se va a quedar mucho. Es un poco excéntrico, pero nada más. La familia, ya sabes.

El otro asiente y la coge. Tiene ganas de proseguir con la conversación, pero se reprime.

—Bueno —dice Peter—, echemos un vistazo a los planos.

Y Mark se pone a hablar, pero él solo oye fragmentos sueltos:

—… queremos construir… de la superficie de la planta baja… ampliada en 1950… gran riesgo de… derribar la pared existente…

Mientras Peter toma sorbos de la copa, no oye nada. El sabor no se parece en nada al vino que ha tomado hasta entonces. Es tan exquisito y sustancioso como la vida en sí.

Mira su copa, horrorizado.

Se da cuenta de que Will ha dejado una botella medio vacía sobre la encimera. Desesperado, se pregunta qué puede decir para quitarle la copa a Mark. Pero ya es demasiado tarde. El marido de Lorna ha tomado un sorbo y parece haberle gustado tanto que se toma el resto de un trago.

Este deja su copa vacía sobre la encimera. Su rostro se ha transformado en la viva imagen del abandono desenfrenado.

—Dios, estaba delicioso.

—Sí. Bueno, a ver los planos —dice Peter, que se inclina sobre los rectángulos y medidas de las hojas de papel.

Mark no le hace caso. Se acerca a la botella y lee la etiqueta.

—¿«ROSELLA 2007»? Pues es muy bueno.

Peter asiente como lo haría un gran entendido en vinos.

—Es español. Un rioja. De una bodega pequeña. Invierten poco en publicidad. Lo pedimos por internet. —Señala los planos—. ¿Los vemos?

Mark agita la mano para indicarle que lo olvide.

—La vida es muy corta. Debería llevar a Lorna a algún sitio especial. Hace tiempo que no salimos.

«Debería llevar a Lorna a algún sitio especial.»

—Claro —dice Peter mientras los celos le queman las entrañas como el ajo.

Mark le da una palmadita en la espalda a su vecino y, con una sonrisa de oreja a oreja, sale de la cocina.

—¡Adiós, amigo! ¡Hasta luego! —le dice en castellano.

Peter ve los planos que hay en la encimera enrollarse solos.

—Tus planos —le dice a Mark.

Pero ya se ha ido.

Somos monstruos

Han acabado el cordero, pero Helen no quita los platos porque no quiere dejar a sus hijos a solas con Will. Por lo que se queda ahí sentada, prisionera en su silla, sintiendo el poder que su cuñado tiene sobre ella.

Es un poder que siempre ha tenido, por supuesto. Pero ahora se ha convertido en un hecho obvio e innegable, reforzado por ella misma, que se ha visto obligada a pedirle ayuda con la policía, y que ahora lo contamina todo. Infecta todo el comedor de modo que todos los objetos —su plato vacío, las copas, la lámpara de Heal que Peter le regaló hace unos años por Navidad—, todas estas cosas, parecen, de repente, cargadas con una energía negativa. Como armas secretas de una guerra invisible contra ella, contra todos ellos.

—Somos monstruos —oye decir a su hijo—. No es justo.

Entonces Will sonríe, como si hubiera estado esperando este momento. Una oportunidad para atacar de nuevo a Helen.

—Es mejor ser quien eres que no ser nada. Que vivir sepultado bajo una mentira tan grande que más te valdría estar muerto.

Se reclina en la silla después de expresar su opinión y se recrea en la mirada de desdén de Helen, como si fuera de afecto.

Entonces entra Peter, agitando una botella en el aire, hecho una furia.

—¿Qué es esto? —pregunta a su hermano.

Will finge no saberlo.

—¿Jugamos a las adivinanzas? Estoy confuso, Pete. ¿Es una película? ¿Un libro? —Se rasca la barbilla—. *¿Días sin huella? ¿Acorralado? ¿El representante del vampiro?*

Helen nunca ha visto a Peter enfrentarse a su hermano, pero, mientras sigue montando el número, también reza para

que pare. Cada palabra es un pie que pisa una trampilla.

—Nuestro vecino, un abogado muy respetado, acaba de beberse una copa de sangre. De sangre de vampiro.

Will suelta una carcajada. No parece preocupado lo más mínimo.

—Así se relajará un poco.

Clara se ríe mientras Rowan permanece en silencio, pensando en el momento en que Eve posó la mano sobre la suya, en lo bien que se sintió.

—Por Dios —dice Helen, que cae en la cuenta de la importancia que tiene lo que acaba de decir su marido.

El sentido del humor de Will se empieza a agriar un poco.

—¿Y qué problema hay? Nadie lo ha mordido. No se va a convertir. Tan solo regresará a casa y hará muy feliz a su mujer.

Esa idea enfurece a Peter.

—Deberías irte, Will. Mark empieza a desconfiar. La gente en general. Todo el puto pueblo se va a preguntar qué coño hacéis aquí tú y esa furgoneta de mierda que tienes.

—Papá —dice Clara en voz baja.

Will está muy sorprendido por la animosidad que muestra Peter.

—Oh, Petey, te estás enfadando.

El susodicho deja la botella en la mesa con un golpe, como para demostrar que su hermano tiene razón.

—Lo siento, Will. No lo vas a lograr. Ahora llevamos una vida distinta. Te llamé porque era una emergencia. Y la emergencia ha acabado. Debes irte. No te necesitamos. No te queremos.

Will mira fijamente a su hermano, herido.

—Peter, ¿por qué no…? —dice Helen.

El otro la mira y sonríe.

—Díselo, Hel.

Ella cierra los ojos. Será más fácil a oscuras.

—Va a quedarse hasta mañana —dice ella. Entonces se pone en pie y empieza a amontonar los platos.

—Creía que eras tú la que…

—Mañana se irá —dice Helen de nuevo, consciente de que

Rowan y Clara se están mirando.

Peter sale del comedor hecho una furia y deja la botella en la mesa.

—Genial. De puta madre.

—Cómo son los padres, ¿eh? —dice Will.

Y Helen se queda junto a la mesa, intentando fingir que no ha visto el guiño con el que quiere rubricar su pequeña victoria.

La noche antes de París

La noche antes de París, lo hicieron en la furgoneta.

Estaban desnudos, reían como dos tontos y sentían la dulce emoción de la vida al acariciar la piel del otro.

Will recuerda el primer mordisco que le dio, la intensidad, la gran sorpresa que se llevó al darse cuenta de lo bien que sabía. Fue como la primera visita a Roma, cuando caminas por una callejuela modesta y, de repente, el épico esplendor del Panteón te deja sin sentido.

Sí, esa noche fue perfecta. Toda una relación en un microcosmos. La lujuria, el conocer el uno al otro, la sutil política de degustar y ser degustado. De secar y luego reponer de nuevo las reservas de sangre del otro.

«Cámbiame —le susurró ella—. Hazme mejor.»

Will se sienta en el patio y mira al cielo sin estrellas. Lo recuerda todo: las palabras, los sabores, el éxtasis en el rostro de Helen mientras caían en la botella las gotas de sangre del agujero del tamaño de un colmillo de su muñeca mientras él le ofrecía su propia sangre y recitaba «Christabel», de Coleridge, con una risa delirante

> Oh, Geraldine, dama agotada,
> ¡os pido que probéis este vino cordial!
> Es un vino de virtuosos poderes
> que mi madre hizo con flores silvestres.

Lo recuerda todo mientras mira el jardín iluminado por la luz de la luna y la valla de madera. Sigue la cerca con la mirada hacia el fondo del jardín, más allá del estanque, el césped y las siluetas con forma de pluma de dos coníferas. Entre ellas ve el suave brillo de la ventana de un cobertizo, que asoma como un ojo.

De pronto se da cuenta de algo, de que hay un ser vivo tras el cobertizo. Oye el crujido de una ramita y, al cabo de unos segundos, le llega un aroma de sangre transportado por la brisa. Toma un sorbo de su copa de Isobel para agudizar sus sentidos e inhala lentamente. El aroma se funde con los olores verdes de la hierba y le resulta imposible discernir si se trata de sangre vulgar de mamífero —de un tejón, tal vez, o de un gato asustado— o de un animal mayor, de tamaño humano.

Al cabo de un segundo, identifica otro tipo de sangre. La conoce. Es de Peter. Este abre las puertas correderas de cristal y sale al patio con su copa de vino.

Intercambian un «Hola» y Peter se sienta en una de las sillas de jardín.

—Oye, mira, lo siento —dice tímidamente—. Me refiero a lo de antes. He reaccionado de forma exagerada.

Will levanta la mano.

—Eh, no, ha sido culpa mía.

—Me alegro de que hayas venido. Y has sido de gran ayuda con la policía hoy.

—No pasa nada —dice Will—. Estaba pensando en ese grupo que tuvimos.

Peter sonríe.

Su hermano se pone a cantar su única canción:

—«Estás muy guapa con tu vestido escarlata. Y esta noche serás toda mía, chata…»

Peter no puede evitarlo y se ríe de lo absurdo de sus letras. Luego canta:

—«Dejemos aquí a nuestros padres bebiendo ginebra, porque cuando saboreo tu sangre pienso en cerezas…»

Dejan que sus risas se desvanezcan lentamente.

—Podríamos haber hecho un gran videoclip —añade Peter.

—Bueno, ya teníamos las camisetas.

Hablan un poco más. Will le pregunta si recuerda sus años de infancia en la barcaza. Sus padres siempre hacían un pequeño esfuerzo adicional para que su infancia fuera especial, como cuando llevaron a casa un Papá Noel recién muerto de unos grandes almacenes para su banquete navideño de medianoche. Luego hablan un poco sobre los años más oscuros,

en aquella casa moderna en el condado aburguesado de Surrey, cuando le tiraban piedras a su padre adoptivo abstemio mientras regaba los tomates del invernadero y les pegaban dentelladas a las cobayas que, craso error, les habían regalado como mascotas.

Hablan de los vuelos a Londres para ver grupos punk vampíricos.

—¿Recuerdas la noche que fuimos a Berlín? —pregunta Will—. ¿Te acuerdas?

Peter asiente. Fueron a ver a Iggy Pop y David Bowie, un concierto conjunto que dieron en el club Autobahn. Fue, con diferencia, el más joven del local.

—Un gran año —dice.

Se ríen mientras hablan del porno vampírico que veían en la década de 1980.

—*Vamp Man* —dice Peter—. La recuerdo. Sobre el vampiro autista que memorizaba el grupo sanguíneo de todo el mundo.

—Sí, ¿y cuáles eran las demás?

—*Supervampiro en Hollywood.*

—*Mi colmillo izquierdo.* Recibió unas críticas muy injustas.

—*Loca academia de hematología* era muy divertida —dice Peter con una sonrisa.

Will se da cuenta de que tal vez podría haber llegado el momento y señala la botella de sangre de vampiro.

—¿Por los viejos tiempos? Olvídate del *merlot.*

—Mejor que no, Will.

Quizá si se lo explicara…

—No es como antes, Pete. Puedes conseguir SV en cualquier parte. De hecho, hay un lugar en Manchester. Un club nocturno. El Black Narcissus. Anoche fui hasta allí. Un poco gótico para mí, si te soy sincero, pero no está mal. Y la policía los deja en paz porque es un club de la Sociedad Sheridan. Veinte libras por una botella que te da el tipo del guardarropa. Es de lo mejor que puedes probar.

Peter lo considera y Will ve que se le altera el semblante, como si estuviera en un tira y afloja interno. Al final, niega con la cabeza.

—Es mejor que me vaya a la cama.

Farsa de matrimonio sin sangre

Sin embargo, una vez en la cama, Peter no puede dejar de pensar en ello.

Tener sangre al alcance de su mano y beberla sin sentimiento de culpa.

No tenía que ser infiel, ni robar, ni matar a nadie para conseguir la dosis. Solo tenía que ir al club de Manchester, comprarla y beberla, y sería feliz de nuevo, si esa es la palabra.

Las cosas habían cambiado mucho desde su época. Ahora todo parecía mucho más fácil, gracias a esa sociedad de la que hablaba Will y su lista de nombres a los que no podían tocar.

Peter permanece tumbado, pensando en esto y preguntándose cómo es posible que Helen pueda leer con todo lo que está sucediendo a su alrededor. Bueno, no ha pasado la página desde que se ha metido en la cama, por lo que es poco probable que esté leyendo de verdad, pero, aun así, está sentada con un tocho aburrido que debe terminar para la reunión del club de lectura de la próxima semana, intentando leer. A fin de cuentas, viene a ser lo mismo.

Él mira el libro de Helen. Una buena novela histórica, *Cuando cante el último gorrión.* El título no le dice nada a Peter. No ha oído cantar a un pájaro en su vida.

¿Por qué, se pregunta, es tan importante para ella seguir como si no hubiera sucedido nada? ¿Por qué se molesta en preparar el típico asado de los domingos, en asistir a un grupo de lectura, en reciclar la basura, en desayunar todos a la mesa y tomar café de filtro? ¿Cómo puede hacer todo esto cuando casi se oye el zumbido del estrés que la rodea, como la electricidad de una torre de alta tensión?

Para tapar las grietas, sí, pero ¿qué sentido tiene hacerlo cuando son tan grandes? Para él es un misterio, del mismo modo que lo es que Helen haya dado marcha atrás con

respecto a Will. «Va a quedarse hasta mañana.» ¿Por qué? Aquello lo enfurece, pero no sabe dónde nace esa furia ni por qué le afecta tanto.

Decide verbalizar algunas de estas cuestiones, airearlas en el dormitorio, pero es un error.

—¿Un club nocturno? —Helen deja el libro en la cama—. ¿Un club nocturno?

Se siente como si se hubiera puesto en evidencia, y un poco ridículo, pero también es una liberación hablar del tema tan abiertamente con su mujer.

—Sí —dice él, con toda la cautela del mundo—. Will dice que las vende el encargado del guardarropa. Creía que podría, bueno, ya sabes, ayudarnos.

«Uf —piensa él—. He ido demasiado lejos.»

Helen aprieta la mandíbula.

Se le dilatan las narinas.

—¿A qué te refieres con «ayudarnos»? ¿Ayudarnos a qué?

Ya no hay marcha atrás.

—A nosotros. A ti y a mí.

—No nos pasa nada.

Peter se pregunta si habla en serio.

—Ah, ¿y en qué universo es verdad eso?

Helen se desliza hacia abajo, apoya la cabeza en la almohada y apaga la luz. Él siente la tensión en la oscuridad, como si fuera electricidad estática.

—Mira —dice ella con un tono de voz que viene a indicar: «Déjate de estupideces de una vez»—, no voy a perder horas de sueño para hablar sobre tu crisis de madurez. ¡Clubes nocturnos!

—Bueno, al menos podríamos probar la sangre del otro de vez en cuando. ¿Cuándo fue la última vez que lo hicimos? ¿En la Toscana? ¿En Dordoña? ¿Las Navidades que pasamos en casa de tu madre? Venga ya, ¿en qué siglo fue eso?

El corazón le late desbocado y se sorprende del tono furioso de su voz. Como siempre que se involucra en una discusión, no se está haciendo ningún favor a sí mismo.

—¡Probar sangre! —Helen arruga el entrecejo y tira del edredón con brusquedad—. ¿Es que solo piensas en eso?

—¡Sí! ¡Más o menos! —Ha respondido demasiado rápido y se ve obligado a enfrentarse a la verdad de lo que acaba de decir. Una verdad que repite con tristeza—: Sí. Solo en eso.

Helen no quiere pelearse con Peter.

Para empezar, no tiene fuerzas. Además, se imagina a sus hijos en la cama, escuchando hasta la última palabra. Y Will. Si aún está en el patio, seguro que también los ha oído y debe de estar disfrutando como un loco.

Le pide a su marido que baje la voz, pero cree que ni tan siquiera debe de haberla oído. Sea como sea, Peter sigue despotricando al mismo tiempo que crece la ira de Helen, que, como todo lo demás que ha sucedido durante este fin de semana maldito, parece incapaz de controlar.

De modo que se limita a quedarse quieta, enfadada consigo misma y con Peter, mientras él sigue hurgando en la herida abierta de su matrimonio.

—No lo entiendo —dice él ahora—. O sea, ¿qué sentido tiene? No probamos la sangre del otro. Antes era divertido. Tú eras divertida. Pero ahora lo único que hacemos juntos es ir al teatro y ver obras que no acaban nunca. ¡Pero somos nosotros, Helen! Nosotros somos los personajes de la maldita obra.

Ella se ve incapaz de responder, tan solo tiene fuerzas para mencionar las punzadas de dolor que siente en la cabeza, lo que no hace sino provocar otra diatriba agresiva de su marido.

—¡Dolor de cabeza! —exclama él a gritos—. Pues, ¿sabes qué? Que yo también. Todos tenemos jaqueca. Y náuseas. Y nos sentimos aletargados. Y tenemos los huesos doloridos, envejecidos. Y somos incapaces de entender qué sentido tiene levantarse por la mañana. Y no podemos tomar el único medicamento que lo mejoraría todo.

—Bueno, pues tómalo —le espeta ella—. ¡Tómalo! ¡Vete a vivir con tu hermano a su maldita furgoneta! ¡Y llévate a Lorna contigo!

—¿Lorna? ¿Lorna Felt? ¿Qué tiene que ver ella con esto?

Helen no se deja convencer por la sorpresa que finge su marido, pero logra bajar la voz.

—Ay, Peter, venga, coqueteas con ella. Da vergüenza ajena verte.

Se apresura a elaborar una lista mental, por si quiere ejemplos.

«El viernes, durante la cena; en la cola de la charcutería; en todas y cada una de las reuniones de padres y madres de la escuela; en la barbacoa del verano pasado.»

—Helen, no seas ridícula. ¡Lorna! —Pero llega la pulla inevitable—. Además, ¿a ti qué te importa?

Oye el crujido de una tabla del suelo, en algún lugar de la casa. Al cabo de unos segundos, las pisadas familiares de su hijo, en el rellano.

—Es tarde, Peter —susurra ella—. Vamos a dormir.

Sin embargo, él está desbocado. Y Helen cree que ni tan siquiera la ha oído. Peter se dedica a despacharse a gusto y se asegura de que todos los de la casa oigan hasta la última sílaba.

—Venga ya —dice—. Si en el fondo somos así, ¿qué sentido tiene estar juntos? Piénsalo. Los niños se irán a la universidad y nos quedaremos tú y yo solos, atrapados en esta farsa de matrimonio sin sangre.

Helen no sabe si reír o llorar. Si sucumbe a alguna de las dos emociones, sabe que no podrá parar.

«¿Atrapados? ¿Es eso lo que acaba de decir?»

—No tienes ni idea, Peter. ¡De verdad!

Y en la caverna pequeña y oscura que ha creado con su edredón, su yo incontrolable añora de forma intensa esa sensación que tenía hace años, cuando olvidó todos los problemas de su vida: el trabajo, las visitas desconsoladas a su padre moribundo y una boda que no sabía que quería. Y lo consiguió creando un nuevo problema, aún mayor, en la parte trasera de una maldita furgoneta. En su momento, sin embargo, no le pareció un problema. Le pareció que era amor, y en tal cantidad que casi podía bañarse en él y liberarse de todo lo demás, adentrarse en la oscuridad pura y reconfortante y existir tan libremente como en un sueño.

Y lo peor de todo es que Helen sabe que el sueño está ahí fuera, sentado en el patio, bebiendo sangre y esperando a que

ella cambie de opinión.

—Ah, ¿no tengo ni idea? —dice Peter, en algún lugar fuera del edredón—. ¿Que no tengo ni idea? ¿Qué es esto, otra competición que ganas tú? ¿La competición para comprobar quién se siente más atrapado?

Helen asoma a la superficie de nuevo.

—Deja de comportarte como un crío. —Es consciente de la ironía de sus palabras cuando las dice, de que ella, en realidad, es tan cría como él, y sabe que nunca saldrá de ellos comportarse como adultos de forma natural. Siempre será una impostura, una coraza sobre sus almas infantiles anhelantes.

—Joder —dice Peter lentamente—. Solo intento ser yo mismo. ¿Acaso es un crimen?

—Sí. Grande.

Él suelta una especie de risotada.

—Bueno, ¿cómo puedes esperar que viva toda la vida sin ser yo?

—No lo sé —responde Helen con sinceridad—. No lo sé, de verdad.

Milenios

Mientras Lorna siente el roce de la barba incipiente de su marido en la parte interior de sus muslos, se pregunta qué le ha pasado.

Ahí están, bajo los tonos rosas y amarillos del diagrama tántrico de un pie derecho y sus símbolos de iluminación.

La pequeña caracola y el loto.

Ahí están, desnudos en la cama mientras ella disfruta de los lametones, los besos y los mordiscos de Mark, que parece como si nunca hubiera lamido, besado ni mordisqueado a nadie.

Lorna tiene que mantener los ojos abiertos para asegurarse de que es el mismo hombre cuyas conversaciones de alcoba giran siempre en torno al retraso de los pagos del alquiler de sus inquilinos.

Mark se pone encima de ella. Se devoran, con unos besos desenfrenados y primarios, tal y como debía de besarse la gente hace varios milenios, antes de que se inventaran los nombres, la ropa y el desodorante.

De pronto ella se siente muy querida, anhelada, mientras el dulce placer aumenta con cada latido del corazón de Mark. Y Lorna se aferra a ello y a él con una suerte de desesperación, le clava los dedos en la espalda, los hunde en su piel salada para mecerse en unas aguas salvajes.

Susurra el nombre de su marido una y otra vez y él le corresponde. Entonces cesan las palabras y ella lo rodea con las piernas y dejan de ser «Mark» y «Lorna» o «los Felt» y se convierten en algo tan puro e infinito como la propia noche.

Loco, malvado y peligroso

La deshidratación es uno de los principales síntomas de Rowan y lo está sufriendo ahora, a pesar de que se ha bebido un cartón entero de zumo de manzana y baya de saúco antes de irse a la cama. Tiene la boca seca. La garganta pegajosa. Su lengua en un pedazo de arcilla áspera. Y le cuesta tragar.

Cuando sus padres empezaron a discutir, se incorporó y se bebió el jarabe de paracetamol que quedaba, pero no le sació la sed ni lo ayudó a dormir. Así pues, ahora está abajo, en la cocina, sirviéndose un vaso de agua de la jarra con filtro.

Desde el pasillo ve que las puertas del patio están abiertas y, casi sin darse cuenta, se dirige hacia fuera, vestido con la bata. Es una noche agradable y aún no tiene ganas de regresar a su habitación, al menos mientras sus padres sigan discutiendo. Quiere hablar con alguien, distraerse de algún modo, aunque sea con Will.

—Bueno, ¿a qué te dedicas? —pregunta Rowan, cuando la conversación ya está en marcha—. Me refiero a si tienes trabajo.

—Soy profesor de literatura romántica. Poetas vampiro, principalmente. Aunque también tuve que incluir a Wordsworth en mis clases.

Rowan asiente, impresionado.

—¿En qué universidad?

—He trabajado en muchos sitios. Cambridge. Londres. Edimburgo. También he hecho mis pinitos en el extranjero. Pasé un año en la Universidad de Valencia. Y acabé en Manchester. Es una ciudad segura para los vampiros. Tiene una especie de red de apoyo.

—Entonces, ¿sigues ahí?

Will niega con la cabeza. Un velo de tristeza le cubre los ojos.

—Empecé a mezclar trabajo con placer y al final crucé la línea con una estudiante de posgrado. Estaba casada. Se llamaba Tess. Fui un poco demasiado lejos. Y, aunque la universidad nunca descubrió la verdad, decidí dejarlo hace dos años. Pasé un mes en Siberia, aclarándome.

—¿Siberia?

—El Festival de Diciembre. Es el acontecimiento artístico y de bebedores de sangre por excelencia.

—Ya veo.

Ambos miran fijamente el agua pálida del estanque mientras los gritos furiosos no cesan por encima de ellos. Will señala el cielo, como si la discusión que están escuchando fuera entre dioses distantes.

—¿Lo hacen a menudo? ¿O es algo especial en mi honor?

Rowan le dice que no es muy habitual.

—Por lo general, se lo guardan para ellos.

—Ah, el matrimonio… —Deja que la palabra languidezca en el aire y saborea un trago de su bebida—. Ya sabes lo que dicen: si el amor es vino, el matrimonio es vinagre. Bueno, lo digo yo. Aunque tampoco es que sea muy aficionado al vino. —Observa a su sobrino—. Y qué, ¿tienes novia?

Rowan piensa en Eve y no puede ocultar el deje de dolor de su voz.

—No.

—Es una pena.

El chaval toma un sorbo de agua antes de confesar la bochornosa verdad.

—No gusto demasiado a las chicas. En el instituto, estoy fuera de su radar. Soy el chico pálido y cansado de los sarpullidos.

Recuerda lo que le ha dicho Eve antes, que él murmura su nombre cuando se queda dormido, y se estremece por dentro.

—¿Qué pasa, os cuesta adaptaros al instituto? —pregunta Will con un tono que Rowan considera de sincera preocupación.

—Bueno, parece que Clara lo lleva mejor que yo.

El tío lanza un gruñido y un suspiro.

—El instituto es cruel, te lo digo yo.

Toma un sorbo de sangre, negra debido a la falta de luz, y Rowan no puede dejar de mirarlo y hacerse preguntas. «¿Por eso ha salido aquí? ¿Por la sangre?» Intenta no pensar en ello y sigue hablando. Le dice que lo del instituto no es tan grave (una mentira) y que podría haberlo dejado, pero quiere acabar el bachillerato, especializarse en Lengua, Historia y Alemán, y hacer los exámenes para ir a la universidad.

—Para estudiar…

—Literatura inglesa, de hecho.

Will le dirige una sonrisa de afecto.

—Yo fui a Cambridge. Y no me gustó nada.

Le cuenta a Rowan el breve hechizo que tuvo con el Club de la Bicicleta de Medianoche, una camarilla repugnante de adictos a la sangre que llevaban pañuelos al cuello y que se reunían de forma habitual para escuchar música psicodélica oscura, hablar sobre poesía de la generación *beat,* recitar *sketches* de los Monty Python y compartir su propia sangre.

«Quizá no es tan malo —piensa Rowan—. A lo mejor solo mata a la gente que lo merece.»

Por un instante, su tío parece distraerse con algo que hay al final del jardín. Él mira hacia el cobertizo, pero no ve nada. Sea lo que sea, Will no parece muy preocupado. Sigue hablando con una voz eterna y que todo lo sabe.

—Es duro ser diferente. A la gente le da miedo. Pero no es nada que no pueda superarse. —Inclina la copa de sangre—. Fíjate en Byron.

Rowan se pregunta si tal vez es un anzuelo lanzado a propósito para que pique, pero no recuerda haberle hablado a su tío de su pasión por los poemas de Byron.

—¿Byron? —pregunta—. ¿Te gusta?

Will lo mira como si fuera tonto.

—El mejor poeta que ha existido. El primer famoso de verdad del mundo. Alguien loco, malvado y peligroso. Adorado por hombres y deseado por mujeres de todo el mundo. No está mal para ser un hombre gordinflón con el culo torcido y pequeño y un pie deforme.

—No —dice Rowan, que sonríe de forma involuntaria—, supongo que no.

—Claro que en la escuela le tomaban el pelo. Pero, cuando cumplió los dieciocho y lo convirtió un vampiro florentino en un burdel, la cosa cambió.

Will mira la botella. Le enseña la etiqueta a Rowan.

—«Lo mejor de la vida no es sino la embriaguez.» A Byron le habría gustado Isobel.

Rowan mira fijamente la botella y siente que su resistencia se debilita. Está olvidando por qué es tan importante no sucumbir. Al fin y al cabo, beba o no, es un vampiro. Y Clara no había matado a Stuart por haber bebido sangre de vampiro. En todo caso, al contrario. Quizá, si hubiera bebido sangre de vampiro con moderación, no habría sucedido nada de esto.

Will lo mira con fijeza. Es un jugador de póker que está a punto de mostrar su mejor mano.

—Si quieres volar —dice—, ella puede conseguirlo. Si te gusta una chica del instituto, alguien especial, basta con que pruebes a Isobel y veas lo que ocurre.

Rowan piensa en Eve. En lo que sintió al sentarse a su lado en el banco. Y si, al fin y al cabo, va a descubrir que es un vampiro, mejor que sea uno atractivo y seguro de sí mismo.

—No sé… Estoy un poco…

—Venga —lo incita Will, seductor como el diablo—. No puedes odiar lo que no conoces. Llévatela a tu habitación, no hace falta que la pruebes ahora.

En ese momento los gritos de arriba aumentan de nuevo. Los de Peter se distinguen con claridad:

—¿Qué significa eso?

Y su madre:

—¡Sabes perfectamente lo que significa!

Rowan estira el brazo y agarra la botella casi sin pensar. El orgullo refulge en los ojos de Will.

—Ahí tienes el mundo. Es tuyo.

El chico asiente y se pone en pie, de repente presa de los nervios y de una extraña sensación.

—Vale. Me la llevo y, bueno, pensaré en ello.

—Buenas noches, Rowan.

—Sí. Buenas noches.

Algas y pánico

Will apura las últimas gotas de Isobel y cierra los ojos. Ahora que Peter y Helen por fin han dejado de discutir, cae en la cuenta del silencio que reina. Piensa en todos los sonidos que definen su vida normal. El suave ronroneo de la autopista. Las bocinas de los coches y los martillos neumáticos de la ciudad. El ronco estruendo de las guitarras. Los susurros insinuantes de las mujeres que acaba de conocer y, poco después, sus aullidos de éxtasis y miedo. El veloz rugido del aire cuando sobrevuela el mar, en busca de algún lugar donde tirar el cadáver.

El silencio siempre le ha resultado inquietante. Incluso al leer poesía, necesita oír algún ruido de fondo: música, tráfico o el murmullo de voces de un bar abarrotado.

El ruido es vida.

El silencio es muerte.

Sin embargo, ahora, justo en este preciso instante, el silencio no le parece algo tan malo, sino un final deseado, un lugar que el ruido quiere alcanzar.

«La vida tranquila.»

Se imagina a Helen y a sí mismo en una granja de cerdos de alguna parte y sonríe.

Entonces, cuando la brisa cambia de dirección, huele la sangre que ha olido antes. Y recuerda el ser vivo que hay detrás del cobertizo.

Se pone en pie y se dirige hacia el estanque con paso firme mientras el aroma es cada vez más fuerte. «No es un tejón ni un gato. Es un humano.»

Will oye el crujido de otra ramita y se detiene.

No está asustado, pero sabe que quienquiera que esté escondido tras el cobertizo está ahí por él.

—«Fee-fi-fo-fum» —cita Will en voz baja.

Se hace un silencio absoluto. Antinatural. El silencio de los

miembros tensos y la respiración contenida.

Will se pregunta qué hacer. Si acercarse hasta las coníferas y satisfacer su curiosidad o meterse en casa. No siente un gran anhelo por la sangre masculina agria que huele y, al final, se vuelve y se va. Pero poco después oye unos pasos que corren hacia él y algo que corta el aire. Se agacha y alcanza a ver el hacha. El hombre está a punto de caer a causa del impulso que ha tomado. Will lo agarra con fuerza de su camiseta de fútbol. Lo zarandea, ve su rostro desesperado. Aún sostiene el hacha, de modo que los alza a ambos del suelo y los tira al estanque.

«Ha llegado el momento de meterle el miedo en el cuerpo.»

Saca al hombre del agua, con la cara cubierta de algas y pánico. Un destello de los colmillos y luego la pregunta:

—¿Quién eres?

No responde. Pero se oye un ruido que solo puede provenir de la casa. Ve que se enciende la luz de Peter y Helen y vuelve a meter al hombre bajo el agua cuando se abre la ventana y aparece su hermano.

—¿Will? ¿Qué haces?

—Me apetecía un poco de sushi. Algo que se retuerza cuando lo muerdo.

—Por el amor de Dios, sal del estanque.

—Vale, Petey. Buenas noches.

El hombre forcejea con fuerza ahora y Will tiene que hundirlo más para que no salpique. Le clava una rodilla en el estómago y lo inmoviliza en el fondo del estanque. Pero entonces Peter cierra la ventana y desaparece en la habitación, seguramente preocupado de que su conversación llame la atención de las casas vecinas.

Will saca al hombre del agua.

Este tose y escupe, pero no suplica clemencia.

Podría matarlo.

Podría salir volando con él y matarlo a trescientos metros por encima de este pueblo penoso donde nadie oiría nada. Pero ha sucedido algo. Está sucediendo. Justo aquí, en el jardín propiedad de su hermano y de la mujer a la que ama, es más lento. Nota cierto retraso. Un espacio para pensar antes de la acción. Una idea se apodera de él: si actúa, deberá enfrentarse

a las consecuencias. Es probable que ese hombre esté aquí ahora debido a una acción anterior, una decisión espontánea que Will podría haber tomado hace unos días, meses o años. Matarlo solo crearía otra consecuencia.

Lo único que anhela es una respuesta.

—¿Quién eres?

Ha visto esos ojos antes. Ha olido su sangre. Ha percibido ese mismo cóctel de miedo y odio. Y hay algo en ese hecho que lo debilita.

Lo suelta sin obtener la respuesta y el hombre anónimo retrocede por el agua y sale a toda prisa del estanque. Camina hacia atrás para no perderlo de vista, dejando un rastro húmedo sobre los adoquines que conducen a la verja. Y entonces desaparece.

Al cabo de unos segundos, Will maldice su debilidad.

Mete una mano en el agua fría y siente un pez que se desliza rápidamente.

Lo agarra.

Lo saca.

Se agita y se retuerce en el aire vacío.

Will se acerca la barriga del pez a la boca, reaparecen sus colmillos y le da un mordisco. Chupa la escasa sangre del animal antes de dejarlo caer al agua.

Sale del estanque y, empapado, regresa a la furgoneta dejando un reguero de gotas tras de sí. El cadáver del pez flota en el agua y el hacha queda hundida en el fondo.

Saturno

Cuando regresa a su habitación, Rowan se sienta en la cama un rato, acunando la botella de sangre de vampiro con las manos.

¿Qué sucedería si tomara solo un sorbo?, se pregunta si mantenía los labios casi cerrados y dejaba pasar sin más una minúscula gota; estaba convencido de que podría contenerse y no seguir.

No oye el alboroto del jardín, al otro lado de la casa, pero sí los pasos de su hermana al salir de su dormitorio. En cuanto la nota, se apresura a esconder la botella bajo la cama, junto a la marioneta de papel maché que había hecho varios años antes, cuando su madre lo apuntó a unas clases de arte y manualidades los sábados por la mañana, en el centro cultural del pueblo. (Decidió no hacer una marioneta de un pirata o una princesa como el resto de los niños, sino del dios romano Saturno, representado mientras devoraba a sus hijos. Su obra causó un gran impacto en Sophie Dewsbury, de tan solo diez años, que rompió a llorar al ver el imaginativo uso que había hecho Rowan de la pintura roja y del papel crepé. Luego, la maestra le dijo a Helen que tal vez sería buena idea que su hijo buscara una actividad nueva para las mañanas de los sábados.)

Su hermana abre la puerta y lo mira con aire burlón.

—¿Qué haces?

—Nada. Estoy sentado en la cama.

Clara entra en la habitación y se sienta junto a su hermano mientras sus padres siguen discutiendo.

Ella lanza un suspiro y se queda mirando el póster de Morrissey.

—Ojalá se callaran.

—Lo sé.

—Es por mi culpa, ¿verdad? —Parece disgustada de verdad, por primera vez en todo el fin de semana.

—No —dice él—. No discuten por ti.

—Lo sé, pero, si no hubiera matado a Harper, no estarían así, ¿verdad?

—Tal vez no, pero creo que es algo que arrastran desde hace tiempo. Y no deberían habernos mentido, ¿no crees?

Se da cuenta de que sus palabras no bastan para consolar a su hermana, por lo que decide sacar la sangre que tiene bajo la cama. Clara mira la botella medio llena con asombro.

—Es de Will —le explica Rowan—. Me la ha dado, pero aún no la he probado.

—¿Vas a hacerlo?

Se encoge de hombros.

—No lo sé.

Se la entrega a Clara y siente una pequeña satisfacción al oír el crujido del corcho cuando su hermana la destapa. La observa mientras ella huele el aroma que mana del interior. Echa la cabeza atrás para tomar un trago y, cuando la baja, Rowan no ve el menor atisbo de preocupación.

—¿A qué sabe? —pregunta él.

—A cielo. —Clara sonríe, con los labios y los dientes manchados de sangre—. Y mira —añade mientras le devuelve la botella—. Autocontrol. ¿Vas a probarla?

—No lo sé —responde él.

Diez minutos después de que su hermana ha salido de la habitación, Rowan aún no lo sabe. Huele el aroma, tal y como ha hecho su hermana. Se resiste. Deja la botella en la mesita de noche e intenta pensar en otra cosa. Retoma el poema que está escribiendo sobre Eve, pero sigue atascado, por lo que decide leer a Byron.

> Camina bella, como la noche
> de cielos despejados y estrellados.
> Y lo mejor de la oscuridad y el resplandor
> se reúne en su aspecto y sus ojos…

Le pica la piel y se esfuerza para concentrarse; desliza los ojos sobre las palabras como los pies sobre el hielo. Se quita la camiseta y ve un atlas de manchas que se extiende por su pecho y sus hombros, las zonas de piel sana disminuyen como

casquetes de hielo en un mar al rojo vivo.

«¡Petirrojo!»

Piensa en la voz odiosa de Toby y de Harper, que ríen como si fuera la ocurrencia más graciosa del mundo.

Y entonces le viene a la mente algo que ocurrió el mes pasado. Caminaba a solas en dirección a la sombra y la soledad que ofrecían los castaños del otro lado del campo del instituto cuando Harper se acercó corriendo con el único objetivo de saltar sobre él y tirarlo al suelo, algo que logró sin problemas. Rowan recuerda la mole inmensa y sin remordimientos aplastándolo contra la hierba, ahogándolo, con los pulmones a punto de reventar, y las risas contenidas de los otros chicos, incluido Toby, y el grito troglodita de Harper por encima de todos: «¡El pringado no puede respirar!».

Y mientras permanecía en esa posición, aplastado, ni tan siquiera intentó defenderse. Tan solo tenía ganas de hundirse en la tierra dura y no volver a levantarse jamás.

Agarra la botella de la mesita.

«Por Harper», piensa y le da un trago.

Mientras el delicioso sabor le inunda la lengua, todas las preocupaciones y las tensiones se esfuman. Los dolores y las molestias que siempre ha sufrido desaparecen de forma casi inmediata y se siente despierto.

Muy muy despierto.

Como si hubiera dormido cien años.

Al apartarse la botella de los labios observa su reflejo mientras las manchas rosas desaparecen junto con las ojeras grises.

«Si quieres volar, ella puede conseguirlo.»

La gravedad no es más que una ley que se puede romper.

Antes de que se dé cuenta está volando, levitando, por encima de la cama y de *El manual del abstemio* que tiene en la mesita de noche.

Y se ríe, se hace un ovillo en el aire. No puede contener las carcajadas que salen de su interior, como si toda su vida no hubiera sido más que un chiste y, hasta ahora, no hubiera llegado el deternillante remate.

Pero va a dejar de ser un chiste.

No es el Petirrojo.
Es Rowan Radley.
Y puede hacer lo que quiera.

Lunes

Mantén a raya tu imaginación. No te dejes arrastrar por peligrosas fantasías. No te sientes a meditar y darle vueltas a una vida que no estás viviendo. Sé activo. Haz ejercicio. Trabaja más duro. Responde tus mensajes de correo electrónico. Llena tu agenda de actividades sociales inofensivas. Al hacerlo, logramos evitar la imaginación. Para nosotros, es un coche que avanza a toda velocidad hacia un precipicio.

El manual del abstemio (2.ª ed.), p. 83

Don Enciclopedia Policíaca

York. Jefatura de Policía de Yorkshire del Norte. El subcomisario Geoff Hodge está sentado en su despacho, arrepentido de no haber desayunado más. Por supuesto, sabe que no le iría mal perder diez o quince kilos y que Denise se preocupa por sus niveles de colesterol y todo eso, pero uno no puede empezar la semana laboral con un bol de cereales ricos en frutas y fibra con leche desnatada y una puñetera mandarina, o lo que fuera. Incluso le había prohibido la mantequilla de cacahuete.

¡La mantequilla de cacahuete!

«Tiene demasiada sal y aceite de palma», le había dicho.

Denise lo sabía todo sobre el aceite de palma gracias a su clase de Vigilantes del Peso. «Por la forma en que habla, parece que el aceite de palma es peor que el crack.»

Y ahora, mientras observa a estos dos agentes inútiles, se arrepiente de haber hecho caso a Denise. Aunque, claro, es imposible no hacerlo.

—¿De modo que me estáis diciendo que fuisteis a entrevistar a Clara Radley pero no tomasteis nota de nada?

—Fuimos a verla y… el proceso se completó con éxito —dice la agente Langford.

«Hoy en día todos hablan así —piensa Geoff—. Cuando acaban el período de formación en Wildfell Hall, salen hablando como ordenadores.»

—¿Pero ha respondido a vuestras preguntas? —les espeta Geoff—. ¡Maldita sea, era la persona más importante con la que teníais que hablar!

Los dos agentes se arredran al oír su voz.

«Quizá —piensa Geoff—, si hubiera tomado el puto aceite de palma para desayunar, podría controlar mi carácter. En fin, las tres empanadillas de queso y cebolla del almuerzo servirán

de ayuda.»

—Bueno —dice mientras se vuelve hacia el otro policía, el agente Henshaw, un *spaniel* capado e inútil, piensa Geoff para sí—. Venga, Tweedledee. Te toca.

—Es que no dijo nada interesante. Y supongo que no le apretamos demasiado las tuercas porque eran preguntas rutinarias. Ya sabe, desaparecen dos personas cada…

—Vale, don Enciclopedia Policíaca, no te he pedido estadísticas. Pero os aviso de que este caso ya no me parece tan rutinario, joder.

—¿Por qué? —pregunta la agente Langford—. ¿Ha surgido alguna novedad?

—El cadáver del chico. Esa es la novedad. De hecho, ha surgido del fondo del mar, en el maldito mar del Norte. Acabo de recibir una llamada de East Yorkshire. Lo han encontrado en un peñasco, en Skipsea. Es el cuerpo del chico, Stuart Harper. Han hecho un buen trabajo con él.

—Bendito sea Dios —dicen ambos agentes al unísono.

—Sí —tercia Geoff—. Maldito sea Dios.

Control

Rowan se pasó gran parte de la noche escribiendo el poema sobre Eve con el que llevaba varias semanas peleándose. «Eve, una oda a los milagros de la vida y la belleza» se convirtió en un poema épico, de diecisiete estrofas en total, que ocupó hasta la última hoja de su libreta A4.

Aun así, a pesar de que no ha pegado ojo, Rowan está menos cansado de lo habitual mientras desayuna. Está ahí sentado, comiendo jamón y escuchando la radio.

Mientras sus padres discuten en el pasillo, le susurra a Clara:

—La he probado.

—¿El qué?

—La sangre.

A ella se le salen los ojos de las órbitas.

—¿Y?

—Me vino la inspiración.

—¿Te sientes distinto?

—He hecho cien flexiones. Normalmente no puedo hacer ni diez. Y me ha desaparecido el sarpullido. Y también las jaquecas. Se me han agudizado los sentidos de tal manera que es como si fuera un superhéroe.

—Lo sé. Es increíble, ¿verdad?

Helen entra en la cocina.

—¿Qué es increíble?

—Nada.

—Nada.

Rowan se lleva la botella consigo al instituto y se sienta con Clara en el autobús. Ven que Eve los adelanta en un taxi de la compañía Beeline. Esta se encoge de hombros y gesticula las palabras «mi padre» desde el asiento trasero.

—¿Crees que se lo habrá dicho? —le pregunta Rowan a su

hermana.

—¿Que le habrá dicho qué?

—Ya sabes, que somos…

A Clara le preocupa que los oiga alguien. Mira hacia atrás.

—¿Qué trama Toby? —dice.

Rowan lo ve en la última fila, hablando con un grupo de chicos de undécimo curso, sentados a su alrededor. De vez en cuando alguno de ellos mira a los hermanos Radley.

—Bah, ¿a quién le importa?

Clara frunce el entrecejo y mira a su hermano.

—Es la sangre, que habla por ti.

—Bueno, quizá deberías tomar un trago. Pareces algo alicaída. —Señala su mochila del instituto.

Ella la mira, tentada y asustada a partes iguales. El autobús aminora la marcha. El bonito pub Fox and Crown, de color crema, pasa lentamente por la ventana. Llegan a la parada de Farley. La de Harper. Los pocos alumnos que suben parecen algo alborotados por el drama que supone la desaparición de alguien.

Rowan había visto esa reacción antes, hace dos años, cuando Leo Fawcett murió de un ataque de asma en el campo del instituto. Es el tipo de emoción que se apodera de la gente cuando sucede algo devastador, una emoción que nunca admiten, pero que les brilla en los ojos mientras hablan de lo mal que se sienten.

—No —dice Clara—. No quiero más. Dios, no me puedo creer que la hayas traído. Debemos ir con cuidado.

—Hala, ¿qué les ha pasado a los Radley? —exclama Laura Cooper cuando pasa a su lado—. Parecen otros.

Rowan mira a su hermana, se encoge de hombros y luego observa la delicada neblina matinal que cubre el campo, como una lluvia inmóvil que parece cubrir el paisaje con un velo. Es feliz, a pesar de todo. A pesar de las dudas de su hermana y a pesar de Toby y los demás alumnos. Es feliz porque sabe que, dentro de menos de una hora, verá a Eve.

Sin embargo, cuando la ve, en la primera fila de la asamblea general del instituto, casi se siente desbordado. Tiene los sentidos tan agudizados que el aroma de su sangre le resulta

abrumador debido a sus complejas e infinitas texturas. Justo ahí, a un solo mordisco.

Quizá es porque Eve lleva el pelo recogido y el cuello al aire, pero Rowan se da cuenta de que no tiene el control que imaginaba.

—Y albergamos la gran esperanza —prosigue la señora Stokes con su cantinela, desde el estrado que hay en la parte delantera de la sala— todos los aquí presentes de que Stuart Harper regrese sano y salvo a casa…

Rowan huele la sangre de Eve. En realidad, es lo único que percibe. Solo eso y la promesa de un sabor que sabe que superaría todo lo demás en este mundo.

—… pero, mientras tanto, debemos rezar por su bienestar y tener mucho cuidado cuando salgamos del instituto después de las clases…

Se imagina de forma vaga a sí mismo acercándose cada vez más, sumido en una especie de sueño despierto. Pero, entonces, oye una tos seca procedente del estrado. Su hermana lo mira y lo despierta bruscamente de su trance.

Los tres tubos

Una de las cosas que más le gustaban a Peter de vivir en una ciudad era la ausencia casi total de chismorreos vecinales.

En Londres, era posible dormir todo el día y beber hemoglobina fresca toda la noche sin llegar a ver el movimiento furtivo de una cortina ni oír los susurros de reproche en la oficina de correos. En Clapham nadie lo conocía en la calle ni se había molestado en preguntarle cómo decidía pasar su tiempo libre.

Sin embargo, en Bishopthorpe, las cosas siempre habían sido algo distintas. Desde un primer momento se dio cuenta de que los chismorreos siempre circulaban, aunque, al igual que el canto de los pájaros en los árboles, a menudo desaparecían cuando él estaba cerca.

Se trasladaron a Orchard Lane antes de que a Helen se le empezara a notar la barriga, por lo que la gente quería saber por qué esa pareja londinense, atractiva, joven y sin niños se había mudado a un pueblecito tranquilo en mitad de la nada.

Por supuesto, habían preparado varias respuestas, la mayoría de las cuales eran ciertas, al menos en parte. Querían vivir ahí para estar más cerca de los padres de Helen, ya que su padre estaba muy enfermo y sufría del corazón. El coste de la vida en Londres había subido hasta alcanzar unos niveles ridículos. Y, por encima de todo, querían criar a sus futuros hijos en un entorno tranquilo y, hasta cierto punto, rural.

Sin embargo, más duras fueron las preguntas sobre su pasado. Las referentes a Peter sobre todo.

¿Dónde estaba su familia?

«Eh, mis padres murieron en un accidente de coche cuando yo era pequeño.»

¿Tenía hermanos?

«No.»

¿Por qué decidió dedicarse a la medicina?

—No lo sé, supongo que le cogí el gusto.

De modo que Helen y él se conocieron en los ochenta cuando eran estudiantes. ¿Se dieron la gran vida?

«En realidad, no. Éramos bastante aburridos. De vez en cuando salíamos a cenar curri los viernes o alquilábamos una película, pero nada más. Había un restaurante indio delicioso al final de nuestra calle.»

Por lo general, Helen y él habían logrado salir airosos de aquellas preguntas. En cuanto nació Rowan y cuando Peter demostró ser un activo valioso de la consulta médica de Bishopthorpe, empezaron a tratarlos como miembros bienvenidos de la comunidad del pueblo.

Sin embargo, él siempre era consciente de que, si los habitantes del pueblo cotilleaban sobre otras personas (y lo hacían de forma continua: en cenas, en el campo de críquet, en la parada del autobús…), también podían hacerlo sobre los Radley.

Era cierto que, en muchos sentidos, Peter y Helen habían intentado ser lo más anónimos y neutrales posible. Siempre se habían vestido del modo en que esperaba la gente. Siempre habían comprado coches que no fueran a llamar la atención entre los demás monovolúmenes y turismos de Orchard Lane. Y se habían asegurado de que sus opiniones políticas se movieran siempre en el terreno seguro del centro. Cuando los niños eran más pequeños, siempre asistían a la misa de Nochebuena y, por lo general, también a la del Domingo de Pascua.

Cuando tan solo llevaban unos pocos días en el pueblo, Peter incluso accedió a la idea de Helen de purgar sus colecciones de discos, CD, libros y vídeos de todas las obras de vampiros, ya fueran hereditarios o conversos, vivos o muertos, practicantes o abstemios.

De modo que tuvo que despedirse, de mala gana, de las cintas de VHS de sus películas favoritas de Simpson-Bruckheimer (después de ver por última vez las exuberantes puestas de sol teñidas de sangre de *Superdetective en Hollywood II)*. Tuvo que darle un beso de despedida a Norma Bengell en

Terror en el espacio, a Vivien Leigh en *Lo que el viento se llevó,* a Catherine Deneuve en *Bella de día* y a Kelly LeBrock en *La mujer de rojo.* También se deshizo de su vergonzoso alijo de clásicos de posguerra de Powell y Pressburger (que todos los chupasangres sabían que, en realidad, no trataban de bailarinas ni monjas, para nada) y de los mejores *westerns* vampíricos de todos los tiempos *(Río rojo, Intrépidos forajidos)*. Ni que decir tiene que se vio obligado a desprenderse de toda su colección de porno vampírico, incluidas sus versiones en Betamax, que tanto apreciaba pero que ya no podía ver, de *Muérdeme como puedas* y *No me muerdas que no te veo.*

Ese aciago día de 1992 también fueron a la basura cientos de discos que habían sido la banda sonora de muchas copas a medianoche. ¿Cuántos deliciosos gritos y gemidos había oído en las versiones del mercado negro que Dean Martin hizo de *Volare* y *Ain't That a Bite in the Neck?* Especialmente sentida para Peter fue la pérdida de los clásicos del soul sangriento de Grace Jones, Marvin Gaye y ese demonio amoral llamado Billy Ocean, cuyo EP *Oceans of Blood* contenía la versión definitiva de «Get Outta My Dreams, Get Into My Car (Because I'm Helluva Thirsty)». En cuanto a los libros, tuvo que tirar los estudios comprados en el mercado negro de Caravaggio y Goya, varios tomos de poesía romántica, *El príncipe,* de Maquiavelo, *Cumbres borrascosas, Más allá del bien y del mal,* de Nietzsche, y, lo peor de todo, *Destinos errantes,* de Danielle Steel. En resumen, todo el canon chupasangre. Huelga decir que compraron y mantuvieron a buen recaudo *El manual del abstemio,* escondido siempre bajo su cama.

Para sustituir todas esas obras de arte que se alimentaban de sangre, llenaron los huecos de su discografía con Phil Collins, *Graceland,* de Paul Simon, y *Las cuatro estaciones,* de Vivaldi, y cada vez que tenían invitados a comer ponían la «Primavera». Y compraron libros como *Un año en Provenza* y otras obras dignas de ficción histórica que no tenían intención de leer. Nada que destacara por ser excesivamente popular, elevado ni rompedor volvió a mancillar sus estanterías. Como sucedió con los demás aspectos de su vida, sus gustos se ajustaron tanto como pudieron a los de los exangües arquetípicos de clase

media que vivían en pueblos.

Sin embargo, a pesar de sus medidas preventivas, ciertas cosas acabarían traicionándolos. Como, por ejemplo, la continua negativa de Peter a unirse al club de críquet a pesar de la lata que le dieron los demás residentes de Orchard Lane.

En cierta ocasión, Margaret, que trabajaba en la oficina de correos, fue a verlos y se sintió indispuesta después de ver el desnudo con las piernas abiertas reclinado en una *chaise longue* que había pintado Helen. (Después de ese incidente, subió sus antiguos lienzos al desván y empezó a pintar las acuarelas de manzanos.)

Sin embargo, fueron sus hijos quienes, sin ser conscientes de ello, abrieron más fisuras en su farsa. La pobre Clara amaba a los animales que la temían y Rowan preocupaba a sus profesores de primaria con sus escarceos con la escritura creativa (Hansel y Gretel como una pareja incestuosa de asesinos de niños que huía de la ley; «Las aventuras de Colin, el Caníbal Curioso»; y la autobiografía ficticia en la que vive atrapado en un ataúd).

Resultó doloroso ver a sus hijos esforzarse en vano por hacer amigos y, cuando empezaron a meterse con Rowan, meditaron seriamente la posibilidad de educarlos ellos mismos en casa. Eso le habría permitido estar siempre a la sombra y lejos de los matones. Pero, al final, Helen acabó cediendo, de mala gana, y decidió que sus hijos siguieran asistiendo a la escuela; asimismo, le recordó a Peter que el manual decía que los abstemios debían «integrarse, integrarse e integrarse» siempre que fuera posible.

Este planteamiento podría haber funcionado hasta cierto punto, pero no podía garantizar que fueran a quedar por completo al margen de los cotilleos ni que alguno de los estudiantes con los que se mezclaban sus hijos no fuera a tentarlos o torturarlos para que sufrieran un ataque de ISS.

Y ahora mismo, esta mañana de lunes, el chismorreo ha salido de las trincheras; se va acercando y es más peligroso. Peter está en recepción, ojeando el correo y las citas del día. Mientras sigue a lo suyo, escucha a Elaine, una mujer cuyos procesos biológicos no funcionarían sin su dosis habitual de

miserias de los lunes. Está enfrascada en una conversación con una de las pacientes de Jeremy Hunt y hablan con susurros, como si se encontraran en la víspera del apocalipsis.

—Ay, ¿no es horrible lo que le ha sucedido a ese chico de Farley?

—Dios, ya lo creo. Es horrible. Lo he visto esta mañana en las noticias locales.

—Ha desaparecido, así por las buenas.

—Lo sé.

—Creen que ha sido, ya sabes, un asesinato.

—Ah, ¿sí? En las noticias han dicho que lo estaban tratando como un caso de persona desap…

Elaine se apresura a interrumpirla.

—No. Por lo que he oído, el chico no tenía ningún motivo para desaparecer. Era muy conocido. Ya sabes. Era deportista. Pertenecía al equipo de rugby y todo eso. Tengo una amiga que conoce a su madre y dice que no hay chico más bueno que él.

—Uf, es terrible. Horrible.

Se hace un silencio que no presagia nada bueno. Peter oye el chirrido de la silla de Elaine mientras se dirige hacia él.

—Supongo que sus hijos lo conocían, ¿verdad, doctor Radley?

«Doctor Radley.»

Hace más de diez años que conoce a Elaine y que trabaja con ella, pero sigue siendo el doctor Radley a pesar de las muchas veces que le ha dicho que puede, y de hecho así lo prefiere, llamarlo Peter.

—No lo sé —responde él, tal vez demasiado rápido—. No creo.

—¿No es horrible, doctor? Si lo piensa, vive en el pueblo de al lado.

—Sí, pero estoy convencido de que aparecerá.

Elaine no parece haber oído esto último.

—Por ahí fuera corre gente muy mala y de todo tipo, ¿verdad? De todo tipo.

—Sí, supongo que sí.

Ella lo mira de un modo extraño. La paciente —una mujer

con el pelo largo y seco que parece una Mona Lisa mayor y con obesidad mórbida, vestida con una chaqueta de punto multicolor y desteñida— también lo observa. Peter la reconoce, es Jenny Crowther, la mujer que organizaba los talleres de artesanía de los sábados por la mañana en el centro cultural del pueblo. Un día, siete años atrás, los llamó a casa para expresarle a Helen su preocupación por la marioneta del dios romano que había hecho Rowan. Desde entonces, nunca lo saludaba en la calle, tan solo le ofrecía la misma sonrisa inexpresiva que ahora.

—Todo tipo de seres malvados —dice Elaine, haciendo hincapié en su opinión.

Peter es presa de un ataque de claustrofobia y, por algún motivo, piensa en todas las vallas que su mujer ha dibujado durante los años. Están atrapados. Por eso las dibuja. Están atrapados por las caras sonrientes y vacías y todos esos chismorreos mal informados.

Les da la espalda y repara en un sobre acolchado sobre una pila de correo que hay que mandar al hospital. Una muestra de sangre.

—Bueno, le entran ganas a una de encerrar a sus hijos bajo llave, ¿verdad, doctor Radley?

—Eh… —dice Peter, que a duras penas escucha lo que dice Elaine—. Creo que es muy fácil volverse paranoico con este tipo de cosas…

Suena el teléfono y la mujer lo contesta mientras Jenny Crowther se sienta en una de las sillas naranjas de plástico de la sala de espera sin dirigirle la mirada a él.

—No —dice Elaine con un tono autoritario no exento de amabilidad al paciente que ha llamado—. Lo siento, pero si tiene que pedir hora para una visita de urgencia tiene que llamarnos entre las ocho y media y las nueve… Me temo que tendrá que esperar hasta mañana.

Mientras ella sigue hablando, Peter se inclina hacia delante, olisquea el sobre acolchado marrón y nota que se le acelera el corazón, no con latidos fuertes, sino a causa de un suave subidón de adrenalina, como si fuera un tren bala.

Mira a Elaine y ve que no le presta atención. Entonces coge

el sobre de la forma más disimulada posible, con el resto de su correo, y se lo lleva a su consulta.

Una vez dentro, mira la hora.

Faltan cinco minutos hasta que llegue el próximo paciente.

Se apresura a abrirlo y saca los tubos de plástico junto con el formulario azul pálido del NHS. Este confirma lo que su nariz ya le ha dicho: la muestra es de Lorna Felt.

Siente una atracción magnética, casi gravitacional, hacia su sangre.

«No. No soy mi hermano.»

«Soy fuerte.»

«Puedo resistir.»

Intenta hacer lo que ha intentado hacer durante casi veinte años: ver la sangre como debería verla un médico, como una simple mezcla de plasma, proteínas y glóbulos rojos y blancos.

Piensa en sus hijos y, de algún modo, logra guardar los tres tubos en el sobre. Intenta sellarlo de nuevo, pero se abre en cuanto se sienta en su silla. La estrecha y oscura abertura es la entrada a una cueva que alberga un miedo inenarrable o un placer infinito.

O tal vez ambos.

Grupo de lectura

El primer lunes de cada mes, Helen se reúne con varias amigas que no trabajan en casa de alguna de ellas para celebrar una reunión del grupo de lectura y picar algo a media mañana. La idea es empezar la semana con buen pie.

Estos encuentros, o al menos desde que Helen participa en ellos, se han celebrado durante casi todo el año y la mujer de Peter solo ha faltado a una de las reuniones, ya que estaba de vacaciones en una casa rural en la Dordoña con el resto de su familia. Saltarse la sesión de hoy, sin avisar, podría provocar cierta discordancia o recelo —como si no bastara con el si bemol menor que es la furgoneta aparcada en Orchard Lane— que, a buen seguro, convendría evitar.

De modo que se prepara y se dirige a pie a casa de Nicola Baxter, en la zona sur del pueblo. Los Baxter viven en un gran establo reformado, con un camino de entrada muy amplio y un jardín de azaleas que parece de una época distinta al colosal espacio interior, con su cocina rural y futurista y sus sofás alargados y sin reposabrazos.

Cuando Helen llega a la casa, todas están ya sentadas, comiendo galletas de avena y bebiendo café, con su libro en el regazo. Hablan de forma más animada de lo habitual y, para desconcierto de ella, enseguida queda claro que el tema de conversación no es *Cuando cante el último gorrión.*

—Ay, Helen, ¿no te parece terrible lo que le ha sucedido a Stuart Harper? —le pregunta la anfitriona mientras le ofrece una bandeja enorme llena de migas en la que solo queda una galleta.

—Sí. Sí que lo es. Terrible.

Nicola siempre le ha caído bastante bien a Helen y acostumbran a tener opiniones muy parecidas sobre los libros que leen. Fue la única que estuvo de acuerdo con Helen en que

Ana Karenina no controlaba sus sentimientos por el conde Vronsky y en que Madame Bovary era, en lo esencial, un personaje digno de toda compasión.

Hay algo en Nicola con lo que ella siempre se ha sentido identificada, como si su vecina también se hubiera visto obligada a renunciar a una parte de sí misma para llevar la vida que lleva.

De hecho, a veces Helen se queda mirándola, con su piel pálida, su sonrisa temblorosa y sus ojos tristes, y se ve tan reflejada que se pregunta si compartirán el mismo secreto. ¿Eran los Baxter vampiros abstemios como ellos?

Helen, claro está, nunca había podido hacerle esa pregunta de forma directa. («Oye, Nicola, ¿alguna vez has mordido a alguien en el cuello y le has chupado la sangre hasta que dejó de latirle el corazón? Muy buenas las galletas, por cierto.») Y aún no conocía a las hijas de Nicola, dos niñas que estudiaban en un internado de York, ni a su marido, un arquitecto que siempre tenía algún gran encargo municipal entre manos y estaba de viaje en Liverpool, Londres o alguna otra parte. Pero, durante una buena temporada, había albergado la pequeña esperanza de que Nicola llegaría a sentarse un día con ella y le contaría que llevaba veinte años luchando contra su hemoadicción y que vivía un auténtico infierno a diario.

Helen sabía que, a buen seguro, no era más que una fantasía en la que buscaba cierto consuelo. Al fin y al cabo, incluso en las ciudades, los vampiros no suponían más que un pequeño porcentaje de la población y las posibilidades de que uno perteneciera a su grupo de lectura eran sumamente pequeñas. Pero había sido bonito creer que era posible y se había aferrado a esa posibilidad como a un billete de lotería mental.

Sin embargo, ahora que Nicola reacciona de forma tan horrorizada como las demás ante las noticias del chico desaparecido, Helen se da cuenta de que está sola.

—Sí —dice Alice Gummer, desde uno de los sofás futuristas—. Ha salido en las noticias. ¿Lo has visto?

—No —responde ella.

—Hoy por la mañana. En *Look North*. Lo he visto un rato mientras desayunaba.

—Vaya —repone Helen. Durante el desayuno los Radley han escuchado el programa *Today,* como siempre, y, aunque no le han prestado excesiva atención, no han mencionado nada.

Entonces Lucy Bryant dice algo, pero tiene la boca tan llena de galletas que al principio Helen no la oye. ¿Algo sobre un tuerto? ¿Un acuerdo?

—¿Perdón?

Nicola se lo traduce y esta vez las palabras no podrían ser más claras:

—Han encontrado el cuerpo.

En ese momento, el pánico que siente Helen es tan grande que no lo puede ocultar. Se apodera de ella de forma repentina, desde todos los ángulos, y arrincona todo atisbo de esperanza.

—¿Qué?

Alguien responde. No sabe a quién corresponde la voz. Simplemente está ahí, dando vueltas en su cabeza como una bolsa de plástico agitada por el viento.

—Sí, al parecer lo han arrastrado las olas hasta la costa. Cerca de Whitby.

—No —dice Helen.

—¿Estás bien? —le preguntan al menos dos de sus amigas.

—Sí, estoy bien. Es que no he desayunado.

Y las voces siguen girando, resuenan y se superponen en el amplio establo donde debieron de balar ovejas en el pasado.

—Venga, siéntate. Y cómete la galleta.

—¿Quieres un vaso de agua?

—Estás pálida.

Entre todo aquello, intenta pensar con claridad en lo que acaba de descubrir. Un cadáver con los mordiscos y el ADN de su hija está en manos de la policía. ¿Cómo pudo ser tan estúpido Peter? Hace años, cuando tiraba un cuerpo al mar, no salía a la superficie. Se adentraba tanto que no tenían que preocuparse de esas cosas.

Se imagina la autopsia que le están realizando en ese momento, rodeado de expertos forenses y agentes de policía de alto rango. Ni tan siquiera Will podría salvarlos con sus poderes de persuasión.

—Me encuentro bien. Lo que pasa es que a veces me da algún mareo. Pero ya estoy bien, de verdad.

Ahora está sentada en el sofá, mirando la mesa de centro transparente y la gran bandeja vacía, que parece suspendida en el aire.

Con la mirada fija, se da cuenta de que, ahora mismo, sucumbiría al placer de probar la sangre de Will. Le daría las fuerzas que necesita para soportar los próximos minutos. Pero el mero hecho de pensar en ello hace que se sienta más atrapada.

Ella es su propia cárcel.

Y el cuerpo que mezcla su sangre con la de él.

Sin embargo, y a pesar de que lo único rojo que puede comer ahora mismo es avena dulce y pegajosa, logra recomponerse.

Se pregunta si debería irse y fingir que lo hace porque se encuentra mal. Pero, antes de llegar a tomar una decisión, se encuentra sentada, observando y, al final, participando en el debate sobre el libro que no tuvo tiempo de acabar de leer.

Cuando cante el último gorrión fue uno de los libros candidatos al premio Booker del año anterior, una novela ambientada en la China de mediados del siglo XX y que narra una historia de amor entre una chica que ama los pájaros, hija de un campesino, y un peón analfabeto encargado de ejecutar la política de Mao de exterminar la población de gorriones. Jessica Gutheridge, cuyas postales hechas a mano Helen siempre compra por Navidad y para los cumpleaños, vio al autor el año pasado en el festival de Hay-on-Wye y se afana en contarles a todas lo increíble que fue el acto («Ay, fue maravilloso, y no os imagináis quién estaba sentado en nuestra fila») mientras ella intenta fingir normalidad.

—Bueno, Helen, ¿qué te ha parecido? —le pregunta alguien en un momento dado—. ¿Qué piensas de Li-Hom?

Se esfuerza en aparentar que le interesa la pregunta.

—He sentido pena por él.

Nicola se inclina hacia delante y parece algo desencantada por el hecho de que Helen no comparta sus opiniones en este caso.

—¿Cómo? ¿Después de todo lo que ha hecho? —pregunta.

—No sé… Supongo… —Todo el grupo la mira, a la espera de que se explique con más detalles. Helen debe hacer un gran esfuerzo para no pensar en autopsias y ballestas—. Lo siento, no creo que él… —Se olvida del resto de la frase que tenía en mente—. Tengo que ir al baño.

Se levanta con timidez, sin apartar la mirada de la mesa de centro y ocultando el dolor y las demás sensaciones mientras abandona la sala y se dirige al aseo de los Baxter, situado en el piso de abajo. Ve su propio fantasma en una de las paredes de cristal de la ducha mientras intenta sosegar su respiración entre tanto pensamiento gritón: «¡CUERPO! ¡NOTICIA! ¡POLICÍA! ¡CLARA! ¡WILL!».

Saca el móvil y marca el número de la consulta de Peter. Mientras oye el débil pitido, mira la ordenada hilera de productos orgánicos y de origen vegetal para el cuerpo y el cabello y, durante un fugaz segundo, no puede desechar la imagen de los cuerpos desnudos que los utilizan para ocultar sus aromas naturales. Cierra los ojos e intenta eliminar de su mente esas fantasías oscuras y que se alimentan de la desesperación.

Después de diez timbrazos, su marido responde.

—¿Peter?

—Helen, estoy con un paciente.

Entonces ella le dice con un susurro y tapándose la mano con la boca:

—Peter, han encontrado el cuerpo.

—¿Qué?

—Ha salido en todas partes. Han encontrado el cuerpo.

Nada. Entonces:

—Joder. —Y—: Joder, joder, joder y rejoder. —Al cabo de un instante—: Lo siento, señora Thomas. Malas noticias.

—¿Qué vamos a hacer? Creía que te habías adentrado varios kilómetros. —Lo oye suspirar al otro lado de la línea.

—Lo hice.

—Pues, obviamente, no fue suficiente.

—Ya sabía yo que esto iba a ser culpa mía —dice. No pasa nada, señora Thomas, enseguida la atiendo.

—Es que es culpa tuya.

—Dios. La van a identificar. No sé cómo, pero lo harán.

Helen niega con la cabeza, como si su marido estuviera a su lado y la viera.

—No, eso no va a pasar. —Y entonces decide que hará lo que sea, lo que haga falta, para asegurarse de que sus palabras sean ciertas.

Cómo prevenir la ISS: 10 consejos prácticos

La irresistible sed de sangre (ISS) es el peligro más habitual al que deben enfrentarse los abstemios. Aquí tienes diez métodos contrastados para evitar un ataque de ISS cuando sientas que vas a ser víctima de uno:

1. Aléjate de la gente. Si estás con exangües o vampiros, evita rápidamente su compañía y encuentra un lugar tranquilo para estar a solas.
2. Enciende las luces. Los ataques de ISS son más habituales de noche o en la oscuridad, de modo que debes asegurarte de que te encuentras en un entorno lo más iluminado posible.
3. Evita la estimulación imaginativa. Es bien sabido que la música, el arte, el cine y los libros desencadenan ataques, ya que actúan como catalizadores de tu imaginación.
4. Concéntrate en la respiración. Cuenta hasta cinco cada vez que inspires y espires aire para reducir el ritmo cardíaco y relajar el cuerpo.
5. Recita el mantra del abstemio. Tras unas cuantas respiraciones, di «Me llamo (TU NOMBRE) y controlo mis instintos» tantas veces como sea necesario.
6. Mira partidos de golf. Es sabido que ver ciertos deportes practicados al aire libre, como golf y críquet, ayuda a reducir las probabilidades de sufrir un ataque.
7. Haz algo práctico. Cambia una bombilla, pon la lavadora o prepara unos sándwiches. Cuanto más trivial y mundana sea la tarea, más probabilidades existen de que logres mantener a raya tu sed de sangre.
8. Come un poco de carne. Si mantienes unas buenas reservas de carne animal en la nevera, tendrás algo que ingerir que te ayudará a aplacar los anhelos involuntarios.
9. Haz ejercicio. Compra una cinta de correr o una máquina de remo para quemar el exceso de adrenalina, que acostumbra a ser un síntoma de ISS.
10. Nunca seas complaciente. El instinto es un enemigo que siempre habita nuestro interior, al acecho de la oportunidad para

atacar. Cuando des un paso hacia la tentación, recuerda que es más fácil ir hacia delante que hacia atrás. El truco consiste en no dar el primer paso.

El manual del abstemio (2.ª ed.), p. 74

Un pensamiento poco habitual para un lunes

Peter está sentado en su silla y ve a la anciana salir lentamente de la consulta entre gestos de dolor mientras piensa en la llamada de teléfono. No puede creer que la policía haya encontrado el cuerpo, que se desplazara hasta la orilla. Voló tan rápido que estaba convencido de que se había adentrado lo suficiente.

Sin embargo, reconoce para sí, ha pasado mucho tiempo. Tal vez no recuerda la distancia que recorría antes cuando tocaba tirar un cadáver. Está oxidado. No es como montar en bicicleta. Si lo dejas durante diecisiete años, es normal que no apoyes los pies con firmeza en los pedales.

—Adiós, señora Thomas —dice, con el piloto automático, mientras la anciana sale de la consulta.

—Adiós, doctor.

Al cabo de un segundo ya está sacando el sobre del cajón. Coge los tubos de sangre y les quita el tapón.

Esto no es plasma, proteínas y glóbulos rojos y blancos.

Es una vía de evasión.

Huele la sangre salvaje y fascinante de Lorna y los ve a ellos dos de pie en un campo de trigo bañado por la luz de la luna. Peter se deshace en el aroma de ella. Se muere por probarla y el anhelo crece hasta que nada se interpone entre el hombre y el placer que necesita.

«No bebo sangre de pacientes.»

De nada le sirve ahora.

La anhela con demasiadas fuerzas.

Sabía que, al final, acabaría sucumbiendo, y tiene razón. No puede hacer nada para reprimirse y no beberse los tres tubos, uno tras otro, como si fueran chupitos de tequila en la barra de

un bar.

Cuando ha acabado, echa la cabeza hacia atrás. Se da unas palmadas en el estómago. Se percata de que el flotador de grasa que le había crecido con el paso de los años podría empezar a desaparecer.

—Sí —dice para sí mismo, como si fuera un locutor de radio de medianoche con voz aterciopelada a punto de presentar un tema de Duke Ellington—. Me encanta el jazz en directo.

Sigue dándose palmadas en el estómago cuando Elaine entra con la lista de pacientes de urgencias para más tarde.

—¿Se encuentra bien? —le pregunta.

—Sí, Elaine, me siento de maravilla. Tengo cuarenta y seis años, pero estoy vivo. Y estar vivo es algo increíble, ¿no crees? Ya sabes, saborear la vida, saborearla y ser consciente de ello.

Ella no parece muy convencida.

—Bueno —dice—, debo decir que me parece un pensamiento poco habitual para un lunes.

—Eso es porque es un lunes muy poco habitual, Elaine.

—De acuerdo. ¿Va a querer un café?

—No, gracias, ya he bebido otra cosa.

La mujer mira el sobre, pero Peter no cree que haya reparado en los tubos vacíos. Y, si así fuera, le daría igual.

—Como usted diga —dice mientras sale de la consulta—. Como usted diga.

CSI: Transilvania

El subcomisario Geoff Hodge se está riendo a carcajadas con tal fuerza que le cuesta retener en las fauces el último trozo de su tercera empanadilla de queso y cebolla.

—Lo siento, cielo, repítemelo.

De modo que ella se lo repite. La mujer en cuestión es la comisaria de policía del condado de Gran Manchester, Alison Glenny, a la que no conoce. De hecho, nunca ha tenido contacto cara a cara con ningún agente de la Policía de Manchester, ya que la ciudad se encuentra a unos ochenta kilómetros fuera de su jurisdicción.

Es cierto que, de vez en cuando, necesita pedir información a otros condados, pero ya existen bases de datos para ese tipo de cosas. Uno no irrumpe, sin previo aviso, en la oficina central de otra autoridad con mirada de ser un enviado de Dios. Aunque seas una maldita comisaria. Y encima no es la suya.

—Tiene que abandonar este caso —dice la mujer, repitiéndose—. A partir de ahora nos encargamos nosotros.

—¿Nosotros? ¿Quién demonios es «nosotros»? ¿La policía de Gran Manchester? No entiendo qué relación tiene un muchacho de North Yorkshire que ha aparecido en la costa este con tu gentuza de Manchester. A menos que ande suelto por ahí un asesino en serie del que no nos habéis dicho nada.

La comisaria lo mira con frialdad y los labios fruncidos.

—Trabajo para una unidad nacional que coordina los recursos de la División Especial en todo el Reino Unido.

—Bueno, cielo, lo siento, pero no tengo ni repajolera idea de qué hablas.

La mujer le entrega un formulario verde lima que lleva el membrete del Ministerio del Interior en el encabezado y con mucha letra pequeña.

«Formularios. Siempre los malditos formularios.»

—Tiene que firmar en el recuadro que hay al final. Entonces se lo podré contar todo.

Hodge lo lee. Empieza por la línea que está junto al recuadro de la firma: «Por la presente declaro que no revelaré ninguna información relacionada con la Unidad de Depredadores No Identificados».

—¿Unidad de Depredadores No Identificados? Mira, cielo, me he perdido. Todo este rollo de las divisiones especiales me supera, de verdad. En lo que a mí respecta, es todo una cortina de humo. ¿Has hablado con Derek?

—Sí, he hablado con Derek.

—Bueno, pues entenderás que debo llamarlo para comprobarlo.

—Adelante.

De modo que Geoff coge el teléfono y hace una llamada interna a Derek Leckie, su comisario, para preguntarle por esa mujer.

—Sí, haz lo que te diga —le ordena el otro, tal vez con un leve deje de temor en la voz—. Todo.

Geoff firma en el recuadro y, mientras tanto, hace una pregunta:

—Bueno, si esto es una división especial, ¿qué demonios tiene que ver con este cuerpo? No parece un trabajo para los de contraterrorismo.

—Tiene razón. No es contraterrorismo. Es contravampirismo.

Geoff la mira, esperando a que una sonrisa le resquebraje el semblante pétreo a esa mujer. Pero no sucede.

—Muy buena, cielo. Muy buena. Venga, dime, ¿quién te ha obligado a hacer esto? Seguro que ha sido Dobson, ¿verdad? Sí, seguro que me la quiere devolver por acaparar siempre el BMW.

La mirada neutra de la mujer no se altera lo más mínimo.

—No tengo ni la más remota idea de quién es Dobson, pero le aseguro, comisario, que esto no es una broma.

Geoff niega con la cabeza y se frota los ojos. Por un instante se pregunta si esta mujer es una alucinación provocada por las

empanadillas. Quizá ha trabajado demasiado últimamente. Pero, por mucho que parpadee, ella y su rostro granítico parecen tan reales como hasta ahora.

—Bien, porque me ha parecido que decías «contravampirismo».

—Así es. —Pone su portátil sobre el escritorio del subcomisario sin pedirle permiso—. ¿Debo dar por sentado que no ha visto las imágenes del cuerpo ni ha recibido el informe de la autopsia? —le pregunta ella mientras la pantalla cobra vida y se vuelve azul.

Geoff se reclina en la silla, observa a la mujer y su ordenador y siente una leve sensación de mareo; de pronto le fallan un poco las fuerzas. Es consciente de la grasa que tiene en la boca, del sabor de la cebolla y el queso fundido. Tal vez Denise tenga razón. Tal vez debería comer una ensalada o una patata asada de vez en cuando.

—No, ninguna de las dos.

—Bien. Lo han mencionado brevemente en las noticias esta mañana, pero la policía de East Yorkshire no va a hablar más del tema. Y ustedes tampoco.

Esa vieja sensación de ira, como de oso, se apodera de Geoff.

—Bueno, discúlpame, cielo, pero en esta ocasión estamos bajo un foco gigantesco. Se trata de un caso de interés público y no vamos a dejar de hablar con la prensa solo porque unos…

Pierde el hilo de lo que estaba diciendo en cuanto el archivo de la imagen se abre en la pantalla. Ve el cuerpo desnudo, musculoso y grande del chico cubierto de heridas que no se parecen a nada que haya visto hasta entonces. Parece que le han devorado pedazos enormes del cuello, el pecho y el estómago; la carne se ha teñido de un rosa claro por culpa de la sal del agua. No se trata de heridas hechas de un modo convencional con balas, cuchillo o un bate de béisbol.

—Debieron de echarlo a los perros.

—No. No fueron perros. Ni fueron varios atacantes. Esto es obra de una única persona.

No parece posible. No puede ser.

—¿Qué tipo de persona?

—Son mordiscos de vampiro, subcomisario. Tal y como le he dicho, la UDNI es una unidad de contravampirismo. Trabajamos en todo el país en colaboración con miembros de su comunidad. —Lo dice con el mismo tono monocorde que ha utilizado desde que ha entrado en el despacho.

—¿Comunidad? —pregunta Geoff con incredulidad.

La comisaria asiente.

—Según el recuento más fiable, hay siete mil en todo el país. Aunque resulta difícil de calcular, ya que tienen una gran movilidad y hay mucho tráfico entre varias ciudades europeas. Londres, Manchester y Edimburgo son las que tienen el índice per cápita más alto del Reino Unido.

La risa de Geoff es ahora más forzada, entrecortada y amarga.

—No sé qué le echan en el té en Manchester, pero a este lado de los Peninos no salimos a cazar duendes y demonios.

—Nosotros tampoco, se lo aseguro. Solo nos ocupamos de amenazas que sabemos que son muy reales.

—¿Como los malditos vampiros?

—Estoy segura de que entenderá que se trata de un tema muy sensible y que, por motivos obvios, no divulgamos nuestro trabajo.

La imagen que le acaba mostrando la comisaria es de una mujer desnuda con alrededor de cien mordeduras; son marcas que parecen sonrisas de un rojo intenso distribuidas por el pecho y las piernas, manchados de sangre.

—Por el amor de Dios —dice Geoff.

—Lo que hago con mi equipo es mantener contacto con los miembros clave de la comunidad de chupasangres, la mayoría de los cuales se encuentra en Manchester y alrededores. Mire, en el pasado, los vampiros fueron exterminados. Manchester y Scotland Yard entrenaron a miembros de la División Especial en el manejo de la ballesta.

Geoff aparta la mirada de la pantalla del portátil, de la chica muerta. Se encuentra bastante mal. Siente la imperiosa necesidad de eliminar ese regusto de su boca. Agarra la lata de refresco de naranja que ha comprado con la empanadilla, la abre y bebe un gran trago mientras Alison Glenny sigue

hablando.

—En la actualidad tratamos directamente con la comunidad. —Hace una pausa para asegurarse, al parecer, de que él la escucha—. Hablamos con ellos. Negociamos. Nos ganamos su confianza y obtenemos información.

Geoff ve pasar la cabeza de Derek al otro lado de la ventana y se precipita hacia la puerta, con la lata en la mano.

—Derek. ¡Derek!

El comisario sigue caminando por el pasillo. Tan solo se vuelve un instante para repetir lo que ya le ha dicho por teléfono y sus ojos azules, que acostumbran a mostrar una expresión calma, tienen un velo de incuestionable miedo.

—Haz lo que te diga, Geoff. —Se vuelve de nuevo y el subcomisario solo ve sus canas y su uniforme negro antes de que desaparezca otra vez por otro pasillo.

—Bueno, ¿qué quiere que hagamos? —pregunta cuando regresa a su despacho—. ¿Que llenemos las pistolas con agua bendita?

—No —responde ella mientras cierra el portátil y lo guarda en su maletín—. Mire, hemos logrado reducir a casi la mitad los incidentes de este tipo. Y lo hemos conseguido gracias al establecimiento de unas reglas y un respeto mutuo —explica, y procede a hablarle de la Sociedad Sheridan y de su lista de intocables.

—A ver si lo he entendido, cielo. Vienes aquí hablando como si fueras de *CSI: Transilvania* y ¿esperas que crea en la existencia de un gran número de malditos Dráculas que viven por todas partes? Y luego me dices que no podemos hacer nada para detenerlos.

Alison Glenny suspira.

—Hacemos mucho para detenerlos, subcomisario. Los vampiros de hoy en día tienen menos probabilidades que en cualquier época anterior de quedar impunes tras cometer un asesinato. Lo que sucede es que preferimos las soluciones externas. Vampiro contra vampiro. Tenemos que pensar en el bien general. Nuestro objetivo es solucionar estas cuestiones sin el conocimiento del público.

—Sí, claro. ¿Y si decido ponerlo en conocimiento del

público?

—Sería despedido y declarado demente. No volvería a trabajar para la policía.

Geoff se toma el último trago de refresco y mantiene el líquido gaseoso en la boca antes de tragárselo. La mujer habla absolutamente en serio.

—Bueno, ¿qué debo hacer?

—Necesito todo lo que tenga sobre el caso de Stuart Harper hasta ahora. Todo. ¿Lo entiende?

Asimila la pregunta mientras observa las migas y el pequeño círculo de grasa de la bolsa de papel.

—Sí, lo entiendo.

El día del cambio de imagen de los Radley

Durante el almuerzo, en el patio, los alumnos del instituto Rosewood se dividen, de forma inconsciente, según el género. Los chicos son activos, juegan al fútbol o hacen malabarismos con un balón, se enzarzan en peleas fingidas o de verdad, se dan golpes con los nudillos en los brazos para insensibilizarse o voltean a sus compañeros agarrándolos de la mochila. Las chicas hablan sentadas en los bancos o en el césped, en grupos de tres o cuatro. Cuando se fijan en los chicos lo hacen con más confusión o pena que con aduladora admiración, como si no solo fueran dos géneros distintos, sino dos especies diferentes. Gatas orgullosas y listas que se lamen las patas y miran con desdén a los *spaniels* sobreexcitados y con las orejas caídas y a los *pitbull terriers* que intentan marcar un territorio que nunca será suyo.

Esta soleada tarde, el único factor unificador es que chicas y chicos quieren estar fuera de los edificios victorianos del instituto y también lejos de la sombra. Y, en circunstancias normales, cualquier otro día como este, Clara Radley seguiría a sus amigas hacia la dorada luz y se esforzaría al máximo para no permitir que le afectaran las náuseas y la migraña.

Hoy es distinto. Hoy, aunque está con Eve y Lorelei Andrews, una chica que no cae bien a nadie pero que logra dominar toda situación social de la que forma parte, es Clara quien las conduce a un banco a la sombra.

Se sienta. Eve hace lo propio a un lado y Lorelei al otro mientras le acaricia el pelo.

—Es increíble —dice Lorelei—. No lo entiendo, ¿qué ha pasado?

Clara ve la muñeca de Lorelei y sus venas gruesas y azules y

percibe el aroma de su sangre, sustanciosa hasta el delirio. Le asusta lo fácil que sería, en este momento, cerrar los ojos y entregarse a sus instintos.

—No lo sé —logra decir—. Un cambio de dieta. Además, mi padre me ha dado unos suplementos.

—Es que de repente eres superatractiva. ¿Qué base de maquillaje usas? ¿Mac? Tiene que ser Chanel o alguna otra muy cara.

—No uso base de maquillaje.

—Me tomas el pelo.

—No, de verdad.

—Pero ¿te has cambiado las lentillas?

—No.

—¿No?

—Y ya no está mareada —añade Eve. Clara se da cuenta de que parece enfadada por el súbito interés de Lorelei en su amiga—. Eso es lo principal.

—Al parecer, me faltaba vitamina A. Es lo que me ha dicho mi padre. Y ahora también como un poco de carne.

Eve está confundida y Clara recuerda el motivo. ¿No le había contado una historia sobre un virus? Se pregunta si su padre ya le ha dicho la verdad… sobre los Radley. Si lo había hecho, está claro que su hija no lo había creído, pero quizá las dudas empiezan a apoderarse de ella ahora.

Clara también tiene otras preocupaciones.

Las solemnes palabras de la señora Stokes sobre Stuart Harper durante la asamblea esta mañana.

Los chicos de Farley y lo que han dicho en el autobús.

La discusión de sus padres de anoche.

Que Rowan haya empezado a beber sangre.

Y la verdad, simple e innegable, de que ella ha matado a alguien. Nada de lo que hiciera o dijera el resto de su vida cambiaría ese hecho.

Es una asesina.

Y, durante todo ese rato, ahí está Lorelei, superficial como siempre, incapaz de detener su torrente de palabras mientras la acaricia y que no dudaría en arrimarse a Hitler si se afeitara el bigote, se hiciera un bonito corte de pelo al estilo *indie* y se

pusiera unos vaqueros ajustados. Lorelei, la chica que dejó de comer durante varias semanas después de no pasar las pruebas de un programa de televisión del canal Viva llamado *Reina de la belleza adolescente del Reino Unido 2: Monas contra empollonas.*

—Es que estás guapísima —dice.

Pero entonces, mientras sigue acariciándola, Clara nota que alguien se dirige hacia ellas. Un chico alto con la piel perfecta; tarda un segundo en recordar que es su hermano.

—Madre mía, ¿qué pasa, es el día del cambio de imagen de los Radley y yo no me he enterado? —pregunta Lorelei.

Clara intenta rehuir a su hermano mientras su versión nueva y mejorada se detiene ante ellas y mira fijamente a Eve con una seguridad que resulta preocupante.

—Eve, quiero comentarte una cosa —dice Rowan sin tartamudear.

—¿A mí? —pregunta ella, preocupada—. ¿Qué?

Entonces Clara oye a su hermano hacer lo que le había dicho que hiciera. Sin embargo, ahora le suplica con la mirada que se calle. Pero él no le hace caso.

—Eve, ¿recuerdas que ayer, cuando estábamos sentados en el banco, me dijiste que, si quería decirte algo, tan solo debía hacerlo?

Eve asiente.

—Bueno, pues quiero decirte que eres, en el sentido más amplio posible, la chica más bonita que he conocido en mi vida.

Lorelei reprime una risa al oír su declaración de amor, pero Rowan no se sonroja.

—Y antes de que te trasladaras aquí —prosigue—, no entendía lo que era la belleza, la perfección que podía llegar a alcanzar… Y si no hago lo que estoy haciendo, es probable que acabe cediendo en todo lo demás hasta que, dentro de veinte años, tenga un trabajo que no me convenza, viva con una mujer que no seas tú, con una casa y una hipoteca y un sofá y un televisor que tendrá tantos canales que no me permitirá pensar en lo desastrosa que es mi vida porque cuando tenía diecisiete años no crucé el patio para acercarme a esta chica

arrebatadora, encantadora y preciosa para preguntarle si quería salir conmigo. Esta noche. Al cine.

Se quedan boquiabiertas, las tres. Lorelei ya no ríe como una tonta. Clara piensa en cuánta sangre debe de haber bebido Rowan. Y Eve se pregunta por esos nervios que nota en el estómago mientras clava sus ojos en la mirada vehemente y segura de Rowan.

—¿Esta noche? —logra preguntar ella, al cabo de un rato.

—Quiero llevarte al cine.

—Pero… pero… es lunes.

Él no se inmuta.

—He pensado que podíamos ser un poco originales.

Eve medita la respuesta. Se da cuenta de que, en realidad, quiere salir con él, pero la razón intenta imponerse. Recuerda algo.

—Es que, eh, mi padre…

—Cuidaré de ti —dice Rowan—. Tu padre no tiene por qué…

Una voz rompe el hechizo del momento. Un grito agresivo y proferido desde el campo.

—¡Eh, pringado! —Es Toby, que se dirige hacia ellos con el rostro crispado por una mueca de odio—. ¡Apártate de mi novia, bicho raro!

Eve pone mala cara.

—No soy tu novia.

Sin embargo, Toby sigue a lo suyo.

—Lárgate de aquí, Petirrojo. Vete pero volando y de una puta vez.

A Clara le late el corazón con fuerza.

«Aquí va a pasar algo.»

Toby la mira con el mismo odio intenso.

—Y tú —dice—, mala puta, ¿qué coño le hiciste a Harper?

—No le hizo nada —dice Eve—. Déjala en paz.

—¡Sabe algo! ¡Los Radley sabéis algo! ¡Sois unos bichos raros!

—Deja en paz a mi hermana. —Rowan se sitúa frente a Toby mientras el alboroto llama la atención de los demás estudiantes.

—Rowan —interviene Clara, que no sabe qué decir delante de todas esas personas.

Sin embargo, ya es demasiado tarde para enfriar un poco las cosas. Toby le está dando empujones a su hermano y lo ha arrastrado hasta el patio. Le pone una mano en el pecho para intentar provocarlo.

—Venga, lerdo. Venga, cara de fantasma. ¿Qué te pasa? Venga, impresiona a tu novia. Y sí, ¡estoy de broma! ¿Crees que va a tocar a un bicho raro como tú!

—¡Guau! —exclama Lorelei—. Pelea.

Clara no deja de observar el rostro de su hermano durante todo el rato, consciente de que podría cambiar y echarlo todo a perder en un abrir y cerrar de ojos.

El otro le da un último empujón a Rowan, que cae sobre el suelo de cemento.

—Toby, para —dice Eve. Se ha levantado del banco, pero Clara se le ha adelantado.

Llega hasta su hermano y se arrodilla frente a él. Aún tiene los ojos cerrados, pero ve cómo le cambian los dientes, ocultos por los labios. Un sutil movimiento de la piel. Sabe lo que significa.

—No —susurra Clara mientras Toby no deja de provocarlo —. Escúchame, Rowan. No. No. Por favor. Sabes que no vale la pena. —Le aprieta la mano—. Rowan, no lo hagas.

La gente los mira y se ríe. A Clara le da igual, porque sabe que bastaría con que su hermano abriera la boca para que todo se acabara.

—No, Rowan, no. Sé fuerte, sé fuerte, sé fuerte…

Y él la escucha, o eso parece, porque abre los ojos y asiente, porque sabe que debe proteger a su hermana y no revelar nada.

—Estoy bien —le dice—. Estoy bien.

Regresan a las aulas para retomar las clases de la tarde y Clara se siente bastante aliviada cuando Eve rechaza a su hermano de la forma más amable posible.

—Entonces, ¿nos vemos esta noche?

—Me lo pensaré —dice ella mientras recorren los antiguos pasillos victorianos—. ¿Vale?

Rowan asiente y Clara siente pena por él; lo que no sabe es que, una hora más tarde, mientras él lee las palabras de Otelo sin tartamudear en clase de Lengua, Eve le pasa una nota con una pregunta.

«¿Qué película vamos a ver?»

Clase

—¿Han hablado con Clara Radley?

Geoff está asomado a la ventana, fumando el cigarrillo de media tarde, cuando Alison Glenny va a preguntarle. El subcomisario lo tira y este dibuja un amplio arco y cae a la calle. Cierra la ventana.

—Fueron dos agentes.

—¿Y? La declaración de la testigo está en blanco. No hay nada. ¿Qué sucedió cuando fueron a verla? Radley es el apellido de una antigua estirpe de vampiros y uno de los vampiros más famosos de Manchester es un Radley, por lo que estoy intentando averiguar si hay alguna relación.

—Fueron a hablar con ella y no les dijo nada importante.

—¿Nada?

—No. —Suspira—. Hablaron con ella y les dijo que no sabía nada y eso fue todo.

Alison medita sobre lo que acaba de decirle el subcomisario.

—No recuerdan nada, ¿verdad?

—¿Qué? No lo sé. Fueron ayer. Parece…

Ella niega con la cabeza.

—No tiene que defenderlos, subcomisario. No estoy criticando a nadie. Tan solo es bastante probable que fueran hemopersuadidos.

—¿Hemo qué?

—Ciertos depredadores no identificados poseen talentos concretos. Por lo general, acostumbran a ser los más peligrosos y amorales. Beben tanta sangre que sus poderes mentales y físicos aumentan mucho.

Geoff, perplejo, no puede contener una risa.

—Lo siento, cielo. Aún no he logrado asimilar todo esto.

Algo muy parecido al cariño le ilumina la mirada a la comisaria.

—Lo sé, no es el mundo en el que siempre habíamos creído que vivíamos.

—Y tanto que no lo es.

Alison camina por la sala. Cuando está de espaldas a él, Geoff se fija en su figura. Es una mujer delgada, demasiado para su gusto, pero mantiene una postura erguida, como una profesora de ballet. Tiene clase, esa es la palabra que le viene más a la cabeza. Es el tipo de mujer ante la que siempre se amilana o arredra Denise cuando conocen a una en una boda o en uno de sus cruceros caros.

—De todos modos —dice Alison—, he tenido una idea. ¿Podría conseguirme una lista de todos los habitantes de Bishopthorpe?

—Sí, sin problemas. ¿Por qué? ¿A quién buscas?

—A alguien llamado Copeland —dice con una voz que de pronto parece triste y distante—. Jared Copeland.

The Plough

Will está de nuevo en la barca, flotando en el lago rojo que ya le resulta familiar. Sin embargo, esta vez Helen lo acompaña a bordo y sostiene a un bebé de pelo oscuro en los brazos, a quien le canta una nana.

> Rema, rema, rema con calma
> tu barca en el arroyo.
> Con alegría, alegría, alegría
> la vida no es más que un sueño.

Will rema hacia la orilla rocosa y observa a la mujer que ama, que canta en voz baja. Ella, mientras, le sonríe. Es una sonrisa franca y de cariño. No sabe lo que sucederá cuando lleguen a la orilla, pero sabe que se tendrán el uno al otro y que serán felices.

> Rema, rema, rema con calma
> tu barca en el arroyo.
> Si ves a un cocodrilo,
> no te olvides de gritar.

Sin embargo, se siente inquieto. Todo es demasiado perfecto. Nota que hay alguien en las rocas que lo mira. Junto a Alison Glenny. Es el hombre que intentó atacarlo anoche. Este levanta algo hacia el cielo para que Will lo vea.

Una cabeza de la que caen gotas de sangre al lago.

Deja de remar, pero la barca sigue avanzando hacia el hombre, se acerca lo suficiente a la orilla que puede ver que la cabeza cortada es la suya.

La cara lo mira como una máscara de horror. Tiene la boca abierta en una expresión de terror.

Presa del pánico, Will se palpa el cuello y comprueba que está intacto.

—¿Quién soy? —pregunta, interrumpiendo la nana de Helen.

Ella parece confundida, como si fuera la pregunta más estúpida que ha oído jamás.

—Ya sabes quién eres —responde con ternura—. Eres un hombre muy bueno y atento.

—Pero ¿quién?

—Eres quien siempre has sido. El hombre con el que me casé. Eres Peter.

Entonces ella grita cuando ve al hombre con la cabeza cortada. Y Rowan, de bebé, también, con el lamento terrible e inconsolable de un niño.

Will se despierta sobresaltado y oye un sonido estridente y extraño. Su casete se está comiendo una de sus cintas para dormir. *Psychocandy,* de The Jesus and Mary Chain. Un chupasangre menos avezado lo habría considerado un presagio.

Echa un vistazo fuera. Hace un día horrorosamente soleado. Y hay un hombre que se aleja.

Es él.

—El hombre del hacha se va —murmura Will, y decide seguirlo.

Se pone las gafas de sol y sale a plena luz del día, a pesar de lo mucho que brilla el sol, y sigue al hombre hasta el pub que se encuentra en la calle principal. Tiene un cartel de Sky Sports y un rótulo en el que aparece una bucólica escena de una Inglaterra anticuada, bajo el nombre del local, The Plough, el arado.

En una ocasión escribió un poema muy simple, cuatro líneas que anotó en uno de sus diarios poco después de dejar de ver a Helen. «El prado rojo», lo tituló, en honor a su propio apellido.

Ara el prado rojo
hasta que nada quede.
Ara la tierra, déjala seca,
y aliméntate de sus venas.

The Plough es un pub al que Will jamás entraría por voluntad propia. Un sitio vulgar que da de comer a clientes que a duras penas son conscientes de que están vivos, hipnotizados por las retransmisiones deportivas que aparecen en las pantallas mudas.

Cuando entra en el local, el hombre ya tiene su bebida, un whisky, e intenta pasar desapercibido en el rincón más alejado. Will se dirige hacia él y se sienta enfrente.

—Dicen que el pub es una institución moribunda —afirma, y piensa en los humanos exangües que están a punto de saltar de un precipicio y observan la vasta extensión del mar—. Va a contrapelo del estilo de vida del siglo XXI. Ya no existe el sentimiento de comunidad. Todo se ha atomizado. Ya sabes, la gente vive en el interior de esas cajas invisibles. Es tristísimo… Sin embargo, aún hay ocasiones en las que dos desconocidos se sientan y entablan una charla. —Hace una pausa y observa el rostro desolado y angustiado del hombre—. Aunque, claro, nosotros no somos desconocidos.

—¿Quién soy? —pregunta el otro; su voz es una compuerta que contiene las fuerzas que habitan su interior.

La pregunta es un eco del sueño de Will, que mira el whisky del hombre.

—¿Quién es cualquiera de nosotros? Gente incapaz de desprenderse.

—¿De qué?

Will suspira.

—Del pasado. De las conversaciones cara a cara. El jardín del Edén.

El hombre no dice nada. Se queda sentado, mirándolo con un odio que emponzoña el aire que hay entre ellos. La tensión no desaparece ni tan siquiera cuando la camarera llega a la mesa.

—¿Quieren ver nuestro menú de mediodía? —pregunta.

Él admira sus formas redondas. «Un banquete móvil.»

—No —responde el hombre, sin alzar la vista.

Will la mira a los ojos y dice:

—Creo que ya sé lo que voy a comer.

La camarera se va y ambos permanecen en un silencio tenso

que, al mismo tiempo, los une.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —dice, al cabo de un rato.

El hombre toma un sorbo de whisky en lugar de responder.

Will le formula la pregunta de todos modos:

—¿Alguna vez has estado enamorado?

El otro deja el vaso en la mesa y le lanza una mirada fría como el acero. La reacción esperada.

—Una vez —responde, con un gruñido que surge de lo más profundo de su garganta.

Will asiente.

—Siempre es solo una vez, ¿no? Las demás… son solo ecos.

El hombre asiente con la cabeza.

—Ecos.

—Mira, amo a alguien. Pero no puede ser mía. Está interpretando el papel de la buena esposa en el matrimonio de otro. Y es una obra que lleva mucho tiempo en cartel. —Will se inclina hacia delante, con un velo maníaco que le tiñe los ojos, y susurra—: La esposa de mi hermano. Teníamos algo. —Se detiene y alza una mano a modo de disculpa—. Lo siento, seguramente no debería contarte todo esto. Es que resulta muy fácil hablar contigo. Deberías haber sido cura. Ahora tú. ¿Quién fue el tuyo?

El hombre se inclina hacia delante; le tiembla el rostro, de modo apenas perceptible, debido a la rabia contenida. En otro lugar del pub, una tragaperras escupe monedas.

—Mi mujer —responde el hombre—. La madre de mi hija. Se llamaba Tess. Tess Copeland.

La respuesta pilla desprevenido a Will. Por un instante regresa a la barca de remos. Ese nombre es un fuerte aguijonazo del pasado. Recuerda esa noche, las copas que tomó con ella en el bar de la asociación de estudiantes, el animado debate sobre el filósofo francés Michel Foucault, cuyas teorías sobre el sexo y la locura estaban colonizando de un modo extraño casi todas las páginas de su tesina. («A ver, ¿en qué sentido exactamente era Wordsworth un, y cito, “pedagogo empírico trascendental, desindividualizado y confundido desde el punto de vista genealógico”?») Ella había querido regresar con su marido y no sabía lo que hacía fuera

de casa, tan tarde, con su tutor.

—Eh… Yo… —dice Will, que debe hacer un verdadero esfuerzo para hallar las palabras.

«Acción.»

«Consecuencia.»

«Al final todo se equilibra.»

—Supongo que para ti no es más que un eco. Mira, te vi. Te vi salir volando con ella.

Will recuerda lo que sucedió esa misma noche un poco más tarde. La mató en el campus. Oyó correr a alguien cerca de ellos.

«El grito.»

«Fue él.»

Intenta recuperar la compostura.

«He matado a cientos de personas. Esto no es más que un grano de arena. Este hombre no cuidó como es debido a su mujer. Fracasó en su obligación de mantenerla a salvo. Me odia porque su propio sentimiento de culpa lo obliga a hacerlo.»

Y si Will no hubiera aparecido en su vida, el hombre odiaría a su mujer. Ella habría obtenido su máster y le daría la paliza con Foucault y Leonard Cohen y poemas que él no había leído y chasquearía la lengua con desaprobación cuando él quisiera ver los partidos de fútbol.

He ahí la estúpida cuestión de todas estas relaciones entre exangües. Se basan en que la gente no cambie, en seguir en el mismo lugar que una década antes, cuando se conocieron. Sin lugar a duda, la realidad nos dice que las conexiones entre la gente no son permanentes, sino fugaces y aleatorias, como un eclipse solar o unas nubes que se encuentran en el cielo. Existen en un universo que está en constante movimiento lleno de objetos que no paran de desplazarse. Y ese hombre no habría tardado en darse cuenta de que su mujer pensaba lo mismo que muchas de las personas a las que Will ha mordido: «Merezco algo mejor».

El hombre tiene un aspecto horrible. Extenuado, rendido y oprimido. Y Will deduce del aroma agrio de su sangre que no ha sido siempre así. En el pasado fue distinto, pero se ha

echado a perder, se ha agriado.

—¿Jared? Te llamabas así, ¿no? Trabajabas en la policía —recuerda Will.

—Sí.

—Pero hasta esa noche… no lo supiste. Desconocías la existencia de gente como yo.

—Sí.

—¿Eres consciente de que podría haberte matado anoche? —pregunta Will.

Jared se encoge de hombros, como si no le importara demasiado perder la vida, antes de que él pronuncie un monólogo que escucha la mitad del pub.

—¿Un hacha para decapitarme? —pregunta cuando la camarera pasa a su lado, de camino a las mesas del jardín, para llevar queso, pan y encurtidos, el almuerzo del labrador—. Según la tradición, te iría mejor algo con lo que atravesarme el corazón. Una estaca o similar. Aunque luego están esos pedantes, que insisten en la madera de espino, pero lo cierto es que sirve cualquier cosa que sea lo bastante larga y fuerte. Y, claro, luego tendrás que coger mucha carrerilla. La cuestión es que nunca va a suceder, ¿verdad? Los vampiros matan a vampiros. Pero la gente no. No va a ocurrir. —Pone cara seria—. Ahora, como no te apartes de mi vista, rebajaré mis niveles mínimos de exigencia y me daré un banquete con tu sangre amarga y alcoholizada.

Empieza a sonar el teléfono móvil de Jared, que no le hace caso. De hecho, apenas lo oye. Piensa en Eve. En el hecho de que permanecer ahí sentado, manteniendo esa conversación, podría poner en peligro la vida de su hija. El miedo fluye por su cuerpo como un torrente y se pone en pie mientras el corazón le late desbocado, tal y como le sucedió esa noche de hace dos años. Se aleja caminando rígidamente y sale fuera, a la suave brisa de la tarde, y al principio no se da cuenta de que le está sonando el móvil otra vez.

Will deja que se vaya. Al cabo de un rato, se pone en pie y se acerca a curiosear la selección de canciones que ofrece la gramola marrón y anodina, pegada a la pared como una antigua máquina de tabaco. «Under My Thumb», de los Rolling

Stones, es lo mejor que ofrece, por lo que la escoge y se sienta en el mismo lugar que ha ocupado hasta ahora.

La gente se extraña un poco, pero nadie dice nada.

Se queda ahí mientras suena la música, pensando que ahora todo está claro.

«Y depende de mí, a juzgar por el modo en que hablaba con…»

Ya no le importa Manchester.

Ya no le importan Isobel ni el Black Narcissus ni la Sociedad Sheridan ni ninguna de esas camarillas de adictos a la sangre.

Va a quedarse en Bishopthorpe, con Helen, y esperará que tenga lugar un segundo eclipse solar.

Acera

Jared tiembla ante la posibilidad de que lo haya echado todo a perder.

«Número privado.»

Responde.

—Jared, soy Alison Glenny.

Es una voz que no esperaba volver a oír. Recuerda la última vez que la oyó, en el despacho de la comisaria, mientras le lanzaba su última advertencia: «Entiendo su dolor, pero como siga así, si lo divulga a los cuatro vientos, pondrá cientos de vidas en peligro. —Y se lo dijo sin reconocer en absoluto la ironía de que su mujer había muerto precisamente porque no era un hecho público—. No tendré otra opción, inspector, más que despedirlo por problemas de salud mental y asegurarme de que lo internan en un hospital psiquiátrico».

Dos meses en un hospital mental mientras su hija tenía que vivir con su abuela quejumbrosa, afectada por una enfermedad terminal. Y ahí estaba él, medicado hasta las cejas con una dosis industrial de ansiolíticos por unos doctores que recibían unas primas aprobadas por el Gobierno para asegurarse de que no se olvidaban del «bien general» que estaban haciendo por la sociedad.

—¿De dónde has sacado este número? —pregunta Jared cuando se da cuenta de que debe de haber alguna relación entre la llamada y el hecho de que Will se encuentre en Bishopthorpe.

—No has cambiado de nombre. No ha sido muy difícil.

—No tengo nada que ocultar. No hice nada malo.

Alison suspira.

—Jared, no es necesario que te pongas a la defensiva. Te he llamado para darte buenas noticias. Quiero decirte algo sobre Will Radley.

Él guarda silencio. ¿Qué puede decirle ella que no sepa ya?

Tras un largo silencio, se lo cuenta.

—Podemos detenerlo.

—¿Qué?

—Hemos aplicado presión en los lugares adecuados. La Sociedad Sheridan tiene tantas ganas de librarse de él como nosotros. Últimamente ha tenido un comportamiento bastante errático.

Esa palabra enfurece a Jared.

—¿Más errático que cuando mató a la esposa de un agente del Departamento de Investigación Criminal en un campus universitario?

—Tan solo creía que querrías saberlo. Vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos para atraparlo. Y ese es el motivo por el que te he llamado. ¿Está ahí? O sea, ¿es esa la razón por la que te has trasladado a Bishopthorpe? —Hace una pausa y se da cuenta de que Jared se muestra reacio a darle ninguna información—. Mira, si nos dices que está ahí, haremos todo lo que podamos. Te lo prometo. Podrás seguir adelante con tu vida. Eso es lo que quieres, ¿no?

Jared sigue caminando con prisa. El pub ya queda lejos, su cartel no es más que un pequeño cuadrado marrón. Recuerda lo que acaba de decirle Will hace unos instantes: «La cuestión es que nunca va a suceder, ¿verdad?».

—Sí —logra responder Jared—, está aquí.

—Bien. De acuerdo. Una cosa más. ¿Sabes algo de su relación con los otros Radley? ¿Hay algo que podría resultarnos útil? Lo que sea.

Jared piensa en lo que le ha dicho Will en el pub: «La esposa de mi hermano».

—Sí. Hay algo.

Si la sangre es la respuesta, te estás haciendo la pregunta equivocada.

El manual del abstemio (2.ª ed.), p. 101

Una conversación sobre sanguijuelas

Will recuerda la primera noche que Peter llevó a Helen a su piso de Clapham. Antes de que llegaran, había recibido instrucciones muy claras. Debía comportarse mejor que nunca y no revelar nada.

Ni bromas sobre Drácula, ni miradas lascivas a su cuello, ni comentarios innecesarios sobre el ajo o la luz del sol. Peter le había dicho que Helen, una compañera de la facultad de medicina, era alguien por quien sentía algo muy serio y no tenía intención de rebajar la relación al nivel de otra sesión de «muerde y chupa». Aún no, al menos. Peter incluso había mencionado esa palabra que empieza por «c» y le había dicho que estaba pensando en contarle la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad y que esperaba convencerla de que accediera a la conversión voluntaria.

—Estás de broma —le dijo Will.

—No, para nada. Creo que estoy enamorado de ella.

—Pero ¿convertirla? Eso es un gran paso, Petey.

—Lo sé, pero creo de verdad que es la mujer de mi vida.

—*Zut alors.* Vas en serio, ¿verdad?

—Sí.

Will dio un silbido largo y lento.

—Bueno, es tu funeral.

Para él, la conversión siempre había sido un concepto hipotético. Era algo que sabía que era físicamente posible y también que sucedía bastante a menudo si había que hacer caso del constante crecimiento de la población vampira adulta; sin embargo, no entendía por qué iba a hacerlo alguien de forma voluntaria.

A fin de cuentas, la conversión tenía unas consecuencias importantes tanto para el conversor como para el converso. El hecho de tener que aceptar que el otro bebiera una cantidad

tan grande de tu sangre, y de forma tan rápida, después de que tú hubieras probado su sangre, te debilitaba emocionalmente y despertaba en ti una sensación de afecto tan grande y seria por la otra persona como la que sentía ella por ti.

«¿Por qué demonios iba a querer hacerme algo así?», replicaba Will siempre que le preguntaban por esa posibilidad.

Sin embargo, los asuntos de Peter eran solo de él y Will era demasiado libertino para poner obstáculos a sus deseos o para juzgarlo. No obstante, tenía curiosidad por ver quién le había robado el corazón a un Radley de pura sangre.

Recuerda con exactitud lo que sintió al verla.

Absolutamente nada.

Al principio.

No era más que una exangüe atractiva en un mundo donde abundaban. Aun así, a medida que fue pasando esa primera noche, se dio cuenta de lo tremendamente sexy que era: sus ojos, el delicado perfil de su nariz, el estilo clínico con el que hablaba de la anatomía humana y varias técnicas quirúrgicas («Entonces, hay que seccionar la arteria pulmonar derecha…»).

Le encantaba el arte. Los martes por la noche asistía a clases de dibujo del natural y tenía gustos eclécticos. Le encantaban Matisse y Edward Hopper y también algunas cosas del Renacimiento. Le encantaba Veronese y parecía no tener ni idea de que fue uno de los vampiros venecianos más libertinos y de que dejó manchas de sangre en una góndola.

Y también mantuvieron una conversación sobre sanguijuelas. Helen sabía mucho al respecto.

—Las sanguijuelas están muy infravaloradas —dijo.

—Estoy de acuerdo.

—Una sanguijuela es algo increíble.

—Sin duda.

—Desde un punto de vista técnico, son anélidos. Como los gusanos de tierra. Pero son mucho más avanzadas. Tienen treinta y cuatro cerebros, predicen las tormentas y se han utilizado en medicina desde los aztecas.

—Las conoces muy bien.

—Las he investigado en la carrera. Su posible uso para aliviar la osteoartritis. Aún es una teoría un poco

controvertida.

—Hay otro remedio para los huesos, ¿sabes? —dijo Will antes de que Peter tosiera para meterlo en vereda.

Helen ganó las partidas de *blackjack* que jugaron esa noche, ya que sabía cuándo debía frenar. Además, no sufría la distracción de su propio aroma, algo que sin duda afectaba a Will y a Peter. Tenía tantos sabores, su sangre poseía tal riqueza de matices, que se podrían haber pasado varias horas allí sentados intentando encontrarlos todos.

La versión posterior que Helen dio de los hechos fue que Will solo la quería porque estaba con su hermano. Pero él recuerda los desesperados esfuerzos que hizo para no fijarse en ella. Nunca quiso sentir nada por una mujer, salvo el sencillo y simple deseo de satisfacer su sed. «Para mí, las emociones no eran más que unos rápidos encabritados que te llevaban de cabeza hacia la cascada de la conversión —es lo que escribió en su diario—. Quería quedarme en las charcas tranquilas del placer fácil.»

Quería que Peter dejara a Helen para que ambos la olvidaran. Sin embargo, su hermano y ella estaban enamoradísimos. Eran muy felices y Will no soportaba estar tan cerca de esa felicidad. No sin planear cómo destruirla.

—La amo —le dijo Peter a su hermano—. La convertiré y le diré quién soy.

—No. No lo hagas.

—¿Qué? Creía que decías que era mi funeral. Que podía hacer lo que quisiera.

—Te lo digo, aguanta un poco. Ya sabes, espera un par de años. Podrías vivir hasta los doscientos. Piensa en ello. Un par de años no es más que un uno por ciento de tu vida.

—Pero…

—Y si aún te gusta cuando haya pasado ese tiempo, entonces le cuentas quién eres y por qué te levantas cuando ella se va a dormir. Y si aun así le gustas, cásate con ella y conviértela en la noche de bodas.

—No sé si podré aguantar tanto tiempo sin morderla.

—Si la amas, podrás esperar.

Cuando Will le hubo dicho todo esto, dudó de que Peter

fuera a tener tanta paciencia. Se aburriría de Helen y se subiría de nuevo al tren de la fiesta de Will; una noche tras otra de cópula sin sangre acabarían haciendo mella en él. Estaba convencido de que o bien se dejaría llevar y la mordería en pleno acto, o la abandonaría.

Pero no.

Tras dos años de citas en el cine y de paseos por el parque, Peter aún aguantaba sin problemas. Mientras tanto, en teoría Will daba clases en Londres, aunque, en realidad, casi nunca estaba allí. Siempre andaba recorriendo el mundo. Una noche le pidió a su hermano que se reuniera con él en Praga para visitar el Nekropolis, uno de los clubes para vampiros que habían surgido alrededor de la plaza de Wenceslao tras la Revolución de Terciopelo.

—¿Aún aguantas? —le preguntó, por encima del estruendoso ritmo industrial de la música tecno.

—Sí —respondió Peter—. Nunca había sido más feliz. De verdad. Es divertida. Me hace reír. La otra noche, cuando llegué a casa…

—Bueno, no te precipites.

En las pocas ocasiones en las que Will vio a Helen durante este período, sintió una extraña sensación de aleteo en el estómago que intentó achacar a la privación de sangre o al hecho de que había salido antes de que oscureciera. Después de verla, siempre sentía la necesidad de partir a la caza de sangre fresca. A menudo iba a Manchester, donde el movimiento vampírico empezaba a florecer, y se daba un festín con cualquier cuello que se le antojara, tanto si se le ofrecía de forma voluntaria como si no.

Y entonces sucedió.

El 13 de marzo de 1992, Peter le confesó a su hermano que se lo había contado todo a Helen.

—¿Todo?

El otro asintió y tomó un sorbo de sangre de la jarra.

—Sabe quién soy y lo acepta.

—¿Qué me estás diciendo?

—Bueno…, vamos a casarnos. En junio. Hemos fijado una fecha en el registro. Quiere que la convierta en la luna de miel.

Will sintió, y reprimió, un fuerte deseo de clavarle un tenedor en el ojo a su hermano.

—Ah —dijo—. Me alegro mucho por ti.

—Sabía que sería así. Después de todo, he seguido tu consejo.

—Así es. Tienes razón, Pete. Has aguantado durante un tiempo y luego se lo has dicho.

Will estaba en caída libre.

Sonreía sin sentirlo, algo que nunca había hecho en su vida. En la cocina había rastros de ella —un libro de recetas sobre la encimera, un boceto de un desnudo enmarcado en la pared, una copa sucia de vino de la noche anterior…— y tenía que salir de allí. De camino a la calle, rozó uno de sus abrigos, colgado en el vestíbulo.

Hasta el día siguiente, cuando ella fue a verlo en un sueño iluminado y proyectado por Veronese, Will no se dio cuenta de la verdad. Estaba sentada allí, en una especie de banquete de boda veneciano del siglo XVI, con un esclavo enano que le servía vino en la copa dorada que sostenía. Mientras que las demás mujeres majestuosamente atractivas iban ataviadas con sedas de color magenta y exquisitos vestidos de cuento de hadas, Helen estaba igualita que la primera vez que la vio. Un jersey liso de cuello alto, sin maquillaje que llamara la atención y un peinado natural solo a base de peine. Y, sin embargo, ninguna de las mujeres que aparecía en ese fresco en movimiento del sueño tenía punto de comparación con ella ni le interesaba lo más mínimo a Will.

Mientras él se acercaba flotando a la mesa de banquete infinitamente ancha, reparó en el hombre que había al lado de Helen. Llevaba una corona de laurel en la cabeza e iba vestido como un príncipe del Renacimiento. Le susurraba unas palabras al oído que la hacían sonreír y que él no oía. Hasta que el hombre se puso de pie no se dio cuenta de que era Peter.

Este hizo sonar su copa con un tenedor dorado. Todo el mundo, incluso los monos, se detuvieron para escucharlo.

—Gracias, gracias, lores, duques, pigmeos, enanos, malabaristas con un solo brazo, primates inferiores, damas y

caballeros. Me alegro mucho de que estén aquí en este día tan especial para nosotros. Ahora que Helen es mi esposa, mi vida está completa… —Ella observaba la carne de flamenco de su plato y sonreía con modesta cortesía—. Y lo único que puedo hacer ahora es consumar nuestro vínculo especial. —Will vio, horrorizado, cómo su hermano le bajaba el cuello del jersey y la mordía. Su horror se intensificó al comprobar que Helen soltaba un grito ahogado de placer.

A él nunca le habían gustado las bodas, pero ninguna le afectó tanto como esta. Mientras observaba a Peter derramar la copa de vino de Helen por su cuello, Will se dio cuenta de que no era vino, sino sangre de su hermano. Se precipitó hacia ellos, gritando «¡No!», pero cien monos se le echaron encima y lo ahogaron hasta que un velo oscuro lo cubrió todo. Cuando se despertó, empapado en un sudor frío, se dio cuenta de que había sucedido lo imposible.

Will era presa de algo que, por muy horrible que le resultara, se parecía mucho al amor.

Dos semanas antes de que tuviera lugar la boda real, se encontraba de nuevo en Londres, durmiendo en una furgoneta que le había robado a un rastafari blanco de Camden. Una noche fue al piso de su hermano, sabiendo que él no estaba, y no pudo contenerse.

—Helen, te amo.

Ella apartó los ojos de las noticias —más combates en Yugoslavia— y lo miró, reclinada en su mecedora de segunda mano.

—¿Cómo dices?

Will la miró a los ojos, sin sonreír, y se concentró intensamente en su sangre.

—Sé que no debería decir esto, porque Peter es mi hermano, pero te adoro.

—Venga, Will, no seas ridículo.

—Ridiculízame tanto como quieras, pero hablo muy en serio. No puedo mirarte, no puedo oír tu voz ni oler tu aroma sin que me entren ganas de agarrarte en brazos para salir volando e irnos muy lejos de aquí.

—Will, por favor —dijo ella. Estaba claro que él no le atraía

en ese sentido—. Peter es tu hermano.

Él no asintió ni negó con la cabeza. Se quedó tan quieto como pudo y se esforzó para que sus miradas permanecieran entrelazadas. Fuera, el vaivén de una sirena de policía recorría Clapham High Street.

—Tienes razón, Helen. La mayoría de las verdades profundas son inoportunas. Pero, para ser brutalmente honesto, ¿qué puto sentido tiene todo sin la verdad? ¿Me lo puedes decir, por favor?

—Peter va a llegar en cualquier momento. Tienes que dejar de hablar así.

—Lo haría, Helen. Por supuesto que lo haría si no supiera que tú sientes exactamente lo mismo.

Ella se tapó los ojos e interrumpió su mirada.

—Will…

—Sabes que quieres que te convierta, Helen.

—¿Cómo podrías hacer algo así? A tu hermano.

—Me resultaría bastante fácil.

Ella se puso en pie y salió de la sala. Él la siguió por el pasillo y vio la hilera de abrigos dándoles la espalda. La hemopersuadió con todas sus fuerzas.

—Sabes que no quieres que sea Peter. Lo sabes. Venga, no seas débil, Helen. Solo se vive una vez. Más vale que lo aproveches para probar lo que quieres probar. Si esperas dos semanas más, todo habrá acabado, serás suya y no tendremos una oportunidad. La habrás matado. Y te odiaré casi tanto como tú a ti misma.

Helen estaba confundida. No sabía que no le estaba hablando a ella, sino a su sangre.

—Pero quiero a Peter…

—Mañana le toca turno de noche. Podríamos ir volando a París y pasárnoslo como nunca. Tú y yo, sobrevolando la torre Eiffel.

—Will, por favor…

Helen estaba en la puerta. A él solo le quedaba una oportunidad más. Cerró los ojos y el aroma de la sangre de ella le transmitió todo un universo de sensaciones. Pensó en ese viejo sabio francés adicto a la sangre, Jean Genet, y lo citó:

—«Todo aquel que no haya sentido el éxtasis de la traición no sabe nada sobre el éxtasis». —Y entonces le contó cien cosas destinadas a aniquilar su verdadero yo.

Le tendió la mano y, en un aciago momento de debilidad, ella la tomó.

—Venga —dijo, sintiendo esa dicha inconmensurable que siempre se apoderaba de él cuando ponía fin a la felicidad de otra persona—. Salgamos.

Una propuesta

Casi dos décadas después de esa conversación con Will, Helen acompaña a una mujer policía a su salón; siente un hormigueo en la cabeza y el cuello a causa de los nervios.

—¿Le apetece un café, Alison? —pregunta—. Me ha dicho que se llamaba Alison, ¿verdad?

—Sí. Pero no, no quiero café —responde esta con una voz fría y oficial y Helen se pregunta si ha ido a verlos por algún motivo más aparte de hacerles unas cuantas preguntas rutinarias.

—En estos momentos Clara está en el instituto —dice.

—No he venido para hablar con su hija.

—Creía que me había dicho que venía por ella.

Alison asiente.

—Quiero hablar sobre ella, no con ella, señora Radley.

Unas horas antes, Helen había regresado a casa para ver las noticias, pero no había visto nada sobre el descubrimiento del cadáver del chico, lo que le hizo sentirse aliviada. Tal vez sus amigas del grupo de lectura lo habían entendido mal. Sin embargo, todo el alivio desaparece al oír la siguiente frase de Alison:

—Se ha encontrado el cuerpo de Stuart Harper —dice—. Sabemos que su hija lo mató.

Helen abre y cierra la boca, pero sin pronunciar ninguna palabra. Tiene la garganta seca y, de repente, las palmas de las manos empapadas en sudor.

—¿Qué? ¿Clara? ¿Que ha matado a alguien? No sea tan… Eso es…

—¿Increíble?

—Pues sí.

—Señora Radley, sabemos qué hizo y cómo lo hizo. Todas las pruebas están ahí, en el cuerpo del chico.

Helen intenta consolarse con la idea de que Alison se está marcando un farol. Después de todo, ¿qué pruebas puede haber? No le han tomado una muestra a Clara para obtener su ADN. «Sabemos qué hizo y cómo lo hizo.» No, no lo dice en serio. Alison no parece una mujer dispuesta a creer en vampiros y Clara, una colegiala de quince años, no parece alguien capaz de matar a un chico con los dientes.

—Lo siento —dice Helen—, pero creo que está muy equivocada.

Alison enarca las cejas, como si hubiera esperado esa reacción.

—No, señora Radley. Puede estar segura de que todos los caminos conducen a su hija. Está en un grave problema.

Incapaz de pensar claramente, acuciada por todas las señales de pánico que le inundan el cerebro, Helen se pone en pie para hacer lo mismo que ayer.

—Lo siento —dice—. Solo tardaré un instante. Tengo que hacer una cosa.

Antes de salir del salón, oye la pregunta de Alison:

—¿A dónde va?

Se detiene y mira su débil sombra en la moqueta.

—Oigo la lavadora. Está sonando un pitido.

—No es verdad, señora Radley. Y ahora, por favor, le aseguro que le conviene volver aquí y sentarse. Quiero hacerle una propuesta.

Helen sigue andando y desafía a la comisaria. Necesita a Will. Él la persuadirá gracias al poder de la sangre y lo solucionará todo.

—Señora Radley, regrese, por favor.

Sin embargo, ya ha salido de la casa, en dirección a la furgoneta. Por segunda vez en la semana agradece que Will esté aquí, que la amenaza que representa para ella sea menor que las amenazas que puede detener. Las que acechan a su hija, a su familia, a todo.

Llama a la puerta de la furgoneta.

—¿Will?

No hay respuesta.

Oye las pisadas en la grava. Alison Glenny se dirige hacia

ella con actitud pasiva y sin entrecerrar los ojos a pesar del sol que hace. A buen seguro podría mirarlo directamente sin pestañear.

—¿Will? Por favor. Te necesito. Por favor.

Llama de nuevo. Un toc-toc-toc que solo recibe silencio. Piensa en abrir la puerta, porque sabe que Will nunca se molesta en cerrarla, pero no tiene la oportunidad.

—Vaya, señora Radley, tiene la lavadora en un sitio muy curioso.

Helen logra esbozar una sonrisa.

—No, es que… mi cuñado es abogado. Podría proporcionarme asesoramiento legal. —Mira la furgoneta y se da cuenta de que nunca ha visto un vehículo más inverosímil para un miembro de la abogacía—. O sea, ha estudiado Derecho. Es que… ha viajado mucho últimamente.

Helen se da cuenta de que Alison está a punto de sonreír.

—Abogado. Interesante.

—Sí. Me sentiría más cómoda si él estuviera presente durante nuestra conversación.

—Seguro que sí. Pero está en el pub.

Helen se queda perpleja.

—¿El pub? ¿Cómo…?

—Conozco a su cuñado —dice Alison— y, por lo que sé, no es abogado.

—Mire… —dice ella, que mira hacia Orchard Lane. Las sombras de los troncos de los árboles rayan el asfalto como un paso de cebra infinito—. Mire… Mire…

—Y conocemos su capacidad de hemopersuasión, señora Radley.

—¿Qué? —Helen se siente mareada.

Alison se acerca a ella y baja la voz, de tono y volumen.

—Sé que intenta ser una buena persona, señora Radley. Sé que no ha cruzado la línea desde hace mucho tiempo. Le importa su familia y la entiendo. Pero su hija ha matado a alguien.

El miedo se transforma en ira. Por un instante, se olvida de dónde está y con quién habla.

—No fue culpa suya. No lo fue. El chico intentó agarrarla.

La atacó y ella ni tan siquiera sabía lo que hacía.

—Lo siento, Helen, pero estoy segura de que sabe lo que les sucedía a los vampiros antes.

De nuevo, se imagina a su hija con una flecha de ballesta clavada en el corazón.

Alison prosigue:

—Sin embargo, las cosas han evolucionado un poco desde los ochenta y los noventa. Adoptamos una postura más inteligente. Si quiere salvarle la vida a su hija, puede hacerlo. Dirijo la Unidad de Depredadores No Identificados. Y esto significa que debo encontrar soluciones en la comunidad, mediante la negociación.

La comunidad. Helen se da cuenta de que, para Alison, ella es un chupasangre más.

—¿Un trato?

—No quiero quitarle importancia a lo que su hija le hizo a ese chico, pero, para ser del todo sincera con usted, señora Radley, mi trabajo depende mucho de las estadísticas. Los vampiros que matan a una persona en la vida no son tan importantes como los que matan dos a la semana. Sé que a un vampiro esto le parecerá una actitud muy utilitaria y poco poética, pero se trata de una situación compleja desde el punto de vista ético y convertirla en simples números lo facilita todo. Y usted podría ayudar a convertir esa única víctima de su hija en cero. A ojos de la policía, quiero decir.

Helen nota que le está echando un cable, pero se pregunta qué tiene en mente Alison.

—Mire, lo único que me importa es Clara. Haré lo que sea para protegerla. Para mí, mi familia lo es todo.

La otra la observa unos instantes mientras medita algo.

—Bueno, si hablamos de números, hay un vampiro que nos gustaría eliminar de las calles de Manchester. Vaya, de las calles de cualquier población, para serle sincera. Es un monstruo. Un asesino en serie cuyo número de víctimas asciende a varios cientos, si no miles.

Helen empieza a ver a dónde quiere ir a parar.

—¿Qué quiere que haga?

—Bueno, si quiere asegurarse de que Stuart Harper no deje

de ser una persona desaparecida más, solo tiene una opción.

—¿Cuál?

—Tiene que matar a Will Radley. —Helen cierra los ojos y, en la oscuridad teñida de rojo, oye el resto de la propuesta que le susurra Alison—. Su hija estará a salvo mientras siga siendo abstemia. Pero necesitaremos la confirmación física irrefutable de que su cuñado está muerto.

Helen intenta pensar con claridad.

—¿Por qué yo? O sea, ¿por qué no puede hacerlo otro? ¿No me puede ayudar Peter?

Alison niega con la cabeza.

—No. Y no puede involucrarlo. No queremos que le cuente nada de esto a nadie. Le insisto, es una cuestión de números, señora Radley. Uno es más seguro que dos. Si se lo dice a su marido, habrá graves consecuencias. No podemos tolerar que un hermano mate a su hermano.

—No lo entiende. Es…

Alison asiente con la cabeza.

—Ah, y un detalle más. Sabemos de su relación con Will Radley.

—¿Qué?

Alison asiente.

—Sabemos que tuvo «algo» con él. Y su marido también lo sabrá si no acepta esta propuesta.

Helen se avergüenza.

—No.

—Ese es el trato, señora Radley. Y estará sometida a la vigilancia constante de nuestra gente. Le puedo asegurar que todo intento de romper las reglas o de encontrar una forma de salir de esto está condenado al fracaso.

—¿Cuándo? O sea, ¿cuándo debería…?

Helen la oye tomar aire lentamente.

—Tiene hasta medianoche.

«Medianoche.»

—¿De hoy?

Cuando abre los ojos, la comisaria Alison Glenny se está alejando por entre las sombras mientras se dirige a Orchard Lane. Helen la ve entrar en el coche, donde hay un hombre con

sobrepeso en el asiento del acompañante.

La brisa trae consigo unas advertencias incomprensibles. Helen mira la furgoneta, donde su vida cambió hace tantos años. Es como mirar una tumba, aunque no está muy segura de a qué o quién llora.

La represión en las venas

Cuando Eve le cuenta, en el autobús de vuelta a casa, que ha decidido ir a la cita con Rowan, Clara no sabe qué decir. Y, obviamente, su amiga se siente confusa por el extraño silencio, porque Clara no ha dejado de hablar bien de su hermano desde que la conoce.

—Venga, Raddles, creía que querías que le diera una oportunidad —dice Eve, que la mira con fijeza.

«¿Una oportunidad? ¿Una oportunidad para qué?»

—Sí —dice Clara, que mira los campos verdes que pasan fugazmente por la ventana—. Así es. Es que…

—¿Qué?

Capta el aroma dulce como la miel de su sangre. Puede resistirse y quizá Rowan también.

—Nada. Olvídalo.

—Vale —dice Eve, acostumbrada al comportamiento cada vez más extraño de su amiga—. Olvidado.

Más tarde, después de bajar del autobús, de camino a casa, Clara le dice a su hermano que cree que es un error.

—No va a pasar nada. Le pediré un poco más de sangre a Will antes de salir. Me la llevaré conmigo. En la bolsa. Si siento anhelo, tomaré un sorbo. No va a pasar nada. Confía en mí.

Mundo de fantasía.

HERE COMES THE SUN.

Unos maniquíes sin rasgos con pelucas de estilo disco.

El Glotón Hambriento. Un surtido de carnes dispuestas en la nevera.

A Clara le ruge el estómago.

—¿Ya te has acabado la botella que te dio? —le pregunta a su hermano.

—No estaba entera. ¿Qué me quieres decir?

—Que Will se va hoy. Se va. Para siempre. Y que se va a

llevar las botellas de sangre con él. De modo que seguiremos teniendo estos anhelos, pero sin sangre. ¿Qué vamos a hacer?

—Nos controlaremos, como hemos hecho siempre.

—Pero ahora es distinto. Sabemos lo que es. No podemos dar marcha atrás. Es como intentar desinventar el fuego o algo así.

Rowan medita sobre las palabras de su hermana mientras pasan por la consulta de su padre.

—Podríamos consumir solo sangre de vampiro. Tiene que haber algún modo de conseguirla. Y, desde el punto de vista ético, debe de ser mejor que comer cerdo. Ya sabes, no muere nadie.

—Pero ¿y si no basta? Y si anhelamos a alguien y… O sea, ¿y si esta noche estás con Eve y…?

Clara está haciendo enfadar a Rowan.

—Yo controlo. Por el amor de Dios, mira a los demás. Todo el mundo lo reprime todo. ¿Crees que alguno de estos seres humanos «normales» hace siempre lo que quiere? Claro que no. Es lo mismo. Somos de clase media y somos británicos. Llevamos la represión en las venas.

—Bueno, no sé si se me va a dar bien —dice Clara, que piensa en lo que le sucedió el otro día en Topshop.

Caminan en silencio durante un rato. Doblan por Orchard Lane. Se agachan al pasar bajo las flores de un laburno y ella se da cuenta de que su hermano quiere decir algo más. Baja la voz a un volumen que no puede filtrarse por las paredes de las casas que hay a su alrededor.

—Lo que sucedió con Harper… no fue una situación normal. No puedes arrepentirte. Cualquier chica con colmillos habría hecho lo mismo.

—Pero me he sentido como una idiota durante todo el fin de semana —dice Clara.

—Mira, pasaste de nada a emborracharte de sangre. Tiene que haber un punto medio. Y ahora te sientes así porque se te están empezando a pasar los efectos… Además, era la sangre de Harper. Deberíamos buscar a gente más agradable. A trabajadores de beneficencia. Como ella. —Señala con la cabeza a una mujer que recoge donativos para Save the

Children, que se encuentra frente al número 9.

A Clara no le parece gracioso. Hace veinticuatro horas, Rowan nunca habría dicho algo así. Pero, claro, hace veinticuatro horas ella tampoco se habría ofendido.

—Es broma —dice él.

—Deberías mejorar tu sentido del humor —le dice ella. Pero, mientras pronuncia esas palabras, recuerda cuando Harper le tapó la boca con la mano y el miedo que sintió en ese momento, antes de que todo cambiara y el poder inclinara la balanza a su favor.

«No, Rowan tiene razón.» No puede arrepentirse, por mucho que lo intente.

Entonces esboza una sonrisa pícara

Peter regresa caminando a casa, optimista y feliz, flotando a causa de los efectos secundarios de la sangre de Lorna.

De hecho, se siente tan feliz que tararea una melodía, aunque al principio no es consciente. Entonces se da cuenta de que es la primera y única canción de los Hemato Critters. Recuerda el solitario concierto que dieron en un club juvenil de Crawley. Lograron ampliar el repertorio a tres canciones, añadiendo un par de versiones: «Anarchy in the UK» y «Paint it Black», a la que le cambiaron el título por «Paint it Red» para adaptarla a la velada. Fue la noche en que conocieron a Chantal Feuillade, bailando pogo en la primera fila de la multitud formada por doce personas, con su camiseta de Joy Division y su piel fresca.

«Buenos tiempos —no puede evitar pensar—. Sí, eran buenos tiempos.»

Por aquel entonces él era un poco egoísta, claro, pero tal vez se necesite un poco de egoísmo para que el mundo sea como es. En una ocasión leyó un libro de un científico exangüe que postulaba la teoría de que el egoísmo es un rasgo biológico esencial de todas las criaturas vivas y que todo acto en apariencia filantrópico tiene unas raíces egoístas.

La belleza es egoísta. El amor es egoísta. La sangre es egoísta.

En eso piensa al pasar bajo las flores amarillas del laburno sin agacharse, como hace de forma habitual. Entonces ve a Lorna, vivaz y egoísta, que sale a pasear a su perro molesto y egoísta.

—¡Lorna! —exclama él con júbilo.

Ella se detiene, confundida.

—Hola.

—Lorna, he estado pensando —dice con una seguridad que

roza lo maníaco, superior a lo que esperaba—. Me gusta el jazz. De hecho, me gusta mucho. Ya sabes, Miles Davis. Charlie the Birdman. Ese tipo de cosas. Es que… Guau. Es algo absolutamente libre, ¿no? No se ciñe a una melodía porque sí. Es algo que surge sin más, se improvisa, hace lo que quiere… ¿Verdad?

El perro gruñe.

«¿Charlie the Birdman?»

—Supongo —dice Lorna.

Peter asiente y, para su sorpresa, hace como si estuviera tocando el piano.

—¡Exacto! ¡Sí! Así que…, si aún te apetece ir al Fox and Crown a ver jazz, me gustaría ir contigo. ¡Me encantaría!

Ella duda.

—Bueno, no sé —dice—. Las cosas… han mejorado.

—Por supuesto.

—Entre Mark y yo.

—Ya.

—Y Toby está pasando una mala época.

—Ah, ¿sí?

—Creo que está preocupado por su amigo.

—Ah —dice Peter, decepcionado.

De pronto, a Lorna le cambia la cara. Está pensando en algo. Y entonces esboza una sonrisa pícara.

—No, está bien. Solo se vive una vez. Vayamos.

Y, en cuanto pronuncia estas palabras, la felicidad de Peter empieza a menguar y siente el verdadero pánico de la tentación, que lo hace sentir culpable.

La caja de zapatos

Rowan está listo para salir.

Se ha duchado, se ha cambiado la ropa del instituto y ha puesto su poema dedicado a Eve en la bolsa. Lo único que le falta es una botella de sangre fresca. Así pues, coge la bolsa, se mete la cartera en el bolsillo, comprueba su peinado en el espejo y se dirige al rellano. Oye a alguien en la ducha de arriba, algo extraño teniendo en cuenta lo pronto que es. Al pasar por delante de la pared del baño oye la voz de su padre por encima del sonido del agua. Está cantando, con su voz bochornosamente inadecuada, una canción que Rowan no reconoce. «Estás muy guapa con tu vestido escarlata…» Es lo único que logra oír antes de que aparezca Clara.

—¿A dónde vas? —le pregunta a su hermano.

—Al cine.

—Es un poco pronto, ¿no?

Rowan baja la voz para asegurarse de que su padre —que ahora entona un estribillo espantoso con unos gemidos insoportables— no lo oiga.

—Quiero conseguir un poco de sangre. Ya sabes, de reserva.

Clara asiente. Rowan creía que se iba a enfadar con él, pero no es así.

—Vale —dice ella—. Bueno, ve con cuidado…

Rowan se dirige al piso inferior. Sabe que su madre está en la cocina, pero no se para a pensar qué hace ahí inmóvil, mirando el cajón de los cuchillos.

Tiene otras cosas en mente.

Llama a la furgoneta de Will, pero este no responde. Como no está, intenta abrir la puerta. Sube a la furgoneta y empieza a buscar una botella de sangre de vampiro, pero no encuentra ninguna. Solo hay una, pero está vacía. Levanta el colchón de Will. No hay nada salvo unos cuantos diarios encuadernados

en cuero que no saciarán su sed. Ve un saco de dormir enrollado con una botella por abrir en el interior y lo coge, pero mientras tira del saco le quita la tapa a una caja de zapatos que, al caer, muestra un número de teléfono. El de su casa.

Dentro hay un fajo de fotos sujeto con una cinta elástica. La primera es una bastante antigua de un bebé, que duerme plácidamente sobre una manta de piel de borrego.

Lo conoce.

Es él.

Quita la cinta elástica y ojea las imágenes. Ante sus ojos pasan sus primeros años de vida. Cuando tiene un año, dos, luego llegan las del parvulario.

¿Por qué? Las fotografías se acaban cuando debe de tener cinco o seis años.

Es su cumpleaños.

Tiene un sarpullido que le cubre todo el rostro. Su madre le dijo que fue sarampión. De pronto, quiere saber qué hacen esas fotos ahí. Tal vez las cartas aporten alguna pista. Empieza a leer la primera de la pila y se da cuenta de que es la letra de su madre.

17 de septiembre de 1998

Querido Will:

No tengo ni idea de cómo empezar, salvo diciéndote que esta va a ser mi última carta.

No sé si mi decisión te disgustará o si echarás de menos las fotos de Rowan, pero creo, de verdad, que ahora que va a empezar a ir a la escuela ha llegado el momento de que sigamos con nuestra vida por su bien, por no hablar del nuestro.

Lo que sucede es que casi vuelvo a sentirme normal. Una «exangüe», tal y como acostumbrábamos a decir con cinismo. Algunas mañanas, mientras cuido de los niños —los visto, le cambio el pañal a Clara, le pongo gel en una encía dolorida o le doy a Rowan otra dosis de su medicina—, casi me olvido de mí misma, y de ti, por completo.

Lo cierto es que esto no debería ser muy duro para ti. Tú nunca me quisiste, pues tenerme implicaba vivir como un marido fiel y renunciar a la emoción de la sangre nueva. Y aún recuerdo tu

mirada cuando te dije que estaba embarazada. Te horrorizaste. Asusté a alguien a quien creía que era imposible asustar. De modo que, curiosidades del destino, tal vez te esté haciendo un favor.

Odias la responsabilidad en la misma medida en que yo la necesito. Y a partir de ahora ni tan siquiera tendrás la responsabilidad de leer estas cartas ni de mirar mis fotos. Tal vez ni las hayas recibido. Tal vez hayas cambiado de trabajo otra vez y esas cartas estén esperando en un buzón vacío de la universidad.

Espero que un día puedas dejar de hacer lo que haces y sentar la cabeza. Sería bonito pensar que el padre de mi hijo acabará encontrando una especie de centro moral en su interior.

Probablemente sea un deseo estúpido. Cada día Rowan se parece más a ti y me asusta. Sin embargo, su carácter es distinto. «De tal palo tal astilla.» Como su madre, sé que es tarea mía que la astilla no se parezca al palo.

Así que adiós, Will. Y asegúrate de no perder el respeto que siento por ti intentando venir a verme, a mí o a él. Hicimos una promesa y debemos cumplirla por el bien de todo el mundo.

Esto es como cortarse un brazo, pero hay que hacerlo.

Cuídate. Te echaré de menos.

Helen

Es demasiado para asimilarlo tan de golpe. Rowan solo sabe que quiere olvidar lo que acaba de descubrir, hacer que desaparezca, por lo que deja caer la carta, sin importarle dónde quede, saca la botella de sangre del saco de dormir y se la guarda en la mochila. Sale tambaleándose de la furgoneta y enfila Orchard Lane.

Alguien camina hacia él. Al principio no le ve la cara, ya que queda oculta por las hojas del laburno lánguido que sobresalen del jardín delantero del número 3. Por un instante solo ve la gabardina, los vaqueros y las botas. Rowan ya sabe quién es, pero entonces ve la cara, la de su padre de verdad, y el corazón no le late, sino que nota una sacudida, como si alguien en su interior intentara limpiar el polvo de una alfombra.

—Bueno, Lord B. —dice Will, con una sonrisa ladeada—. ¿Cómo demonios estás?

Él no responde.

—¿De verdad? ¿Tan bien? —insiste Will, pero Rowan no se

vuelve.

No podría hablar aunque quisiera. Encierra el odio en su interior como una moneda en la mano y se dirige hacia la parada del autobús.

Hacia Eve y la esperanza de poder olvidar.

Aliño de ajo

Eve piensa decirle a su padre que esta noche va a salir.

¿Qué va a hacer él? ¿Arrastrarla a su dormitorio y tapiar la puerta con tablones de madera?

No. Va a hacer como si su antiguo padre prepsicótico hubiera regresado y se va a comportar como si fuera un ser humano de diecisiete años que vive en una sociedad libre. Le va a dar la noticia en la cocina, donde lo encuentra llevándose cucharadas de algo a la boca. Hasta que no se acerca un poco más y lee la etiqueta del frasco, no se da cuenta de que es aliño de ajo y de que ya se ha zampado tres cuartas partes. Tal vez necesita volver al hospital.

—Papá, eso es asqueroso.

A este le da una arcada, pero toma otra cucharada.

—Voy a salir —dice él, antes de que Eve diga lo mismo.

—¿A dónde vas? O sea, si tienes una cita, te recomendaría un elixir bucal.

Jared ni tan siquiera se da cuenta de que es una broma.

—Eve, tengo que contarte una cosa.

No le gusta el tono que ha puesto su padre y se pregunta qué está a punto de confesarle.

—¿Qué?

El hombre respira hondo.

—Tu madre no desapareció.

Al principio no asimila las palabras, de lo acostumbrada que está a no hacer caso de las divagaciones de su padre. Sin embargo, al cabo de un segundo se da cuenta de lo que ha dicho.

—Papá, ¿de qué hablas?

—No desapareció, Eve. —Le coge las manos—. Está muerta.

Ella cierra los ojos para no ver a su padre. El olor a ajo es abrumador. Al final, aparta las manos, porque no es la primera

vez que oye eso.

—Papá, por favor.

—Tengo que contarte la verdad, Eve. Vi a tu madre. Yo estaba allí.

A pesar de todo, se enzarza en la conversación:

—¿Que la viste?

Su padre deja la cuchara y sigue hablando con la voz de un adulto racional.

—Mira, lo que intenté decirte en el hospital… no fue un desvarío. A tu madre la asesinaron en el campus de la universidad. En el jardín que hay frente al Departamento de Lengua. La asesinaron. Lo vi todo. Me puse a correr y a chillar, pero no había nadie. Había ido a buscarla. Se había quedado trabajando hasta tarde en la biblioteca. Bueno, eso es lo que me dijo, de modo que fui allí a recogerla, pero no estaba, por lo que la busqué por todas partes, hasta que los vi, al otro lado del estanque. Y lo crucé y lo vi morderla y llevársela…

—¿Que la mordió?

—No era un hombre normal, Eve. Era distinto.

Ella niega con la cabeza. La misma pesadilla de nuevo.

—Papá, esto no es justo. Por favor. No deberías tomar esas pastillas.

Ya le había contado la historia del vampiro antes, pero fue cuando estaba en el hospital. Después solo lo había vuelto a mencionar cuando estaba muy borracho. Y luego siempre se dejaba en ridículo negándolo todo, ya que creía que así la protegía.

—La asesinó su tutor —dice su padre—. Y su tutor era un monstruo. Un vampiro. La mordió, bebió su sangre y huyó volando con ella. Y ahora él está aquí, Eve. Ha venido aquí. A Bishopthorpe. Y tal vez ya esté muerto, pero tengo que asegurarme.

Hace tan solo unos segundos, por un momento, ha estado a punto de creerlo. Sin embargo, ahora se siente muy dolida por el hecho de que su padre esté intentando hacerle perder la cabeza de ese modo.

Él le pone una mano en el brazo.

—Debes quedarte aquí hasta que vuelva. ¿Me entiendes?

Quédate en casa.

Eve lo mira fijamente y la furia de sus ojos parece surtir efecto, porque su padre le dice:

—La policía. Va a por él. He hablado con la mujer que me despidió por decir la verdad. Alison Glenny. Está aquí. Se lo he contado todo. Mira, hoy lo he visto en el pub. Al hombre que…

—¿En el pub? ¿Has ido al pub hoy? Creía que estábamos arruinados, papá.

Eve no siente el menor atisbo de hipocresía al decir esto. Después de todo, Rowan ha insistido en invitarla al cine.

—No tengo tiempo para esto. —Se toma una última cucharada de ajo y se pone el abrigo. Tiene mirada de maníaco —. Recuérdalo, quédate en casa. Por favor, Eve. Debes quedarte en casa.

Jared sale por la puerta antes de que su hija reaccione. Eve se va al salón y se sienta. En la televisión, un anuncio de L'Oreal muestra el rostro de una mujer a distintas edades. Veinticinco. Treinta y cinco. Cuarenta y cinco. Cincuenta y cinco.

Ella mira la foto que hay sobre el televisor. Aparece su madre, con treinta y nueve años, en las últimas vacaciones familiares. En Mallorca. Hace tres años. Desearía que su madre estuviera allí, envejeciendo como debería, y no bien conservada para siempre en las fotografías.

—¿Puedo salir esta noche, mamá? —susurra, imaginando la conversación.

«¿A dónde vas?»

—Al cine. Con un chico del instituto. Me lo ha pedido.

«Eve, es lunes.»

—Lo sé, pero es que me gusta mucho. Y volveré a las diez. Vamos en autobús.

«¿Y cómo es?»

—No es como los demás chicos con los que he salido. Es bueno. Escribe poesía. Te gustaría.

«Bueno, está bien, cielo. Espero que te lo pases bien.»

—Lo haré, mamá.

«Y, si hay algún problema, llama.»

—Sí, te lo prometo.

«Adiós, cariño.»
—Te quiero.
«Yo también te quiero.»

Salsa de curri

El olor de la salsa de curri abruma a Alison Glenny, que está sentada junto a Geoff y lo observa mientras este come patatas, de las que chorrea ese mejunje.

—Tienen una buena tienda aquí —le dice el subcomisario. Entonces le ofrece la bandeja de poliestireno y las patatas grasas y blandas bañadas en glutamato monosódico.

—No, gracias, ya he comido.

Geoff mira con leve desprecio la bolsita de papel que hay en el salpicadero, que antes contenía la quiche sin gluten que Alison había comprado en la charcutería de la calle principal, una hora atrás.

—Bueno, vamos a quedarnos aquí vigilando a los vampiros —dice—. ¿Es esa la idea?

—Sí —responde la comisaria—. Aquí sentados.

Él mira con frustración la furgoneta aparcada frente al número 17.

—Sigo creyendo que esto es un montaje.

—Bueno, no lo obligo a quedarse aquí. Aunque, si se va y le cuenta esto a alguien, le he dejado muy claro lo que le sucederá.

Geoff ensarta con el tenedor de plástico una de las últimas patatas.

—Para ser sincero, no he visto nada que pueda contar, ¿verdad, cielo? —Se la come, aunque se parte en dos antes de llegar a la boca y tiene que rescatarla del regazo—. Y, si no está en la furgoneta, ¿por qué no la registramos para buscar pruebas?

—Lo haremos.

—¿Cuándo?

Alison lanza un suspiro, harta de la interminable retahíla de preguntas.

—Cuando sea eliminado.

—¡Eliminado! —Sacude la cabeza y suelta una risa—. ¡Eliminado!

Al cabo de unos minutos, Alison observa a Geoff, que saca el teléfono y le envía un mensaje a su mujer: «Volveré tarde —lee ella para comprobar que no revele ningún secreto—. Agobiado d ppleo. G ❤❤».

A Alison le sorprenden los dos corazones. No le pega. Piensa en Chris, el hombre con el que estuvo a punto de casarse hace diez años, pero que se echó atrás debido a lo tarde que volvía siempre ella a casa, a que tenía que trabajar muchos fines de semana y a su incapacidad para contarle nada de lo que hacía en el trabajo.

Era un chico agradable. Un macho beta con la voz suave que era profesor de Historia en Middlesbrough, a quien le gustaba el senderismo y que la hacía reír de forma habitual, lo que la indujo a pensar que existía química entre ellos. A fin de cuentas, nunca había sido tarea muy fácil hacerla reír.

Sin embargo, entre ellos no hubo amor. El amor loco y vertiginoso del que se hablaba en poemas y canciones pop era algo que nunca había entendido, ni tan siquiera de adolescente. Aun así, la compañía era algo que anhelaba a menudo, alguien que estuviera ahí y convirtiera su gran casa en un lugar más acogedor.

Se centra de nuevo en su misión cuando ve que llega el equipo de refuerzo con su pequeño camión, diseñado para parecer una furgoneta de reparto de una floristería de internet.

«Ya era hora», piensa, tranquilizada, porque sabe que en la parte posterior habrá cinco hombres de su unidad, armados con trajes protectores y ballestas, en caso de que Will intente atacarla.

Geoff no desconfía del camión.

—Es una calle bonita, ¿no?

—Sí —responde Alison, que percibe el tono pensativo de la voz de su compañero.

—Seguro que las casas de aquí cuestan un dineral.

Este se acaba las patatas y, para indignación de ella, deposita la bandeja pringada de salsa a sus pies en lugar de

intentar encontrar una papelera. Permanecen sentados en calma y en silencio durante un rato, hasta que ven algo interesante. Rowan Radley sale del número 17 y se dirige a la furgoneta.

—Entonces, ¿ese chico es un vampiro?

—Técnicamente, sí.

Geoff ríe.

—Bueno, supongo que no le vendría mal que le diera un poco el sol.

Lo ven entrar en el vehículo y salir al cabo de poco.

—No parece muy alegre —comenta él.

Alison lo sigue con la mirada por el retrovisor mientras Rowan Radley enfila la calle y ve que alguien se dirige hacia él, oculto tras el árbol del laburno. Al final, logra verle la cara.

—Vale, es él —dice.

—¿Qué?

—Es Will Radley.

Solo lo ha visto una vez, de lejos, entrando en el Black Narcissus. Pero lo reconoce al instante y se le acelera el ritmo cardíaco a medida que Will se acerca al coche.

Es raro. Está tan habituada a tratar con vampiros famosos que no acostumbra a tener esos subidones de adrenalina; sin embargo, ya sea por miedo o cualquier otra emoción, una que no reconoce, el corazón le late en el pecho como un caballo desbocado.

—Menuda pinta —dice Geoff en voz baja cuando el sospechoso deja atrás el coche.

Will apenas presta atención al vehículo ni a nada más mientras se dirige con paso firme a la casa.

—¿Crees que la mujer podrá con un tipo como él?

Alison contiene la respiración y no se molesta en decirle que el sexo desempeña un papel muy pequeño a la hora de determinar la fuerza física de un vampiro. Quizá, de repente, le preocupa el plan que ha trazado. Un abstemio contra un vampiro practicante siempre es un enfrentamiento arriesgado, por mucho que el abstemio cuente con el elemento sorpresa, la planificación previa y la presión de la policía. Sin embargo, en realidad no es eso lo que la preocupa. Es la mirada que

recuerda en los ojos de Helen, una especie de rotunda desesperanza, como si no tuviera control alguno sobre sus propias acciones y deseos.

Ven que Will entra en la casa y esperan a que suceda algo, en un silencio roto únicamente por el pitido nasal de la respiración de Geoff.

Una imitación de la vida

Helen está cortando con energía una hogaza de pan integral en rebanadas, para preparar el almuerzo de mañana de su marido. Tan solo quiere estar ocupada para mantener los nervios a raya ante la tarea imposible que le aguarda. Está tan ensimismada en sus pensamientos, torturada por la voz fría y neutra de Alison Glenny que resuena una y otra vez en su cabeza, que no se da cuenta de que Will está en la cocina, mirándola.

¿Podía hacerlo? ¿Podía hacer lo que le habían pedido?

—Danos hoy nuestro pan integral de cada día —dice él mientras Helen deja otra rebanada sobre el montón—. Y perdona nuestros sándwiches, así como nosotros perdonamos a aquellos que nos hacen sándwiches…

Ella está demasiado alterada para contenerse. Está furiosa por que él esté ahí, dándole la oportunidad de seguir las órdenes de Alison. «Pero quizá hay otra solución. Quizá Alison mentía.»

—Es lunes, Will. Es lunes.

—¿De verdad? —dice él, fingiendo sorpresa—. ¡Guau! No puedo seguir vuestro ritmo. ¡Lunes!

—El día en que te vas.

—Ah, con respecto a eso…

—Te vas, recuérdalo —dice Helen, que a duras penas puede concentrarse en lo que dice. Agarra el cuchillo por el mango con fuerza—. Tienes que irte. Es lunes. Lo prometiste.

—Ah, lo prometí. Qué curioso.

Ella intenta mirarlo a los ojos, pero le resulta más duro de lo que creía.

—Por favor, Clara está arriba.

—Ah, ¿solo Clara? Entonces, ¿te han abandonado tus hombres?

Helen mira el cuchillo, que está entre dos rebanadas, y ve su

rostro desfigurado en la hoja reluciente. ¿Puede hacerlo? ¿Puede arriesgarse, con su hija en casa? «Tiene que haber otra solución.»

—Rowan está en el cine y Peter en una reunión.

—No sabía que hubiera cine en Bishopthorpe. Este pueblo es una versión reducida de Las Vegas.

—Está en Thirsk. —Helen oye la risa contenida de Will.

—Thirsk —dice él, prolongando la larga sílaba—. Me encanta el nombre.

—Tienes que irte. La gente habla de ti. Lo estás poniendo todo en peligro.

Helen sigue cortando la hogaza, una rebanada que ya no necesita.

—Ah, vale —dice Will con un falso deje de preocupación—. Pues me iré. No te preocupes. En cuanto lo aclares todo, me voy.

—¿Qué? ¿Aclarar qué?

—Ya sabes, con la familia.

—¿Qué?

—La verdad —dice con voz delicada, como si las palabras fueran de porcelana—. Les tienes que decir a Peter y a Rowan cuál es la situación real. Entonces desapareceré. Con o sin ti. Te toca. ¿Quién va a tomar la decisión?

Le señala la cabeza con un dedo y le acaricia la frente con la yema.

—¿O?

Le señala el corazón.

Helen está desesperada y se siente débil. El simple roce de su dedo, ese pequeño trozo de piel en contacto con la suya, trae todos los recuerdos de vuelta. Lo que sentía al estar con él, al ser todo lo que Will anhelaba. Solo hace que se sienta más frustrada.

—¿Qué haces? —dice.

—Te estoy salvando la vida.

—¿Qué?

A Will le sorprende la pregunta.

—Peter tenía razón. Es una farsa. Estás en una obra de teatro. Es una interpretación. Una imitación de la vida. ¿No

quieres sentir de nuevo la verdad, Helen? ¿No quieres que caiga otra vez ese telón rojo y suntuoso?

Esas palabras dan vueltas en su mente y no sabe qué está haciendo. Corta rebanadas como una loca. Le resbala el cuchillo y se corta el dedo. Will la agarra de la muñeca. Por un instante ella ofrece tan solo una débil resistencia mientras él se lleva el dedo a la boca y le chupa la sangre. Helen cierra los ojos.

«Ser querida por él.»

«Su conversor.»

«Qué sensación tan maravillosa y terrible.»

Sucumbe momentáneamente. Se olvida de Clara, se olvida de todo salvo de él. El hombre a quien nunca ha dejado de anhelar.

Sin embargo, abre los ojos de nuevo y está ahí. En su propia cocina, una tarde de lunes, rodeada de muchos objetos. La jarra con filtro, la tostadora, la cafetera de émbolo. Objetos triviales que, sin embargo, forman parte de su mundo, no del de Will. Parte del mundo que podría perder o salvar a medianoche. Lo aparta, lo que provoca que él se ponga serio y deje de bromear.

—Me anhelas, Helen. Mientras esté vivo, me anhelarás. —Ella lo oye respirar hondo—. No lo entiendes, ¿verdad?

—¿Qué es lo que debo entender? —pregunta ella mientras mira la tabla donde corta el pan. Las migas trazan el mapa de una galaxia desconocida. Se difuminan sobre la madera.

Las lágrimas asoman a sus ojos.

—Tú y yo —dice él—. Nos hicimos el uno al otro. —Se da una palmada en el pecho—. ¿Crees que me gusta ser así? No me diste otra alternativa.

—Por favor… —replica ella.

Sin embargo, Will no le hace caso.

—Me he pasado diecisiete años recordando esa noche en París. Habría vuelto, pero nunca recibí una invitación. Y, de todos modos, no quería conformarme con el segundo premio. Otra vez no. Pero debes saber que me costó mucho mantenerme alejado. Mucha sangre. Muchos cuellos delgados y jóvenes. Pero nunca es suficiente. No puedo olvidarte. Yo soy

tú. Tú eres las uvas y yo soy el vino.

Helen intenta serenar la respiración y hacer acopio de fuerzas.

—Lo sé —dice mientras agarra el mango del cuchillo con más fuerza—. Lo siento. Y es verdad. Sí… Quiero que sangres por mí. En serio. Quiero probar tu sabor otra vez. Tienes razón. Te anhelo.

Will parece anonadado y luego vulnerable de un modo extraño. Como un perro violento que no se da cuenta de que están a punto de sacrificarlo.

—¿Estás segura? —le pregunta.

No lo está. Pero, si tiene que pasar por ello, lo que no quiere es alargarlo mucho más. Ha llegado el momento.

—Estoy segura.

El beso

La sangre se derrama por la muñeca y el antebrazo de Will y cae en el suelo de baldosas de color crema de la cocina. Helen sabe que nunca ha visto nada tan bello. De buena gana se pondría a cuatro patas para lamerla directamente del suelo, pero no es necesario, porque el chorro de sangre de la muñeca está frente a ella, sobre su cara, y cae en su boca, algo más satisfactorio que el chorro de una fuente de agua en un día abrasador.

Helen chupa con ganas, consciente de que la herida autoinfligida ya se estará curando. Y, mientras ingiere la sangre, siente una gran liberación, como si abriera las compuertas de la presa que ha construido durante todos estos años para protegerse de sus propias emociones y el placer lo arrasara por dentro como un torrente desbordado. Mientras sucumbe, sabe lo que siempre ha sabido. Que lo quiere. Quiere el éxtasis que solo él puede darle y quiere sentir cómo disfruta él de lo mismo que disfruta ella ahora, por lo que se aparta, le da un beso apasionado y siente que le araña la lengua con los colmillos mientras Will también se los clava en la suya y la sangre mana de sus bocas unidas. Helen sabe que Clara podría bajar en cualquier momento y verlos ahí juntos, pero no quiere poner fin a este placer, por lo que sigue besando a ese hombre monstruoso y delicioso que ha formado parte de ella durante todos estos años, que ha circulado por todas las venas de su cuerpo.

Siente que Will le acaricia la carne por debajo de la camisa; él tiene razón, Helen lo sabe.

Ella es él y él es ella.

Piel con piel.

Sangre con sangre.

El beso finaliza. Él baja por su cuello, le da un mordisco, y,

mientras el placer inunda su cuerpo y llena el recipiente vacío que ha sido Helen hasta ahora, sabe que se acerca el final. Que no puede mejorar. Y el placer posee una especie de tristeza jadeante y mortal. La tristeza de un recuerdo que se desvanece. La tristeza de una fotografía arrugada. Helen abre los ojos, agarra el cuchillo del pan y lo alza a la altura del cuello de Will.

Poco a poco acerca la hoja, como el arco al violín, pero no puede hacerlo. Podría matarse a sí misma un millón de veces antes que matarlo a él, porque hasta la última brizna de odio que le provoca no hace sino intensificar ese amor, una roca roja fundida que corre por debajo de todo.

«Pero debo…»

«Debo…»

«Yo…»

Su mano se rinde, se queda sin fuerzas, desobedece las órdenes que le ha enviado el cerebro. El cuchillo cae al suelo.

Will se aparta de su cuello; tiene la cara manchada con la sangre de Helen, como si fuera pintura de guerra. Mientras mira el cuchillo, a ella le late el corazón con furia y miedo por haberlo traicionado no solo a él, sino también a sí misma.

Quiere que hable.

Quiere que la insulte.

Es lo que necesita. Lo que necesita su sangre.

Will parece herido. De pronto sus ojos recuerdan a los de un niño de cinco años perdido y abandonado. Sabe exactamente lo que ella intentaba hacer.

—Me han chantajeado. La policía… —dice Helen, desesperada por que él le diga algo.

Sin embargo, Will guarda silencio y sale de la casa.

A ella le entran ganas de salir corriendo tras él, pero sabe que tiene que limpiar toda la sangre antes de que la vea alguien.

Coge el rollo de cocina que tiene bajo el fregadero y arranca unas cuantas servilletas. Las pone en el suelo y la sangre tiñe y debilita el papel. Las convulsiones se apoderan de ella mientras las lágrimas empiezan a correrle por las mejillas.

Al mismo tiempo, Will también está arrodillado, en la parte posterior de la furgoneta, intentando encontrar desesperadamente su posesión más preciada.

El sueño perfecto y entero de aquella noche del pasado.

Necesita, más que nada, saborearla tal y como era entonces. Antes de que años de mentiras e hipocresía le hubieran cambiado el sabor.

Con gran alivio, ve el saco de dormir y lo alcanza. Pero el alivio se desvanece al instante cuando mete la mano dentro y solo siente el suave acolchado de algodón.

Hurga en el interior, buscando con avidez.

La caja de zapatos está abierta. Hay una carta en el suelo, como si se le hubiera caído a alguien de la mano. También hay una fotografía. Rowan.

La coge y mira al chico a los ojos. Otras personas verían inocencia, pero Will Radley no sabe qué aspecto tiene eso.

No; cuando Will Radley mira a los ojos del Rowan de cuatro años, ve a un chiquillo malcriado, al niño de mamá que utiliza su sonrisa mona como arma para conquistar el amor de su madre.

«Bueno, pues ahora sí que eres el niño de mamá.»

Suelta una risa enajenada, pero antes de que se desvanezca, el chiste ya no hace gracia.

En estos momentos Rowan podría estar disfrutando de un sueño que no le pertenece.

Will sale arrastrándose de la furgoneta como un perro. Enfila Orchard Lane, pasa junto a una farola y ni tan siquiera le importa que haya olido la sangre de Jared Copeland, que tiene que andar muy cerca. Da un salto y ve su propia sombra estirarse sobre un tejado antes de salir disparada hacia Thirsk.

El Fox and Crown

Peter está enclaustrado a salvo en su coche, mirando mientras varias parejas se dirigen al Fox and Crown. Todas muy felices con su vida. Ocupan su tiempo libre con actividades culturales, paseos por el campo y veladas de jazz. Ojalá fuera un ser humano normal y no sintiera siempre el deseo de querer más.

Sabe que Lorna estará ahí dentro, sentada sola a una mesa, moviendo la cabeza al son de la melodía que tocan unos músicos aficionados medio calvos, preguntándose si la ha dejado plantada.

El aire trae consigo el sonido de las trompetas, que lo hace sentirse raro.

«Estoy casado. Amo a mi mujer. Estoy casado. Amo a mi mujer…»

—Helen, voy a salir —le ha dicho Peter antes de irse de casa.

Ella apenas parecía escucharlo. Estaba de pie y de espaldas a él, mirando el cajón de los cuchillos. Para él ha sido un alivio que no se volviera, ya que llevaba su mejor camisa.

—Ah, vale —ha dicho ella con voz distante.

—A esa conferencia de la autoridad sanitaria que te he dicho antes.

—Ah, sí —ha añadido Helen, después de un breve silencio —. Claro.

—Volveré sobre las diez. Espero.

Ella no ha dicho nada más y Peter casi se ha sentido decepcionado por la falta de desconfianza de su mujer.

—Te quiero —ha añadido él, que se sentía culpable.

—Sí. Adiós.

Para variar, su «Te quiero» no ha sido correspondido.

Sin embargo, en el pasado ella estaba loca por él. Habían llegado a estar tan enamorados que hicieron de Clapham, antes

de que se aburguesara, el lugar más romántico de la tierra. Aquellas calles lluviosas y grises del sur de Londres llegaron a bullir con la música pausada del amor. Nunca necesitaron Venecia ni París. Pero sucedió algo. Ella perdió algo. Peter era consciente de ello, pero no sabía cómo recuperarlo.

Un coche entra en el aparcamiento del pub, con otra pareja en el interior. Le parece reconocer a la mujer, que es amiga de Helen. Jessica Gutheridge, la diseñadora de postales. Y está convencido de que también pertenece al grupo de lectura de su esposa. No la conoce personalmente. Helen la señaló en una ocasión, en un mercado navideño de York, hace años. Es muy poco probable que ella lo reconozca, pero no deja de ser una preocupación más y convierte la velada en un asunto más arriesgado de lo previsto. Se hunde en el asiento mientras los Gutheridge salen de su coche. No miran hacia él al dirigirse al pub.

Farley está demasiado cerca, piensa Peter. Tendrían que haber elegido un lugar más alejado.

Empieza a estar un poco harto de todo. La embriagadora sensación de felicidad que se apoderó de él al beber la sangre de Lorna se ha desvanecido. Lo único que le queda es la tentación, desprovista de su reluciente envoltorio.

El problema es que ama a Helen. Siempre la ha amado. Y, si se sintiera correspondido, no estaría aquí, hubiera probado la sangre o no.

Sin embargo, ella no lo ama. De modo que entrará en el pub, charlará con Lorna, se reirán, escucharán la horrible música y, después de unas cuantas copas, se preguntarán si lo suyo va a alguna parte. Y existe la seria posibilidad de que así sea y que una noche, dentro de poco, quizá incluso hoy mismo, se manoseen como adolescentes en este coche, en la habitación de un hotel barato o quizá incluso en el número 19, y él se enfrente a la visión de su desnudez.

Ese pensamiento lo aterroriza. Estira el brazo hacia el salpicadero y coge *El manual del abstemio,* que ha tomado prestado de la habitación de Rowan, sin pedirle permiso.

Encuentra el capítulo que busca: «Sexo sin sangre: lo importante es el exterior». Lee los consejos sobre las técnicas

de respiración, los métodos para olvidarse de la sangre y centrarse en la piel: «Si tienes la sensación de que empiezan los cambios mientras te encuentras en los preliminares o durante el coito en sí, cierra los ojos y asegúrate de que respiras por la boca en lugar de por la nariz, con lo que limitarás los estímulos imaginativos y sensoriales… Si todo lo demás falla, abandona el acto y di en voz alta el mantra del abstemio analizado en el capítulo anterior: "Me llamo (TU NOMBRE) y controlo mis instintos"».

Mira de nuevo hacia la carretera. Entra otro coche y entonces, al cabo de uno o dos minutos, pasa un autobús. Está convencido de que ha visto el rostro melancólico de su hijo, que miraba por la ventana. ¿Lo había visto Rowan? Tenía muy mal aspecto. ¿Sabía algo? Ese pensamiento lo asusta y algo cambia en su interior. El placer fluido se convierte en un deber sólido. Pone el motor en marcha y se dirige hacia casa.

—Me llamo Peter Radley —murmura con voz cansina— y controlo mis instintos.

Thirsk

Rowan y Eve están en el cine de Thirsk, a poco más de diez kilómetros de casa. Él tiene la botella de sangre en su bolsa. Sin embargo, aún no ha probado ni un trago. Iba a hacerlo en la parada del autobús, después de ver otro grafiti sobre él: ROWAN RADLEY ES UN BICHO RARO. (Al igual que con la pintada de la oficina de correos tapiada, en esta también se adivinaba la mano de Toby, aunque le había dedicado más tiempo, ya que había dibujado unas letras cúbicas en 3D.) Pero entonces apareció Eve y llegó también el autobús. Ahora tiene que quedarse sentado y quieto, sabiendo quién es su verdadero padre y con todas las mentiras de su madre en el interior.

La película que están viendo no le llama la atención. Él es feliz mirando a Eve, su piel, que refulge con tonos amarillos, naranjas y rojos, mientras unas explosiones increíbles inundan la pantalla.

Al observarla, la revelación de la carta de su madre empieza a desvanecerse y lo único que existe es el aroma y la visión de Eve. Se recrea viendo la sombra negra del tendón del cuello y se imagina el sabor de lo que fluye por debajo.

Rowan se acerca más y más. Sus dientes se transforman mientras cierra los ojos y se dispone a clavarlos en la carne de su amiga. Eve ve que se inclina hacia ella, sonríe e incluso le ofrece el cubo de palomitas.

—No, gracias —dice él y se tapa la boca.

Se pone en pie.

—¿Rowan?

—Tengo que ir al baño —repone mientras pasa por delante de los asientos vacíos de su fila.

En esos instantes sabe que no debería volver a verla. Estaba completamente fuera de control.

«Soy un monstruo. Un monstruo engendrado por un

monstruo.»

Tiene que saciar la intensa sed que siente.

Una vez dentro de los lavabos de caballeros, Rowan saca la botella de la bolsa y le quita el corcho. Al instante desaparece el hedor a orina y lo invade una sensación de puro placer.

El aroma parece, al mismo tiempo, intensamente exótico y profundamente familiar, aunque desconoce por qué lo sabe. Toma un trago. Cierra los ojos para apreciar el éxtasis del sabor. Todas las maravillas del mundo se recrean en una lengua. Pero también nota una extraña sensación de familiaridad, como si hubiera regresado a un hogar cuya existencia había olvidado.

Hasta que no para a tomar aire y limpiarse la boca no se fija en la etiqueta. En lugar de un nombre Will ha escrito: EL ETERNO - 1992.

Poco a poco, cae en la cuenta.

«El Eterno.»

Y el año en que nació.

Ella está en su boca y su garganta.

La botella le tiembla en las manos, resultado inevitable del terremoto de pánico e ira que se desata en su interior.

La tira contra la pared y la sangre resbala por los azulejos y crea un charco en el suelo. Un charco rojo que avanza hacia él como una lengua.

Antes de que lo alcance, Rowan lo rodea y pisa un trozo de cristal mientras se dirige a la puerta. En el vestíbulo solo hay un hombre en la taquilla, mascando chicle y leyendo el *Racing Post*.

Este le lanza una mirada de recelo. Debe de haber oído el estrépito de la botella, pero se enfrasca de nuevo en el horario de las carreras, o lo finge, aunque desconfía de la mirada de Rowan.

Fuera, en los escalones, respira hondo. Hace un poco de frío. Sopla un aire seco. Reina un silencio absoluto y abrumador que siente la necesidad de romper, por lo que lanza un grito al cielo nocturno.

Una luna casi llena queda oculta tras el velo de una fina nube.

Las estrellas lanzan señales deslumbrantes de milenios pasados.

Cuando cesa el grito, echa a correr por los escalones y la calle. Cada vez más y más y más rápido hasta que la carrera se convierte en otra cosa y desaparece el suelo firme bajo sus pies.

Átomo

Los mutantes del hielo: resurrección III no es la mejor película que ha visto Eve en su vida. El argumento gira en torno a unos embriones de formas de vida extraterrestres que quedaron congelados en cascotes de hielo polar desde la última Edad del Hielo y ahora, por culpa del calentamiento global, se descongelan, eclosionan y se convierten en unos alienígenas acuáticos que acaban con submarinos, barcos arrastreros, buzos y ecoguerreros, antes de que la Marina estadounidense los haga estallar en pedazos.

Sin embargo, después de los veinte primeros minutos, la película había dejado de ser una historia y se había convertido en una secuencia de explosiones, a cual más exagerada, y de pulpos alienígenas creados por ordenador. Aun así, no le importaba mucho, porque estaba sentada junto a Rowan y empezaba a darse cuenta de que, tal vez, precisamente eso, estar a su lado, era lo que más le gustaba. A pesar de que ello implicara que tenía que ver una porquería de película como esa. Aunque, para ser justos con él, era la única de la cartelera. A fin de cuentas, el Palace Cinema de Thirsk no era lo que se dice un multicines. Pero hace un rato Rowan se ha levantado para ir al baño y ahora Eve lleva —mira el reloj y ve la hora gracias al resplandor de la explosión de otro barco lleno de extraterrestres— casi media hora sentada ahí sola, por lo que empieza a preguntarse a dónde puede haber ido.

Deja las palomitas en el suelo y va a echar un vistazo. Después del momento de timidez al pasar frente a otras parejas jóvenes y grupos de amantes de las explosiones y de las tragedias, sale al vestíbulo.

No hay ni rastro de él ni de nadie, salvo el hombre de la taquilla, que tan solo parece prestarle atención al periódico que está leyendo. Entonces Eve se dirige a los baños, que

quedan ligeramente fuera del campo de visión del vestíbulo.

Se acerca a la puerta del lavabo de caballeros.

—¿Rowan?

Nada, pero nota que hay alguien dentro.

—¿Rowan?

Lanza un suspiro. Quizá ha hecho o dicho algo que lo ha disgustado. Y sus habituales inseguridades resurgen. Quizá le había dado mucho la lata con su padre. Quizá haya sido la noticia de ese kilo de más que le ha dado la balanza esa misma mañana. Quizá sea la halitosis. (Se lame la mano y la huele, pero solo detecta el suave aroma a bebé de la saliva en contacto con la piel.)

Quizá sea la camiseta de los Airborne Toxic Event que lleva. Los chicos muestran cierta tendencia fascista con este tipo de cosas. Recuerda esa noche en Sale cuando hizo llorar (¡llorar!) a Tristan Wood, que iba colocado, cuando le dijo que prefería a Noah and the Whale antes que a Fall Out Boy.

Quizá se le haya ido la mano con el maquillaje. Quizá una sombra de ojos de color verde manzana sea demasiado para un lunes. Quizá sea porque ella es una pobre dickensiana cuyo padre paranoide y psicótico, que trabaja de basurero, no puede pagar el alquiler. O quizá, tan solo quizá, sea porque Rowan se ha acercado tanto a ella que ha percibido la melancolía que alberga en su corazón y que acostumbra a ocultar tras una máscara superficial de alegre sarcasmo.

O quizá sea porque quería que él regresara.

Tercer intento:

—¿Rowan?

Mira al suelo, al lugar donde la moqueta se encuentra con la puerta.

Es horrible, está vieja y pisoteada, con el estampado habitual de las moquetas de vestíbulo de bingo que no puedes mirar durante demasiado rato sin perder el equilibrio. Sin embargo, no es el estampado lo que la preocupa. Es la oscura mancha de humedad que avanza despacio por ella, desde el otro lado de la puerta. Una humedad que, descubre lentamente, bien podría ser sangre.

Abre la puerta con cautela para que su mente se prepare

para lo peor. Rowan tirado en el suelo, en un charco de sangre.

—¿Rowan? ¿Estás ahí?

Antes de que la puerta se abra por completo, ve el charco, pero no es como imaginaba. Hay fragmentos de cristales rotos, como si fueran de una botella de vino, pero el líquido es demasiado denso para ser eso.

Nota la presencia de alguien.

Una sombra.

Algo se mueve. Algo demasiado rápido para verlo, y entonces, antes de que se dé cuenta de qué es, una mano la agarra del brazo y la arrastra al lavabo con una fuerza ilimitada.

El susto la deja sin aire en los pulmones y tarda unos instantes en recuperar la consciencia y las fuerzas necesarias para gritar. En ese tiempo, le ve la cara al hombre, pero lo único que se le queda grabado en la mente son sus dientes, que no lo parecen para nada.

Y durante ese segundo, cuando el hombre la arrastra hacia él, un único y horrible pensamiento destaca en la sensación de pánico que se ha apoderado de ella: «Mi padre tenía razón».

Llega el grito, pero demasiado tarde.

El hombre la rodea con un brazo y Eve sabe que esos dientes que no son dientes se acercan a ella. Le planta cara y forcejea con toda su fuerza, inútil en realidad; le da patadas con el talón en las espinillas, clava las uñas en un rostro que no ve, se retuerce como un pez desesperado que ha mordido un anzuelo.

—Tienes agallas. —Nota su respiración en el oído—. Como tu madre.

Eve grita de nuevo y mira, con desesperación, a los cubículos vacíos, que tienen la puerta abierta. Nota el roce de su piel, cómo le muerde el cuello, y lucha con todos los átomos de su ser para no correr la misma suerte que su madre.

Compasión

Will había tardado menos de un minuto en ir volando de Bishopthorpe a Thirsk y no le había costado demasiado encontrar el cine en un pueblo tan pequeño y sin vida.

Aterrizó en el último escalón y entró caminando, con la intención de ir directo a la sala. Pero en el vestíbulo percibió el aroma de la sangre de Helen y lo siguió hasta el lavabo.

Una vez allí, vio su peor pesadilla. El sueño redondo y perfecto de esa noche de 1992, el más dulce y puro de su vida, hecho añicos y esparciéndose por el suelo sucio de un lavabo. Fue demasiado. Se quedó allí un rato, mirando los pequeños fragmentos de cristal roto que flotaban en la sangre de Helen, intentando asimilar la escena.

Entonces entró ella. La chica de los Copeland. Con el mismo aspecto que pudo haber tenido su madre y con la misma mirada de miedo.

La agarró, porque no le quedaba ningún motivo para no hacerlo. Y ahora, en este preciso instante, mientras le muerde el cuello, sigue con la mirada fija en la sangre del suelo, antes de cerrar los ojos.

Will está nadando en ese lago de sangre, esta vez sin barca. Tan solo nada bajo el agua.

Bajo la sangre.

Sin embargo, mientras le chupa la vida, cae de nuevo en la cuenta de lo mismo. Lo que pensó la noche anterior, cuando estaba con Isobel en el Black Narcissus.

«No me satisface.»

«No me satisface en absoluto.»

«Y no me satisface porque no es Helen.»

Lo que es más preocupante es que Eve tiene casi el mismo sabor que su madre y, cuando mordió a Tess, disfrutó mucho, sin pensar siquiera en la mujer que tiene ahora en mente.

«No.»

«No me gusta este sabor.»

Y, a medida que esta verdad se revela de forma más clara en su cabeza, la sangre que le corre por la garganta se convierte en algo más y más repulsivo. Se imagina a sí mismo saliendo a la superficie del lago, jadeando, en busca de aire.

Y se da cuenta de que ha soltado a Eve antes de que esté muerta.

«Me da igual», piensa para sí mismo, con la obstinada claridad de un niño.

No quiere su sangre.

Quiere la de Helen.

La chica aún no está muerta, pero morirá. La ve llevarse la mano al cuello mientras la sangre le corre entre los dedos, por la camiseta —de un grupo del que nunca ha oído hablar—, y jamás se ha sentido tan vacío. Mira al suelo y se da cuenta de que él es la botella en sí, que ha dejado escapar aquello que importa.

Eve se apoya en los azulejos y lo mira con miedo y agotamiento.

«¡Qué de cosas aparecen en la cara de los exangües! Todas esas señales con la intención de hacerte sentir… ¿qué? ¿Remordimientos? ¿Vergüenza? ¿Compasión?»

«Compasión.»

No ha vuelto a tener compasión de nadie desde que fue con otros tres peregrinos a ver cómo moría solo Lord Byron en esa cueva de Ibiza. El poeta, con varios siglos a sus espaldas, enjuto y avejentado, pálido, casi un fantasma de sí mismo, estaba tumbado en esa barca de remos con una vela en la mano. Ni siquiera entonces sintió compasión ni miedo por su propio destino, ¿verdad?

No, piensa.

La compasión no es más que otra fuerza debilitante. Como la gravedad. Algo destinado a mantener a los exangües y a los abstemios en el suelo, en su sitio.

La nota

Jared había permanecido oculto entre los arbustos de Orchard Lane durante más de una hora, a la espera de alguna confirmación de que aquello que le había dicho Alison Glenny era verdad: que Will Radley iba a morir a manos de su cuñada. Durante un rato no vio nada, aunque le consoló ver un BMW que no reconocía aparcado al final de la calle. El coche de la agente, supuso. Sin embargo, sus esperanzas se hicieron pedazos cuando vio que alguien salía de la casa.

Will Radley. Vivo.

Mientras observaba cómo desaparecía, primero en la furgoneta y luego, al cabo de poco, volando, se sintió mareado. Por un instante le pareció que iba a vomitar, dada la gran cantidad de ajo que había comido, pero un frío soplo de brisa lo ayudó a sobreponerse a las náuseas.

—No —dijo a las hojas verdes que lo rodeaban—. No, no, no.

Jared salió de entre los arbustos y se dirigió hacia su casa. Cuando pasó junto al coche de Alison Glenny, le dio un golpe en la ventanilla.

—Su plan no ha funcionado.

Estaba acompañada de alguien más. De un policía barrigudo que parecía un oso afeitado al que no había visto nunca y que miraba con incredulidad por el parabrisas, hacia el cielo.

—Le hemos dado hasta medianoche —dijo Alison con una voz tan fría como una carta de despido—. Y sigue teniendo tiempo hasta entonces.

Alison subió la ventanilla y a Jared no le quedó más remedio que seguir caminando hacia su casa.

«La prueba de la existencia de los vampiros no es más que una prueba de su locura», le dijo ella en una ocasión. La misma mujer que había amenazado con ingresarlo de nuevo en un

hospital, esta vez de por vida, si mencionaba algo a alguien sobre quién creía que había matado a su mujer, aunque fuera a su propia hija.

Jared suspiró; sabía que Will Radley seguiría con vida a medianoche.

Todo era inútil.

Se encontraba en el mismo pueblo que él, pero no podía hacer absolutamente nada. Siguió andando. Pasó frente al pub, la oficina de correos y la charcutería, que vendía unos platos para cenar que no podía permitirse de ninguna manera. En el escaparate iluminado había una pizarra con el marco de madera que anuncia jamón de Parma, olivas manzanilla, alcachofas asadas y cuscús marroquí.

«Este no es mi sitio.»

Este pensamiento dio pie a otro.

«He sido injusto con mi hija.»

Tomó una decisión. Iba a regresar a casa y le pediría disculpas a Eve. Para ella debía de haber sido muy duro soportar su extraño comportamiento y sus estrictas reglas. Se trasladarían a un lugar muy lejano, si quería ella, y le daría toda la libertad que merecía una chica sensata de diecisiete años.

Entonces recordó las mañanas de domingo cuando salía a correr con ella, cuando tenía tiempo y energía para esas cosas. Acababa de entrar en la adolescencia y, de repente, se convirtió en una fanática del ejercicio, durante un año o dos. Sin embargo, Jared disfrutó de esa época, ya que era el único espacio privado que compartía con su hija, lejos de su madre. Iban a correr por la orilla del canal o por la vieja vía ferroviaria desierta de Sale. Mantuvieron una relación muy estrecha que le permitió estar cerca de Eve, cuidar de ella sin ahogarla.

Sí, ya basta.

Se acabó.

Si él u otra persona mataba a Will Radley, ¿se sentiría mejor? No lo sabe. Tal vez sí, pero lo único de lo que está seguro es de que su situación dura ya demasiado y que Eve ha sufrido mucho y eso debe acabar.

Y ese pensamiento no lo ha abandonado mientras gira las llaves en la cerradura del número 15 de Lowfield Close, accede al edificio y sube lentamente las escaleras. Antes de entrar en el piso nota que algo va mal. Hay demasiado silencio.

—¿Eve? —la llama mientras deja las llaves en el estante del recibidor, junto a una carta de la compañía de aguas.

No hay respuesta.

—¿Eve?

Entra en su habitación, pero su hija no está. Sus pósteres de grupos de música, su cama estrecha y su armario abierto sí, pero no ella. Toda su ropa cuelga en perchas como fantasmas de ella.

Ha salido. Un lunes por la noche.

«¿Dónde demonios está?»

Se precipita hacia el teléfono. La llama al móvil. No contesta. Entonces ve la nota en la mesa de la sala de estar.

> *Papá:*
> *He ido al cine con Rowan Radley. Dudo mucho que sea un vampiro.*
>
> *Eve*

«Dios mío», piensa Jared.

El pánico le tiende una emboscada desde todos lados. La nota cae y antes de tocar la moqueta ya tiene las llaves del coche en una mano y se lleva la otra al cuello para acariciar el pequeño Jesús de oro en su cruz.

Sale fuera, a la lluvia.

La ventanilla rota. Eve le había dicho que tenía que llevar el coche al taller, pero no le había hecho caso.

Sin embargo, no tiene otra opción y se le acaba el tiempo.

Abre la puerta, se sienta sin quitar los fragmentos de cristal y se dirige a Thirsk a toda prisa.

Un mundo perdido que en el pasado fue el suyo

No es tanto dolor lo que siente, sino una especie de disolución. Como si perdiera lentamente el estado sólido y se convirtiera en líquido. Eve mira alrededor, los lavamanos y los espejos. Los cubículos con las puertas abiertas. La botella rota y el charco de sangre de otra persona. Le pesan los párpados y quiere dormir, pero oye un ruido. La descarga automática de agua de los urinarios, que la despierta de nuevo, y se da cuenta de quién es, dónde está y lo que acaba de suceder.

El hombre se ha ido y ella es consciente de que debe salir de allí y encontrar ayuda.

Intenta ponerse en pie, pero le cuesta mucho; nunca había sentido la gravedad con tal fuerza.

Es una submarinista que avanza entre los restos de una civilización. Un mundo perdido que en el pasado fue el suyo. Llega a la puerta. La abre con todas sus fuerzas y pisa la moqueta. Su estampado gira bajo ella como cien remolinos pequeños y al otro lado del vestíbulo está el encargado de la taquilla. Por un extraño momento se pregunta por qué la mira con esa cara de horror.

Se le cae la mano con la que tapaba la herida.

Entonces una oscuridad rara lo tiñe todo lentamente, como si pasara un barco por encima de su cabeza, y Eve sabe que es algo horrible. Sabe que, dentro de un segundo o dos, no sabrá nada.

Se funde con ella, con la negrura.

Como la sal en el agua.

Hasta el último grano de su vida se disuelve en otra cosa.

«Ayúdeme.»

Intenta dar voz a su pensamiento desesperado, pero no está

segura de que lo haya logrado. A cada paso que da se siente más débil.

«Ayúdeme, por favor.»

Oye una voz que reacciona a sus palabras y la llama por su nombre.

Reconoce a su padre cuando la oscuridad ha rebasado la periferia de su campo de visión y lo abarca todo, la embiste como una ola. Sucumbe bajo su peso y tan solo es consciente de forma vaga de que se está derrumbando sobre la moqueta.

Bebé

Jared Copeland recorrió a toda velocidad el trayecto entre su casa y el cine mientras el viento y la lluvia entraban por la ventanilla rota y los pequeños fragmentos de cristal se movían de forma coordinada en el asiento del acompañante. A medio camino, justo antes de llegar al Fox and Crown de Farley, se había cruzado con el monovolumen de los Radley, en cuyo interior iba únicamente Peter.

El hecho de verlo le hizo acelerar aún más, ya que dio por sentado que debía de haber dejado a su hijo en el cine. Una vez allí, aparcó el coche medio subido a la acera, subió corriendo los escalones y cruzó la puerta.

Y ahora está ahí, en el vestíbulo. Ve a un hombre vestido con una camisa blanca, un trabajador del cine, que habla a gritos por el teléfono, gesticulando.

—Hola… Necesitamos una ambulancia ahora mismo… Sí… Una chica ha sido atacada o algo por el estilo… Está sangrando…

Entonces Jared ve a su hija y la sangre y lo entiende. La ha mordido el hijo de los Radley. El horror lo hace reaccionar y, por un instante, logra convertirse en el viejo Jared; deja a un lado el pánico y se mueve con una especie de hipercalma mientras se agacha para comprobarle el pulso a su hija. Durante estos dos años no ha dejado de pensar ni un momento en que esto podría suceder y, ahora que así ha sido, va a hacer todo lo que esté en sus manos para salvarla. Hace dos años tuvo un ataque de pánico, gritó y, al oírlo, Will Radley huyó volando con su mujer. De modo que ahora debe reaccionar más rápido y de forma más eficiente. «No puedo cagarla.»

Oye hablar al taquillero mientras nota el débil pulso de su hija con el dedo.

—El Palace Cinema de Thirsk. Está inconsciente. Tienen que

venir ahora.

Jared comprueba la herida y el reguero constante de sangre que mana de ella. Es consciente de que no se curará. De que ningún hospital del país sabrá qué hacer con ella. Si intenta seguir cualquier procedimiento de emergencia habitual, Eve morirá.

El taquillero ya ha colgado.

—¿Quién es usted? —le pregunta.

Jared no le hace caso y levanta a su hija del suelo. La misma a la que sostuvo en brazos cuando no era más que un bebé recién nacido que pesaba dos kilos y setecientos gramos, a la que dio el biberón las noches en que su madre estaba exhausta, a la que le cantó «American Pie», noche tras noche, para que se durmiera.

Eve abre los ojos momentáneamente. Tiene suficientes fuerzas para decirle que lo siente y luego pierde otra vez el conocimiento.

El taquillero intenta cerrarle el paso.

—¿Qué está haciendo?

—Es mi hija. Abra la puerta, por favor.

El taquillero lo mira primero a él y luego la sangre que cae al suelo. Se sitúa delante de Jared.

—Lo siento, no puedo dejar que se la lleve.

—Quítese de en medio —dice Jared, insistiendo con la mirada—. Quítese de en medio, joder.

Y el taquillero se aparta y lo deja salir mientras este se dice a sí mismo y a su hija una y otra vez:

—No pasa nada. No pasa nada. No pasa nada…

Arriba y arriba y arriba

Toby sale de la tienda de *fish and chips* de Miller con un menú individual envuelto en papel blanco y se monta en la bicicleta para regresar a casa. Sonríe, pensando en todo el dinero que aún le queda en el bolsillo y en lo estúpido que ha sido Rowan al meterlo en el buzón. Y, mientras piensa en esto, no tiene la menor idea de que lo siguen desde el aire.

Dobla a la izquierda y toma el camino que cruza el campo lleno de caballos. Sabe que es un atajo para llegar a Orchard Lane.

Los animales huyen aterrorizados, no del chico que va en bicicleta, sino del que vuela, cada vez más bajo.

Y Rowan se da cuenta, mientras desciende, de que todo ha acabado.

No puede tener a Eve.

Es un bicho raro.

Está completamente solo en un mundo lleno de mentirosos.

De tal palo tal astilla.

Es Rowan Radley. Un monstruo que vuela de noche.

Toby alza la vista y no puede creer lo que ve. Se le cae el paquete de *fish and chips* y el contenido se esparce por el suelo.

Su rostro refleja puro pánico.

—¡No! —exclama—. ¿Pero qué…?

Pedalea con fuerza por un carril que usa la gente lenta y mayor para pasear los domingos.

Rowan vuela frente a Toby, menos furioso, con la cabeza clara y despejada como un cernícalo. Se abate sobre su presa y observa el pánico en el rostro de su compañero de clase, que intenta frenar y dar la vuelta. Pero no tiene tiempo. Lo ha agarrado de la pechera de la chaqueta y lo levanta hacia el cielo fácilmente, a pesar de que el otro se aferra al manillar y se lleva la bicicleta con él.

—Tienes razón —dice Rowan, que le enseña los colmillos mientras los caballos se convierten en unos puntos en el suelo y huyen despavoridos—. Soy un bicho raro.

Toby podría gritar, pero el terror lo ha dejado sin voz. Suelta la bicicleta, que cae en la carretera.

El plan de Rowan es matarlo. Para demostrarse a sí mismo que es un monstruo. Si lo es, no sentirá dolor. No sentirá nada. Se pasará la vida matando a gente, yendo de un lugar a otro, igual que su padre. Una vida que será como uno de esos dibujos para niños de unir puntos, pero con emociones, una tras otra, sin sentimientos humanos ni culpa.

Sigue ascendiendo con Toby.

Arriba y arriba y arriba.

El otro se esfuerza por hablar, a pesar de que un reguero cálido de orina le baja por la pierna.

—Lo siento —balbucea.

Rowan mira a su vecino a la cara mientras siguen subiendo rápidamente.

Es un rostro vulnerable y asustado.

De víctima.

«No.»

No puede hacerlo. Si es un monstruo, no es del mismo tipo que su padre.

Grita contra el viento que los empuja hacia abajo.

—Como vuelvas a decir cualquier cosa de mi familia o de Eve, te mato. Lo que sea. ¿Vale?

Toby logra asentir mientras se agarra a él, aterrado por la gravedad.

—Y estarás muerto como llegues a pensar que esto ha sido real. ¿De acuerdo?

—Sí —gimotea—. Por favor…

Haga lo que haga, corre un riesgo. Tanto si lo mata como si no. Pero no va a renunciar a la poca bondad que queda en su interior para probar la sangre amarga de Toby.

Desciende con él y lo deja caer a un par de metros del suelo.

—Vete —dice Rowan mientras el otro se pone en pie como buenamente puede—. Vete y déjame solo.

Se posa en el suelo y observa a Toby mientras huye. Tras él,

alguien aplaude.

Will.

Tiene la boca manchada de sangre; parece como si le hubieran pintado la máscara de la tragedia.

—Muy bien, Pinocho —dice aquel, que no ha parado de aplaudir—. Tienes el alma de un chico humano de verdad.

No se había dado cuenta de su presencia. ¿Lo había visto todo? Se pregunta por la sangre que tiene en la cara.

Will da un paso adelante.

—Aunque debo decir que tu conciencia tomó la decisión equivocada en la furgoneta.

Está tan cerca de él que Rowan percibe el olor de su aliento, aunque tarda unos instantes en identificarlo.

—Robar —dice Will—. Eso está muy mal. Pero no te preocupes, me he tomado la libertad de compensar las cosas. Tú me robaste mi sangre y yo te he robado la tuya. Es el yin y el yang, hijo mío. —Tiene la mirada desorbitada. La mirada de un monstruo—. No soy como tú. Dejé de escuchar mi conciencia hace mucho tiempo. No era más que ruido. Como si tuviera un grillo zumbando todo el día en el oído.

Rowan intenta comprender lo que le está diciendo. Al final reconoce la sangre que está oliendo y se siente como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Solo he hecho lo que tú querías —dice Will, que le lee el pensamiento a su hijo—. La he agarrado, la he mordido y he probado su sangre. Y entonces… —añade, sonriendo, con la intención de decir lo que sea necesario para lograr una reacción violenta de Rowan— la he matado. He matado a Eve.

Rowan piensa en ella cuando le pasó la nota en la clase de inglés. Piensa en la sonrisa que le lanzó y ese recuerdo lo hace aún más débil, lo deja casi sin fuerzas. Es culpa suya. Dejó a Eve y permitió que pasara esto.

Una brisa fría le acaricia la cara. El aliento de los fantasmas.

—¿Dónde… está…?

Will se encoge de hombros, como si le hubiera preguntado la hora.

—Ah, no lo sé. A unas siete millas náuticas mar adentro —miente—. En algún lugar cerca del lecho marino, supongo,

asustando a los peces. Aunque el rojo es el primer color que desaparece bajo el agua. ¿Lo sabías? Es interesante, ¿verdad? Pobres pececillos aburridos. Atrapados en un mundo azul.

Rowan no puede pensar con claridad. Lo único que puede hacer, con la mente arrasada por una devastación inmediata y total, es hacerse un ovillo en el suelo, en posición fetal. Eve ha muerto.

No es como Will, que nunca ha permitido que le afectara la moralidad, ni tan siquiera ahora que su hijo está agachado en el suelo, como una marioneta sin hilos. Es una escena lastimera y nauseabunda.

Se inclina hacia él y le dice la pura verdad:

—Esa no era únicamente la sangre de tu madre, Rowan. Era un sueño de cómo podrían haber sido las cosas si no hubieras nacido. Lo cierto es que nunca te quise. Soy alérgico a la responsabilidad. La simple idea me da asco. Como el ajo. En serio, me da sarpullidos, y tú sabes mucho de eso. Te hacen sentir incómodo en tu propia piel. —Hace una pausa, respira hondo y se recrea en su explicación—. Quería a Helen, pero sin el equipaje extra.

Rowan ha heredado la debilidad de su madre, deduce Will mientras ve a su hijo murmurar para sí. Ella lo ha convertido en lo que es. Todas esas mentiras durante tanto tiempo… ¿Cómo iba a aclararse el chico con sus prioridades con tantas chorradas en la cabeza?

—Tu madre ha olvidado quién es —le dice Will—. Ha olvidado lo mucho que me quiere. Pero yo no soy como ella ni como tú. Lucho por lo que quiero. Y, si no me lo dan, lo cojo y ya.

Asiente para sí. Ahora lo ve muy claro, sabe que no le queda un ápice de moral ni de debilidad que lo pare. «Soy puro. Soy de una raza superior. Estoy por encima de todos esos exangües y abstemios y esas almas mentirosas y tímidas que hay ahí fuera.»

«Sí», piensa, riendo.

«Soy Lord Byron.»

«Soy Caravaggio.»

«Soy Jimi Hendrix.»

«Soy todos los descendientes chupasangres de Caín, quienquiera que haya respirado el aire de este planeta.»

«Soy la verdad.»

—Sí, lo cojo y ya.

Deja a su hijo en el suelo, encorvado por la gravedad y todas sus fuerzas asociadas. Will sobrevuela un campo muy rápido y a poca altura; a pesar de la velocidad a la que viaja, ve la tierra.

Al cabo de un instante se encuentra frente a la puerta del número 17 de Orchard Lane. Saca su cuchillo del bolsillo interior de la gabardina. Con un dedo de la otra mano traza un circulito en el aire sobre el timbre de la puerta, como la espada de un esgrimista que espera a tirar una estocada. Entonces baja y aprieta cinco veces en rápida sucesión.

«Lo-co-jo-y-ya.»

Entre el aire oscuro y frío

Clara lleva varias horas conectada a internet. Empezó buscando información sobre la cultura vampírica en la Wikipedia, pero no llegó muy lejos, ya que contribuir a las enciclopedias en línea acostumbra a ser una afición que solo practican los exangües.

Sin embargo, sí encontró, en las profundidades abisales de las listas de búsquedas de Google, un interesante clon de Facebook llamado Neckbook. Parecía estar lleno de adolescentes bastante inteligentes, con pretensiones artísticas y atractivos, aunque con la cara muy pálida, que hablaban de forma casi exclusiva en una jerga con acrónimos y emoticonos muy crípticos que nunca había visto en ningún SMS ni mensaje de internet.

Vio a un chico guapísimo con una sonrisa de duendecillo travieso y un pelo tan negro que casi parecía brillante. En su perfil, bajo su foto, leyó:

> Chico de medianoche: mzdo pero cn crbro, busca chca/o no sirker perv/larga dist. para mordiscos d amor, hemo-cruising, y litros d SVA.

Clara se sintió frustrada. Ella era vampira, pero la comunidad de chupasangres le resultaba totalmente ajena. Al final se rindió y fue a YouTube a buscar vídeos de algunas películas de las que le había hablado Will. Fragmentos de *Les Vampires, Dracula* (la versión de 1931; «Es la única dirigida por un vampiro de verdad», le había dicho), *Los viajeros de la noche, El ansia* y, la mejor con creces, *Jóvenes ocultos.* Sin embargo, justo ahora, mientras los fideos se convierten en gusanos en la pantalla, percibe que algo va mal. Es una extraña sensación que siente en el estómago y en la piel, como si su

cuerpo lo supiera antes que su mente.

Y entonces sucede.

Suena el timbre y abre la puerta su madre.

Clara oye la voz de su tío, pero no lo que dice.

Helen grita.

Ella baja corriendo las escaleras y ve que Will sostiene un cuchillo muy cerca de la garganta de su madre, en el recibidor.

—¿Qué haces?

Él señala la acuarela de la pared y dice:

—Resulta que el manzano tenía las raíces podridas. Ha llegado el momento de cortarlo.

Clara no tiene miedo. En absoluto. Solo piensa en el cuchillo.

—Apártate de ella. —Da un paso adelante.

—Ah, ah —dice mientras niega con la cabeza y pincha a Helen con la punta—. Va a ser que no.

Esta mira fijamente a su hija.

—Clara, no. Vete.

Will asiente.

—Tu madre tiene razón. Vete ya. —Tiene la mirada de un loco dispuesto a llegar a donde sea, a hacer cualquier cosa.

—No lo entiendo.

—No eres nada, Clara. No eres más que una chica inocente. ¿Crees que he venido aquí a ayudaros? No seas estúpida, no me importáis nada. Abre los-ojos.

—Por favor, Will —dice Helen mientras la hoja del cuchillo le roza la barbilla—. Fue la policía. Me obligaron…

Él no le hace caso y sigue hablándole a Clara con su tono envenenado.

—Eres un error —le dice—. El triste fruto de dos personas que fueron demasiado débiles para darse cuenta de que no deberían estar juntas. El resultado de los instintos frustrados de tus padres y del odio que sentían hacia sí mismos… Vete, pequeña. Vete a salvar ballenas.

Arrastra a Helen, la saca por la puerta, al aire libre, y desaparecen con un movimiento rápido y confuso. Clara suelta un grito ahogado cuando se da cuenta de lo que acaba de ocurrir. Ha huido volando con su madre.

Sube corriendo al piso de arriba, abre la ventana de su habitación y se asoma a la lluvia. Los ve alejarse volando, cada vez más, justo encima de ella, fundiéndose lentamente con la noche. Intenta pensar en una solución. Solo se le ocurre una idea: agarra la botella vacía de SV que hay bajo su cama y se la lleva a los labios, inclinada boca abajo. Tan solo le llega una gota, no sabe si bastará.

Es consciente de que es la única posibilidad que tiene de salvar a su madre, por lo que se encarama al alféizar de la ventana, dobla las rodillas y salta al aire lluvioso.

—Vayamos a París, Helen. Revivamos la magia… O aspiremos a la luna.

La arrastra hacia arriba, trazando una línea casi vertical. Ella observa con miedo cómo su casa se va encogiendo. Aprieta el cuello contra la hoja del cuchillo, lo suficiente para empezar a sangrar.

Se toca la sangre.

La prueba. Él y ella.

Y entonces se rebela.

Se rebela contra el sabor y los recuerdos y, sobre todo, se rebela contra él, aparta el cuchillo y lo empuja hacia abajo.

Es entonces, en mitad de la lucha, cuando ve a su hija volando hacia ella, entre la lluvia.

—Agarra el cuchillo —le dice Helen.

Clara los alcanza y le arrebata el arma a su tío, pero este le da un codazo y el cuchillo cae sobre el tejado de los Felt.

«Se acabó —piensa Helen mientras lucha contra la fuerza implacable de él—. Va a ganar.»

La casa se convierte en un diminuto cuadrado negro más de Orchard Lane, que a su vez se torna en una fina línea en la oscuridad que la rodea.

—Por favor, Will, suéltame —le suplica—. Déjame estar con mi familia.

—No, Helen. Lo siento. Esto no es digno de ti.

—Por favor…

El pueblo ha desaparecido. Es como un pedazo del reverso

del cielo, un espacio oscuro con puntos blancos que se aleja rápidamente.

«Amo a Peter —se da cuenta Helen—. Siempre lo he amado. Eso es lo único real.» Recuerda un paseo que dio con su futuro marido en un día gris, por Clapham High Street, agarrados de la mano mientras él la ayudaba a comprar los materiales para su clase de arte.

—Si prefieres ir a otro sitio —le grita Will al oído para que lo oiga a pesar del rugido del aire—, ya sabes, solo tienes que decirlo. Valencia, Dubrovnik, Roma, Nueva York… En Seattle hay mucho ambiente. No me importaría ir lejos… Eh, nunca hemos estado en Venecia, ¿verdad? Podríamos ir a ver los cuadros de Veronese…

—Will, no podemos estar juntos.

—Tienes razón. No podemos. Pero una noche al menos, Helen. Y entonces, por la mañana, será para mí un gran dolor tener que cortarte…

Antes de que acabe la amenaza, ella oye un ruido. Una voz que reconoce, que ruge y se dirige hacia ellos. De repente la arrastran en otra dirección. Después de eso, todo se queda en silencio y se da cuenta de que está cayendo. El pueblo, el camino y su casa avanzan hacia ella a gran velocidad, pero entonces oye la voz de su hija, que le grita:

—¡Vuela, mamá! ¡Puedes volar!

«Sí —piensa Helen—. Puedo volar de verdad.»

Poco a poco se detiene y deja de creer en la gravedad a medida que su hija se acerca a ella.

—Es Rowan —dice Clara, que señala las siluetas lejanas que forcejean encima de ellas—. Está luchando con Will.

La cara de su padre

Rowan ha oído el grito de su madre.

Su sonido lo hizo despertar de su desesperación y atisbó una sombra en el cielo que sabía que correspondía a ella y a Will. Convirtió su desesperación en rabia y echó a volar para rescatarla. Y ahora, mientras lo arrastra hacia la tierra, se da cuenta de que es capaz de cualquier cosa.

—¿Por qué Eve? —le grita mientras lo empuja con una facilidad cada vez mayor—. ¿Por qué?

Will no responde. Tiene la mirada preñada de una especie de triste orgullo.

Abajo y abajo y abajo.

—Mira, Rowan —dice mientras su gabardina ondea como una vela suelta frente a ellos—. Eres como yo. ¿Es que no lo ves? Eres mi hijo. Eres mi sangre. Podríamos viajar juntos por todo el mundo. Podría mostrártelo todo. Enseñarte a vivir la puta vida de verdad.

Él no le hace caso mientras pasan por encima de su tejado; con la espalda, Will roza y arranca algunas tejas. Al cabo de un instante están sobre el jardín y Rowan desciende en picado para aterrizar con fuerza en el estanque.

Una vez ahí, lo sujeta bajo el agua fría, lo aguanta con ambas manos. Una en la cara, la otra en el cuello. Pero está usando toda su ira y sus fuerzas para mantenerlo ahí, en el fondo del estanque, y para contener la energía implacable de Will, que intenta levantarse.

Se da cuenta de que no le queda mucho tiempo. Tras una vida entera bebiendo sangre a placer, su padre tiene una fuerza y una resistencia que él no posee. Lo único que tiene ahora es ira, pero no bastará.

Cierra los ojos. Intenta mantener viva la llama del odio, incluso cuando su padre lo agarra con más y más fuerza, de

forma implacable, hasta que este estalla con una energía volcánica terrible que tira a Rowan al estanque. El chaval apoya una mano en el lecho para levantarse. Nota algo.

No es un pez. Tampoco una planta.

Metal.

Will se ha tirado encima de su hijo para ahogarlo.

Rowan agarra el objeto metálico, desesperado.

Dolor.

Tan solo ha tocado el borde afilado, pero se ha cortado.

—Se tarda un poco en ahogar a un vampiro —dice Will, enseñando los colmillos, mientras intenta meterle la cabeza bajo el agua—, pero la noche es joven.

—¡Suéltalo! —Son Clara y su madre, que descienden del aire en dirección al jardín.

Will alza la mirada mientras Rowan agarra algo que hay bajo el metal. Algo de madera. Un mango.

Su padre suelta una carcajada maníaca. La risa de los malditos. Vuelve a centrar su atención en el chico, pero no lo hace a tiempo de ver la hoja chorreante del hacha, que corta el agua como la cola de un delfín; luego se hunde en su garganta a tal velocidad que apenas oye el rugido primigenio y vivificante de Rowan cuando la balanza se inclina una última vez a favor del hijo. Will cae al agua mientras una cascada de sangre desciende por el cuello y el hacha. Rowan lo sujeta y corta varias membranas mientras se forman unas nubes negras de sangre en el agua.

En el momento en que su madre y su hermana aterrizan en la hierba, nota que la cabeza de Will recupera fuerzas e intenta levantarse, pero él agarra el hacha con firmeza con ambas manos. Cuando su padre alza la cabeza, la hoja del hacha acaba cortándole el cuello, y el cuerpo, sin vida, se relaja. Rowan entreve el rostro oscuro, la cara de su padre, que lo mira. Calmo. Agradecido, incluso. Como si esa fuera la única forma que tenía de hallar la paz, con la separación eterna del cuerpo imperfecto de la mente inteligente, sumergidos en la niebla líquida de su propia sangre.

Rowan permanece a su lado un instante, observando las gotas de lluvia que caen en el agua. Tarda un poco en recordar que su madre y su hermana están ahí, testigos silenciosos a unos cuantos metros.

—¿Estáis bien? —les pregunta.

Helen mira fijamente hacia el estanque.

—Sí —dice con una voz más calma y algo más natural de lo que acostumbra—. Estamos bien.

Rowan, que tiene los sentidos aguzados, oye unos pasos que provienen de la casa. Su padre —o el hombre que siempre había creído que lo era— sale al jardín. Lleva puesto el abrigo y tiene las llaves del coche en una mano, ya que acaba de llegar a casa. Los mira a todos. Al final, se fija en el estanque y, mientras se aproxima, Rowan ve cómo se le congela el rostro cuando cae en la cuenta de lo que ha sucedido.

—Madre mía —dice Peter, que se inclina sobre el agua. Apenas lo oyen—. Madre mía, madre mía, madre mía…

—Iba a matar a mamá —le explica Clara—. Rowan la ha salvado.

Peter deja de murmurar y mira fijamente a su hermano, entre el agua oscura y enturbiada por la sangre.

Mientras su hijo se aparta del cuerpo de Will, se acuerda de Eve y el pánico se apodera otra vez de él.

—¿Dónde está Eve? —les pregunta a Clara y a su madre—. ¿Qué ha hecho con ella?

Ambas niegan con la cabeza.

Y Rowan entra en casa, desmoronado, mientras se imagina el cadáver inerte de la chica hundiéndose en el mar.

Cambio

Durante el trayecto a Bishopthorpe, Jared no deja de hablar con su hija y la observa por el espejo retrovisor. Está echada en el asiento trasero, envuelta con el jersey. El aire le alborota el pelo y la lluvia le salpica la piel y se mezcla con su sangre mientras Jared conduce a ciento cincuenta kilómetros por hora por una carretera sinuosa.

—Eve —le dice casi a gritos para que lo oiga a pesar del viento y la lluvia—. Eve, por favor, mantente despierta. —Piensa en el gesto de desdén que le ha hecho su hija unas horas antes, en la frustración y la furia que ha visto en sus ojos durante dos años—. Todo va a salir bien. Voy a cambiar. Todo va a cambiar. Te lo prometo.

Eve no abre los ojos y Jared está convencido de que ya es demasiado tarde. Los árboles y las señales, que no tiene tiempo de ver, pasan fugazmente por la ventanilla. Tan solo unos minutos después de salir de Thirsk entra en Bishopthorpe y enfila la calle principal a toda velocidad. El desvío a Lowfield Close queda atrás, a su derecha, pero sigue conduciendo. Un hombre que sale del Plough se detiene para ver el Corolla con la ventanilla rota que pasa a más del doble de la velocidad permitida. La tienda de *fish and chips,* la farmacia, la charcutería, todos pasan rápidamente, como un pensamiento fugaz. No aminora la marcha hasta que se acerca a Orchard Lane.

Cuando llega a la casa de los Radley, espera unos segundos en el coche, para asegurarse de que sabe lo que hace. Intenta hablar con Eve de nuevo.

—¿Eve? Por favor. ¿Me oyes?

Aún sangra. Su jersey se ha teñido de un color oscuro y está empapado, y Jared sabe que no le queda mucho tiempo para tomar una decisión. Un minuto, tal vez. Quizá menos. Fuera,

las demás casas caras permanecen en calma, ajenas a todo, y siente la cruel indiferencia que muestran por la vida de su hija.

El tiempo avanza inexorablemente, lo apremia para que tome una decisión. ¿Quiere que Eve siga con vida convertida en otro ser, en alguien horroroso, que podría matar, o va a dejar que exhale el último suspiro y se convierta en alguien tan inofensivo como los demás muertos?

—¿Eve?

Ella parpadea sin apenas fuerzas, pero no logra abrir los ojos.

Él sale del coche y abre la puerta trasera. Coge a su hija en brazos con toda la delicadeza que puede y cruza la calle.

«No —se dice a sí mismo—. No. ¿Qué estás haciendo? No puedes…»

Imagina que su mujer está en alguna parte. Observándolo. Juzgándolo del modo en que solo lo hacen los fantasmas.

—Lo siento, Tess. Lo siento mucho.

Recorre el camino de entrada que lleva a la casa de los Radley. Eve yace inerte en sus brazos. Llama a la puerta con el pie, con firmeza, pero no muy fuerte.

—Ayudadme —dice con voz clara. Entonces, más alto—: ¡Ayudadme!

Es Peter quien abre la puerta. Este lo mira, luego a Eve, en sus brazos. Ambos están empapados en sangre.

Jared traga saliva y dice lo que sabe que debe decir:

—Sálvala. Por favor. Sé lo que eres, pero, por favor, sálvala.

En la oscuridad

Todos se sitúan en torno a ella, mirándola como los pastores de un belén macabro. Rowan aún está empapado del agua del estanque, pero no tiembla por el frío, sino por lo que está viendo: a Eve, cuya sangre está tiñendo el sofá de rojo mientras Peter le comprueba el pulso.

—Tranquilo —le dice Clara a su hermano mientras le aprieta la mano—. Papá sabe lo que hace.

Jared está arrodillado en un extremo del sofá y le acaricia la frente a su hija con delicadeza mientras ella permanece en el limbo de la conciencia. Cuando Eve abre los ojos de nuevo, ve a Rowan.

—Ayúdame —le pide.

Él se siente impotente.

—No pasa nada, Eve… Papá, dale sangre. Sálvala.

Al mismo tiempo, Helen se apresura a explicarle a Jared algo que ya sabe.

—Si le damos sangre, se convertirá en vampira. ¿Lo entiendes? Es muy probable que albergue sentimientos muy fuertes hacia la persona cuya sangre utilicemos para convertirla.

Eve no aparta la mirada de Rowan. Entiende lo que está sucediendo. Entiende que él quiere salvarla más que nada en el mundo. Entiende lo que él entiende, que si pudiera salvarla, se salvaría a sí mismo. También entiende que lo ama y, mientras sucumbe a su mirada impotente, sabe que ella misma debe gobernar su destino.

Intenta hablar. Las palabras permanecen ancladas en su interior, pesan demasiado, pero aun así lo intenta.

—La tuya —dice, pero Rowan no la oye. Se acerca a ella y está ahí, a unos centímetros, esforzándose para oírla. Eve cierra los ojos, derrotada. Tiene que echar mano de las últimas

reservas de energía que le quedan para decir—: Tu sangre.

Y entonces se hunde.

Más y más en la oscuridad.

Útero

Eve es consciente de un sabor.

Es tan intenso que abarca más de un sentido; siente su calor y lo ve, como si el océano negro en cuyo fondo se encuentra se tiñera de repente de un rojo espléndido, maravilloso e intenso.

Asciende de las profundidades, regresa a la vida.

Abre los ojos y ve a Rowan. Está sangrando. Tiene un corte en la palma de la mano, bajo el pulgar, y la sangre corre hacia su garganta. Parece preocupado, pero la preocupación da paso al alivio lentamente. Se le saltan las lágrimas y ella se percata de que la está salvando, en ese preciso instante.

Mientras la sangre sigue goteando, se da cuenta de que lo conoce de verdad. No sabe los detalles triviales de su vida, las estadísticas sin sentido que podrían saber las demás personas, sino algo más profundo. Es el mismo conocimiento que tiene un bebé de su madre, cuando se encuentra en su útero cálido y rojo.

Un conocimiento total, vibrante y vivificante.

Y, como lo conoce tan bien, lo ama, y sabe que es el mismo amor que él siente por ella, el amor que está contenido en su sangre, que se refleja como una plegaria mutua dedicada a él.

«Te amo.»

«Tú eres yo y yo soy tú.»

«Te protegeré tal y como tú me protegerás a mí.»

«Para siempre.»

«De por vida.»

Eve sonríe y Rowan también.

Ha vuelto a nacer.

Está enamorada.

Y después de dos años de oscuridad está dispuesta a abrazar la verdadera gloria del mundo.

—Todo marcha bien —le dice él—. Estás aquí. Ya se ha

acabado todo. Ha desaparecido.

—Sí.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por seguir con vida.

Poco a poco, Eve se da cuenta de que hay más personas en la sala. Clara. El señor y la señora Radley. Su padre.

Jared la mira; el alivio y el miedo libran una batalla en su rostro.

—Lo siento —susurra ella.

Su padre niega con la cabeza y sonríe, pero dada la intensidad del momento no logra decir nada.

Al cabo de unas noches

Una pregunta para quienes sienten la tentación

Es posible que, en ciertos momentos de tentación, decidas no matar a nadie, pero sí beber sangre de otros vampiros.

Si bebes SV, resulta imposible predecir los efectos que este consumo podría tener en tu personalidad, del mismo modo en que resultaría imposible predecir tu futuro. Y como abstemio quieres saber cuál es. Quieres saber que cada día será tan predecible y monótono como el anterior, porque solo entonces sabrás que puedes llevar una vida libre de todo deseo egoísta y en la que controlarás tus instintos.

Si sucumbes, si antepones el placer a los principios y te abres a miles de posibilidades peligrosas, nunca podrás saber qué te deparará el mañana.

En cualquier momento podrías sentirte abrumado por un súbito e incontrolable deseo de consecuencias devastadoras. Sí, es cierto que tal vez esto no suceda. Quizá sigas adelante con una dosis regular de SV y lleves una vida plena, placentera, sin dolor y sin causarte ningún daño a ti mismo ni a los demás.

Pero, pregúntate, ¿vale la pena echar los dados?

¿Vale la pena?

Solo tú puedes responder a esta pregunta.

El manual del abstemio (2.ª ed.), pp. 207-208

Raphael

El amor da un poco de grima, no puede evitar pensar Clara, sobre todo cuando está a tu lado en el asiento trasero y la parejita en cuestión está cogida de la mano y lee poesía. Por supuesto, se siente feliz por su hermano y también por Eve, ahora que ambos viven en la más absoluta dicha, pero después de un mes sentada a su lado durante el viaje en coche, necesita un respiro. Los mira asqueada mientras ella le acaricia el hombro a su hermano con la nariz.

—No sabía que los vampiros eran tan sentimentaloides —murmura y decide mirar por la ventana.

—Y eso lo dice la chica que lloraba por los osos polares —replica Rowan.

—Aún lloro por ellos.

—Entonces, ¿qué? ¿Vas a hacerte vegana otra vez? —pregunta Eve.

—Lo estoy meditando. O sea, ahora que vamos a consumir sangre de vampiro, no debería suponer un problema de salud. Esta vez voy a intentar mantenerme fiel a mis principios.

Eve le da un golpecito en la rodilla.

—Lo que debemos hacer es buscarte un buen chico al que convertir.

Clara suspira.

—Cita doble de vampiros —dice con cierto desdén—. Por favooor.

Son las doce y cinco de la noche y han aparcado en una calle poco iluminada cerca del centro de Manchester. Clara ve a sus padres desde allí, hablando con el portero mientras una hilera de vampiros jóvenes y aspirantes a serlo hacen cola tras ellos.

Hablando de amor, también se ha dado cuenta de lo mucho que parece haber mejorado la relación de sus padres desde que

murió Will. Su padre se disgustó por la muerte de su hermano, pero pareció mucho más agradecido de que Helen estuviera viva. Sin embargo, es su madre la que más ha cambiado. Está tan relajada como si se hubiera quitado un peso de encima y ya no rehúye a Peter cuando intenta ponerle un brazo por encima de los hombros.

—¿Y tu padre está bien? —le pregunta Clara a Eve cuando sus padres desaparecen en el interior del Black Narcissus.

—No diría tanto —responde Eve—. O sea, por suerte estaba presente cuando la policía habló con vosotros. Pero creo que todavía le cuesta bastante asimilarlo todo. Aunque sabe que sois diferentes a vuestro tío.

Clara ve a un grupo de chicos. El más joven es atractivo y quizá incluso de su edad. Tiene la cara pálida, mona, de duendecillo, y cuando la mira se da cuenta de que le suena de algún lado. Entonces lo recuerda. Es el chico que le gustó al ver su foto cuando se conectó a Neckbook. Al ver la sonrisa de Clara, él da un golpecito en la ventanilla y Eve le da un codazo cuando la baja.

—¿Vais al Black Narcissus?

—No —responde ella—. Mis pa… Nuestros amigos han entrado solo un momento para comprar unas botellas.

El chico asiente, sonríe y levanta una botella con la etiqueta escrita a mano.

—Si quieres, puedes tomar un trago de esta.

—No me apetece —dice Clara—. Pero gracias.

—Bueno, si te conectas a Neckbook alguna vez, envíame un mensaje. Me llamo Raphael. Raphael Child.

Ella asiente.

—De acuerdo, lo haré.

El chico se va.

«Cita doble de vampiros», piensa Clara para sí.

Quizá no sea tan mala idea, después de todo.

A su lado, Rowan mira hacia la entrada del club nocturno, esperando que reaparezcan sus padres. Siente la cabeza de Eve apoyada en su hombro y sabe que están haciendo lo adecuado. A fin de cuentas, ya no se ve como un monstruo. Ella solo está en ese mundo por ser él quien es y, suceda lo que suceda en el

futuro, no podrá arrepentirse de poseer el poder que le devolvió la vida.

Sabe que les aguarda un camino duro, ya que deberán ocultar su verdadera naturaleza al mundo exterior, pero entiende que existen ciertas cosas que jamás deben revelarse. Por eso la policía nunca encontró sus fotografías de cuando era niño ni las cartas que Helen le envió a Will a principios y mediados de la década de 1990. Mientras Alison Glenny y los demás miembros de la Unidad de Depredadores No Identificados estudiaban la escena y sacaban la cabeza y el cuerpo de Will del estanque de los Radley, Rowan desapareció y entró en la furgoneta por segunda vez.

Ya no está enfadado por los secretos que contenían esas fotos y esas cartas. Después de probar la sangre de su madre, le habría resultado imposible enfadarse mucho con ella, ya que precisamente ese hecho le hacía sentir una gran empatía por Helen. Rowan entendió que su madre había ocultado todo eso para protegerlo y ahora le había llegado el turno de devolverle el favor.

De modo que, junto con la caja de cerillas que utilizó para encender el fuego el viernes por la noche, cogió las cartas y las fotos, se metió entre los arbustos para llegar al campo que había detrás de Orchard Lane y lo quemó todo. Se sintió bien. Como si al hacerlo hubiera convertido a Peter de nuevo en su padre. También se sintió, por extraño que parezca, como un adulto, como si en eso consistiera serlo: en la capacidad para saber qué secretos no se deben revelar.

Y qué mentiras te permitirán salvar a tus seres queridos.

Una canción que conoce

La música suena tan alta que Helen y Peter no se oyen mientras se abren camino entre la masa de cuerpos sudorosos que bailan. Son conscientes de que todo el mundo los mira; son una pareja de mediana edad, de respetable clase media, vestida con ropa discreta y convencional de Marks & Spencer y de los catálogos de Boden.

Sin embargo, les da igual. En cierto sentido, les resulta divertido incluso. Peter sonríe y Helen le devuelve la sonrisa, compartiendo la gracia.

Se separan, pero ella no se da cuenta y continúa caminando hacia delante, siguiendo los carteles que indican el camino al guardarropa.

Una chica le da un golpecito en el hombro a Peter.

Es despampanante. Tiene el pelo oscuro recogido en unas trenzas muy finas y unos ojos verdes incitantes. Sonríe y le muestra los colmillos mientras se pasa la lengua por ellos. Entonces se inclina hacia delante y le dice algo que él no oye por culpa de la música.

—¿Perdón? —dice Peter.

La chica sonríe. Le acaricia la parte posterior de la cabeza. Tiene un tatuaje en el cuello. Dos palabras: MUERDE AQUÍ.

—Te quiero a ti —dice—. Vamos arriba y nos colamos entre la cortina.

Él se da cuenta de que es el momento con el que ha fantaseado durante casi dos décadas. Ahora que sabe que Helen lo ama de nuevo, esa chica ni tan siquiera supone una tentación.

—Estoy con mi mujer —le dice, y se va rápido, por si a la vampira se le ocurre alguna idea más.

Se reencuentra con Helen al llegar a las escaleras y en ese momento el DJ pone una canción que conoce desde hace

décadas. La gente se vuelve loca, tal y como hacían ellos en los ochenta.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —le pregunta Peter casi a gritos para que lo oiga.

Su mujer asiente.

—Estoy segura.

Al final llega su turno y se sitúan frente al encargado escuálido, que los mira con recelo con sus ojos de insecto.

—¿Es aquí donde se compra sangre de vampiro? —pregunta Helen—. ¿La SV?

Tiene que repetir la pregunta para que la oiga. Finalmente el hombre asiente.

—¡Queremos cinco! —Levanta la mano con los cinco dedos extendidos y sonríe—. ¡Cinco!

Autoayuda

A mitad del trayecto, Rowan ve algo bajo el asiento de su madre. Un libro de tapas blandas de aspecto anodino que reconoce al instante: *El manual del abstemio*.

—¿Qué haces? —le pregunta su hermana.

Eve mira el libro que tiene su novio en la mano.

—¿Qué es? —pregunta.

—Abre la ventana.

—Rowan, ¿qué haces? —le pregunta Helen, desde el asiento delantero.

Eve baja la ventanilla y él tira el libro al arcén de la M62.

—Autoayuda —dice, y se ríe antes de darle un trago a su botella para disfrutar del sabor celestial.

Una gotita de nada

Nunca resulta fácil aceptar que la hija de la que has cuidado y por la que te has preocupado durante toda la vida se haya convertido en una auténtica criatura nocturna que anhela el sabor de la sangre. Sin embargo, a Jared Copeland, que es más consciente de los horrores del vampirismo que la mayoría, le ha resultado especialmente difícil asimilar que su hija se ha convertido.

El hecho de que la haya convertido un Radley, un pariente consanguíneo del hombre, si se lo puede llamar hombre, que sucumbió a su placer depravado y le arrebató a la mujer que amaba, no ha hecho sino dificultar el proceso, durante el que Jared ha tenido que hacer frente a unas verdades muy dolorosas.

Ver la forma en que ha cambiado Eve lo hace sentirse muy incómodo. Su piel pálida, sus hábitos de sueño radicalmente alterados, la dieta sin verduras que sigue ahora y el hecho de tener a Rowan Radley en casa la mayoría de las noches…, todo esto son cosas sin las que podría haber pasado.

Y, sin embargo —y es un *sin embargo* considerable y mastodóntico—, ha habido algunos cambios que incluso él debe admitir que le gustan. Por ejemplo, ahora hablan. No discuten ni se enzarzan en sus antiguas luchas de poder, sino que hablan de verdad. Sobre el instituto, sobre la solicitud de trabajo que ha enviado Jared («No quiero pasarme el día clasificando basura»), sobre el tiempo («Papá, ¿el sol siempre brilla tanto?») y también sobre los recuerdos cariñosos de la madre de Eve.

Se alegra de que su hija esté viva e incluso ha reconocido que el hecho de que se beba una botella de sangre de vampiro a la semana beneficiará a todo el mundo.

Al fin y al cabo, Jared se encontraba en la casa de los

Radley cuando la comisaria Alison Glenny le dijo a Clara que debería consumir un poco de sangre de vez en cuando, aunque solo fuera para evitar el riesgo de sufrir otro ataque de ISS.

—Porque, si cruzas la línea y vuelves a matar, no tendrás una segunda oportunidad —le dijo.

De modo que, para impedir que su hija se convirtiera en una verdadera asesina, Jared ha aceptado la propuesta de Helen Radley, según la cual le permitirá ir a Manchester todos los viernes por la noche para conseguir su dosis de sangre, siempre y cuando nunca la lleve a casa ni la beba allí.

(Y, en cuanto al tema del piso, parece que se van a quedar en él una temporada. Mientras vaciaba los cubos de basura de la calle principal estaba mañana, Jared ha visto a Mark Felt, que salía de la charcutería con una salchicha gigante que asomaba por la bolsa de papel. Jared se ha disculpado por el retraso en el pago del alquiler y le ha explicado que ahora que tenía trabajo no volvería a ocurrir. Para su sorpresa, Mark le ha sonreído y se ha encogido de hombros, a pesar de que el dinero que Rowan metió en el buzón se lo quedó Toby. «No pasa nada —le ha dicho, y le ha dado una palmadita en el hombro—. La intención es lo que cuenta.»

Sin embargo, a Jared le cuesta acostumbrarse a la nueva situación y le ha resultado muy difícil conciliar el sueño con el ciclón de preocupaciones al que da vueltas en la cabeza. De hecho, son esas preocupaciones las que no lo dejan dormir ahora, tumbado en la cama mientras oye a Eve llegar a casa pasadas las dos de la madrugada.

Se levanta para verla, para asegurarse de que se encuentra bien. Está en el salón, bebiendo la sangre a morro de la botella.

Está decepcionado.

—Lo siento, papá —dice Eve, con un innegable destello de felicidad en los ojos—. No quería beberla toda de golpe. Me apetecía tomármela con calma.

Debería enfadarse con ella, lo sabe, pero está harto de enfadarse. Para su propia sorpresa, se sienta en el sofá junto a su hija, que está viendo vídeos musicales con el volumen al mínimo. Grupos de los que Jared no ha oído hablar. The Pains of Being Pure at Heart. The Unloved. Yeah Yeah Yeahs.

Liechtenstein. Eve deja la botella sobre la mesa. Él se da cuenta de que no quiere beber más sangre en su presencia.

Hablan durante un rato y entonces ella se pone en pie.

—La guardo para mañana —dice, señalando la botella, y a Jared le consuela el autocontrol que muestra su hija, aunque tiene la sensación de que solo lo hace por él. Eve se va a la cama, pero Jared se queda en el salón, viendo la televisión, y ponen un vídeo antiguo. *Ashes to Ashes,* de David Bowie. De joven fue un gran fan de él, cuando la música lo hacía vibrar. Y mientras está ahí sentado, viendo la procesión de arlequines que cruzan la pantalla, le sobreviene un sentimiento confuso, de satisfacción, que parece estar relacionado con el fuerte aroma que flota en el aire. Se trata de un aroma complejo y muy intrigante, que gana fuerza a medida que piensa en él, aunque de repente desea que sea más intenso. Se inclina hacia delante para percibir mejor el olor, y se da cuenta de que baja la cabeza hacia la botella abierta de la que manan unos aromas deliciosos, como esporas de un polen celestial.

Ahora la sostiene con las manos y se la acerca a la nariz, por mera curiosidad. Durante cinco horas ha tenido que soportar los olores de los residuos de las casas. De un montón de fruta podrida y leche agria y pañales sucios que formaban una papilla que creaba un hedor tan fuerte que se le había quedado pegado en la garganta. Es el olor de la descomposición y la podredumbre, productos derivados de la existencia humana. Podría hacerlos desaparecer y degustar el sabor opuesto. Podría perderse en esos aromas, o encontrarse, en este olor embriagador, preñado de esperanza y vida.

«Esto es sangre de vampiro. Es todo lo que siempre me he dicho que odio. No puedo hacerlo. Por supuesto que no.»

Pero solo un sorbo. Una gotita de nada. No le hará daño, ¿verdad? Solo para saber cómo es. Antes de que acabe la canción, se lleva la botella a los labios, cierra los ojos y lentamente, muy muy lentamente, la levanta.

Mitos

De vuelta en casa, Peter y Helen se beben su sangre en la cama. Han decidido ser civilizados, de modo que la beben en unas copas de vino que compraron en Heal's antes de las últimas Navidades.

Después de unos cuantos sorbos indecisos, ella se siente muy despierta y más llena de vida de lo que se ha sentido en siete años. Se da cuenta de que Peter le mira el cuello con ansia y sabe en qué piensa, aunque él no lo diga. «En estos momentos, ¿no sería mejor probar la sangre del otro?»

Deja la copa y se acurruca con ella mientras le da un delicado beso en el hombro. Helen es consciente de que, en estos momentos, lo que más le gustaría es que ambos enseñaran los colmillos y se dejaran arrastrar por el sabor del otro. Pero no sería lo correcto. En cierto modo, estarían reconstruyendo su relación sobre unos cimientos falsos.

—Mira —dice él en voz baja—. Siento lo de la otra noche.

Helen se queda callada y, por un momento, se pregunta por qué se disculpa.

Peter levanta la cabeza del hombro de su mujer y se reclina en la almohada.

—Ya sabes, me puse muy pesado —le dice, como si le hubiera leído la mente—. Con lo de beber sangre y todo eso. Y no debería haber dicho eso sobre nuestro matrimonio. Fue muy irresponsable y no lo dije en serio.

Helen tiene la extraña sensación de que lo está viendo y escuchando por primera vez. Se da cuenta de que aún es atractivo. No posee ese encanto peligroso de su hermano, pero el mero hecho de mirarlo resulta reconfortante y encantador.

Sin embargo, se siente triste. Por todos esos días, semanas, meses y años perdidos durante los que lo ha echado de menos, a pesar de compartir la vida con él. También se siente triste

por lo que debe hacer ahora si quiere albergar esperanzas de que vuelvan a empezar, esta vez sin mentiras ni secretos.

—No —lo corrige—. De hecho, tenías razón en bastantes cosas de las que dijiste. Yo, ya sabes…, a veces fingía un poco.

Piensa en el libro que tiene junto a la cama. El que ha estado leyendo para el grupo de lectura. Aún no lo ha acabado, pero lo hará, aunque solo sea para averiguar lo que les sucede al hombre y a la mujer al final. ¿Le contará él que es el responsable de la muerte de todos los gorriones de su granja, a los que ella tanto quería y cuya muerte fue el detonante que le causó la crisis nerviosa? Y, si se lo cuenta, ¿lo perdonará por el hecho de que ya no oiga el canto de ningún pájaro a su alrededor?

Se pregunta por la capacidad de perdón de Peter. ¿Es posible que acabe aceptándolo todo, conociendo como conocía el talento de Will para obtener justamente lo que quería? ¿O ha habido demasiadas mentiras a lo largo de los años? ¿Sería capaz de soportar la verdad sobre Rowan?

—Bueno —dice él—, supongo que, hasta cierto punto, todo el mundo finge un poco, ¿no?

Peter sonríe y Helen está a punto de venirse abajo, porque sabe que debe aprovechar el momento para darle un empujón a la situación.

—Peter, debo contarte varias cosas —dice ella, con todo el cuerpo en tensión por culpa de los nervios—. Sobre el pasado, pero que aún nos afectan. Sobre Will, sobre mí y sobre nosotros. Todos nosotros.

Se fija en cómo parpadea su marido, de forma apenas perceptible, como si hubiera recordado algo o aquella situación hubiera confirmado alguna duda. Él la mira de un modo extraño e íntimo que la hace pensar en lo que Will dijo el sábado: «Siempre ha sido muy esnob en cuestiones hemáticas, nuestro Peter». ¿Sospechó algo la primera noche de su luna de miel?

Helen se marea, se pregunta si él está atando cabos o si, en realidad, lo sabía desde el principio.

—Helen, solo hay una cosa que me importa. Solo una cosa que siempre he querido saber de verdad.

—¿Qué?

—Sé que sonaré como un adolescente, pero quiero saber si me quieres. Necesito saberlo.

—Sí. Te quiero. —Es muy fácil ahora decir en voz alta eso que no ha sido capaz de decir como es debido, de forma convencida, desde la noche de su conversión. Pero ahora lo hace con toda naturalidad, como si se quitara un guante—. Te quiero. Quiero envejecer contigo. Lo deseo más que nada. Pero, Peter, creo que debería contártelo todo.

Su marido la mira con una tierna frustración, como si fuera ella quien no lo entiende.

—Mira, Helen —dice él—. La mayoría de los habitantes de este mundo no cree que existamos. Para ellos somos mitos. La verdad es aquello en lo que la gente quiere creer. Confía en mí, lo veo en el trabajo a diario. La gente se queda con el hecho que quiere y no hace caso de los demás. Sé que tal vez es ahora mi sangre la que habla y no yo, pero quiero creer en nosotros. Ya sabes, tú y yo. Como dos personas que se aman y siempre se han amado, de verdad, en el fondo, y que nada se ha interpuesto en ello ni lo hará. Y tal vez ahora sea un mito, pero creo que, si estás dispuesta a creer en él con suficiente afán, se acabará haciendo realidad. Y yo creo en nosotros, Helen. De veras. —Su semblante serio se transforma y le dedica una sonrisa. La de antaño. Esa sonrisa pícara de los Radley de la que se enamoró—. Estás para morderte, ¿lo sabías?

A buen seguro es la sangre la que habla, piensa Helen, pero ahora mismo está más que dispuesta a creer que pueden volver a ser los mismos de antes. Sin (esperaba) matar a nadie. Y al cabo de unas horas, mientras ambos permanecen tumbados en la cama a oscuras, felizmente despiertos, pensando que el otro duerme, se abrazan y besan con un movimiento simultáneo y sus dientes cambian de forma natural e inconsciente, como si fuera un sueño. Y antes de que se den cuenta ya están probando la sangre del otro.

Para Helen y para Peter es como si nunca se hubieran probado antes. No de ese modo, sin miedos ni dudas. Es algo precioso, lleno de cariño, una especie de vuelta a casa, a un hogar que siempre han conocido, pero que nunca han llegado a

sentir de verdad. Y, mientras los primeros haces de luz se cuelan entre las cortinas, se sumen en la oscuridad del edredón y, por un momento, Helen no piensa en que las sábanas podrían mancharse de sangre.

FIN

Glosario del abstemio

ABSTEMIO: Vampiro converso o hereditario que ha logrado superar su hemoadicción.

AVH: Agencia de Vampiros Huérfanos

BRAM: Originariamente era un acrónimo de *blood resistor's animal meat* ('carne animal para quienes no beben sangre'). *Bram* hace referencia a los alimentos que consumen los vampiros abstemios y es una posible referencia al autor de *Drácula* (quien, por supuesto, era abstemio y vivió siguiendo una estricta dieta de filete de caballo y sangre de cerdo).

CAMBIOS, LOS: Transformaciones que deben ocurrir para que tenga lugar un acto de vampirismo; mientras que un vampiro practicante puede hacer que los cambios sucedan en cualquier momento, para un vampiro abstemio resulta más difícil provocarlos a voluntad.

CANINOS: Término alternativo para referirse a los colmillos preferido por los practicantes.

CONVERSO: Un exangüe de nacimiento que, con o sin consentimiento, es mordido por un vampiro y luego recibe su sangre; tras esto, sobrevive a la mordedura, pero al precio de convertirse en hemoinómano.

CONVERSOR: Un vampiro hereditario que ha convertido a un humano después de compensar con sangre propia la que le ha chupado; la diferencia de edad entre conversor y converso debe ser inferior a una década para que la conversión tenga éxito.

CRY-BOY: Un exangüe masculino que siente un respeto reverencial por la cultura vampírica; véase *sylvie*.

DESEOS EXANGÜES: Deseos de la carne sin anhelo de sangre.

DNI: Depredador No Identificado; eufemismo policial para referirse a un adicto a la sangre.

ENERGÍA, LA: Término aglutinador de significado vago que

abarca diversos poderes mentales y físicos potenciados por la sangre, entre los que se cuentan una percepción sensorial aumentada, la capacidad de volar y, en ciertos casos, la hemopersuasión.

EXANGÜE: Ser humano normal no converso que cree que los vampiros solo existen en la ficción.

«GEORGIE», HACER UN: Fingir tu muerte para iniciar una nueva vida; podría derivar del poeta vampiro Lord George Gordon Byron, que fingió su muerte en un campo de batalla en Grecia y luego varias veces más para satisfacer su adicción a la sangre.

HEMOINÓMANO: Término específico para designar a un vampiro que goza de popularidad entre los abstemios.

HEMOPERSUASIÓN: Capacidad que, gracias al poder de la sangre, permite hacerse con el control temporal de la mente de un exangüe; este talento inmoral es el coto vedado de los vampiros practicantes y está muy mal visto por la comunidad abstemia.

HORA ROJA: Término usado por abstemios y practicantes por igual para referirse a la hora de la noche, las 23:00, a la que se desatan los anhelos más intensos y que acostumbra a durar hasta poco después de medianoche.

INSTINTO: Un impulso peligroso y equivocado con el que se llenan la boca muchos exangües que creen, erróneamente, que aún están en sintonía con los suyos.

ISS: Irresistible sed de sangre; un anhelo intenso y súbito que acostumbra a desencadenarse después de negarle al cuerpo los valiosos sustitutos de la sangre humana, y al que son en especial vulnerables los abstemios vegetarianos y veganos; la ISS puede sobrevenir casi sin aviso previo o sin él, lo que provoca que el abstemio sea incapaz de resistirse.

PRACTICANTE: Vampiro practicante; un hemoinómano que es incapaz o no está dispuesto a renunciar a esta costumbre inmoral.

SIRKER: Abstemio que sueña con volver a las andadas, pero que nunca lo hace; se cree que el término procede del famoso director de melodramas y vampiro abstemio Douglas Sirk.

SMC: Síndrome de la migraña continua.

SV: Sangre de vampiro; tan deseable para el vampiro como la sangre humana, aunque se conserva mejor, motivo por el cual la humana nunca se embotella para su consumo, mientras que la de vampiro sí; los abstemios deben evitar el consumo de SV en todo momento para seguir llevando una vida segura, llena de actividades decentes y morales.

SYLVIE: Equivalente femenino del *cry-boy*.

UDNI: Unidad de Depredadores No Identificados; si bien tiene el cuartel general en Manchester, se trata de una unidad policial que opera en todo el país, cuya existencia no se ha revelado a la población exangüe. Su noble objetivo es limitar las actividades moral y socialmente destructivas de la población vampira.

VAMPIRO: Término estándar romantizado para referirse a un hemoinómano, sea o no practicante.

El manual del abstemio (2.ª ed.), pp. 230-233

Agradecimientos

No hay artistas en solitario. Solo grupos.

Quiero expresar mi infinito agradecimiento a:

Jamie Byng, Francis Bickmore, Andrea Joyce, Sian Gibson, Norah Perkins, Anna Frame y a todo el personal de Canongate.

Caradoc King, Elinor Cooper, Louise Lamont, Christine Glovre, Linda Shaughnessy y a todo el personal de AP Watt.

Tanya Seghatchian, Jon Croker y al UK Fil Council.

Alfonso Cuarón, Alison Rae y, a la batería, Andrea Semple.

Título original: *The Radleys*

Edición digital: 2023

The Radleys © Matt Haig 2010
© traducción de Roberto Falcó Miramontes, cedida por
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
© AdN Alianza de Novelas
(Alianza Editorial, S. A.) Madrid,
2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-1148-418-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.